Joana Marcús Sastre



Las apariencias engañan

IRRESISTIBLE propuesta

Nova Casa Editorial

Joana Marcús Sastre

Irresistible propuesta

NovaCasa Editorial

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com
© 2015, **Joana Marcús Sastre**
© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial
Editor
Joan Adell i Lavé
Coordinación
Tiago Casquinha
Imagen cubierta
Mike Marrotte | stock.tookapic.com
Portada
Vasco Lopes
Maquetación
Daniela Alcalá
Revisión
Mario Morenza
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE

Joana Marcús Sastre

Sinopsis
Recuerda: Las apariencias engañan

Capítulo 1
La propuesta

Capítulo 2
Nuevo novio

Capítulo 3
Cambio

Capítulo 4
Conocerte

Capítulo 5
Fiesta y problemas

Capítulo 6
Montaña rusa

Capítulo 7
Partido

Capítulo 8
Campeones

Capítulo 9
Peleados

Capítulo 10
Cercanos

Capítulo 11
El regalo

Capítulo 12
Descubiertos..., casi

Capítulo 13
Stacy Ross

Capítulo 14
Su casa

Capítulo 15
Pelea

Capítulo 16
Víspera

Capítulo 17
El baile

Capítulo 18
Traicionada

Capítulo 19
Otra

Capítulo 20
Llamada

Capítulo 21
Indiferencia

Capítulo 22
Plan

Capítulo 23
Celos

Capítulo 24
Reconciliación

Capítulo 25
Revelaciones

Capítulo 26
Formal

Capítulo 27
Molesto

Capítulo 28
Increíble

Capítulo 29
Castigo

Capítulo 30
Concierto

Capítulo 31
Sorpresas

Capítulo 32
Hotel

Capítulo 33
Razón

Capítulo 34
Adam

Capítulo 35
Cena

Capítulo 36
Final del curso

Epílogo

Extra 1

Extra 2

Extra 3

Extra 4

Joana Marcús Sastre

SINOPSIS

Recuerda: Las apariencias engañan

Jessica Evans está enamorada profundamente de Matt Figgins desde hace unos cuatro años. Aunque, a sus ojos, Jessica no existe. Pero es comprensible, ya que Matt es de las personas más conocidas en el instituto Eastwood.

Por otro lado, Scott Danvers es un compañero del equipo de Matt, y por algunas circunstancias, necesita un favor de Jessica, por lo que le propone algo irresistible; ella fingirá ser su novia durante un mes a cambio de que él la acerque a Matt.

A pesar de que para Jessica Scott sería la última opción como amigo entre todos los hombres del mundo, acepta.

¿Saldrá bien la Irresistible Propuesta?

CAPÍTULO 1

La propuesta

El zumbido procedente del aparato que se encontraba en mi mesita de noche hizo que abriera los ojos perezosamente, odiando el instituto por completo. Cuando mis ojos se encontraron abiertos y mis músculos estirados, bostecé y me incorporé en la cama, mirando fijamente un punto cualquiera. Mis sentidos fueron despertando lentamente a medida que pasaban los segundos y deseaba con todas mis fuerzas volver a tumbarme y dormir un rato más.

Escuché unos pasos procedentes del pasillo que conducía a mi habitación. Observé cuidadosamente la puerta cerrada con el ceño fruncido. Mamá no podía ser. Ella solía estar de mal humor por las mañanas, en caso de que se despertara, claro.

—¡Cariño! —escuché a mi madre, que gritaba con buen humor impropio en ella—. ¡Ha venido a verte Jules!

—No...

Pero era tarde, porque una pelirroja bajita y pecosa se coló en mi habitación dando tumbos con la mochila colgando del hombro. Agarré la almohada y me cubrí la cabeza con ella. En menos de diez segundos, Jules estaba sobre mí y me había arrebatado el cojín, lanzándolo al otro lado de la habitación.

—¡Vamos! ¿Qué haces sin vestirte aún? ¡Hoy es el gran día! —exclamó con una enorme sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué estás de buen humor por las mañanas?

—Vamos, dormilona —me dio un golpecito en la frente con la palma de la mano—. ¡Que hoy es el gran día!

—Voy a ducharme —gruñí.

—Así me gusta —me guiñó un ojo.

Entré en la bañera todavía adormilada y me duché rápidamente. Aún llevaba el pelo húmedo cuando me vestí con lo primero que encontré en el fondo de mi armario, que constituía, básicamente, en una masa de ropa arrugada. Me dirigí rápidamente a la diminuta cocina donde mi madre y Jules hablaban animadamente. Mamá estaba de demasiado buen humor para ser ella. Deduje que se había tomado su medicación y no había bebido nada. A ver cuánto le duraba. Y de cuánto se acordaba.

—¿Lo ves? Todavía estás medio dormida, marmota —me regañó Jules negando con la cabeza—. ¡Y hoy es el gran día!

Y dale.

—¿Te das cuenta de que me lo has dicho dieciséis veces contadas desde que empezó la semana? —protesté cogiendo zumo de naranja y vertiéndolo dentro de un vaso—. Tres solo esta mañana.

Aunque era algo pesada, a Jules la consideraba una de mis mejores amigas. Quiero decir, nos conocíamos desde que tenía memoria ya que sus padres y los míos eran bastante amigos. Lo mismo pasaba con Kia, que ya debía estar en el instituto. Ella sí tenía suerte al disponer del coche viejo de su padre, el cual había conseguido con las mejores notas del curso pasado. No como nosotras, que nos las arreglábamos caminando cada una por su lado y sacando, como ella diría, mediocres suficientes. Jules solo venía antes del instituto en las ocasiones especiales, como ese día.

—¿Por qué es el gran día? —preguntó mi madre, interviniendo curiosa en la conversación.

—Hoy se va a declarar a Matt —dijo Jules con tono meloso.

—¿Con el hijo de los Figgins? —preguntó mamá—. Creí que nunca lo haría.

—Ya somos dos.

—Eh... Sigo aquí —agité los brazos en el aire haciéndome notar.

Si odiaba algo de este pueblo, era que al ser muy pequeño todos

nos conocíamos, y eso significaba que los padres también se conocían, y los abuelos, y así sucesivamente. Por si fuera poco, mi madre cuando era más joven había sido la capitana de las animadoras del instituto, lo que la convertía en la chica más interesante en la opinión de muchos, y estaba convencida de que yo iba a ser la próxima, cosa que claramente no sería. Si alguien me conocía en el instituto, era por ser de las más torpes y con menos habilidades gimnásticas que circulaban por ahí.

—¿Y qué le dirás? —inquirió Jules mientras metía los libros en mi bolsa.

—Pues..., la verdad —suspiré—. Que me gusta desde hace cuatro años, cuando Scott Danvers me rompió las gafas que llevaba de un balonazo y él me defendió.

Recordaba ese día como si fuera ayer.

Cuando empecé el instituto era de esa clase de chicas a las que cualquiera apuntaría como objetivo para molestar. Tímida, silenciosa y sonriente. Nunca me metía en problemas. Siempre llevando una estúpida cola de caballo, unos aparatos en los dientes y las gafas que me quitaron en mi tercer año de instituto, gracias a Dios.

Por eso, caí en el punto de mira del que se convertiría en mi peor pesadilla en los tres años siguientes, hasta que me quitaran las gafas y los aparatos. Scott Danvers. Chulo, engreído, desagradable... Se encargó personalmente de molestarme durante todo el tiempo que pasábamos en la misma clase, mientras que sus amigos se reían con él. La mayoría de la gente no decía nada por no meterse en problemas, pero Matt no era así. Él me defendía, siempre me dedicaba esa pequeña sonrisa tierna cuando conseguía que Scott se callara.

Y, aún así, nunca se había acercado para hablarme.

—Es muy cursi —Jules puso una mueca casi de asco.

—A veces lo cursi es efectivo —señaló mi madre.

—Pero aún así —continué—, a Matt le gusta Samantha. Así que dudo que tenga alguna posibilidad con él.

—Bueno, si no lo intentas nunca lo sabrás.

• • •

Las clases se me habían hecho eternas y aburridas. En las cuatro horas que había hecho, tres de ellas habían sido con Matt en mi aula, y no podía evitar dejar de mirarlo. Él no prestaba atención en clase casi nunca, y aún así sacaba buenas notas. Era tan perfecto...

La quinta vez que me giré unos ojos gélidos y azules me escrutaron con desagrado. Volví la vista al frente. Lo último que necesitaba era un motivo para que Scott Danvers volviera a meterse conmigo. Eso hizo que dejara de girarme y prestara la poca atención que era capaz de profesar al profesor mientras parloteaba acerca de los autores famosos del siglo XIX.

Cuando fuimos a la cafetería, noté como Kia y Jules se colgaban de mis brazos guiándome hacia la máquina de bebidas. Sabía que Matt siempre iba ahí a por un refresco, y siempre iba solo.

—Suerte —me susurraron mis amigas mientras se alejaban a su mesa, dejándome sola en la máquina de bebidas. Más sola que nunca.

Tragué saliva mientras hacía tiempo buscando en mi cartera monedas para la máquina. Se me hizo eterno mientras Matt no aparecía. No dejaba de echar miradas furtivas hacia su mesa, preguntándome si ese día se quedaría ahí sentado, sin levantarse, ¿tendría tanta mala suerte? Con lo que me había costado armarme de valor para decirle lo que sentía, lo último que quería era no tener la oportunidad de hacerlo.

Todas las posibilidades pasaban por mi cabeza rápidamente, desde un final feliz con cincuenta pequeños Matts revoloteando a mi alrededor hasta la humillación delante de todos por un rechazo inminente. Sabía las pocas posibilidades que tenía de que eso saliera bien, pero también sabía que si no lo intentaba me arrepentiría toda mi vida de ello.

Cuando me giré por decimocuarta vez para mirar su mesa, vi como soltaba una carcajada, apretando un poco el hombro de una de las chicas de la mesa, y se levantaba empezando a caminar tranquilamente en mi dirección. Saludó a unas cuantas personas con

la cabeza por el camino. Tragué saliva y las manos me empezaron a temblar. Lo iba a hacer, me iba a confesar a él. No me lo podía creer. Tantos años esperando el momento adecuado, tanto tiempo, y ahora...

—¿Tienes que coger algo?

Su dulce voz llegó a mis oídos, dejándome helada.

Por un momento, lo miré roja, temblorosa y con la boca abierta como una idiota.

—¿Eh?

—De la máquina.

Miré la máquina y luego mi mano, llena de moneditas que ni siquiera sabía qué sumaban, como si intentara resolver una ecuación irresoluble.

—Pu… Puedes coger tú —tartamudeé.

Cerré los ojos con fuerza, me sentía como una tonta. ¿Qué debía pensar de mí ahora? Escuché como sacaba algo de la máquina y se disponía a alejarse cuando lo retuve carraspeando la garganta. Oh, vaya, ahora me estaba mirando fijamente, casi con curiosidad. Desvié mis ojos hacia cualquier punto, que en este caso resultó ser una mancha de óxido en la máquina.

—Esto... Yo... —empecé con un hilillo de voz.

—¿Sí? —inquirió con una sonrisa.

Oh, no, si sonreía ya era imposible decirle nada coherente.

Noté cómo la sangre subía a mi cabeza ruborizándome por completo. Las piernas me empezaron a temblar y mi corazón empezó a palpitar con fuerza. La sensación de que me estaba acobardando me llenó por completo, y supe que no sería capaz de hacerlo. Muy en el fondo, era consciente de ello.

Podía notar las miradas de media cafetería, con mis amigas incluidas, sobre mí. Era incapaz de articular ninguna palabra y notaba las piernas entumecidas, estáticas. Apreté los puños.

—Me gustó mucho el partido del sábado —susurré.

—Oh, gracias —le escuché decir mientras giraba sobre mis talones y me iba caminando lo más deprisa posible.

Me sentía como una idiota incapaz de hablar con él. Impotente. Había tenido la oportunidad de hablarle y de confesar que había estado años suspirando por él, y ahora me encontraba huyendo sin rumbo fijo. Ojalá pudiera desaparecer, o rebobinar en el tiempo hasta esa mañana y convencerme a mí misma de no hacerlo. Si tenía cualquier posibilidad con él por ínfima que fuera, la acababa de arruinar en solo unas palabras.

Abrí la puerta de emergencia y salí a la azotea desierta mientras las lágrimas empezaban a resbalar por mis mejillas silenciosamente. Me dejé caer en uno de los escalones de piedra y hundí mi rostro en mis piernas, abrazándome a mí misma.

«Cobarde». Me decía a mí misma. «Nunca volveré a tener una oportunidad así. La he desperdiciado».

Escuché unos pasos acercándose a mí y deteniéndose a mi lado. Ni siquiera levanté la vista.

—Vete, Jules —gruñí.

En lugar de irse, escuché cómo los pasos se acercaban un poco más a mí.

—No me llamo Jules, y no me iré —dijo una voz que, desde luego, no era de mi mejor amiga.

Levanté la cabeza alarmada y detecté a un chico delante de mí que, por un breve momento, no me resultó familiar entre lágrimas. Fruncí el ceño confundida al mismo tiempo en que me levantaba para quedar a su altura, aunque obviamente él seguía siendo más alto.

—¿Qué quieres, Scott? —pregunté limpiando mis lágrimas con la manga de mi sudadera al reconocerlo.

Lo que faltaba, que Scott Danvers se metiera conmigo.

Vi como se encogía de hombros y se sacaba del bolsillo de la cazadora de cuero un paquete de tabaco. Me ofreció uno y negué con la cabeza, extrañada. Se lo encendió sin mirarme.

—No se puede fumar en el instituto —enarqué una ceja.

—Técnicamente no estamos dentro del instituto, así que... —se volvió a encoger de hombros.

—¿Qué quieres? —repetí.

Él soltó el humo del cigarro y me miró con sus ojos azules inexpresivos. Se rascó ligeramente la barba incipiente y entrecerró los ojos. Su mirada gélida empezó a incomodarme a medida que pasaban los segundos de silencio interminable.

—Quiero que me hagas un favor —dijo finalmente.

—¿Y por qué debería hacerlo? —me apresuré a responder.

—Porque, a cambio, yo también te haré un favor a ti, nena —se cruzó de brazos.

«¿Nena?». Lo que me faltaba.

Fruncí el ceño. Eso era una especie de... ¿pacto? ¿Scott Danvers necesitaba un favor mío? ¿Por qué?

—Al grano —pedí entrecerrando los ojos.

Intenté ver algo en su expresión que me indicara si realmente hablaba en serio o simplemente se estaba riendo de mí. A pesar de su expresión de *todomelasuda* parecía que estaba hablando en serio. Aunque era difícil sostenerle la mirada durante más de un segundo sin sentirme intimidada.

—Tú, pequeña Jessica —empezó a caminar dando pequeños círculos a mi alrededor. Soltó el humo de una calada en mi nuca, cosa que me estremeció—, deseas acercarte a Matt, que, casualmente, es mi buen amigo, ¿me equivoco? —interpretó mi silencio como un «no», aunque no tenía ni idea de que Scott y Matt fueran amigos—. Y yo, por motivos que a ti ahora mismo no te importan, necesito a una chica dispuesta a hacerse pasar por mi novia durante un mes.

—¿Qué? —me sobresalté alejándome unos pasos de él.

—Si aceptas, irás conmigo a todas las fiestas, celebraciones y esas mierdas de convenciones sociales, en las que estará tu querido Matt y podrás hacer lo que quieras con él —su tono me indicó que no hablaba precisamente de jugar al ajedrez.

Asimilé lo que me estaba diciendo. Me estaba ofreciendo acercarme a Matt a cambio de fingir ser su novia durante un mes. Un solo mes para acercarme a Matt, ¿sería suficiente? No podía

pedirle más tiempo, no quería interferir en su vida ni parecer desesperada.

Pero, por otro lado... ¿Soportar a Scott Danvers durante un mes entero? Acabaríamos matándonos, si no terminaba matándolo yo a él por reírse de mí por cualquier cosa que hiciera, como tenía acostumbrado hacer desde hacía ya mucho tiempo.

Aunque no tendría nunca otra oportunidad así...

—¿Nadie puede saberlo? —pregunté.

En su rostro se formó una sonrisa triunfadora; sabía que estaba ganando.

—No —negó rotundamente.

—¿Y qué le digo a mis amigas?

—Lo mismo que le dirás a mis padres.

—¿A tus padres?

Empecé a hiperventilar.

—Bueno, no tengo todo el día, ¿sí o no?

Achiné los ojos. ¿Tendría alguna oportunidad de esa forma de conocer a Matt? ¿O de acercarme tanto a él que dentro de un mes se enamorara de mí? Aunque también tener que mentir a mis amigas y a los padres de Scott, incluso a mi madre, que aunque apenas hablara conmigo seguía siendo mi madre... Yo no era de las que mentían mucho, pero si tenía la oportunidad de conocer a Matt... ¿Sería capaz de hacerlo? Nunca había hecho algo así, y quizás era una señal. No volvería a ofrecérmelo.

A la mierda.

—Acepto.

CAPÍTULO 2

Nuevo novio

—¿Sales con Scott? —preguntaron mis dos mejores amigas a la vez, alzando la voz hasta alcanzar un chillido estruendoso.

Les chisté agitando las manos, ya que estábamos en el parque y la gente se giró para mirarnos de reojo por el escándalo que estábamos formando. Odiaba ser el centro de atención.

—Desde esta mañana —sonreí forzadamente.

Eran mis mejores amigas, y dudaba que se lo creyeran. Era muy mala mentirosa, especialmente cuando estaba nerviosa porque sabía que me pillarían con facilidad. Sin embargo, por algún motivo que no supe muy bien, se lo creyeron. Aunque me esperaba varias preguntas obvias que me harían y no sabría responder, eso sí. En mi mente ya había formulado vagas respuestas a cada una de ellas para salir del aprieto.

—Pero... —Kia me miró como si fuera la primera vez que lo hacía —. ¿A ti no te gustaba Matt?

—Sí —contribuyó Jules asintiendo con la cabeza como si tuviera un muelle en la nuca—, de hecho, esta mañana tenías que declararte a él, ¿no?

Suspiré masajeándome las sienes mientras me sentaba en el césped recién cortado de piernas cruzadas. Mis amigas me imitaron acercándose más, como si fuera a contarles un tremendo secreto. Bueno, en parte debía serlo para ellos. La única persona a la que había estado cerca de odiar en toda mi vida ahora, supuestamente, era mi novio.

—Sí, iba a hacerlo —no les mentiría en eso, era inútil—. Pero después me he dado cuenta de que a mí me gusta Scott. Lo de Matt

era pasajero —nunca habría pensado decir eso. Aún así había sonado creíble.

—¿Estamos hablando del mismo Scott, Jess? —inquirió Kia.

—Te tiraba piedras de pequeña, se metía contigo y te llamaba «gafotas». ¿Cómo te puede gustar ese tío? —Jules se cruzó de brazos con gesto impaciente.

—Lo sé, pero... —¿y ahora qué tenía que decir? Mentiras. Una tras otra—. Ha cambiado, ahora es... —busqué adjetivos positivos para él a partir de nuestra conversación de esa mañana. Todos eran negativos— ...mejor.

Jules me miró mal, mientras que Kia aún estaba alucinando. Iba a ser más difícil de convencer Jules.

—No me gusta —recalcó la pelirroja.

—Si eres feliz con él... —susurró Kia poco convencida—. Pero, Jess, ¿por qué no nos dijiste que te gustaba? Te habríamos apoyado.

—Habla por ti —gruñó Jules.

Miré a mis dos mejores amigas. Eran como polos opuestos, tanto física como mentalmente; Jules era pelirroja, bajita y normalucha, a parte de extrovertida, de carácter fuerte y decidida. Kia era alta (jugaba al baloncesto), rubia y demasiado delgada para su propio gusto. Su carácter era más bien analítico y pacífico. La alumna favorita de los profesores y la amiga ideal en opinión de los padres para sus hijos. Eso era hasta que se quedaba a solas con gente de confianza, claro. Además, vivía y moría por encontrar a su príncipe azul, cosa que hacía que Jules pusiera los ojos en blanco continuamente.

—Bueno —Me irrité un poco—, sois mis amigas y deberíais apoyarme, ¿no creéis?

Ellas se miraron entre sí y me mordí el labio, suplicando para que no me descubrieran. Si lo hacían, se iría a la mierda todo lo que tenía planeado con Matt, y no permitiría que eso sucediera.

—Por supuesto que te apoyamos —sonrió Kia.

—¿Seguro? —clavé la mirada en Jules.

Ella seguía de brazos cruzados, mirándome con desconfianza.

Después de todo, ella había sido la que me había soportado más veces de mal humor a causa de ese chico. Era comprensible que no me viera saliendo con él.

Aún así, su instinto de amistad floreció en ese instante y suspiró dramáticamente, negando con la cabeza.

—Si a ti te gusta, supongo que tendremos que aceptarlo... —protestó cuando nos lanzamos sobre ella riendo y chillando—. ¡Eh! ¡Soltadme de una vez!

Riendo, Kia y yo nos sentamos de nuevo. Ella se sacudió las briznas de césped de los pantalones mientras se ponía de pie y me señalaba con un dedo acusador, cosa que había aprendido de mí, ya que lo hacía cuando me enfadaba.

—Pero quiero conocerlo. Y quiero darle mi bendición.

Bueno, con esa parte tendríamos un problema.

• • •

Tragué otro trozo de carne, sentada en mi sitio de siempre. Dentro de la diminuta cocina de mi casa, en una mesa redonda, pequeñita, con dos mesas de diferente diseño. Mi madre masticaba en silencio delante de mí con la mirada clavada en un punto cualquiera. Vi que aún estaba llorando silenciosamente, igual que cuando había llegado a casa, que la había encontrado llorando histérica. Lo primero que le había preguntado era qué había pasado, aunque podía olerme la respuesta; un hombre.

Mi madre siempre tenía problemas con los hombres ya que siempre que conocía a uno, estaba convencida de que era el hombre de su vida aunque fuera un cerdo cualquiera. Lo que siempre la llevaba a acostarse con ellos y luego, a la mañana siguiente, no los encontraba o simplemente decían que algún día podrían repetir. A mi madre le daba el bajón siempre que sucedía y lo mejor era dejarla tranquila, por mucho que me costara. Me molestaba mucho que lo hiciera, ¿qué clase de madre daba ese ejemplo a su hija? Y más teniendo en cuenta que se suponía que no podía beber, ni exponerse a situaciones de ansiedad...

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó, mirándome de repente.

La observé extrañada. Ella no solía hacerme preguntas. De hecho, apenas hablábamos si no era para discutir, ¿a qué venía ahora esa pregunta?

—Como siempre, supongo. He conocido a un chico —murmuré, consciente de que, probablemente, mañana no se acordaría de nada.

—Oh, qué bien.

Silencio de nuevo.

En eso empezó a sonar una melodía pegadiza y conocida que venía desde el pasillo. Fruncí el ceño en dirección a mi habitación, ¿quién me llamaría ahora?

—Puedes ir a cogerlo —dijo mi madre.

Me levanté y troté hasta mi cuarto. Era un número desconocido. Lo cogí con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Soy Scott. —soltó enseguida, sin siquiera saludar.

—Ah, eres tú.

Me senté en la cama y me miré las uñas pintadas de azul.

—¿Cómo has conseguido mi número? —pregunté.

—Eso ahora no importa. —dijo. Odiaba que me dejaran sin información—. Mañana te pasaré a buscar antes de ir a clase, tenemos que llegar juntos. En la cafetería y en las clases también ven conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué? También tengo amigas, ¿sabes?

—Yo también los tengo, y creía que los querías conocer. Solo será un mes, nada más —él resopló tras la línea.

Suspiré. Sabía que se refería a Matt, no a los demás amigos que tenía que me importaban bien poco.

Entonces, un recuerdo me vino a la mente. Él siempre llegaba al instituto con una Harley negra y siempre la aparcaba en el mismo lugar. Lo había visto mil veces, y nunca le había prestado la más mínima atención. Quizá porque nunca creí que iba a subir a esa moto, y mucho menos con él conduciéndola delante de mí.

—Odio las motos.

—Mala suerte —y colgó.

• • •

A la mañana siguiente me vestí como de costumbre. Si Scott creía que me vestiría como las chicas con las que solía ir, que apenas llevaban ropa, la llevaba clara, mi estilo no sería jamás ese. De hecho, ni siquiera sabía cuál era mi estilo. Lo primero que encontraba en la masa de ropa arrugada del armario.

Así que ahí me encontraba, en el borde de la acera de mi edificio, contemplando la carretera vacía mientras bostezaba aburrida. Sabía que con Scott no seríamos demasiado puntuales, pero es que faltaban cinco minutos para empezar y todavía no había aparecido. No es que fuera la fan número uno del instituto, pero me gustaba ser puntual.

Cuando ya tenía la esperanza de que no llegara, el rugido feroz de un motor a unos metros de mí me alertó para que levantara la vista. Quizás no era tan feroz, pero a mí me lo pareció. Scott me miró de arriba a abajo con poco interés y me hizo un gesto con la cabeza indicando que subiera, pasándome un casco integral parecido al que llevaba puesto.

—Buenos días, Jess, ¿cómo estás? —imité su voz—. Oh, buenos días, Scott, muy bien, muchas gracias por preguntar, es muy educado por tu parte —ironicé mientras pasaba la pierna por encima de la parte trasera del vehículo.

Su respuesta fue una risa entre dientes. Era la primera vez que lo veía reír.

En cuanto estuve sentada encima me di cuenta de que estaba demasiado lejos del suelo. Una caída desde esa cosa y me convertiría en comida para pájaros. Con las manos palpé al lado de mis caderas hasta que encontré la sujeción del asiento, donde agarré con fuerza. Si yo caía, la moto caería conmigo, eso seguro.

—¿No me vas a abrazar? —preguntó burlándose de mí mientras colocaba el manillar.

—Preferiría estrangularte —le sonreí a través del retrovisor.

La verdad es que Scott no era feo. Tenía unos ojos azules pálidos

que, tenía que admitir, eran bonitos. Su pelo era oscuro y solía estar despeinado, aunque de una manera que haría suspirar a cualquier chica. Sus hombros eran anchos y su cintura estrecha, y se notaba que practicaba rugby con el equipo del instituto porque tenía los músculos definidos. Si no hubiera sido un capullo...

—Yo preferiría que me abrazaras, champiñón —dijo, aún burlándose de mí.

Encontré sus ojos intimidantes a través del retrovisor y me obligué a apartar la mirada con una mueca de desagrado.

—¿Champiñón? —gruñí—. Serás...

Antes de que pudiera hablar para insultarle, ya había acelerado e íbamos directos al instituto.

Me arrepentía de no haberlo abrazado, porque estaba casi segura de que los acelerones repentinos y los frenazos bruscos que daba eran a propósito para que la próxima vez —si es que la había— no dudara en agarrarme a él.

Llegamos al instituto y vi como dejaba la moto en su habitual lugar. La sirena aún no había sonado por lo que había mucha gente en la entrada con la mirada anonadada sobre nosotros. Bueno, era de suponer que eso pasaría. Si mis amigas se habían sorprendido por el hecho de que estuviera saliendo con Scott Danvers, los demás todavía debían estar más alucinados. Bajé del vehículo y Scott me tendió la mano. Después de titubear el tiempo suficiente para que enarcara una ceja, la tomé. Estaba cálida. Entramos en el establecimiento así.

—Todos nos miran —le susurré.

—Lo sé. Son gilipollas —se encogió de hombros.

Bueno, eso no sería un problema para él, estaba claro.

—Quizás si no utilizaras esa cosa que hace tanto ruido, no llamaríamos tanto la atención.

—Esa *cosa* es una Harley Davidson Sportster 883, y vale más que tú, así que cuidado con lo que dices.

—Oh, ¿y también le has puesto nombre, como a un perrito?

Me miró con los ojos entrecerrados. Pero ahora no podía dejarme

intimidar. Si era su novia no podía meterse conmigo, lo que equivalía a no volver a tener miedo de decir o hacer lo que quisiera. ¿Quién se metía con su novia?

Sonreí ampliamente.

—Mierda, Matt —escuché que gruñía.

Levanté la vista y, efectivamente, en un rincón del pasillo vi a Matt y a los demás amigos de Scott mirándonos fijamente con la boca abierta de par en par, como si estuviéramos cometiendo el peor de los pecados. Tragué saliva. Era la primera vez que llamaba la atención de Matt en años, porque lo de la cafetería no contaba cómo llamar la atención, sino cómo hacer el ridículo.

—Bésame —escuché que decía Scott.

—¿Eh?

Pero antes de que pudiera protestar o moverme, estaba con la espalda pegada en la taquilla, con mi pecho pegado al de Scott y él había colocado los brazos a los lados de mi cabeza, aprisionándome. Mi respiración se aceleró por el susto del momento. Con una mano, quitó mi cabello de detrás de mi oreja y lo soltó. Se inclinó poco a poco hasta que nuestras narices se rozaron, pero no se inclinó un solo centímetro más. Miré a un lado y me di cuenta de que el pelo nos ocultaba lo suficientemente para que pareciera...

—Parece que nos estamos besando —murmuré.

—Ese es el punto —me guiñó un ojo antes de separarse de mí—. Por cierto, ¿no tienes más ropa en el armario que sudaderas y vaqueros?

—¿Algún problema con mis sudaderas y mis vaqueros?

—Sí, que vas más masculina que yo.

—Eso es cosa mía.

—De eso nada, esta tarde iremos al centro comercial.

—¿Perdón?

Se reajustó la mochila en el hombro y me volvió a mirar de arriba a abajo, dejando bastante claro que no estaba de acuerdo con lo que llevaba puesto.

—No pretenderás que mi novia vaya en sudadera por la vida,

¿verdad?

CAPÍTULO 3

Cambio

Si había algo peor que ser el centro de atención de todo el instituto, que mis amigas me hablaran con nerviosismo al estar juntas, echando miradas furtivas hacia Scott, y de que incluso los profesores me miraran cuando iba con él, era el tener que desfilar hasta la mesa del fondo de la cafetería con mi supuesto novio tirando de mí con poca delicadeza. Notaba todas las miradas clavadas en mi nuca cuando me senté, haciendo que unas diez cabezas se giraran hacia mí, guardando un silencio demasiado repentino como para que fingir que era casual.

—Esta es Jess, chicos —comentó Scott mientras echaba a un lado al chico que estaba antes sentado a mi lado y ocupaba su lugar sin siquiera mirarlo.

Noté como alguien se sentaba a mi lado al segundo siguiente y me giré. No pude evitar abrir mucho los ojos cuando vi cómo Samantha —la chica de la cual Matt, el chico de mis sueños, estaba enamorado— se había sentado a mi lado. Era tan perfecta que dolía. Una melena rubia oscura recogida en una coleta alta, una tez perfecta y dorada, unos ojos grandes y claros y una sonrisa de dientes blancos y rectos. Demasiado perfecta. Tragué saliva y una sonrisa temblorosa se puso sobre mis labios. Me imaginé lo ridícula que debía verme a su lado.

—¿Qué tal? Soy Sam —sonrió tendiéndome la mano, con la manicura también perfecta.

Alargué mi mano hasta la suya y se la estreché de manera insegura.

—Yo soy Hannah —dijo la chica que estaba delante de mí.

Parecía más simpática.

—Yo soy Jess.

—Sabemos quién eres —declaró el chico que estaba sentado al lado de la tal Hannah inclinándose sobre la mesa, apoyado sobre los codos. Era de pelo castaño y ojos del mismo color, solo que llevaba una camiseta del equipo de rugby casi con el orgullo impregnado en la cara—. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que Scott no traía una novia? Había empezado a creer que era gay y no sabía cómo decírnoslo.

—Oye —protestó Scott mirándolo con el ceño fruncido.

—Tranquilo, tío, yo te habría querido igual —declaró el castaño con una amplia sonrisa—. Además, tampoco me habría sorprendido.

—Nunca había traído una chica —añadió el que estaba sentado a su lado. Un rubio algo más bajo que los demás.

—Soy Adam, por cierto —dijo el que había hablado primero.

—Erik.

—Dos imbéciles —añadió Hannah con una sonrisa.

Sonreí ante la perspectiva de que los chicos y las chicas de esa mesa no se alejaban tanto de mí y mis amigas. Creía que no me aceptarían a la primera, pero por lo visto me equivocaba. Eran incluso simpáticos. Los nervios empezaron a disiparse a medida que pasaba el rato con ellos. Adam y Hannah fueron los que me cayeron mejor al instante, sin saber muy bien por qué. Quizá porque Hannah era la que me hablaba más y Adam no dejaba de burlarse de Scott, haciendo que este le sacara el dedo corazón, riendo. Debían ser buenos amigos.

—¿Tienes planes para esta tarde? —preguntó Sam al cabo de un rato con una amplia sonrisa.

Iba a contestar, pero vi a una chica al fondo de la mesa que me miraba con sus ojos oscuros entornados. Podía leer el odio y el rencor en su mirada. Tragué saliva. Ni siquiera estaba pestañeando.

—¿Jess?

—¿Eh?

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Hannah.

Iba a responder que no, pero en ese momento escuché a Scott

hablar con sus amigos y me acordé de que esa tarde tenía que ir a comprar ropa con el señorito, ya que, cito textualmente, «él no podía tener una novia así vestida».

—Tengo que ir de compras con Scott —me encogí de hombros—. Dice que debería cambiar mi estilo.

—¡Pues claro que sí! —se entusiasmó Hannah dando palmaditas.

—Tienes que cambiar estas sudaderas por blusas bonitas —dijo Sam mirando mi sudadera rosa algo vieja con una mueca de desagrado—. Te favorecerá mucho.

—¡Sí, lo hará! —contribuyó Adam con un guiño de ojo.

Scott alargó el brazo hasta Adam y le dio una colleja en la nuca, haciendo que este pusiera una mueca y toda la mesa riera.

—Menos con mi chica, Fox —dijo Scott burlón pasando un brazo sobre mis hombros casi inconscientemente.

—¿Te podemos robar a Jess esta tarde? —preguntó Hannah con una sonrisa.

—Si tiene que cambiar de imagen, la aconsejaremos mejor nosotras —contribuyó Sam.

Scott se encogió de hombros y dijo:

—Claro.

—¡Me apunto! —dijo Adam levantando la mano.

—Yo también.

La última voz que sonó hizo que me quedara petrificada. Ni siquiera me había dado cuenta de su presencia en la mesa, ya que había estado ocupada con las presentaciones. Giré la cabeza hacia Matt y vi como me estaba mirando a mí curiosamente, como si fuera un experimento nuevo. Una ola de calor invadió mi cuerpo entero. Era la primera vez en toda mi vida que me miraba directamente con algo que no fuera confusión o lástima.

—Entonces, vamos todos —se entusiasmó Hannah—. Chloe no podrá venir... ¿Y tú, Abby?

Giré la cabeza en dirección a la chica a la que, visiblemente, le había caído mal y ella ladeó el rostro redondo que tenía, sin mirar a ningún punto fijo.

—Paso —dijo finalmente, mirando su comida.

Vi como Sam se giraba y ponía los ojos en blanco murmurando un «como siempre».

• • •

El motor de la Harley hizo que saliera de casa a toda prisa, despidiéndome de mi madre, quien estaba sentada en el sofá. Sus pastillas siempre la dejaban un poco aturdida. Scott estaba tecleando algo en su móvil cuando pasé la pierna por encima de la moto y me senté agarrándome al borde del asiento con fuerza.

—¿No me abrazarás, cariño? —preguntó mirándome a través del espejito.

Al parecer, esa iba a ser la broma oficial para todas las veces que subiera a la moto con él.

—Muy gracioso.

—Sí, ¿verdad? Esa es una de las muchas cualidades que tengo.

No pude evitar una sonrisa posándose en mis labios cuando arrancó la moto. Circulamos rápidamente por la carretera hasta que llegamos al centro comercial, donde todos ya nos esperaban.

• • •

Llevaba cinco bolsas en cada mano cuando Sam y Hannah me obligaron a entrar en una peluquería. Nunca había sido de las que cuidan mucho su pelo, lo cierto era que hacía mucho tiempo que no me lo cortaba y empezaba a estar demasiado largo. Cuando el peluquero vio mi corte de pelo soltó una maldición en francés y me obligó a sentarme en una de las sillas de cuero. Hannah y Sam dijeron que iban a dar una vuelta mientras arreglaba lo que el peluquero denominó «desastre capilar».

—Tienes un pelo precioso —dijo el hombre que me cortaba el pelo. Su pelo era ondulado y castaño—. No te lo estás arreglando por arreglar, ¿verdad?

Suspiré mientras veía a través del espejo como me iba cortando el pelo por la altura de los hombros.

—No —admití—. Hay un chico, bueno, dos.

—¿Dos? —soltó un silbido.

—Sí, está Matt y Scott. Llevo enamorada de Matt desde que tengo memoria porque siempre me defendía de los abusones. Como yo no era precisamente la guapa de la clase... Aunque después entramos en el instituto y todo cambió, dudo que ahora se acuerde de quién soy.

—¿Y Scott?

—Eso es diferente —murmuré, viendo como un nuevo mechón caía al suelo—. Cuando éramos pequeños siempre se metía con las gafas que llevaba y por cualquier otra chorrada. Hizo lo mismo en el instituto pero ahora me necesita para que finja ser su novia. Dice que si lo hago durante un mes me acercará a Matt. Un momento... ¿Por qué te estoy contando esto?

—Empatizo mucho —me sonrió a través del espejo—. Esto ya está.

Volví mi atención al espejo. Mi pelo castaño ondulado ya no caía hasta mediana espalda, sino que llegaba a mis hombros y apenas se notaban las ondulaciones.

No parecía la misma chica que había en esa silla. Me quedaba incluso bien.

—¡Estás preciosa! —exclamó Sam entrando en la peluquería. El peluquero, llamado Bruce, hinchó pecho, orgulloso de sí mismo—. Ha quedado mejor de lo que esperaba.

—¡Y con los pantalones y la blusa azul que te hemos comprado aún mejor! —se unió Hannah—. Verás cuando te vean los chicos, están esperando ahí fuera.

Tragué saliva.

Después de pagar a Bruce y despedirme, Sam me cogió del brazo y me guio hasta la salida del centro comercial. Hannah correteaba detrás de nosotras para seguirnos haciendo ruido con las bolsas que rebotaban a su lado.

No fue hasta que mi mirada chocó con la mesa de una cafetería donde estaban Scott, Matt y Adam sentados. Scott me daba la espalda. El primero en levantar la mirada fue Adam, que soltó un

silbido de aprobación.

—Vaya, vaya —susurró Matt.

El último en girarse fue Scott, que se levantó de la silla y me observó de arriba a abajo sin ninguna expresión convincente en el rostro. Solo me miraba en silencio, como si me estuviera analizando. Me había esperado, por un breve momento, que comentara si le gustaba lo que había hecho con mi pelo, o con mi ropa, pero esa posibilidad se desvaneció al instante.

—¿Y bien?, ¿no dirás nada? —preguntó Sam irritada al ver mi expresión.

Scott frunció el ceño y levantó la mirada, como si se hubiera perdido en la conversación. Me miró a mí y me obligué a apartar la mirada. Realmente su mirada intimidaba.

—Estás... —fue bajando el volumen—. Bien.

El cumplido del siglo.

—¿Bien? ¡Menudo novio! Anda, bésala.

De repente de quedé paralizada.

—¿Eh?

—¡Sí, beso! —Hannah se puso a dar saltitos.

Como si corroborara, Adam empujó a Scott, que quedó delante de mí, plantado con incomodidad semejante a la mía. Miré de reojo a Matt que me sonreía de manera extraña. No quería besarme con otro delante de él, ¿qué iba a pensar si lo hacía?

Estaba a punto de decir que no era necesario un beso, cuando noté los labios de Scott sobre los míos.

Me quedé paralizada durante la milésima de segundo en que sus manos me cogían de las mejillas y sus labios estaban sobre los míos. Luego se separó como si no pasara nada. Había sido tan rápido que apenas me había dado cuenta de que había sucedido. Miramos a los demás casi esperando su aprobación.

—Vaya mierda de beso —dijo Adam con una mueca.

CAPÍTULO 4

Conocerte

Iba caminando por la calle oscura sola mirando mis pies moviéndose con las pesadas botas oscuras que me compró mi tío hacía ya dos años. En una mano llevaba una bolsa con la medicación de mi madre. La otra intentaba encontrar el calor que proporcionaba el bolsillo de mi abrigo. Solo podía pensar en lo reconfortante que sería volver a casa y sentarme delante de la pequeña estufa de mi habitación.

Un fuerte golpe hizo que me detuviera justo en la entrada de un callejón. Me detuve a observar la oscuridad alumbrada por una sola farola medio fundida que apenas iluminaba más que la luz de la Luna. En el fondo del callejón había una silueta apoyada en el muro con la espalda. Vi el humo saliendo de su boca, o quizá solo era el vaho del frío. Por un momento, decidí dar la vuelta e irme antes de que me viera. Todo indicaba que acababa de golpear el contenedor con el puño, ¿y si yo era el siguiente objetivo? Pero me quedé un segundo más y me di cuenta de que conocía a ese chico.

Me acerqué a él con paso vacilante y me detuve a un metro de distancia de seguridad. Él ni siquiera levantó la mirada. Vi cómo su espalda se tensaba mientras se pasaba una mano por el pelo y soltaba una maldición.

—¿Scott? —pregunté viendo la mata de pelo oscura que solo podía pertenecerle a él.

Él levantó la vista de golpe y me llevé las manos a la boca, horrorizada. Su pómulo y su mandíbula estaban amoratados y tenía un corte en el labio que ya se había limpiado, pero desde luego era reciente, el labio todavía estaba hinchado y rojo intenso. Lo pude

notar a la perfección a pesar de la oscuridad que se cernía sobre nosotros.

Mi primer impulso fue empezar a correr —¿y si se había metido en una pelea y volvían a por él?—, pero no podía dejarlo así. Y eso que sabía que, de haber sido al revés, solo habría sido una razón más para reírse de mí en los pasillos del instituto. Me dije a mí misma que yo no tenía que ser así. Después de todo, desde que habíamos empezado el curso había parado de molestarme, y desde la propuesta había cierta cordialidad entre nosotros.

Se me encogía el corazón de solo verlo ahí de pie solo después de haber recibido esos golpes. Simplemente no podía dejarlo.

Corté la distancia de seguridad que había mantenido al principio y vi cómo se tensaba mirándome fijamente con ojos vidriosos. Mi cara debía ser de completo espanto porque me temblaban hasta las manos.

—Dios mío —susurré—, ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Pero él, en lugar de responder, giró la cabeza hacia un contenedor viejo que había a unos cuantos metros y apretó los labios. Algo en mi interior se retorció cuando me di cuenta de que estaba tratando de no llorar. O eso me pareció. Por un momento no recordé que se trataba de Scott Danvers, el chico que había estado riéndose de mí tantos años, y me entraron unas ganas intensas de abrazarlo con fuerza.

Cuando creía que no respondería, que había ido demasiado lejos, susurró algo que me dejó peor de lo que ya estaba:

—Mi padre.

Estuve unos segundos conteniendo la respiración. De alguna forma estaba confiando en mí. Y yo pensando en irme y dejarlo ahí tirado... Qué miserable era.

Me acerqué a él y alargué el brazo. Cuando toqué su cara con la punta del dedo, él se tensó completamente, pero no me apartó. Con sumo cuidado para no hacerle daño y mi corazón en un puño, giré su rostro hasta que me volvió a mirar a los ojos. Ahora esa mirada

ya no intimidaba, eran dos pozos sin fondo. El azul estaba apagado. De alguna forma, eso fue peor que cuando me miraba con mala cara.

¿Cómo podía hacer un padre algo así a su hijo? ¿Cómo podía ser capaz? Me sentía impotente y aún peor que antes por no poder ayudarlo.

—No me mires así, Jessica.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre completo. O por mi nombre, simplemente. Sin utilizar ningún apodo estúpido.

—¿Quieres que pida un taxi para que puedas ir a casa?

—Lo último que quiero es ir a casa, la verdad.

La verdad es que había sido algo estúpido preguntar.

Asentí con la cabeza una sola vez, sin saber qué hacer.

Así que, con la sonrisa más forzada de toda mi vida, extendí la mano hacia él, como si le pidiera que me la tomara.

—¿Sabes qué es lo que más me anima en cualquier momento? —pregunté—. Un helado de la heladería del parque.

Vi como un atisbo de sonrisa cruzaba su rostro y me sentí mucho mejor.

—¿Eres consciente del frío que hace? —preguntó.

—Cambiaré la respuesta, entonces. ¿Sabes qué es lo que más me anima en cualquier momento? Hacer feliz al señor que vende helados en el parque, vamos, ¿quién compra helados con esta temperatura?

—Los locos.

—Exacto. Vamos a hacer feliz a ese hombre, y su felicidad se impregnará en nosotros, y todos seremos felices, ¿qué me dices? No es tan estúpido como suena, en serio.

Él me cogió la mano después de vacilar un segundo y empezamos a andar hacia el parque en silencio. No soltó mi mano en ningún momento. La tenía helada.

Llegamos al parque y pedimos dos helados de chocolate. El hombre pareció sinceramente feliz de tener clientes. Nos sentamos silenciosamente en el césped del parque, delante de nosotros se

encontraba el lago y nos alumbraban unas cuantas farolas encendidas. Empecé a devorar mi helado. Los dientes me castañeaban por el frío de este, y podía estar segura de que los de Scott también lo hacían, pero ninguno de los dos se quejó.

—¿Verdad que reconforta? —pregunté al cabo de casi dos minutos de silencio.

Lo último que creí hacer esa noche era estar sentada en un parque, de noche, con Scott Danvers.

—La verdad es que sí —admitió con una sonrisa.

Lo había visto sonreír pocas veces.

—Deberías sonreír más a menudo —comenté mirándolo, aunque su mirada estaba perdida en el lago. Su cabeza se giró y me miró divertido.

—¿Por qué?

—Conquistarías a más chicas, te lo aseguro —¿eso lo había dicho o lo había pensado?—. Quiero decir, eso de estar siempre serio... Aleja un poco a la gente.

—A mí no me molesta que la gente se aleje, la verdad.

—Todos necesitamos sentirnos amados, Scott.

—Yo no.

—Vamos, podrías tener a la chica que quisieras si no pusieras esta cara —imité su cara, a lo que rio— todo el tiempo.

—¿Para qué? Se supone que tengo novia.

Puse los ojos en blanco riendo mientras hundía la cuchara en mi helado.

—¿No te estás preguntando qué ha pasado? —preguntó, confundido.

—La verdad es que sí, pero no quería ser entrometida... —murmuré, sin poder contenerme más tiempo—. Tus asuntos son tus asuntos y yo..., ¿qué ha pasado?

Esbozó una sonrisa por unos segundos.

—Cogí su coche. Se lo rayé en una columna y se ha vuelto loco. Bueno, ya lo estaba. Pero lo demuestra más en unas ocasiones que en otras.

Soltó una risa amarga.

—¿Desde cuándo te pasa eso? —pregunté suplicando en mi interior no estar pasándome de curiosa.

Él meditó unos segundos.

—Desde los diez años —dijo finalmente.

Irremediablemente me vino a la cabeza la imagen de Scott con diez años mientras su padre le daba una paliza. Era demasiado horrible.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente señalando mi bolsa.

—¿Esto? La medicina de mi madre —respondí distraídamente, alejando las oscuras imágenes de mi subconsciente.

—¿Está enferma? —levantó las cejas.

—Casi nadie lo sabe —lo miré acusadoramente—. Así que tienes que prometer que no lo dirás a nadie. —Extendí el dedo meñique—. Promesa de meñique.

—¿Qué?

—Promesa de meñique —cogí su mano e intenté ignorar la sangre seca de sus nudillos. Hice que sacara el meñique y lo enredé con el mío. Él me miraba divertido y perplejo a la vez—. Promételo.

—Solo si tú prometes no contar lo mío —sentenció.

—Está bien. Prometo no contar a nadie lo de tu padre.

—Y yo prometo no contarle a nadie lo de tu madre. Sea lo que sea.

Separé su mano de la mía.

—Tuvo leucemia hace unos años. Tienen miedo por una posible recaída. Ahora está bien, pero siguen medicándola —dije finalmente.

Él me sostuvo la mirada unos segundos. Luego apartó los ojos hacia otro lado, como si no supiera qué decir.

—Lo siento.

Nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que se ofreció a llevarme a casa y acepté.

• • •

Cuando llegamos a la mesa del fondo, después de que obligara a Scott a sentarnos un rato con mis amigas, él y yo nos sentamos en

nuestros sitios del día anterior. Todos se quedaron en silencio al ver a Scott, menos Sam, Hannah y otra chica pelirroja a la que no conocía, que seguían hablando en voz baja, ajenas a los demás. El primero que se atrevió a hablar fue Erik:

—¿Qué te ha pasado?

Scott se quedó en blanco mirando a su amigo sin saber muy bien qué decir. Lo vi dudar unos segundos hasta que abrió la boca y pareció que iba a decir algo, pero la volvió a cerrar. Una parte de mí se accionó y salí en su ayuda.

—Anoche estuvimos juntos. Después me acompañó a casa y por el camino encontramos a unos tres chicos que intentaron robarme el bolso, pero él me defendió —me sorprendí a mí misma mintiendo fácilmente bajo la atención de toda la mesa.

Hubo un silencio sepulcral en el que todos me miraban confusos, incluso Scott. Pero la mirada que más me avergonzaba era la de Matt, que parecía estar disfrutando de la situación con una sonrisa extraña plasmada en los labios. Pero era tan guapo de todas formas...

—¿Pudiste con todos? —Adam soltó un bufido—. ¡Toma ya! ¡Les dio una buena patada en el culo a esos niñatos! ¡Ese es mi colega! —finalizó levantando la mano plana, que Scott chocó.

Él me sonreía agradecido. Sonreí de vuelta hasta que volví a pillar a Matt mirándome desvergonzadamente. Tenía una mano en la barbilla, que se rascaba, y también el ceño fruncido. Casi podía jurar que estaba analizándome para ver si estaba mintiendo. Le sostuve la mirada a esos ojos miel unos segundos hasta que Sam me cogió del brazo y la miré a ella, casi aliviada.

—Vamos al cuarto de baño —dijo mientras todas las chicas de la mesa se levantaban, arrastrándome con ella.

—¿Quieres que te formule una cuestión irresoluble? —preguntó Adam a Erik lanzándole una patata frita.

—¿Ser o no ser? —se burló este.

—No, idiota —Adam sonrió—. ¿Por qué las chicas no van al baño solas?

—¿Por qué?

—¡Porque tienen miedo de que les salga un dementor de la taza! —exclamó riendo solo. Los demás lo miraban enarcando una ceja—. Oh, vamos, ¿Harry Potter? ¿No? ¿En serio?

Seguí a Sam, que todavía me cogía del brazo, hasta los lavabos de las chicas. Al entrar vi una pobre chica de segundo curso lavándose las manos que se quedó pálida al vernos. Sam la miró con una ceja enarcada. Cuando vio que no se iba a ir, hizo un gesto hacia la puerta y la chica obedeció sin rechistar, todavía con jabón en las manos. Sam lo ignoró por completo y sacó de su mochila púrpura el maquillaje que contenía. Empezó a maquillarse mientras Hannah se sentaba en la encimera y la desconocida se apoyaba en ella. Yo me quedé de pie mirándolas.

¿Para eso me había arrastrado? ¿Para ver cómo se maquillaba? Menuda bobada.

—Ah, esta es Chloe, Jess —dijo Sam—. Esa es la novia de Scott, C.

—Oh —la tal Chloe me examinó con sumo interés.

—Bueno, chicas, ¿qué opináis de lo mío con Matt?

Me quedé pálida mientras veía como las demás buscaban en sus mentes respuestas que no decepcionaran a Sam.

—Hace unos días que intento que venga a casa, le guiño el ojo, sacudo la minifalda... ¡E incluso llegué a llamarle, y ya sabéis que yo nunca llamo a un chico, pero no me respondió! —Hannah y Chloe soltaron un grito ahogado tan exagerado que casi me eché a reír—. Ya no sé qué hacer... Creo que no le gusto...

—¡Claro que le gustas! —se apresuró a responder Chloe con voz chillona.

—¡Sí! ¿Cómo no le vas a gustar, Sammy? Eres divina —añadió Hannah enseguida, sin querer quedarse atrás.

Sam dejó de maquillarse y encontró mi mirada a través del espejo. Me encogí en mi sitio. Había estado tan ocupada sin reír que se me había olvidado alabarla.

—¿Tú qué crees, Jessie?

—Jess —corregí, a lo que Hannah y Chloe intercambiaron miradas.

—Jess, Jessie... Lo que sea, ¿qué más da? —empezó a esconder sus cosas en el neceser—. Pero, dime, ¿qué crees tú?

—¿Yo?

¿Y yo qué sabía? Hacía dos días que me sentaba en el mismo lugar que ellos en la cafetería. Lo que sí sabía era que, en todo el tiempo que había estado con ellos, Matt no había mirado a Sam ni una sola vez. Lo sabía muy bien, porque yo sí lo miraba a él. Supuse que el interés no era mutuo, pero no me atreví a decírselo directamente a Sam, que parecía esperanzada en cierto modo. Decidí camuflar un poco la verdad.

—Creo que no deberías preocuparte tanto por Matt —dije, encogiéndome de hombros—. Quiero decir... Hay muchos chicos en el mundo como para centrarte solo en uno. Porque no sales con él, ¿no?

—Ojalá —suspiró.

Menos mal...

—Entonces, olvídate de él e inténtalo con otro chico que te guste.

Un silencio incómodo se formó en el pequeño cuarto. Hannah contuvo la respiración. Estaba claro que no solían decirle lo que realmente pensaban a Sam, aunque yo tampoco lo había hecho. Lo único que había hecho había sido alejar un poco a Sam de Matt, ¿y si lo de la propuesta con Scott funcionaba? No quería tener que pelearme con ella después.

—Quizás tengas razón —Sam se encogió de hombros. Hannah soltó el aire que retenía mientras Sam guardaba todo el maquillaje en su mochila morada—. Por cierto, mañana Harry Stinson da una fiesta en su casa. Estás invitada.

¿Invitada, yo? ¿A una fiesta?

—Vamos.

Todas seguimos a Sam como sus sombras hacia nuestras respectivas clases.

CAPÍTULO 5

Fiesta y problemas

Parecía mentira lo rápido que me habían aceptado. Creía que realmente les resultaría difícil aceptar una chica normalucha como yo entre ellos. Sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría solo me conocía porque el año anterior había dado con la pelota en la cara a la profesora de gimnasia y me habían expulsado dos días por pensar que había sido a propósito —era torpe con los deportes, era mejor no darme un balón— o, simplemente, no me conocían ni les sonaba mi cara.

Y, sin embargo, ahora me encontraba arreglándome para ir a la fiesta de un tal Harry, de otro instituto, al que no había visto en mi vida.

Había preguntado a Kia y a Jules si les apetecía venir. Kia era contraria a beber, bailar, fumar, y cualquier cosa que no pudieras hacer dentro de un aula con un profesor delante. Jules estaba castigada por haber suspendido biología. Así que eso me dejaba sola con Scott y sus amigos. Por lo menos, habían venido a ayudarme a vestirme.

—A mí me gustas así —opinó Kia cruzándose de brazos sentada sobre mi cama.

—Bueno, quizás si sonrieras y quitaras esa cara de muerta —intervino Jules, que caminaba por la habitación tirando la ropa de un lado a otro.

Me miré en el espejo posando para mí misma. Llevaba una sencilla falda negra con una blusa azul. Lo cierto era que no me había arreglado demasiado. Tampoco creía que la gente fuera a ir demasiado arreglada a la fiesta de ese tal Harry.

—¿Para quién se habrá puesto tan guapa? —preguntó Jules sonriendo pícaramente.

—Para el papa, no te jode —le guiñé un ojo a través del espejo.

—Ponte unos tacones, aunque sean bajitos —sugirió Kia.

—Pero...

—Nada de zapatillas, Jess.

—¡Estoy unida a mis zapatillas! No puedo traicionarlas de esta forma, profanando mis pies con tacones...

Que los tacones y yo éramos enemigos era un hecho, ya que no sabía llevarlos. Y cuando decía que no sabía llevarlos, era porque realmente parecía una ballena mareada.

—Bajitos —repitió Kia viendo mi expresión.

Me puse unos tacones negros y me senté en la cama mientras Kia hacía esfuerzos para dejarme maquillada decentemente y Jules le iba diciendo que lo hacía mal. Hice lo que pude para no pestañear demasiado, tener la cabeza levantada y no reír mientras me colocaba a ciegas los tacones.

Cuando escuché a mi madre abriendo la puerta, dudé unos segundos. ¿Podía ser...? No, no podía ser. Se suponía que me iba a esperar donde cada mañana. Scott no podía haber subido. Se lo había pedido expresamente. No quería que se cruzara con mi madre, aunque lo cierto era que hoy se había tomado su medicación y estaba bastante bien... Vi que mis amigas también se quedaban escuchando atentamente.

—Ah, hola, Scott —escuché a mi madre.

Casi tan rápido como yo, Kia y Jules saltaron de la cama y empezamos a correr por el pasillo —yo iba con tacones y casi me caí — hasta llegar a la entrada, donde vi a Scott riendo con mi madre. Ambos levantaron la vista y se nos quedaron mirando. Kia y Jules revisaban a Scott una y otra vez con las miradas. Él no pareció notarlo. Miré a mi madre fijamente, esperando que no hubiera hecho nada de lo que pudiera avergonzarme. Estaba algo adormilada por el medicamento, pero por lo demás estaba bien. Un día bueno. Mañana quizás no se acordara de esto.

Él iba vestido con pantalones vaqueros gastados, una camiseta sin mangas grises y su cazadora de cuero sobre los hombros. Había hecho bien en no arreglarme.

—Scott ha venido a buscarte —mi madre me informó de lo evidente.

—¿Vamos? —preguntó Scott claramente divertido por la situación.

—Adiós —dije, pero mis amigas solo balbucearon algo parecido a una despedida antes de que cerrara la puerta a mis espaldas. Ellas se encargarían de mi madre esa noche.

Me metí en el ascensor con él a mi lado. Lo miré de reojo. Seguía con esa estúpida sonrisa en el rostro. Me daban ganas de quitársela con un golpe. ¿Por qué no me había hecho caso?

—¿No habíamos quedado fuera? —pregunté irritada.

—¿Y perderme este momento tan entretenido? —sonrió aún más mirándome—. De eso nada.

Puse los ojos en blanco mientras salíamos del ascensor. En la acera había una Harley aparcada. Nada más llegar al vehículo, mi piel se puso de gallina sintiendo la ráfaga de aire frío sobre mis brazos desnudos. Casi como si lo hubiera dicho, noté algo sobre mis hombros y vi a Scott dejando su cazadora.

—¿No has cogido chaqueta? Te podrías resfriar —replicó.

—Sí, papá.

Negó con la cabeza, subiendo en la moto.

—Me preocupa más la falda, la verdad.

Pareció darse cuenta de que llevaba falda cuando clavó los ojos en mis piernas. Los detuvo ahí más tiempo del estrictamente necesario, hasta que me removí incómoda. Él se aclaró la garganta, rascándose la nuca.

—No se te verá nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaré tapándolo todo con mi cuerpo, vamos, no dejaré que nadie te vea nada más de lo necesario.

—¿Seguro?

Vi que estaba a punto de perder la paciencia cuando enarcó una ceja.

Cuando lo miré mientras arrancaba el motor, me di cuenta de que era la primera vez que lo veía con los brazos al descubierto, y los tenía casi completamente cubiertos de tatuajes oscuros y confusos. Le daban un aspecto aún más intimidante del que ya tenía de por sí.

—¿Te gustan? —preguntó al percatarse de que los estaba mirando. Noté un deje de burla en su tono de voz.

Iba a preguntar qué significaban, pero no quería ser entrometida en su vida, así que le dije lo primero que se me ocurrió:

—¿No tendrás frío así?

Él me dedicó una sonrisa sugerente.

—Si me abrazas no lo tendré.

Di gracias a Dios porque era de noche y no se podía ver el rubor de mis mejillas. Avancé hacia la moto y subí detrás de él. Me agarré al borde del sillín y encontré su mirada a través del retrovisor. Aparté la mirada de inmediato, fingiendo que no había ocurrido nada, aunque me pareció detectar una leve expresión de exasperación en su rostro.

Avanzó lentamente. Ese día estaba raro. Conducía más despacio de lo habitual, es decir, como debería conducir normalmente para respetar las leyes de tráfico. La carretera empezó a perderse bajo mis pies. Sentía una especie de hormigueo en el estómago. Debían ser los nervios de la fiesta. Nunca había ido a una sin Jules o Kia. Me sentí expuesta de alguna forma. Ninguna de ellas iba a estar ahí esa noche para echarme una mano si la necesitaba.

Mis brazos se soltaron, sin que me diera cuenta, del sillín y noté la fina tela de su camiseta bajo mis dedos cuando pasé los brazos por su abdomen. La moto se ralentizó suavemente en ese momento y toda su espalda se tensó bruscamente. Pero no podía evitarlo. Entrelacé mis dedos en su estómago y apoyé la mejilla en su espalda cerrando los ojos.

¿Qué me pasaba?

Quizás era que Scott me estaba empezando a caer lo

suficientemente bien como para confiar en que no me sacaría de la carretera si me agarraba a él. Lo cierto era que el viaje fue más cómodo que estar agarrada a algo tan delgado como el borde del sillín.

Casi no me di cuenta de que llegamos a la casa del tal Harry. Estaba rodeada de vehículos mal aparcados en su acera y la de enfrente. En el césped de la enorme casa estaban algunas personas bebiendo o bailando, o enrollándose, aunque en las últimas no me fijé demasiado. Formaban un grupo que se extendía hasta la puerta de la casa, en esos momentos abierta de par en par, ya que la gente no paraba de entrar y salir con vasos en la mano.

Bajé de la moto y Scott me cogió de la mano. Ya casi lo hacíamos por costumbre. Avanzamos hasta la entrada abierta y nos metimos en la casa. En algún momento había sido una casa lo suficientemente grande y bien decorada como para que yo me sintiera intimidada. Sin embargo, todos los muebles habían sido retirados y ahora solo quedaban los de la cocina, donde un chico que servía bebidas los utilizaba. La música puesta a un volumen extremadamente fuerte hizo que me retumbaran los tímpanos y temblara el suelo. ¿Acaso ese tal Harry no tenía vecinos? Porque debían estar contentos con él.

—¡La parejita! —escuché gritar a Adam cuando se acercó con una copa en la mano, claramente borracho.

—¡Has venido! —exclamó Hannah cuando me vio llegar, todas las demás, que acostumbraban a sentarse en la mesa de Scott, la seguían con la excepción de que Sam estaba ausente—. Tenemos que ir a bailar una canción.

—Qué ilusión —ironizó Abby.

La contemplé unos momentos, algo sorprendida. Ella me dirigió una mirada que derrochaba desprecio y se dio la vuelta, perdiéndose entre la multitud. No se me pasó por alto la mirada que le echó a Scott por el camino, aunque él ni siquiera pareció percatarse.

—¿Qué le pasa? —pregunté en el oído a Hannah.

—Está colada por tu chico.

Eso explicaba muchas cosas.

La noche pasó volando. Había estado bailando casi todo el rato con Hannah y Chloe. Por un momento incluso se me olvidó que Kia y Jules no estaban. Al cabo de una hora se había unido Sam, que por lo visto me había hecho caso con lo de buscar otros chicos y había estado ocupada con Harry, el dueño de la casa. Cuando entró en detalles de lo que había estado haciendo, me encargué de ir a la cocina, donde Scott y Adam estaban riéndose mientras Erik se tambaleaba de un lado a otro. Al volver, Sam había vuelto a desaparecer. Bebí hasta que estuve en ese término en el que no ves nada borroso ni te tambaleas, pero eres más valiente de lo que acostumbras a ser.

—¡Voy a por otra cerveza! —le grité a Hannah por encima del ruido de la música, que parecía estar cada vez más alta.

—¡Vale!

Cuando me acerqué de nuevo a la cocina tenía las mejillas algo sonrosadas y el pelo se me pegaba en la nuca. Al salir de la mezcla de gente que había en el centro del salón respiré aliviada. Al entrar en la habitación, noté un dedo golpeando mi hombro. Me giré y el corazón se paralizó al ver a Matt con una sonrisa despreocupada en su rostro.

No recordaba que él había estado ahí todo el rato. Ni siquera lo había visto.

—¿Quieres sentarte un rato conmigo?

—Eh..., claro.

Tragué saliva y lo seguí con la bebida en la mano, que temblaba descontroladamente. Esperé que no lo notara. Llegamos a un sofá de cuero marrón donde se acomodó y dio unas palmaditas a su lado para que me sentara. Creo que nunca me había sentado tan rígida. Tomé un sorbo de la cerveza, sintiéndola más amarga que nunca y lo miré, esperando a que dijera algo. Sus ojos de color miel me inspeccionaron durante un momento de incómodo silencio incluso dentro de todo el ruido de la fiesta. Después de lo que pareció una eternidad, preguntó:

—¿Qué tal con Scott?

Vaya, esa era la última que esperaba.

—Bi... Bien —tartamudeé.

Las palmas de mis manos estaban húmedas por el sudor. Tuve que coger el vaso con ambas para que no se me resbalara. Qué asco. No quería darle esa impresión la primera vez que hablara con él. Tenía que ser perfecto.

—Me alegro —apoyó los brazos en el respaldo del sofá, de forma que sentía su antebrazo en mi espalda—. No sé qué haces con él, pero me alegro de que salgáis, porque hacía tiempo que no lo veía tan feliz.

Me sentí alagada aunque probablemente no tuviera nada que ver con su felicidad ya que no era su novia real. Le di un trago a la bebida, esta vez con decisión.

—Quiero decir, como nunca trae chicas para que las conozcamos...

—¿Nunca?

—No en el sentido en que ha traído a ti.

Mi mente tardó en entender lo que me intentaba decir. Me puse roja al momento y él pareció querer contener una carcajada. Oh, no, no podía empezar a reírse de mí. Tenía que parecer más firme. Aparté la mirada para respirar un momento y recomponerme.

A través de la gente encontré a Scott en un rincón riendo animadamente con Adam y Erik. Su cabeza se ladeó como si me hubiera percibido y nuestras miradas se encontraron. Mi boca quedó seca cuando vio a Matt conmigo y frunció el ceño. Luego volvió a la conversación porque Adam le había preguntado algo.

Volví a centrarme en Matt, esperando parecer un poco más normal esta vez.

—Bueno, desde Stacy..., pero no quería hablar de eso —siguió Matt.

—¿Stacy? —fruncí el ceño.

—Sí, pero...

—¿Quién es Stacy?

Por un momento, se me olvidó que estaba hablando con Matt. ¿Quién demonios era Stacy? No había ninguna chica en el instituto con ese nombre. O yo no la conocía, que también era posible.

—Solo una chica que vino algunas veces con nosotros.

—¿Y de qué la conocía Scott?

Matt pareció levemente irritado.

—¿Importa mucho?

Parpadeé sorprendida. Vaya, no había querido molestarlo. Él se aclaró la garganta y enseguida sonrió.

—Perdona, estas fiestas no me gustan y me pongo algo irritable —se encogió de hombros y su sonrisa funcionó a la perfección, porque me quedé embelesada al instante.

—No te preocupes.

Abrió la boca para seguir hablando, pero me di cuenta de que todo el mundo se había quedado en silencio. Intenté ver lo que pasaba y lo primero que vi fue a unos tipos vestidos de cuero entrar por la puerta del salón con tan solo el ruido de la música de fondo, la cual había disminuido notablemente. Eran cuatro e iban encabezados por uno rapado con la nariz torcida en un ángulo extraño, como si se la hubiera roto alguna que otra vez y que además sonreía ampliamente. La gente se apartaba para que pasara.

—Vaya, vaya —dijo el de la cabeza pelada—. Bonita fiesta. Es una lástima que no nos hayan invitado.

Dirigió una mirada elocuente al que identifiqué como Harry, que ahora estaba pálido en un rincón, mirándolos como si viera un fantasma.

—Ha habido un problema con nuestras invitaciones —le espetó uno de los chicos que iban detrás de él.

—Yo... Yo pensé... No sabía —empezó a murmurar Harry, aterrorizado.

—Las excusas ya no valen, ahora el daño ya está hecho —dijo el cabecilla sin ni siquiera mirarlo. Miró a su alrededor con gesto sorprendido—. Menuda casa. Aquí tiene que haber una fortuna en

muebles y oro, ¿no es así? Mira esto.

Su mano se posó en un mueble y cogió un jarrón blanco que había en él. Lo miró con detenimiento, como si fuera lo más bonito que había visto en su vida. Harry palideció aún más y se abrió paso hasta quedar lo más cerca de él que podía estar sin que su seguridad se viera afectada.

—Eso no, suéltalo, Mike, por favor —suplicó—, es de mi abuela, por favor, es lo que nos quedó de ella. Por favor. Suéltalo.

—¿No quieres que me lo lleve? —preguntó, fingiendo preocupación.

—No, no, no, por favor. Por favor, no te lo lleves. Era de mi abuela...

—Eso ya lo has dicho. Entonces, no puedo llevármelo... Pero, entonces, ¿cómo se me pasará el enfado? No me has invitado a tu fiesta. Y a mis amigos tampoco, ¿acaso me equivoco?

—Mike, por favor...

—Suplícame.

Harry miró un momento a su alrededor, avergonzado. Todos lo estaban observando. En ese momento, en lo último que pensaba nadie era en si se pondría en ridículo o no.

—Por favor, te lo suplico...

Eso pareció divertir a Mike, porque una siniestra sonrisa se posó en sus labios.

—En las fiestas las cosas se rompen —dijo antes de empujar el jarrón hasta que cayó al suelo, haciéndose añicos.

Harry se quedó quieto, mirando el desastre con el espanto en los ojos.

Entonces la mirada de Mike pasó hacia otro punto de la habitación. Sonrió ampliamente cuando encontró su próximo objetivo. Me puse de pie inconscientemente.

Scott.

—¡Pero mirad a quien tenemos aquí! —exclamó fingiendo entusiasmo—. Nuestro querido amigo Scotty. Apuesto a que tú sí me habrías invitado a una fiesta, ¿a que sí?

Scott no dijo nada. Si antes el silencio era tenso, ahora lo era el triple. Nadie decía nada. Parecíamos contener la respiración todos mientras ellos dos se miraban entre ellos.

—Me han dicho que tienes novia —replicó Mike al no obtener ninguna respuesta—. Tengo mucha curiosidad por conocerla. Ya sabes, tenemos gustos parecidos, ¿no es así?

Scott apretó la mandíbula hasta que se le marcó un músculo. Aún así, permaneció en silencio. Iba a lanzarse sobre él de un momento.

—Así que es mentira —Mike sonrió más ampliamente—. Odio a los mentirosos. Y mis amigos también. ¿Verdad, chicos? Dime, Scotty, ¿sabes lo que le hacemos a los mentirosos?

Casi instantáneamente empecé a mover las piernas entumecidas y avancé hasta llegar entre Scott y Mike. Notaba todas las miradas sobre mí. Pero no quería que Scott se metiera en una pelea con todos esos chicos. Lo matarían. Además, él todavía llevaba cardenales en la cara de su última pelea con su padre.

—No es ningún mentiroso —salió de mi garganta. No se notaba el temor que sentía—. Su novia soy yo.

Mike me miró de arriba a abajo. Otro silencio tenso en el que los amigos de Mike se miraron entre ellos, como preguntándose qué debían hacer. Este se rompió cuando el rapado estalló en una sonora carcajada.

—¿Esta? —preguntó sin dejar de reírse—. ¡Si tiene más huevos que tú! Joder, Scotty, vale, tiene carácter pero guapa... No sabía que te gustaran ese tipo de chicas. Oh, vamos. Tú última novia estaba muchísimo más buena, y la chupaba muy bien, no sé si lo llegaste a comprobar —dejó de reír aunque seguía sonriendo. Entonces me habló a mí—. Dime, bonita, ¿qué opinas tú? No te preocupes por él, está más que acostumbrado a que lo engañen con otros. Quizá con una buena sesión te quitaría esa cara de amarga...

No terminó la frase.

Mi mano le dio de lleno en la mejilla.

Se quedó helado unos segundos hasta que me volvió a mirar. Yo

tampoco supe muy bien qué hacer. ¿De dónde había salido eso? Noté la palma de la mano escociendo y mi corazón más acelerado de lo normal. ¿Qué había hecho?

En menos de una milésima de segundo, su mirada furiosa quedó oculta por su mano levantándose y el dorso de esta golpeándome en la boca con tal fuerza que choqué con el pecho de Scott con la espalda. Este me sujetó enseguida.

—Perra —gruñó Mike.

Su mano se levantó de nuevo y me cubrí el rostro con las manos, aterrorizada. Aunque el golpe nunca llegó porque algo lo había interceptado. Aparté los dedos lo justo para ver entre ellos y vi la mano de Scott agarrando el puño de Mike. El otro brazo de Scott hizo que me apartara de ellos y me colocara justo detrás de él.

—A ella no —gruñó Scott.

Mike retiró su puño y lo dirigió a la mandíbula de Scott, justo donde tenía el golpe de su padre. Scott se agachó y el puño que tenía dio de lleno en la barriga a Mike, haciéndolo retroceder, sorprendido. No debía estar muy acostumbrado a que se le enfrentaran. Scott se volvió a levantar en posición de ataque, esperando a que el rapado se acercara. Aunque no lo hizo.

—Te arrepentirás de esto —dijo el cabeza pelada antes de mirarme a mí con desprecio—. Y tu novia entrometida también.

Después de lo que pareció una eternidad, se dio la vuelta y empujó a un chico fuera de su camino mientras sus amigos lo seguían. Noté el sabor a sangre en la boca, aunque decidí no tocarlo para no asustarme. Todos se habían quedado en silencio; especialmente Harry, que contemplaba el jarrón roto. Sentí lástima por él.

Noté una mano en mi mentón levantándome la cabeza. Tragué saliva cuando vi a Scott revisando mi boca con el ceño fruncido. Parecía furioso.

—¿Estás bien?

—Sí.

No pareció muy convencido. Con la punta del pulgar acarició la

parte de abajo de la herida y retiró la mano. Al frotarse los dedos me di cuenta de que me había quitado la sangre del labio. Me cogió de la mano todavía mirándolo.

—Vámonos de aquí.

No parecía dispuesto a discutirlo, así que me limité a seguirlo mientras salíamos de la casa. Cuando me crucé con Hannah, esta sonrió a modo de apoyo. Mientras que Sam tenía una mueca por mirar a Harry, que sollozaba contra los restos del jarrón. Cuando salimos, él saltó encima de la moto y la arrancó. Subí tras él y me abracé a su abdomen mientras arrancaba bruscamente. Cerré los ojos aterrorizada de lo rápido que iba. Al levantar la vista de nuevo vi mi casa a unos preciosos metros de distancia.

—¿Está tu madre? —escuché que preguntaba.

—No.

Ella nunca estaba. Solo esperaba que se hubiera tomado la medicación.

Bajó de la moto tirando de mi codo hasta el ascensor. Subimos en silencio hasta mi casa. Me temblaban tanto las manos por su expresión de furia que no fui capaz de acertar con la llave. Exasperado, me la arrebató y abrió la puerta él mismo.

En el interior de la casa vi como buscaba con la mirada y entraba en el cuarto de baño, de donde salió con lo necesario para curarme el labio.

—Siéntate —ordenó.

Me senté en el sofá con él a mi lado. Estaba tan quieta que parecía una estatua.

Vi como ponía algo en algodón y luego en la herida que había en mi labio inferior. Puse una mueca. Él apretó los labios, mirándome.

—¿Te duele mucho?

—No. Solo escuece.

—Eso quiere decir que se cura.

—No digas eso. Me recuerdas a mi abuela cuando me curaba las heridas de pequeña y me llamaba Jennifer, como a mi prima.

Él sonrió un poco. La sonrisa se desvaneció al instante.

—No deberías haber dado un golpe a Mike —dijo finalmente.

—Tú también lo hiciste.

—Pero es diferente.

—¿Por qué?

—Porque te estaba defendiendo.

Nos quedamos en silencio. Tenía la mirada clavada en mi labio inferior mientras seguía poniendo el algodón mojado en él.

—Mañana vamos al parque de atracciones Adam, Matt, Erik, las chicas y yo. Les he dicho que iríamos —cambió de tema claramente incómodo por lo último que había dicho—. Si no quieres...

—No, claro que iré —sonreí, pero más bien salió una mueca extraña.

—Está bien.

Terminó de curarme el labio y se separó con los ojos todavía en la herida.

—Esto ya está —me miró por un momento sin saber qué decir, después, sin mirarme se levantó—. Nos vemos mañana.

Se marchó sin mirar atrás. Justo cuando me di cuenta de que seguía llevando su cazadora sobre los hombros.

CAPÍTULO 6

Montaña rusa

Hacía casi media hora que dábamos vueltas por el parque sin subir a ninguna atracción, cosa que agradecía internamente ya que yo no era muy partidaria a subir a una máquina que te subía y te bajaba a toda velocidad por unos raíles. Los chicos iban delante, excepto Matt, que hablaba con Sam detrás de Hannah, Chloe y yo. Los miraba de vez en cuando de reojo; Sam hablaba todo el rato, mientras que Matt parecía mirar las atracciones con poco interés. Estaba tan guapo como siempre incluso con el gesto algo aburrido que tenía en ese momento.

—Por cierto, ¿sabes que dicen por ahí que Scott te está pegando? —Hannah irrumpió en mis pensamientos.

La miré anonadada. Lo había dicho como si nada.

—¿Me estás vacilando?

—No —Hannah señaló con su dedo a mi labio magullado que había intentado ocultar con un poco de pintalabios—. Todos dicen que por eso Scott no trae nunca novias, porque les pega y tú... Bueno, dicen que te da pena como para dejarlo.

—¿Y tú te lo crees? —pregunté, algo más mordaz de lo necesario.

—Claro que no —pareció ofendida.

Enarqué una ceja todavía sin creerme que la gente pudiera ser tan chismosa y entrometida. Era una bobada decir que Scott me pegaba cuando era a él a quien pegaba su padre. Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero cuando me acordé de cómo se había peleado con Mike el día anterior.

—Pues no es cierto —gruñí—. Todos los que estuvieron en la

fiesta saben que el que me hizo esto era ese Mike...

Cuando dije su nombre en voz alta me acordé de que tenía que hacerle unas cuantas preguntas a Scott.

—Por cierto —dejé de caminar—. Tengo que hablar con mi novio.

Empecé a trotar sin esperar respuesta hasta que quedé al lado de Scott. Este estaba hablando de algo que me importaba bien poco con uno de los chicos que no conocía pero estaba en la mesa de la cafetería. Por un momento, no supe si había sido correcto molestarlo. Quizá se enfadaría si lo interrumpía. Pero, bueno, ¿qué demonios? Se suponía que éramos pareja. Le toqué el hombro con un dedo. Se giró enseguida y frunció el ceño al verme a su lado.

—¿Pasa algo?

—No —negué rápidamente para no preocuparlo—. Solo necesito hablar contigo un momento. A solas.

—Ah..., claro.

Lo cogí del codo y me hice a un lado del grupo, escuchando cómo Adam me indicaba llegar a un parque donde podíamos hacerlo sin problemas detrás de un arbusto, según él. Scott le dijo algo más, pero estaba demasiado concentrada en no tropezar con la gente con la que me cruzaba como para saber de qué se trataba. Lo último que quería ahora era tropezar y que cayéramos los dos.

Cuando estuvimos a una distancia prudente le solté el brazo y empecé a caminar con él a mi lado.

—Me estás asustando —frunció el ceño.

Respiré hondo, ordenando mis pensamientos.

—¿Quién es Mike? —pregunté finalmente.

Lo miré durante unos segundos y comprobé que se había quedado sin palabras. Dudo que se esperara precisamente esa pregunta.

—Un tío. —«No me digas», pensé—. Nadie importante.

—Yo creo que sí es importante teniendo en cuenta lo que hizo.

—Lo que pasó no volverá a pasar —apartó la mirada, incómodo —. Ni siquiera nos conocemos demasiado.

—Lo suficiente como para que fuera directo a ti en cuanto te vio,

y supiera que estabas *saliendo* conmigo. —Hice la mímica de las comillas cuando dije *saliendo.*

—Bueno, digamos que tuve unos cuantos problemillas con él hace menos de un año.

—¿Qué problemillas?

Se tensó al instante y por un lado me arrepentí de haber llegado tan lejos, porque ya lo había visto una vez enfadado y no quería volver a verlo de esa forma tan siniestra. Giró su cabeza lentamente hacia mí e, inconscientemente, dejé de caminar y di un paso atrás.

—Si no quieres decírmelo... —susurré.

—Se folló a mi novia.

Vaya, esa no me la esperaba. De hecho, creo que hubiera sido la última respuesta que cruzaría mi mente.

—Oh... Vaya... Eh... —me había puesto nerviosa, por lo que empecé a decir cosas estúpidas. Él me ignoró mientras yo enrojecía.

—Por lo que le destrocé el coche —añadió en un tono más animado, como si fuera algo de lo que sentirse orgulloso.

¿Desde cuándo Scott era un chico que iba por la vida saliendo con zorras y destrozando coches?

—¿Que hiciste qué?

—Estaba enfadado —dijo un poco a la defensiva al ver mi cara—. A ver, se acababa de tirar a mi novia, no podía simplemente quedarme de brazos cruzados. Adam tuvo la idea y a mí no me pareció mal.

—¿Y qué hicisteis? ¿Fuisteis a su casa y empezasteis a destrozar su coche?

—¡No! —pareció ofendido—. Estaba en una fiesta. Se lo destrozamos en la fiesta.

Puse los ojos en blanco cuando sonrió.

—No es para tanto, no te pongas así.

—¡Podría haberte denunciado!

—Bueno, no lo hizo, ¿no?

Suspiré y seguí caminando, consciente de que me seguía los pasos.

Pasamos por delante de un puesto de baratijas que parecían reales, hasta que vi la vendedora y la reconocí como la mujer que tenía una joyería en el centro comercial. ¿Qué hacía vendiendo joyas en un lugar como la feria? Mi vista se clavó en un collar oscuro y plateado que brillaba sobre los demás. Parecía una especie de cadena con una inscripción vacía.

—Puedes poner lo que quieras —me informó la mujer enseguida al ver mi cara—. Es la cadena ideal para regalar a alguien y decirle algo importante. Solo cuesta unos doscientos dólares.

Me alejé del collar como si me pudiera pegar la lepra.

—Se sale un poco de mi presupuesto —dije mientras me alejaba con Scott deambulando a mi lado.

Su teléfono sonó con un mensaje que había recibido, por lo que lo cogió al instante. Dudé si preguntar quién era, no quería ser una novia controladora. Bueno, no era su novia. Técnicamente sí, pero...

—Es Adam —dijo mientras lo escondía en su cazadora y me miraba de reojo, alejándome de mis pensamientos confusos—. Dice que han ido a la montaña rusa del otro lado del parque, que nos veamos en media hora delante del puesto de los bolos.

Asentí, esperando que continuara, pero no lo hizo.

—¿Y qué hacemos?

—Podemos ir a la otra montaña rusa que hay por ahí —propuso señalando hacia detrás—. Me han dicho que está bien.

—No —negué rápidamente.

Enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

—Por... Porque hay una noria ahí y... —investigué rápidamente, mirando a mi alrededor en busca de ayuda que no llegaría.

Empecé a caminar hacia la noria sin esperar su respuesta pero apenas había dado dos pasos cuando me cogió del brazo y me detuvo rápidamente. Cerré los ojos frustrada. No iba a ser tan fácil con él.

—¿Te da miedo? —preguntó sonriendo un tanto burlón.

Lo miré roja de vergüenza.

—No.

—En ese caso, perfecto, vamos.

—Es que...

—¿Sí, Jess?

Parecía estar pasándoselo en grande mientras yo me retorcía, muerta de vergüenza.

—Bueno, puede ser que me dé miedo, ¿vale?

Su respuesta fue una sonora carcajada antes de atraerme a su cuerpo y rodearme la cintura con un brazo, cosa que me puso más nerviosa que la dichosa montaña rusa. Empezó a caminar y no me quedó más remedio que seguirlo si no quería que me arrastrara por todo el recinto.

—¿Vértigo? —inquirió.

—No, pero no me gustan las atracciones así.

—¿Has subido a una alguna vez?

—Eh... No.

—Entonces no puedes saber si te gustan.

Me encogí de hombros. Él parecía muy cómodo con nuestra proximidad, mientras que a mí me temblaban las piernas a medida que nos acercábamos a los raíles rojos que formaban la montaña rusa más grande del parque. La gente chillaba como una histérica y se aferraba con fuerza a los asientos en la bajada que había justo en frente de nosotros. No me imaginaba lo que yo haría. Seguramente habría perdido el conocimiento mucho antes de llegar a esa parte.

Nos pusimos al final de la cola y yo noté como los nervios iban en aumento a medida que nos íbamos acercando a la entrada. El empleado nos saludo amablemente y nos indicó uno de los raíles que resultó ser, gracias a Dios, el del medio. Lo último que necesitaba era ir delante. Nos sentamos y nos colocaron una barra gruesa de hierro sobre las piernas, además de un agarre pasado por los hombros. Empecé a tantear incluso delante del pobre hombre en busca de cualquier fallo en la seguridad.

—¿Esta es toda la protección? —gruñí cuando el empleado se alejó. Scott rio aunque a mí me hiciera poca gracia—. Es muy poco,

puedo moverme perfectamente. Espero que por lo menos se sujete bi...

Antes de que pudiera seguir protestando por la seguridad de la atracción, una bocina resonó en mis oídos haciendo que me quedara pálida.

—¿Cómo has dicho que se decía la atracción? —escuché a las chicas de delante. La que había hablado parecía tan o más asustada que yo. Por lo menos, no sería la única que lo pasaría mal en ese aspecto.

—La boca del diablo.

—¿Por… Por qué?

—Porque hay un túnel en el que no se ve absolutamente nada al final de la atracción. Es genial porque no sabes por dónde vas.

Me puse aún más pálida y Scott lo notó. Sin embargo, eso solo hizo que riera más.

—Te mataré —susurré—. Si sobrevivo a esta maldita montaña rusa terrorífica te juro que te mataré.

Él rio y alargó el brazo hasta llegar a mi mano, que se aferraba con fuerza al barrote de hierro. Me obligó a soltarlo y rodeó mi mano con la suya. Era un intento de proporcionarme tranquilidad, pero al principio no le vi demasiada utilidad; si yo caía, él caería conmigo. Pero cuando volvió a sonar la bocina y el hombre se colocó detrás del panel de control de la atracción, me di cuenta de que me sentía más seguro agarrando su mano que el barrote.

—Yo estoy aquí —sonrió mientras los vagones empezaban a avanzar.

—Lo que significará un doble asesinato.

—Vamos, si no te gusta cierra los ojos y ya está. Pasará rápido.

—Como nos...

—No va a pasar nada —repitió firmemente—. Vamos, ¿crees que dejaría que te hicieran daño?

Si pretendía que estuviera más tranquila, no funcionó hasta el punto en que me sintiera segura en esa monstruosidad.

Empezamos a subir por una rampa lentamente y escuché a los

de delante gritar cuando llegaron al precipicio. Empezamos a descender con tal velocidad que creía que realmente ese trasto no tenía frenos. Tenía la sensación de que mi estómago se iba volando en cada curva que daba. Quería cerrar los ojos, pero por otro lado no quería ir a ciegas. Apreté la mano de Scott como si la mano me fuera en ello y no protestó ni un poco. De hecho, se inclinaba hacia delante para mirarme y reír en las subidas.

—¿Lo ves? No es para tanto.

«Solo me va a dar un paro cardíaco de un momento a otro», pensaba.

El túnel, gracias al dios de las montañas rusas, solo duró unos segundos.

Cuando estaba considerando empezar a golpear a Scott porque realmente veía que moriríamos, el trasto empezó a frenar lentamente, hasta que se paró en la entrada de la atracción de nuevo. Respiré hondo, aliviada. Casi solté una risita histérica.

—Mmm... Jess —Scott llamó mi atención, devolviéndome al bello mundo real en el que no tendría que subir a más montañas monstruosas—. Mi mano.

Miré nuestras manos todavía unidas. La mía, sin darme cuenta, lo había apretado hasta tal punto que estaba roja. Avergonzada, la retiré. Él se rio.

—Perdona —Me disculpé mientras retiraban la seguridad de los asientos.

—No pasa nada, champiñón.

Bajamos de la atracción y nos dimos cuenta de que nos quedaban unos diez minutos, así que nos encaminamos hacia el puesto de los bolos sin mediar palabra. Al llegar no había demasiada gente; las atracciones principales no eran las de tirar a derribar cosas como cristales o bolos, sino las atracciones grandes como la montaña rusa a la que acababa de subir. Toqué la pistola con la que se suponía que tenías que disparar a tirar los bolos. La retiré, ya que yo no tenía buena puntería.

—¿No vas a probar? —me preguntó Scott.

—Qué va, soy malísima.

—Yo jugaba mucho a estas cosas de pe...

—¿Quieres disparar, bonita? —preguntó el tendero, un hombre alto, delgaducho y de melena abundante, interrumpiendo a Scott, el cual lo miró con mala cara.

—No, no —negué con la cabeza—. Tengo muy mala puntería, derribaría el chiringuito.

Él sonrió enseñando sus amarillentos dientes y se encogió de hombros.

—¿Cuántos disparos son? —preguntó Scott interviniendo. El tendero se puso recto en cuanto se percató de su presencia.

—Cinco disparos, dos pavos.

Él asintió con la cabeza y rebuscó en su bolsillo hasta encontrar el dinero. Lo puso sobre el mostrador y cogió una de las pistolas de mentira. El tendero le tendió las cinco balas, que eran bolitas anaranjadas.

—¿Cuál quieres? —preguntó Scott mientras introducía las balas en el arma de mentira.

Me confundió que se ofreciera a regalarme un peluche de los que había ahí.

—¿Ese? —sugirió.

Miré dónde apuntaba. Un enorme peluche de un oso que debía medir un metro que parecía bastante suave y que sostenía un corazón pequeño entre sus zarpas.

—¡Qué bonito! —comenté.

—¿Cuántos hay que derribar para conseguirlo? —preguntó Scott al tendero, que se cruzó de brazos sonriendo.

—¿El oso grande? —resopló—. Tienes que derribar dos torres de bolos enteras.

Había cinco torres compuestas por cinco bolos cada una. Observé como Scott se inclinaba y achinaba un ojo mirando a través del arma el objetivo. Me sorprendió ver como disparaba y no daba a ni uno. El tendero rio entre dientes.

—Un tiro menos, chico —sonrió.

Scott ni lo miró, apuntó al siguiente y se concentró. Lo que menos comprendí era por qué apuntaba un poco hacia la derecha. Cuando apretó el gatillo, los bolos se tambalearon y cayeron todos de golpe haciendo un estruendo. En el siguiente pasó exactamente lo mismo. Dejó el arma sobre la mesa y sonrió al tendero, que le fruncía el ceño.

—Está un poco desviada hacia la izquierda, por si no lo habías visto, hombre —replicó Scott—. El oso de la señorita, por favor.

El tendero murmuró algo parecido a un insulto y agarró el oso dándoselo bruscamente a Scott. Scott me entregó el oso y lo único que fui capaz de hacer fue sonreír como una cría.

Nos quedamos un rato así, a unos metros lejos del tendero que ya estaba ocupado con otros clientes. No era capaz de decir nada. Ningún chico me había hecho nunca ningún regalo. Y nunca pensé que el primero fuera Scott Danvers.

—¿Nos sentamos en un banco? —propuse.

—Sí, vamos.

Nos sentamos en uno bancos de piedra que rodeaban el pasillo de las atracciones en silencio, coloqué el oso a mi lado, así no me molestaba. Ya estaba anocheciendo y las luces de las atracciones daban suficiente luz a mi alrededor como para que pareciera que era de día.

—¿Quién es Stacy? —pregunté suavemente al cabo de unos segundos más de silencio.

Todavía tenía muchas dudas, y las pensaba resolver.

—¿A qué viene eso? —preguntó, sorprendido.

—Solo es una pregunta.

Suspiró.

—¿Quién te ha hablado sobre ella?

—¿Importa mucho?

Negó con la cabeza.

—Supongo que no. Es mi exnovia.

Lo había deducido ya por mí misma, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—¿Cómo sabes de ella? —se intrigó de nuevo.

—Antes de que Mike se enfadara habló de que ella... De que ella hizo cosas. —Aclaré, con las mejillas encendidas por lo que había estado a punto de decir.

—Oh...

Nos volvimos a quedar en silencio y me di cuenta de que me estaba mirando fijamente. Ladeé la cabeza para asegurarme y volví la vista al frente al instante en que nuestras miradas se cruzaron.

—¿Por qué evitas mirarme a los ojos? —escuché que inquiría.

—Yo no hago eso.

—Entonces, mírame.

Me quedé unos segundos considerando su orden hasta que me dije a mí misma que dejara de comportarme como una niña pequeña y lo enfrentara. Ladeé la cabeza de nuevo y lo miré a los ojos. Eran de un azul muy pálido, mucho más de lo que había creído todo este tiempo. Me quedé mirándolo como una boba y preguntándome si él pensaría algo de mis ojos simplemente marrones.

No pude preguntármelo demasiado tiempo más, porque pronto llegaron Adam y los demás y volvimos a casa.

• • •

—¿Qué hacemos con el oso?

La duda había surgido nada más llegar a la moto. ¿Cómo demonios iba a transportar un peluche de un metro encima de la moto de Scott sin que ambos cayéramos?

—Puedo intentar conducir con una mano, pero...

—¡De eso nada! —grité enseguida.

Él se rio.

—Entonces, ¿lo llevas tú?

Miré al oso e intenté pensar algo más inteligente que dejarlo en el suelo e irnos.

Scott subió a la moto mientras yo cavilaba en silencio. Quitó el caballito y puso el motor en marcha, mirándome con una ceja enarcada.

—Puedes dejarlo aquí, no me enfadaré.

—¡No!

No iba a abandonarlo ahí de ninguna manera.

—Lo llevaré yo —dije, finalmente.

Subí detrás de él y me agarré a su abdomen con un brazo, mientras que con el otro sujetaba al oso contra mi costado. Scott me miró de reojo y vi por espejito como reprimía una sonrisa.

—No llamamos la atención ni nada —dijo, arrancando suavemente.

—Creía que eso no te importaba —repliqué, riendo.

—Tienes razón.

Aceleró y me agarré con más fuerza de ambos brazos.

Al llegar delante de mi bloque, los sentía entumecidos. Solté el agarre que tenía en la camiseta de Scott y estiré mis piernas, sujetando al oso de peluche.

—Nos vemos mañana —sonreí.

—Duerme bien —murmuró Scott antes de acelerar de nuevo.

Subí en el ascensor hasta llegar a mi piso con una sonrisa estúpida en los labios y entré con la esperanza de que mi madre ya estuviera dormida, pero la luz encendida de la cocina me alertó de que esa posibilidad estaba claramente descartada.

—¿Mamá?

—Ven —ordenó con voz seca.

Oh, oh.

Fui a la cocina y la encontré sentada en una silla de la mesa con una taza de té en sus manos y los envoltorios de sus pastillas sobre la mesa sin haber sido abiertos. Respiré hondo.

—Mamá, tienes que tomarte tu medicación.

—¿Por qué no me has dicho que salías con Danvers? —preguntó con voz grave sin siquiera mirarme. No dije nada. Levantó la mirada a la vez que se levantaba de la silla—. Me he tenido que enterar por terceras personas, Jessica.

—Quizás es porque nunca me escuchas —gruñí—. Te lo dije, mamá. Cuando vino a buscarme el otro día lo viste. Tómate la medicación.

—No necesito esa mierda.

Pasó por un lado de la mesa hasta llegar hacia mí y clavó los ojos en el peluche.

—¿Qué es eso? Dámelo.

—No.

No le iba a dar a Ronny.

—Jessica, dame el oso.

—No, mamá, es mío. ¿Estás borracha? No puedes beber. Y lo sabes perfectamente. ¿Cómo te vas a tomar ahora la medicación?

—¡Que no voy a tomármela, Jessica!

Entonces, tendría que tomárselas dos veces al día siguiente.

Giré sobre mis talones y empecé a caminar hacia mi habitación cuando su voz hizo que me detuviera.

—Tu padre se avergonzaría de verte así —escuché.

Si algo no podía soportar ni soportaría aunque se debiera a que había ingerido alcohol, era que mencionaran a mi padre.

—No hables de papá —advertí.

—Él no quería que su hija se comportara como una vulgar puta —siguió mi madre.

—Mamá.

—Siempre fuiste una mala hija.

—¡Para! —me giré, acercándome a ella hasta que quedamos a centímetros y le sostenía la helada mirada—. ¿Puta yo? Papá me entendía, no como tú, él me ayudaba y no se preocupaba solo de sí mismo.

—¿Eso hago yo? ¿Preocuparme solo de mí misma?

—¡Sí! ¡Lo único que tienes que hacer es no beber! ¡La única norma que te puso el médico! ¡Y ni de eso eres capaz de hacer, mamá!

—Eres una egoísta.

Abrí la boca y la miré como si me hubiera dado un puñetazo.

—Ya hablaremos mañana cuando te calmes.

—Eso, huye de tus problemas como siempre —dijo mientras empezaba a caminar por el pasillo hacia mi habitación—. Lo mismo

hiciste cuando tu padre murió. Me dejaste sola.

—¿Sola? ¡Pero si tú no hiciste nada! ¡No te preocupaste por nadie!

—¡Estaba enferma, Jessica!

—¡Mi padre se había muerto y tú solo te preocupabas de ti misma! ¡Eres una puta egoís...!

Antes de poder seguir, noté su mano chocando contra mi boca dándome un golpe seco con el dorso de esta. Me quedé en silencio, asumiendo que me había dado el golpe en el mismo lugar que Mike.

—Eres una mierda de madre —espeté.

Caminé hacia mi habitación y la cerré con llave, ignorando los chillidos que pegaba para que volviera ahí. Aunque ya poco me importaba. Me tiré en mi cama mientras lágrimas silenciosas resbalaban por mis mejillas y me quedé dormida abrazada a Ronny.

CAPÍTULO 7

Partido

El viernes a la hora del almuerzo fui yo sola hacia la cafetería. Por un momento, me entraron ganas de sentarme con mis amigas, pero no estaban ahí, probablemente se encontraban en la biblioteca estudiando para el examen que teníamos en dos horas. La mesa estaba más extraña de lo que ya era de por sí. Todos los chicos se habían sentado a un lado de esta, mientras que las chicas se apilaban como podían al otro lado, mirándolos con mala cara. Me senté entre Hannah y Adam, que era el único sitio libre.

Matt parloteaba sobre técnicas que no conocía de nada mientras algunos de la mesa lo escuchaban atentamente y otros se limitaban a mirar a su alrededor, aburridos. Por lo que sabía, Matt era el favorito del entrenador y el capitán del equipo, así que era él quien llevaba las riendas de la situación.

—¿Empezaremos ya tan fuerte? —preguntó Adam con una mueca en el rostro cuando Matt hizo una pausa para beber un sorbo de refresco que había ido a buscar a la máquina hacía unos segundos.

—No podemos arriesgarnos —gruñó Matt. Luego miró de reojo al lado de Adam, donde estaba sentado Scott jugueteando con el colgante plateado de cadena fina que le colgaba del cuello. La mirada de Matt ardió en llamas—. ¿Scott? Podrías estar atento alguna vez.

—Que no te mire no significa que no escuche —sonrió Scott mirándolo—. Pero si te quedas más tranquilo...

Algunos de la mesa contuvieron una sonrisa y me encontré a mí misma haciendo lo mismo. Matt le dedicó una mirada increíblemente

agria teniendo en cuenta lo bonitos que eran sus ojos.

—Escuchad, tenéis que poneros serios, joder; llevamos dos años perdiendo contra ellos. No sé vosotros, pero yo quiero ganar.

Todos se miraron entre sí y asintieron dudosos. Al parecer, era el único que se lo tomaba tan en serio. Adam bostezó y Matt lo fulminó con la mirada.

—Hombres... —susurró Hannah. Luego me dio un golpecito en el codo para llamar mi atención—. Ahora que lo pienso, vamos a animar el partido, ¡puedes venir a vernos!

—Yo..., no sé.

—Puedes venir —contribuyó Sam, sentada sobre la mesa con las piernas cruzadas—. Vamos, después, si ganamos, tendremos una fiesta de celebración.

Eso no hizo que me apeteciera más.

—¡Vamos, Jessie!

—Jess —corregí.

—Después tendrás que celebrarlo con Scott —Chloe, delante de mí, me guiñó un ojo—. Ya sabes, lencería, música, velitas...

—Madre mía, Chloe, ¿crees que los chicos son tan románticos? —Sam puso los ojos en blanco—. Es bastante más físico que eso.

—Eso depende del chico —Hannah le frunció el ceño y me miró con una sonrisa picarona—. ¿Cómo es Scott? Vamos, puedes contárnoslo.

—¿Cómo que cómo es?

—Que cómo es en la cama, Jess —aclaró Sam.

—¡Tiene pinta de ser un tipo duro! —suspiró Chloe.

—¿Te pones lencería sexy para él? —preguntó Sam, inclinándose con una sonrisa.

—¡Yo no me pongo lencería!

Sonó más fuerte de lo que pretendía, y el chillido distrajo a los chicos de la explicación de Matt, aunque a mi parecer ya había terminado. Todos se estaban durmiendo sobre sus bandejas vacías. Cuando me giré y lo vi entrecerrando los ojos en mi dirección, me estremecí apartando la mirada. Se ve que no le gustaba que

distrajera a sus jugadores.

—¡Vamos, Jessie! —exclamó Adam pasando el brazo sobre mis hombros—. No seas aburrida, si Scott quiere una recompensa...

¿Qué le había dado a todos con llamarme *Jessie?*

—Jess —corregí, molesta.

—Bueno, no nos has dicho si vendrías —Hannah me miró.

—Puedes traer a quien quieras, hay unos cinco asientos libres en la segunda fila —propuso Chloe.

—Eso, Jessie, tienes que venir a animarnos —Adam me dio un apretón en el hombro.

Vi como ponía una mueca casi al instante y Scott retiraba la mano de su nuca, después de darle ahí con la mano. Adam se apartó de mí, divertido.

—¿Cómo tengo que decirte que dejes de intentar meter mano a mi chica, tío? —preguntó Scott.

—Lo siento, son mis instintos primarios.

—Sí, claro, pues ya puedes cambiarme el sitio.

—No he terminado.

Matt había hablado en voz baja, fría. Scott y Adam lo miraron al instante. No parecían demasiado asustados. Matt echaba chispas por los ojos. Por un momento, no me pareció tan atractivo y dulce como el día anterior.

—Yo creo que sí —dijo finalmente Scott con el mismo tono que él.

Scott y Adam intercambiaron los asientos riendo y los demás del equipo se empezaron a dispersar de la mesa, yendo a otra o sentándose con las chicas. Matt movió los labios y soltó lo que creí que era una maldición en voz baja mientras Scott y Adam seguían riendo y bromeando.

—¿Qué te parecería a ti que yo metiera mano a tu novia? —le estaba preguntando Scott.

—Yo soy un hombre generoso, lo comparto todo con mis amigos. Además, no tengo novia, por si no te habías dado cuenta.

Hannah se removió en su silla a mi lado.

—Pues yo no. Cuidado donde pones las manos —Scott rio y lo empujó con el hombro.

Se metía muy bien en el personaje.

Pero cuando lo miré bien mi sonrisa se congeló en mi rostro como si me hubiera dado un golpe. Como se había sentado lejos de mí, no había podido hablar con él directamente y no me había dado cuenta de que su pómulo derecho estaba amoratado y tenía un golpe nuevo en la mandíbula. No hacía mucho que estaban hechos, porque aún estaban volviéndose morados. Parecían menos graves que los de la última vez, al menos. Lo más increíble era que nadie se había dado cuenta, o no había preguntado.

Extendí la mano hacia él para llamarle la atención, pero apenas lo había tocado cuando escuché otra voz delante de mí:

—¿Estás bien? —Matt me sonrió casi como si se estuviera burlando.

Scott se había dado cuenta de donde miraba y apartó el rostro.

—Scott —Lo llamé, aunque no giró la cabeza—. ¿Podemos hablar un momento? A solas.

Todos miraron a Scott, que parecía más tenso de lo normal. Mi voz había salido como una especie de «tenemos que hablar». Adam lo miró con un interrogante en los ojos.

—¿De qué? —preguntó, mordaz.

Bueno, estaba claro que no le apetecía hablarlo. Me dio igual.

—Sabes de qué —repliqué, en tono que no dejaba dudas.

Vi como «mi novio» empujaba el taburete hacia atrás mientras se levantaba y lo seguí rápidamente. Parecía que se estaba dirigiendo a una guerra. Se escuchaban los cuchicheos de la gente cada vez que pasábamos por una mesa. Scott no me cogió la mano como de costumbre. Ni me miró. Solo me agarró del brazo bruscamente y cruzó los pasillos arrastrándome cual muñeca. Se metió en una sala amplia que al principio no reconocí, hasta que divisé las duchas y los bancos desiertos. Estábamos en los vestuarios de los chicos. Completamente solos ya que en la hora del almuerzo supuestamente estaban cerrados. Por un momento, me pregunté por qué estarían

abiertos, pero la duda se disipó cuando abrió la boca.

—Puedo explicarlo —dijo nada más cerrar la puerta y dejar la mochila en una banqueta.

—¿Ha sido tu padre? —pregunté temiendo la respuesta.

Cuando apartó la mirada lo tomé como una afirmación.

—Scott, no puedes seguir así, no puedes vivir con la persona que te hace algo así... Tienes que hablar con tu madre o con la poli...

—¿Crees que a mí me gusta esta mierda? —saltó de repente, asustándome. Apretó los puños y se apoyó en el lavabo, dándome la espalda, por lo que volví a encontrar su mirada a través del espejo que estaba a su altura—. Mi madre también está asustada.

Esperé unos segundos a que continuara, pero no lo hizo, así que hablé yo con la garganta seca.

—¿Tu madre también...?

—¿Por qué te crees que me dio a mí? —preguntó, apartando la mirada—. Porque no quería que mi madre sufriera. No vivirá en nuestra casa por mucho más tiempo, y mis dos hermanas tampoco, ellas dos hace meses que viven con mi tía. Lisa siempre coge un bus para poder venir al instituto aquí.

Ni siquiera sabía que tuviera dos hermanas.

—¿Y tú vives con él?

—Mi tía ya tiene suficiente con tres personas más en casa, no quiero ser una molestia.

—Scott, no puedes seguir viviendo con él.

Él suspiró, pero no dijo nada.

—¿Qué pasó? —pregunté suavemente, tanto como pude.

Él agachó la cabeza, pegando su barbilla en el pecho.

—Anoche estaba en mi habitación después de cenar con mi madre —empezó sin mirarme—. De pronto, escuché la puerta principal y a gente gritando. Bajé rápido las escaleras y... —apretó tanto los puños que sus nudillos estaban blancos y empecé a preocuparme seriamente de que se hiciera daño—...y mi madre lloraba en un rincón de la habitación. No la golpeó, pero iba borracho y no lo dudaría. Cuando vi que se acercaba, no lo pude

evitar y lo empujé para que se apartara de ella. Mi padre se enfadó cuando lo hice y tiró la botella de cerveza contra la pared. Lo demás sobra explicarlo. Se desmayó unos minutos más tarde.

Nos quedamos en silencio y él levantó la cabeza, cruzando la mirada conmigo en el espejo. No sabía qué hacer ni qué decir, solo sentía un nudo en mi garganta y no quería llorar por él. No quería que me viera llorar; lo haría sentir peor de lo que ya estaba.

Pero, entonces, la imagen de su padre golpeándolo vino a mi mente y deduje que su cara no sería la única afectada.

—Quítate la camiseta, Scott.

Él se quedó pálido.

—No.

—Por favor.

Él estuvo unos segundos mirándome sin pestañear hasta que cogió el bordillo de su fina camiseta verde y tiró hacia arriba, dejando su torso desnudo.

Me llevé las manos a la boca.

El abdomen apenas tenía golpes, pero el pecho era la zona más afectada, había bastantes golpes ya pequeños y amoratados llenándolo, aunque no llegaban tan arriba como para que se vieran con una camiseta puesta. En la espalda también había algunas pocas partes rojas que parecían poco graves en comparación al resto de su cuerpo.

—Dios, Scott... —susurré—. Me da igual lo que digas, no puedes seguir así... Te puede hacer mucho más daño.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que viva en la calle?

—Ven a mi casa.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.

—Jess, no podría...

—Mira, no es la mejor casa del mundo, pero hay una habitación de invitados convertida en un almacén para ropa vieja, pero si lo quitamos todo, podrías tener una habitación...

—No puedo.

—¿Por qué no? —pregunté, casi implorando.

—Porque no puedo dejar a mi madre sola, Jess.

Asentí con la cabeza, tenía razón. Hasta que se fuera su madre estaría atado a esa casa.

—Esto es una mierda —murmuré.

—Una gran mierda.

Él me miraba con el labio fruncido y, entonces, hizo lo que menos esperaba.

Se agachó quedándose sentado con la espalda en la pared y hundió la cara en sus manos, pegando las rodillas a su pecho. Sus hombros se agitaban suavemente mientras profería ruidos sordos parecidos a jadeos.

Estaba llorando.

Si hace unos meses o incluso años me hubieran dicho que Scott Danvers se pondría a llorar delante de mí, lo más probable sería que mandara a freír espárragos al que lo había dicho. Me habría dado igual. Pero ahora no me sentía indiferente por verlo de esa forma, y menos sabiendo el motivo por el que lloraba.

Me agaché junto a él enseguida y me quedé de rodillas a su lado.

—No puedo más, Jess, ya no puedo más...

—Scott, estoy contigo, yo y tu madre; no estás solo —le dije intentando consolarlo.

De repente abrió sus brazos y noté como se abrazaba a mí. Sus brazos rodearon mi cintura y su cabeza quedó apoyada en mi estómago, dejándome sin saber muy bien qué hacer durante unos segundos. Hasta que rodeé su cabeza con mis brazos, haciendo que sus dedos se apretaran a mi camiseta, arrugándola. No me importó en absoluto..

—No me dejes solo —pidió después de unos minutos, cuando se tranquilizó un poco.

—No lo haré —respondí enseguida.

• • •

Un silbato hizo que todos los jugadores del equipo local se pusieran en posición de ataque contra el equipo visitante. Mi equipo, el de las camisetas blancas con un estampado de una cabeza de

tigre gruñendo naranja, parecía concentrado en observar los movimientos de los chicos vestidos con camisetas oscuras. Frunciéndose el ceño entre ellos tras las barras del casco de protección que tenían puesto.

Mis ojos vagaron por la fila de chicos hasta que di con Scott. Casi todos los del equipo eran chicos grandes, con más masa corporal que un toro. Él parecía demasiado delgado en comparación, y eso que tenía un cuerpo bien estructurado. No pude evitar una sonrisa cuando recordé el día anterior.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Kia inclinándose hacia mí y distrayendo mis pensamientos—. Jules me acompañará a buscar unas cervezas. Hay un chico de séptimo que las vende detrás del campo. Son un poco caras, pero es mejor que esa cosa a la que llaman refresco.

—Sí, claro, traedme una.

Jules y Kia estaban sentadas conmigo en las cinco sillas vacías que había en la segunda fila. Me quedé en el medio, esperando que volvieran, hasta que noté como alguien se sentaba a mi lado. Cuando ladeé la cabeza encontré a un chico que no conocía de nada. Sus ojos castaños me miraban con una sonrisa casi petulante en los labios.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó con voz alegre.

Me quedé mirándolo unos segundos sin comprender, ¿qué hacía un chico guapo como él hablando conmigo? ¿Lo conocía de algo?

—Eh..., mis amigas han ido a por cervezas y yo me he quedado guardando sitio —sonreí sin saber muy bien qué decir.

—Pues deberías mejorar tu trabajo —comentó señalando el sitio que ahora había ocupado.

—Oh, no, ese estaba libre.

Sonrió a modo de respuesta. Me di cuenta enseguida de que había cometido un error al comentarlo.

—Entonces, voy a poder hacerte compañía durante el partido.

—Eh... No... Verás...

—¿Cómo te llamas? —me sonrió de nuevo.

Vi como Matt le colocaba una mano en el hombro a Scott y se levantaba el casco para decirle algo. Scott dio un asentimiento con la cabeza secamente. Yo solo quería mirar el dichoso partido, ¿no podía irse a otra parte?

—Jess.

—Yo soy David —su sonrisa se ensanchó cuando lo miré de reojo —. ¿Eres de por aquí?

Pesado.

Estaba claro que intentaba, de alguna forma, ligar conmigo. Pero yo ya tenía más que suficiente con los dos chavalotes que se encontraban agachados en el césped de la cancha. Especialmente con el que ahora estaba poniéndose de pie lentamente, dispuesto a salir corriendo por el campo.

—Sí.

—¿Y te gusta el deporte?

—No demasiado.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a ver a mi novio —le sonreí dulcemente, señalando a Scott en medio del campo.

La expresión de David cambió al instante por una de incomodidad.

—Ah... Tienes novio.

—Pues sí. Además, hace boxeo y kárate. Así que si quieres ir a ver los combates supongo que también nos veremos por ahí.

No era cierto, pero por la cara que se le quedó fue divertido.

—Creo que yo... —empezó a ponerse de pie cuando Jules y Kia volvieron con las cervezas.

—¡Una cervecita para la amiguita! —exclamó Jules, ignorando categóricamente a David mientras me pasaba el vaso.

—Gracias —le guiñé un ojo.

—Eh... Hola —le murmuró Kia a David al darse cuenta de que la estaba mirando fijamente.

Así fue como cambió de objetivo y yo pude disfrutar de ver el partido con Jules a mi lado soltando tacos cada ver que tumbaban a

uno de nuestro equipo. Pero destacaban los de David, que no dejaba de decirle a Kia cosas innecesarias sobre el partido. Ella asentía con la cabeza, con increíble paciencia. Luego se puso a explicar los movimientos de mi nov... De Scott. Estaba por responderle que tenía ojos y podía verlo perfectamente sin necesitar sus comentarios de locutor. Pero me retenía porque Kia sí que parecía interesada en ellos a medida que pasaba el rato.

Matt se mantenía dando voces, gritaba sobre todo a dos chicos de corpulencia ancha que todo el rato placaban al mismo jugador del equipo contrario.

Un rato más tarde por los gritos de Jules y los del público a mi espalda supe que habíamos ganado. Casi me había quedado dormida.

Cuando los jugadores de nuestro equipo se quitaron los cascos felices de haber ganado, empezaron a gritar y a reír, dándose palmaditas entre ellos. Matt era el único que no parecía demasiado entusiasmado; solo buscaba con la mirada en el público, parecía concentrado. Scott iba con Adam, que gritaba cosas a las animadoras mientras pasaba por su lado. Divisé la melena rubia de Hannah agitándose mientras todas daban saltitos.

Me puse de y lancé el vaso vacío a la basura. Cuando me giré, encontré de nuevo a David. Kia nos miraba con los ojos entrecerrados. Al parecer, un novio como el que había definido no era suficiente para que se alejara de mí.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Jess.

—Claro —le dediqué una sonrisa cortés al intentar pasar por su lado, pero él me agarró del brazo al instante.

—Si quieres un día de estos puedes venir conmigo a una fiesta de nuestra fraternidad, te lo pasarías bi...

Antes de que pudiera terminar, una figura bastante conocida se acercó por su espalda y le sonreí a Scott. David frunció el ceño mirándolo y Scott lo echó a un lado con poco cuidado, haciendo que casi se cayera de la grada. David estaba pálido.

—Deja en paz a mi chica y liga con las de tu fraternidad, idiota.

—gruñó Scott mirándolo con mala cara.

El chico no insistió, solo se encogió de hombros y fue de nuevo hacia mis amigas. Jules lo estaba mirando con mala cara mientras seguía parloteando como si no hubiera habido pausa.

—¿Estás bien? —me preguntó Scott, desviando mi atención hacia él.

—Sí. Pero, ¡habéis ganado, enhorabuena, Scott!

Este sonreía ampliamente con el casco a medio poner. Hacía desde la noche del parque que no lo veía sonreír tan abiertamente. Abrió la boca para decir algo, pero el ruido de una cámara disparándose hizo que ambos giráramos la cabeza hacia una chica rubia bajita con una enorme cámara ante ella. En el pecho llevaba una chapa que ponía: *Instituto Eastwood - Lucy Yvosh.* Nuestro instituto. La reconocí de haberla visto por los pasillos repartiendo periódicos que poca gente quería comprar. Era simpática.

—¡Una foto para la portada del periódico! —exclamó sin dejar de pulsar con el dedo en el botón—. ¡Vamos, besaos!

Miré de reojo a Scott, que no había quitado esa estúpida sonrisa de su rostro. Cuando quise darme cuenta, había cruzado la distancia que nos separaba y me cogía con sus grandes brazos por la cintura, pegándome a él. Me quedé helada cuando sentí sus labios sobre los míos. No creí que lo fuera a hacer. Debía ser la euforia del momento.

—¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Quítale el casco, Jessie! —exclamaba Lucy entusiasmada.

—Jess —corregí de mala gana sobre los labios de Scott, quien rio.

En serio, no era tan difícil, era Jess, no Jessie.

Con las manos me deshice del casco que llevaba medio puesto en la cabeza y el beso se hizo más cercano. No me sentía cómoda siendo consciente de que los ojos de la mitad del estadio estaban sobre nosotros y nos estaban haciendo fotos, pero me obligué a cerrar los ojos y dejarme llevar. Y Scott lo notó, porque me sujetó de la nuca y se inclinó hacia delante, produciendo una extraña sensación de electricidad que subió por mi columna vertebral y me

alejé al instante.

La fotógrafa gritaba que éramos geniales, pero ninguno escuchábamos. La mirada de Scott estaba sobre mí, confundida. ¿Habría sentido lo mismo que yo? ¿Qué había sido eso?

—¡Chicos! —La voz de Adam detrás de nosotros hizo que volviéramos a la realidad—. ¡Fiesta para celebrar la victoria!

CAPÍTULO 8

Campeones

La fiesta era en una casa cercana al instituto así que en unos cinco minutos Scott estaba aparcando la moto delante de esta. Se había pasado el viaje persiguiendo el coche de Adam, que no dejaba de sacar la cabeza por la ventana y gritar que habíamos ganado. Quizá en otra ocasión me habría parecido algo temerario y peligroso, pero lo cierto era que me lo pasé francamente bien.

Cuando entramos en la enorme casa, un coro de gente empezó a felicitar a Adam y Scott, palmeándoles las espaldas, pasándoles vasos de cerveza y riendo. Scott no parecía demasiado cómodo con eso. Se limitó a agarrarme la mano y sacarnos de la masa de gente. Adam, en cambio, estaba encantado con la atención que le estaban prestando.

Todas las animadoras estaban reunidas excepto Sam, como de costumbre, que estaba bailando con unos cuantos chicos como si le fuera la vida en ello. En cuanto Adam los vio, se acercó y se unió, riendo.

—¡Hemos ganado! —exclamó Hannah al vernos llegar.

Hannah me estaba empezando a caer realmente bien, aunque detestaba su afán por impresionar a Sam continuamente. Y su entusiasmo, que a veces parecía más hiperactividad, tampoco me encantaba. Sin embargo, me parecía la más sincera y buena persona de la mesa del almuerzo.

—¡Erik ha dicho que la mayoría ya están arriba! —esta vez habló con Scott, era de las pocas chicas que hablaban con él sin parecer intimidadas—. Quizás deberíamos empezar a subir.

—Vamos, entonces.

¿De qué hablaban?

Scott me apretó un poco la mano. Seguía recordando el beso que me había dado una hora antes. Subimos por unas escaleras de caracol hasta un pasillo poco iluminado. Hannah se quedó delante de una puerta blanca. En ese momento me di cuenta de que Adam había desaparecido. Apreté la mano de Scott, llamando su atención.

—Espera, primero voy al baño —susurré.

—¿Lo sabrás encontrar?

—Creo que podré guiarme yo solita —reí.

—Vale, te espero aquí.

Para mi sorpresa, me planto un beso en la mejilla y sentí que enrojecía hasta la raíz del pelo. Hannah soltó algo parecido a lo monos que éramos.

Me separé de él intentando calmarme y avancé por el pasillo solitario en silencio. Miraba cada puerta e intentaba abrirlas, aunque algunas estaban cerradas con llave o eran simplemente habitaciones vacías. Llegué a la última puerta del pasillo y la abrí sin parar a pensar en lo que estaba haciendo.

Me quedé helada por la escena que había delante de mis ojos.

Había una cama enorme que hacía un enorme ruido por las figuras agitadas que había sobre ellos.

La primera cara que divisé fue la de Sam, que se agitaba con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Iba vestida tan solo con unas bragas negras. Sobre ella había otra figura besándola por zonas que era mejor no mencionar. Estaba semidesnudo también. Sus manos se deslizaban por la cama, apretando el edredón, hasta que giró la cabeza en mi dirección y parpadeó sorprendido. Al reconocerme, sonrió ampliamente.

—Vaya, Jess, puedes venir si quieres —dijo Adam.

Sam abrió los ojos de golpe y me miró sin vergüenza alguna.

—¿Ya han ido a jugar a reto? —preguntó con calma.

¿Cómo podía estar tan tranquila?

Tierra, trágame.

—Eh... —no me salían palabras— Hannah nos… Nos ha lla…

Llamado.

¿Tenían que estar desnudos? ¿No podía encontrarlos jugando al ajedrez?

—Ah, ahora venimos, ¿puedes cerrar la puerta?

—O venir —sonrió Adam acompañado de un guiño de ojo.

Mi respuesta fue salir y cerrar tan rápido como pude. Nunca había estado tan incómoda. Por lo menos encontré el baño y pude volver a la habitación poco después con las mejillas encendidas. Esta era pequeña y cuadrada, con una mesa de madera redonda y varias sillas alrededor. Estaban ocupadas por Hannah, Chloe, Abby, Matt, Erik, Scott y un chico al que no conocía. Justo detrás de mí entraron Adam y Sam despeinados y agitados a toda prisa y tomaron asiento. Scott me hizo una seña para que me sentara entre él y Hannah.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, frunciendo el ceño.

Mi respuesta fue echar una ojeada a Adam y Sam, que seguían arreglándose la ropa y el pelo. Scott puso una mueca.

—Espero que, al menos, estuvieran vestidos —murmuró.

—Gracias a los cielos —mascullé.

Él rio un poco, antes de que el chico que no conocía empezara a hablar. Al parecer, era el dueño de la casa.

—Bueno, ahora que estamos todos, empecemos con el juego.

—¿En qué consiste el juego? —pregunté en un susurro a Scott mientras el chico colocaba una botella de cristal vacía en el centro de la mesa.

—Alguien gira la botella —susurró Scott—, al que apunte la botella, tiene que darle a cumplir un reto, si no lo cumple tendrá que estar diez minutos en un armario oscuro con el que elijan los demás. Ah, sí, él es Craig.

Qué bien.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Craig con una enorme sonrisa.

Adam se abalanzó sobre la botella y, con un giro de muñeca, esta comenzó a girar ralentizándose a cada vuelta, hasta que por fin se

paró, en dirección a dos lados de mi derecha, donde estaba sentada Sam. Adam esbozó una sonrisa.

—Te reto a decir... —dirigió una mirada a toda la habitación— ¿Con qué chica de esta habitación te enrollarías si fueras lesbiana?

Sam entrecerró los ojos y tomó un trago de cerveza antes de decir:

—Con Jess.

Mi cara enrojeció de repente cuando todos los de la mesa soltaron una ovación o una carcajada.

—¡Cuidado Scott que van a por tu chica! —Se mofó Adam.

Hubo unas cuantas risas más, incluso provenientes de Scott. Tomé un trago de cerveza que había delante de mí, sin importarme de quien fuera.

—Bueno, te toca, Sam —intervino Erik.

Cuando Sam hizo girar la botella, vi como Hannah y Chloe se encogían en su sitio. Era de imaginar que, cuando era a Sam a quien tocaba, ella enviaba las peores pruebas que cumplir. La botella se detuvo apuntando a Abby. Esta enarcó una ceja aunque no pareció del todo nerviosa. De hecho, parecía contenta.

—Vamos a ver... —Sam colocó en sus labios una sonrisa malvada, aunque Abby mantuvo su pose de tranquilidad—. Enróllate con Scott.

Hubo silencio.

¿Había oído bien?

—Qué poca originalidad —solté sin pensarlo.

Abby me miró con mala cara. De hecho, todos me miraron. No me apetecía ver como se enrollaba con mi novio, o lo que fuera Scott.

Abby esbozó una sonrisa parecida a la que estaba en el rostro de Sam, ignorándome por completo. Se levantó de su silla y me miró de reojo, como asegurándose de que estaba observando, y luego agarró del cuello de la camiseta a Scott, inclinándose sobre él. Sus labios aprisionaron los de Scott y sentí una extraña punzada en el estómago que me obligó a mirar hacia el vaso de la mesa que

acababan de llenar. Lo vacié de un trago. Me sentía extraña, me quería ir de ahí. No quería ver eso.

—Ya está, ¿no? —dijo Hannah viendo mi expresión.

Escuché los pasos de Abby volviendo a su asiento con aire triunfante y a Scott colocándose de nuevo, con los labios hinchados. Se pasó el dorso de la mano por estos. Noté como se inclinaba hacia mí mientras Abby hacía girar la botella sobre la mesa y todos se concentraban en el juego sin decir nada.

—¿Por qué esa cara? —me preguntó en un susurro para que nadie más lo oyera.

Definitivamente era un idiota. Y yo más por molestarme en pensar nada. Tampoco éramos novios de verdad, no tenía derecho a enfadarme con él.

¡Pero estaba enfadada!

Me eché hacia Hannah, alejándome de él. No me sentía con ánimos de contestarle cuando acababa de enrollarse con otra en mis narices. Especialmente con la que estaba colada por él, joder. Pero, ¿por qué me importaba? Vale, se suponía que no éramos nada, pero no podía evitar sentir esa rabia fluyendo por mis venas como la sangre.

Cuando la botella apuntó hacia mí.

Me quedé helada mientras veía como Abby sonreía triunfante y miraba de reojo a los demás. Tomé otro trago de cerveza, que ya empezaba a hacer efecto en mi cabeza y cerré los ojos sabiendo que lo que vendría a continuación no sería nada bueno. Casi parecía esperar mi sentencia de muerte.

—Mmm... Déjame pensar —dijo Abby en tono jocoso, mientras se daba toquecitos en la barbilla—. Oh, ya sé —la sonrisa de oreja a oreja se ensanchó, si es que era posible. Parecía The Joker—. Dale a Matt un beso, pero un beso de los buenos, sentada sobre él.

Abrí extremadamente los ojos mientras notaba que el corazón se aceleraba extremadamente en mi pecho, aporreando mis costillas.

—No.

Scott negó rotundamente con la cabeza.

—Es el juego, tío —dijo Erik.

Todos parecían estar disfrutando del espectáculo.

—Me importa una mierda el juego, además...

—Con Stacy no eras tan posesivo —intervino Matt, haciendo que todos los de la mesa contuvieran el aliento mirándolo—. Además, acabas de liarte con Abby, es lo justo, ¿no?

Una mirada espeluznante cruzó la mesa entre ellos, y yo me estremecí. Aunque pronto la sensación de que la rabia volvía a apoderarse de mí venció todo lo demás. Tenía tanto derecho a besar a Matt como él de besar a Abby. Sería mi pequeña venganza.

Me levanté y rodeé la mesa hasta llegar al lado de Matt, quien me miraba fijamente sin ninguna expresión en el rostro. Me senté en sus piernas con mi corazón en un puño y rodeé su cuello con mis brazos. Todas mis dudas se desvanecieron cuando él me atrajo hacia su boca en un movimiento. Cerré los ojos al sentir el contacto de sus suaves labios y mi corazón empezó a latir con fuerza, con mucha más fuerza de lo que había latido en cualquier momento de mi vida.

Tantos años esperando por esto... Y por fin lo tenía. Estaba besando a Matt. Sus labios no eran tan suaves como los de Scott, y su beso parecía más hambriento que el que me había dado Scott.

Un momento, ¿por qué los estaba comparando? ¡Lo estaba besando! Por fin lo estaba besando y yo pensando en...

La puerta se cerró de golpe y levanté la cabeza. La silla de Scott estaba vacía.

Casi sin pensarlo salí corriendo escaleras abajo, esquivando a la gente que se agolpaba en medio, que me miraban extrañados. Seguí corriendo hasta que salí de la casa y lo vi arrancando la moto a lo lejos.

—¡Espera! —grité.

No sabía muy bien por qué lo estaba siguiendo, pero conseguí llegar a él y me coloqué delante de la moto, impidiendo que avanzara más. Su mirada gélida se clavó en mí, pero al ir un poco borracha no me importó tanto como de costumbre.

—¿Por qué te enfadas? Tú has hecho lo mismo con Abby.

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque ese tío es...

—Es un buen chico, y Abby es una imbécil.

Su mirada empezó a destilar chispas cuando terminé de decir buen chico. No creo que escuchara lo que había dicho de Abby. Él apretó las manos en el manillar y su voz sonó baja pero clara cuando gruñó:

—Apártate, Jess.

—No, no me quiero apartar, joder. No entiendo por qué te pones así... —empecé a protestar.

—¡Porque se supone que estamos saliendo, joder! —se exaltó de repente.

—¿Acaso pensabas en eso mientras le metías la lengua hasta la garganta a Abby?

—¡No me hubiera importado tanto si fuera con otro tío, créeme, pero ese cab...!

—¡Se supone que estamos juntos porque quería acercarme a Matt, y tú ahora te enfadas porque lo estoy consiguiendo! ¿No te das cuenta de lo contradictorio que eres?

—¡Entonces, lárgate con él! —me espetó—. Ya has conseguido lo que querías, enhorabuena, ya no me necesitas así que vete con él, tíratelo y haz lo que quieras, ya no eres asunto mío, así que apártate de mi camino. Ojalá nunca te hubiera propuesto nada, así no tendría nada que ver contigo.

Me quedé en silencio, asimilando lo que había dicho mientras mis ojos se llenaban de lágrimas de rabia. Él resopló y giró la moto hacia la derecha, pasando por mi lado, largándose y dejándome de pie y sola en medio de la carretera.

Cuando Hannah llegó a mi lado, no lo pude evitar y me eché a llorar como una estúpida.

—Vamos, Jessie, te llevaré a casa.

Ni siquiera me importó que me llamara *Jessie.*

CAPÍTULO 9

Peleados

Silenciosamente, tomé asiento en la cafetería sin mirar a nadie en concreto, aunque podía notar todas las miradas sobre mí, cuchicheando sobre lo ocurrido la noche de antier. Aunque tenía que admitir que tenía un aspecto algo penoso; la «ruptura» con Scott me había afectado más de lo que esperaba, mucho más. No dejaba de insultarlo mentalmente por ser un hipócrita egoísta. Después me lamentaba de haber besado a Matt. Y volvía a recordar su beso con Abby y se me pasaba. Volvía a insultarlo por ser un hipócrita egoísta y así todo el fin de semana. Tenía ojeras de haber dormido mal, el pelo algo alborotado y la mirada perdida; parecía una loca a la fuga.

—¿Te has peleado con Matt? —preguntó Kia nada más verme llegar a la mesa, mientras que Jules se dedicaba a inspeccionarme extrañada.

—No —negué con la cabeza—. Con Scott.

Noté como intercambiaban una mirada confusa entre ellas.

—¿Y? ¡Que le den a Scott! —Jules se apresuró a decir—. Si no puedes mandarlo a tomar por culo... ¡Acuérdate de cuando íbamos a primero de secundaria!

—De eso hace mucho. —Kia puso una mueca.

—¿Qué más da? Es para que se dé cuenta de que no es para tanto.

Me acordaba perfectamente de ese día.

Cuando llegué al colegio con Kia y Jules recuerdo como todos me miraban de reojo riéndose mientras caminaba, aunque yo no llevaba nada gracioso, ni en la cara ni en la ropa. Incluso le pedí a mis amigas que lo revisaran por si acaso, pero nada. La respuesta vino

sola cuando llegué a la pared de las noticias, donde ponían todas y cada una de las noticias que circulaban en el colegio.

Ahí estaba yo, bueno, no exactamente. Habían recortado una imagen de una prostituta en una barra de *striptease* y le habían puesto de cara una imagen mía en la que sonreía tímidamente. Abajo, con letras enormes, ponía:

«De una golfa nace otra golfa».

Lo primero que vi fue a los mayores del equipo y todos sus amigos acercándose y riéndose a carcajada limpia. El único que no estaba era Scott, y supe que había sido él.

Noté como en ese momento alguien me daba un suave golpe en el hombro con el dedo y me giré. Me quedé pálida cuando vi a Matt de pie mirándome ahora con las manos en los bolsillos. Jules y Kia intercambiaron miradas significativas.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Dibujó una sonrisa en su rostro angelical, haciendo que le diera ese puntito de buen niño que volvía locas a todas las chicas del instituto —incluida yo— y que hacía imposible ser más sexy.

—Eh... Sí, claro.

Me levanté cogiendo mi mochila y vi como Jules me guiñaba un ojo. Sentía el pulso acelerándose peligrosamente mientras él caminaba lentamente hasta llegar a un rincón de las taquillas donde no pasaba nadie y solía estar por la mañana. Casi daba saltitos de alegría tras él. Tragué saliva. Apoyó su espalda en la pared y su mirada se deslizó lentamente desde mis pies hasta mis ojos, cosa que hizo que me estremeciera visiblemente. Al notarlo, una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—¿Y bien? —pregunté mirando mis manos entrelazadas a la altura de mi abdomen.

—Así que has cortado con Scott... —comentó sin borrar la sonrisa.

—No exactamente... —murmuré.

—¿No?

—Bueno, una discusión no creo que signifique...

—Pues él no parecía opinar lo mismo anoche —me interrumpió— cuando se trajo a una rubia a mi casa para poder tirársela.

Me callé y esta vez sí que le sostuve la mirada al levantar la vista.

—¿Qué… Qué? —tartamudeé sin creérmelo.

—Yo solo te lo digo —se encogió de hombros—. Dijo que quería poder acostarse con ella sin que sus padres lo molestaran o algo así, y luego me pidió la habitación de invitados para poder tirársela.

Seguía sin querer creerlo.

Me sentía traicionada.

¿Había sido una ruptura? Que yo supiera el haber discutido por una tontería no significaba que pudiera acostarse con la primera que pasara. ¡Yo había besado a Matt y se había puesto furioso! ¿Cómo se suponía que tenía que tomarme eso?

Un brazo se deslizó sobre mis hombros y supe que se trataba de Scott sin levantar la mirada, seguía observando a Matt, esperando que dijera que era una broma. Apreté los labios con fuerza, sintiendo unas terribles ganas de golpear la cara de Scott.

—Bueno —sonrió Matt hacia mí—, yo me voy. Te llamaré por si quieres pasarte esta tarde por mi casa, ¿vale? —pasó por el lado de Scott y le sonrió aún más, aunque no parecía que a Scott le hiciera gracia— Nos vemos.

Y despareció por el pasillo, dejándome a solas con mi supuesto ex, ahora separado de mí y con los brazos colgando a los lados de su cuerpo. Me miraba fijamente esperando una explicación. Mi enfado aumentó.

—¿A su casa? —preguntó— ¿Desde cuándo una chica va a la casa de un colega de su novio a solas?

Apreté tanto los puños que las uñas dibujaron medias lunas en las palmas de mis manos.

—¿Tu novia? —pregunté en voz baja.

—Sí, bueno, de alguna forma lo eres, ¿no? —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Casi estaba soltando espuma por la boca.

—Entonces, no cortamos en la fiesta, ¿cierto? —Musité.

—Solo era una discusión. Estaba borracho y dije lo que dije sin pensarlo. Lo siento.

¿Cómo podía ser tan idiota de pretender decirme de todo hacía dos noches, liarse con una rubia, y luego venir como si no hubiera pasado nada?

—Vete a la mierda —susurré antes de girar sobre mis talones y avanzar por el pasillo.

Apenas había dado unos cuantos pasos alejándome de él, cuando su mano rodeó mi muñeca deteniéndome. Supe que no me libraría de él fácilmente.

—¿Te has enfadado? —preguntó girándome para que lo mirara, aunque sin soltar mi muñeca—. No fue una ruptura para mí...

—¡No parecías pensar lo mismo cuando te estabas follando a la rubia en casa de Matt! ¿Verdad?

Se quedó en silencio mirándome. Intenté librarme de su agarre nuevamente pero la apretó más.

—¿Te lo ha dicho Matt? —Desvié la mirada. Se lo tomó como un sí—. Yo... Yo estaba borracho, Jess, me sentía mal y lo hice pero no volvería a hacerlo. Estoy contigo.

—No necesito que me des explicaciones...

Mentía. Quería saberlo, porque en el fondo lo que me había dolido era que se hubiera ido con otra por una borrachera. Porque realmente le estaba empezando a coger cariño.

—No, escúchame —miró a los lados, asegurándose de que no había nadie—. Yo... Si hice esto contigo no era porque realmente necesitara que fingieras ser mi novia, ¿vale? Yo desde pequeño...

—Scott, no quiero que me des explicaciones, quiero saber si realmente quieres seguir adelante con esto.

—Jess...

—Pero si quieres que sigamos adelante. Más te vale que no vuelva a ocurrir. Y que nadie se entere de esto. Porque no quiero ser la estúpida cornuda del instituto.

—No se lo diré a nadie —dijo enseguida.

Parecía estar pasándolo mal. No entendí por qué. Él frunció el

ceño mirándome.

—No, no puedo con esto... —murmuró—. ¿Me creerías si te dijera que no recuerdo nada?

Enarqué una ceja.

—¿Qué dices?

—Yo no... No sé qué pasó, ni siquiera recuerdo a la rubia, se supone que salgo contigo y...

—Y te olvidaste de eso cuando le viste las tetas a la rubia, ¿no?

—¡No le vi nada! —se giró de nuevo, asegurándose de que no venía nadie—. Jess, no sentiría lo que sentí cuando me besaste tú en el campo con ninguna otra chica. Y no recuerdo qué pasó. Sé lo que me ha contado Matt.

—Matt...

—No escuches a Matt, por favor. Mírame, no te miento. No lo recuerdo. Nada.

Lo miré bien.

—¿A qué te refieres cuando dices «lo que sentiste en el campo»?

No respondió.

Sentí un tirón del brazo y como mi pecho chocaba violentamente con el suyo. Al levantar la cabeza sus ojos encontraron los míos un segundo antes de notar sus manos entrelazándose en mi nuca. Mi corazón dio un respingo al tiempo en que sus labios estaban sobre los míos de manera dominante, sin darme tiempo a respirar.

Mis brazos respondieron antes que mi cuerpo, abrazándose a su cuello y acercándome —si era posible— aún más a él.

Cuando quise darme cuenta sus manos se habían deslizado hasta mi cintura apretándome lentamente hacia él, haciendo que sintiera un extraño hormigueo en el estómago intenso y punzante. Otra vez esa extraña sensación en la columna vertebral me impulsó hacia atrás, apartándome de él lo suficiente para que volviera a besarme unos segundos después.

Me empecé a marear por la falta de oxígeno. Aunque quisiera, no podía estar ahí para siempre besándolo.

Me separé lentamente, sin prisas, aunque él no retiró las manos.

Notaba la presión de sus dedos en mis caderas. Al levantar la mirada, lo encontré jadeando.

—¿Qué más pruebas quieres, Jess? —preguntó.

—Te creo.

Sonrió.

—No quiero que vayas esta tarde con Matt.

—No quiero volver a oír que te has acostado con nadie estando conmigo.

Aunque él sonreía, lo decía completamente en serio; si volvía a hacerlo lo pensaba castrar.

—Está bien —dijo separándose.

Me regañé a mí misma por echar de menos la calidez de sus brazos rodeándome. Mientras se alejaba un metro, la sirena sonó y la gente empezó a llenar el pasillo. Vi a Scott aún mirándome, ya que por suerte no pasaba nadie entre nosotros, aunque echaban miradas para saber qué hacíamos. Éramos el cotilleo principal del colegio.

—¿Esta tarde estará tu madre? —preguntó.

—No... ¿Por qué?

—Vendré a hacerte compañía —me guiñó un ojo.

Enarqué una ceja preguntándome si estaba hablando en serio o bromeaba. Hacía menos de dos minutos que estábamos peleados y ahora me estaba diciendo que vendría a mi casa por la tarde.

Se acercó a mí de nuevo y la gente ralentizó el paso para ver cómo me tomaba suavemente del mentón y depositaba sus labios lentamente en los míos. Fue corto y casto.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Nos vemos esta tarde —se despidió.

CAPÍTULO 10

Cercanos

Apoyé el teléfono en mi hombro mientras que llenaba un vaso de agua del grifo. Jules seguía hablando por la otra línea sin parar. Me contaba algo sobre el chico que Kia había conocido en el partido, de que hablaban mucho por WhatsApp o algo así.

—Así que la cosa va en serio —comenté, tomando un sorbo de agua.

—Eso parece, en serio, ¿cómo puede soportar a ese tío? Si es un pesado..., ¿lo escuchaste hablar y hablar en el partido? Me entraron ganas de meterle mi zapatilla en la boca para que se callara.

—¡Jules! —reí.

—A ver, es verdad. Menos mal que Kia tiene paciencia. Yo ya lo habría estrangulado.

El timbre sonó mientras reía y noté como mi estómago daba un vuelco preocupante. Era Scott, sin duda alguna.

—¿Eso ha sido el timbre? ¡Ya está aquí! ¡Qué guay! —exclamó Jules desde el otro lado de la línea, entusiasmada—. Polvo de reconciliación, seguro.

La estima de Jules había crecido notablemente desde que había visto como Scott apartaba a David a un lado en el partido.

—Si se supone que ya estamos bien —protesté, encaminándome hacia la puerta.

—¿Y qué? Cualquier excusa es buena para llegar a eso.

—Te llamo luego —dije, riendo.

—¡Cuéntame los detalles!

Y colgué. Fui hacia la puerta con paso indeciso y abrí. Ahí estaba Scott, apoyado en ambos lados del umbral, con una sonrisa ladeada.

Cuando abrí la puerta, lo primero que hizo fue depositar un suave beso en mis labios antes de entrar en la casa, como si fuera lo más normal del mundo que me saludara así. Me quedé paralizaba mientras pasaba como si nada.

—Veo que te tomas en serio esto de fingir ser novios —dije cerrando la puerta.

Vi que se había sentado en el sofá con mis galletitas de chocolate en el regazo, comiéndoselas mientras me miraba con sorna.

—Hay que practicar, ¿no?

Me dejé caer a su lado del sofá y vi cómo sacaba algo del enorme bolsillo de la cazadora y lo ponía sobre la mesita. Eran tres películas: *Un paseo para recordar,* la última de *Crepúsculo* y *Dando la nota.*

—No te tomaba por un chico que mira *Crepúsculo* en su tiempo libre, la verdad. No te pega —me reí.

—Son de mi hermana, listilla —entrecerró los ojos mientras tomaba otra galleta.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté mientras me levantaba para poner la de *Un paseo para recordar.*

—Son más pequeñas que yo —escuché que decía—. Una tiene 16 años y la otra 6, pero viven en casa de mi tía. Les he dicho que iba a casa de una chica y me han dicho que se las conquista con achuchones en las películas. Así que les he pedido una. Me han dado tres por si acaso no te gustaba ver vampiros descamisados brillando a la luz del sol.

Me giré y vi que me guiñaba un ojo. Mientras me sentaba a su lado, el rubor subía por mis mejillas, y aumentó cuando su mano de posó de manera indiscreta sobre mi rodilla mientras la protagonista hablaba con un hombre. Noté un extraño hormigueo, ya que, aunque los pantalones eran largos y no tocaba directamente mi piel, sentía las yemas de sus dedos danzando sobre mi rodilla, trazando pequeños círculos con el pulgar que me hacían sentir estremecimientos. Lo miraba de reojo de vez en cuando, él me sonreía y me decía:

—¿Qué tal la película?

Me estaba provocando. Sus sonrisas y sus guiños de ojo acompañados de caricias en mi rodilla y muslo lo delataban. Estaba de un humor increíblemente bueno.

Y yo no me estaba enterando de la película.

—Para ya —susurré.

—¿Que pare de qué? —preguntó haciéndose el inocente.

—Sabes de lo que te estoy hablando.

—No lo sé.

—Scott.

—¿Qué?

—Deja de provocarme.

—Entonces, está funcionando.

Lo miré; me estaba sonriendo. Y estaba funcionando. Maldito Scott. ¿Cómo podía estar provocándome de esa forma si se suponía que ni siquiera éramos nada? Al fin y al cabo, seguía siendo el mismo chico que se metía conmigo por las gafas de culo de botella y por miles de defectos que sacaba a la luz sobre mí.

—¿En qué piensas? —inquirió.

Dirigí mi vista hacia él, buscando entre las runas de mi cerebro una respuesta que no fuera cuando éramos pequeños o lo mucho que me irritaba. Tras su camiseta verde divisé unas marcas de tinta oscura marcadas en su piel, que formaban un ángulo de algo parecido a unas flores extrañas.

—¿Qué significan? —pregunté señalando sus tatuajes.

Él enarcó una ceja.

—Larga historia cada uno.

—Bueno, yo tengo tiempo, ¿tú tienes prisa?

Él suspiró y me levantó el dedo índice, indicando que solo me enseñaría uno. Vi cómo se levantaba la camiseta por encima del ombligo y no pude evitar que mi labio inferior rodara hasta el interior de mi boca. Sus abdominales relucían a la luz de la lámpara de la sala, y estaban marcados perfectamente. Incluso me fijé en el borde de sus bóxers azules. Esperó a que eligiera uno y señalé el primero

que vi, sin atreverme a tocarlo. Había una especie de *S* que parecía hecha de serpientes escurridizas que se unían entre ellas entrelazando sus colas y cabezas.

—¿Ese? —Pregunté.

—Stacy —sonrió amargamente, volviendo a taparse con la camiseta—. Has elegido el peor, champiñón. Me lo hice por ella y ahora... Bueno, ahora ya no sirve para nada.

Lo observé en silencio. Su mirada melancólica estaba ahora aferrada en sus manos, que dejaron la bolsa de galletas de chocolate sobre la mesita. Supuse que se le había cerrado el estómago.

—Siempre puedes poner *Scott.*

—O Jess.

Se rio cuando fruncí el ceño, avergonzada.

Sabía que no le gustaba hablar de ello, pero no podía evitar el egoísmo de seguir preguntando.

—¿Cómo os conocisteis? —me atreví a preguntar.

Vaciló.

—Nos presentaron en una fiesta hace un año —murmuró, sin levantar la vista—. Los dos íbamos borrachos y, bueno..., sucedió. A la mañana siguiente cuando desperté ya se había ido, aunque a mí no me importó. Se hizo muy amiga de las chicas de nuestro instituto así que aunque íbamos a diferentes institutos nos veíamos a menudo. A veces quedábamos y nos enrollábamos pero nada más. Hasta que ella me dijo que quería ir más lejos.

»Las cosas iban de maravilla; ella me tenía demasiado pillado como para que fuera sano, y yo simplemente era gilipollas por lamerle siempre los pies. Me hice el tatuaje cuando ella me dijo que haría cualquier cosa por mí, hasta que se enteró de que mi padre y yo no nos llevábamos bien.

»Nos fuimos distanciando poco a poco, hasta el punto en que pasamos semanas sin vernos. Cuando fui a su casa a decirle que se había acabado lo nuestro; que ya no sentía lo mismo que al principio, la encontré con Mike en su cama. Mike estaba de pie y ella

arrodillada; creo que los detalles no son necesarios.

—¿Y le destrozaste el coche? —levanté las cejas.

—Llamé a Adam unas horas después, borracho, y le conté todo, que necesitaba desahogarme de alguna forma, y me propuso ir a destrozarle el coche. Cogimos unos bates de béisbol y te aseguro que no quedaron ni los neumáticos.

Finalizó con una sonrisa de aire superior, cosa que me tranquilizó ya que eso significaba que ya no le afectaba tanto pensar en ello. A mí sí.

—¿Pero él es...? —empecé.

La frase quedó suspendida en el aire sin que supiera demasiado bien como continuarla.

—¿Es qué? —preguntó poco paciente.

—¿Peligroso? —finalicé con un hilo de voz.

Esperé unos segundos su reacción mirando mis manos mientras escuchaba como la película que teníamos puesta llegaba a su fin. Cuando me atreví a levantar los ojos hacia él, lo primero que encontré fue una sonrisa burlona extendida en sus labios.

—¿Qué? —me irrité.

Su respuesta siguiente fue una enorme carcajada de profundizó en mis oídos como una taladradora. ¿Se estaba riendo de mi propia preocupación el muy idiota? ¿Es que le daba gracia el hecho de que me preocupara por él? Era un idiota, sí, eso mismo.

Puse los ojos en blanco, agarré las galletas de chocolate y me levanté del sofá; si iba a reírse de mí, prefería que no lo hiciera en mis narices, por lo menos. Llegué a la cocina consciente de que sus pasos me seguían de cerca.

—¿Te has enfadado? —preguntó sin dejar de sonreír burlón a mis espaldas.

¡Pues claro que sí! ¿Es que no era evidente? Encima de que me preocupaba por él me lo pagaba así, riéndose. Pues la próxima vez no me preocuparía por él.

—Oh, vamos, solo estaba riendo. Tu cara cuando lo has dicho... Ha sido graciosa. Lo siento, de verdad.

Me giré y quedé con la cadera apoyada en la encimera. Scott estaba delante de mí, en silencio, ahora serio, y vi como se inclinaba hasta que sus manos quedaron apoyadas a cada lado de mis caderas, sobre la encimera. Su aliento cálido rozaba mi piel haciendo que el vello de mi nuca se erizara y mi pulso se acelerara.

—¿Me perdonas? —susurró con un puchero.

No iba a dejarme vencer tan deprisa.

—No.

Sonrió de lado, haciendo que el gusano que tenía la obsesión de pasearse por mi columna vertebral hiciera su aparición, justo al tiempo en que Scott me levantaba con suma facilidad hasta dejarme sentada en la encimera, aunque sus manos no se retiraron de mis caderas, donde sentía un extraño hormigueo bajo las yemas de sus dedos.

Oh, oh.

—¿Me vas a perdonar? —repitió suavemente.

Aunque me sentía un poco cohibida por su cercanía, mi orgullo se resistía a ello. Me crucé de brazos, dejando una clara distancia entre nosotros.

Con sus manos deslizó mi trasero hacia él sin dejar que me levantara, y nuestros pechos quedaron unidos. Noté cómo una de sus manos permanecía en mi cadera, mientras que la otra se deslizaba produciéndome hormigueos mientras subía. Finalmente llegó a su destino y me agarró la nuca con suma suavidad, acercando su rostro al mío sin despegar nuestras miradas. La mano de la cadera se colocó en mis brazos y me los bajó con suavidad.

—Siento haberme reído —repitió, acercándose.

Iba a besarme, e iba a gustarme. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Desde cuándo los besos de Scott me gustaban? ¡No! ¡Eran los de Matt los que realmente quería, no los suyos! Y ya lo había besado demasiado en un día como para pretender que era estrictamente necesario para que los demás se creyeran nuestra relación. No, todo estaba yendo demasiado lejos.

Dos de mis dedos se colocaron sobre sus labios justo a tiempo

para evitar que me besara. Frunció el ceño separándose ligeramente.

—Si no estamos delante de los demás no hace falta fingir —susurré—. No acepté la propuesta para esto. Yo...

No supe como continuar. Se había separado dos metros de mí y había apartado la mirada, como si de repente quemara.

—No te preocupes —finalmente levantó la mirada y la clavó en mí, aunque ya no era alegre en ningún sentido—. Tienes razón, esto..., bueno, me voy.

Me dejó sentada en la encimera mientras escuchaba el ruido de la puerta principal cerrarse. No se molestó en coger las películas de su hermana. Solo giró sobre sus talones y salió disparado hacia el exterior de la casa, sin mirarme.

CAPÍTULO 11

El regalo

Al día siguiente, cuando llegué a la cafetería me senté al lado de Adam ya que no quedaban más sitios libres. Y una parte de mí no quería cruzarse con Scott después del encuentro incómodo del día anterior. Todos me saludaron con una sonrisa, menos Matt, que estaba ocupado mirando la máquina de bebidas extrañamente concentrado. En parte también agradecí que no me mirara, seguía preguntándome por qué había mentido acerca de Scott.

—¿Has estado mejor? —preguntó Hannah sentándose a mi lado con una sonrisa.

Recordé lo bien que había estado con Scott la tarde anterior y me dije que sí que había estado mejor, definitivamente. Antes de que tuviera que abrir la boca y arruinarlo todo.

—Mucho mejor —asentí con la cabeza.

—Si te has peleado con Scott...

—Eh, *Jessie* —me llamó Abby, enfatizando el estúpido apodo e interrumpiendo a Hannah. Giré la cabeza de mala gana—. ¿Te peleaste con Scott? No te imaginas como siento que os hayáis peleado... ¿Habéis cortado, no?

—Idiota... —escuché que musitaba Adam en voz baja, cosa que me hizo esbozar una sonrisa.

Iba a responder con algunas palabras que no le hubieran gustado a esa idiota, pero Scott llegó y se hizo sitio para quedar junto a mí. Miré a Abby con una sonrisa triunfante.

—Dímelo tú —le guiñé un ojo.

Me acerqué a Scott y plasmé nuestros labios. Pareció sorprendido al principio, pero cuando colocó una mano en mi nuca y empezó a

pasear su lengua hasta llegar a la mía, deduje que no se sentía nada incómodo. Me separé lentamente mirando a Abby de reojo, que ponía una mueca. Una parte de mí había estado esperando que se separara por lo de ayer, pero no lo hizo.

—¿Has explorado bien su boca, Danvers? —rio Adam.

Scott le dio una de sus habituales collejas y se enzarzaron en una pelea en la que se tiraban migas de pan por el pelo. Cuando una de ellas dio a una chica de otra mesa esta se quejó en voz alta, aunque ellos dos solo se limitaron a reír.

Echaba de menos los besos de Scott. Y solo hacía diez segundos que no nos besábamos. No me gustaba como se estaban poniendo las cosas.

Había empezado siendo tan solo un método para acercarme a Matt —que de alguna forma lo había conseguido— y había acabado siendo algo que me gustaba tener para mí. Solo a mi disposición. Sonaba egoísta pero... No me gustaba, pero imaginarlo con otra; hacía hervir la sangre de mis venas.

—Scott —lo llamé.

Él se giró al instante, interrumpiendo la pelea con Adam, que cambió su objetivo a Erik.

—¿Qué pasa?

—Lo de ayer...

—Está olvidado, Jess —aseguró.

Le dediqué una pequeña sonrisa y seguimos comiendo.

La sirena sonó y me levanté cogiendo mi mochila para ir a clase, cuando una mano rodeó mi muñeca. Levanté la mirada y encontré unos ojos azules mirándome fijamente.

—Antes de irte...

Scott sacó algo de su bolsillo y me lo puso en la palma de la mano, asegurándose de que no había nadie que nos escuchara ni nos viera; algo casi imposible. Algunas personas nos miraban de reojo. Scott obstaculizó sus vistas con su propio cuerpo. Miré el pequeño paquete plateado que había puesto en mi mano. Me acercó a él como si me fuera a dar un beso y colocó sus labios tan cerca de

mi oreja que empecé a marearme.

—Espero que sirva de disculpa por pasarme de la raya ayer —murmuró—. Feliz San Valentín, Jess.

Dicho esto se separó bruscamente y echó a andar hacia clase dejándome con la mano abierta con lo que había colocado en ella.

¿Era San Valentín?

Algo me dijo que no era de los que hacían regalos y que no querría que lo abriera delante de todos los chicos del instituto, así que fui hacia el césped que rodeaba la cancha de baloncesto y me senté sola en un banco de piedra donde no pasaba demasiada gente.

El paquete era plateado con un lazo blanco. Del tamaño de mi puño. Intenté descubrir de qué podía tratarse, pero no se me ocurría nada.

Aparté el papel y quedó una caja azulada de terciopelo a la que daba gusto acariciar con las yemas de los dedos. La abrí y me quedé helada.

El collar. El que había visto en la feria. La cadena de plata oscura que había decidido no comprar por cara ahora me la acababa de regalar Scott y estaba en la palma de mi mano. Abrí la inscripción, que era de una circunferencia que se abría y encontrabas el material con las letras formadas. Las letras eran increíblemente pequeñas, talladas en él.

Feliz San Valentín

Scott

Me mordí los labios mientras me lo ponía y notaba un vuelco en el estómago. ¿Cómo podía haberse acordado?

Una sonrisa boba se esbozó en mi rostro.

• • •

Me encontraba delante de la casa de Scott, con su regalo sujeto en la mano, oculto dentro de una bolsa verde oscura. La verdad era que no tenía demasiada idea de qué le gustaba, así que esperaba que mi regalo fuera algo de su agrado.

Tragué saliva; tenía miedo de encontrar a su padre, o de

encontrarme una escena de ellos discutiendo. Era una exagerada, pero en verdad estaba indecisa por tener que llamar a su puerta.

Mi dedo presionó el timbre hasta que la melodía sonó en mis oídos. Ahora solo quedaba esperar.

Un hombre abrió la puerta. Llevaba una camisa desabrochada hasta mediano pecho, manchada con algo que parecía café. Sus pantalones eran anchos, haciendo que su barriga pareciera algo más grande de lo que era. Tenía un bigote poco poblado y canoso, al igual que su pelo.

—¿Qué? —preguntó secamente.

Por un momento, me quedé en blanco. Ese hombre no se parecía en nada a Scott. Absolutamente en nada, a parte de los ojos azules. En ese aspecto, eran iguales.

—Yo... —miré un lado donde no fueran esos ojos escalofriantes —. Me llamo Jess, ¿está Scott en casa?

Me miró de arriba a abajo con una ceja enarcada, analizándome. No pareció gustarle el resultado.

—¿Qué Jess?

Iba a decir *su novia,* pero no sabía si Scott querría que se enterara.

—Una amiga del instituto —sonreí lo más inocentemente que pude.

—Ya —volvió a repasarme de arriba a abajo—. Iré a llamarlo. Puedes esperar aquí dentro o fuera.

—Gracias.

Me adentré un paso en el chalé que había y me di cuenta de que parecía bastante más grande por dentro que por fuera.

El señor Danvers subió unas escaleras de madera que crujían bajo sus enormes pasos y lo escuché caminar hasta que se abrió una puerta.

—Hay una niña ahí abajo.

Escuché pasos de nuevo y vi bajar las escaleras confuso a Scott. Cuando me vio no reaccionó como esperaba; yo esperaba una sonrisa o algo así, pero se quedó pálido y se apresuró a llegar hasta

mí. Me empujó fuera de la casa y cerró la puerta principal a sus espaldas.

—¿Qué...? —iba a preguntar, pero me interrumpió.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo?

¿Estaba enfadado?

—Adam me lo dijo, pero...

—Voy a matar a ese gilipollas —gruñó—. Deberías irte, Jess.

Parpadeé confusa mirándolo. ¿Me estaba echando de su casa? Había cogido dos buses para llegar al centro comercial y había estado media hora de pie en uno solo para llegar a su casa, ¿y ahora me estaba echando?

—¿Irme? —todavía no me creía que me estuviera echando.

—No... No quiero que tengas nada que ver con mi padre, ¿lo entiendes?

Ahora lo comprendía; realmente lo que pretendía era que su padre no tuviera nada que ver conmigo, me estaba protegiendo.

Aunque me costaba bastante concentrarme en nada teniéndolo delante solo con una camiseta de tirantes, dejando unos cuantos tatuajes expuestos.

De repente su rostro de iluminó con una sonrisa y extendió la mano hacia mi cuello. Me quedé clavada en mi sitio cuando cogió el collar que tenía puesto entre sus dedos. Tragué saliva al notar sus firmes dedos en mi cuello.

—Te lo has puesto.

Pero tardó menos de dos segundos en volver a su posición actual. Comprendí que quería que me fuera, aunque de alguna forma eso hacía que me sintiera mal.

—Bueno, yo... —extendí el brazo con la bolsa y él lo cogió examinándolo con la mirada. Debía estar roja como un tomate—. Espero que te guste... Hum... Nos vemos mañana, supongo... Adiós.

Giré sobre mis talones sin esperar que abriera el regalo, aunque escuché el papel rasgándose a medida que me acercaba a la acera.

—¡Gracias! —exclamó a mis espaldas.

Me giré y vi que sostenía la cazadora de cuero oscuro que le

había comprado en alto. En su rostro había una enorme sonrisa de oreja a oreja que me hizo sonreír a mí también.

CAPÍTULO 12

Descubiertos..., casi

Pasaron los días y los dejé pasar. Las cosas habían seguido igual que de costumbre; Adam con sus bromas malas, Erik hablando de rugby, Abby con mala cara, Hannah contándome cosas de gente del instituto que no conocía, Chloe intentando llamar la atención de Sam, Sam mirando a Matt, Matt ignorándola, Scott con su cazadora nueva y yo con mi colgante que no dudaba en lucir con orgullo. Aunque entre Scott o Matt y yo no había ocurrido nada más.

Lo único extraño era que Matt había decidido hacerse el vacío conmigo. Cada vez que lo miraba, aunque fuera por el rabillo del ojo una fracción de segundo, le faltaba tiempo para coger sus cosas y largarse sin dar explicaciones a nadie, cosa que los otros ignoraban, pero yo me lo quedaba viendo hasta que se iba.

Hasta que el viernes por la mañana decidí seguirlo cuando lo hizo, y conseguí detenerlo en los desiertos pasillos. Le cogí del brazo por la sudadera del equipo del que era capitán y se giró bruscamente, cosa que hizo que lo soltara enseguida.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté con voz queda.

Enarcó una ceja, esperando que siguiera hablando.

—¿Te vas de la mesa por algo que te haya hecho? Porque cada vez que te miro... —intenté decir.

—¿Hasta cuándo vas a fingir que estáis juntos? —preguntó, mordaz.

No lo detuve cuando se giró y desapareció. ¿Lo sabía? ¿Cómo? ¿Por qué no había dicho nada? ¿Sabría el motivo? La única respuesta válida que se me ocurría era que Scott se lo hubiera dicho, pero tampoco creía que fuera ese el motivo.

Cuando sonó la sirena, me metí entre el bullicio de gente y cogí a Scott de la muñeca, atrayéndolo hacia un rincón para poder hablar y que nadie nos escuchara.

—Tenemos que hablar. Es urgente —dije.

Asintió con la cabeza y me tomó la mano, conduciéndome hasta las escaleras de emergencia, y de ahí a la desierta azotea. Ese lugar me trajo recuerdos de cuando habíamos hecho la propuesta. Parecía que había pasado tanto tiempo... Y debía hacer unas tres semanas como mucho.

—¿Y bien? —preguntó sentándose encima de una barra de hierro que salía de la pared hasta el suelo y colocándose un cigarrillo entre los labios.

—¿Le has dicho a Matt lo de la propuesta? Porque lo sabe.

El humo se le atascó en la garganta y empezó a toser. Casi me reí al ver su expresión.

—¿Cómo que lo sabe?

Se lo expliqué todo hasta hacía unos cinco minutos. Él escuchó atento.

—Yo no le he dicho nada —dijo finalmente tirando la colilla al suelo y pisándola con la punta del pie—. Y tampoco tenía la intención de hacerlo, la verdad.

—Entonces, ¿cómo puede haberse enterado?

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que por fin volvió a hablar levantándose y dando vueltas a mi alrededor, pensativo.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó tocándose el mentón con el dedo.

—Pues claro que no —me crucé de brazos—. Si no se lo he contado a Kia y a Jules puedes tener por seguro que no se lo he dicho a nadie.

Hubo unos instantes de silencio en los que se paró delante de mí y me observó en silencio.

—Bueno... —dije, de repente, cayendo en la cuenta de algo.

—¿Qué? —se detuvo en seco, mirándome.

—Yo..., puede ser que..., bueno... Mmm..., puede que se lo

contara al peluquero en un momento de inocencia y...

—Jess —murmuró, casi pareciendo que estaba pidiendo paciencia a los dioses.

—¡Pero es imposible que se lo dijera a Matt! No mencionó que lo conociera para nada.

Él me observó unos segundos en silencio, analizando la situación.

—Entonces, quizá deberíamos dejar de vernos y confesar lo que ha ocurrido a todos.

Me quedé paralizada.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Supongo que es una broma.

—Evidentemente.

Puse los ojos en blanco mientras él sonreía. Ese tipo de bromas que hacían que por un momento el corazón se me detuviera, parecían gustarle.

—¿Qué hacemos, entonces? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Sigamos adelante. Si nos ve dudar ahora le confirmaremos que era todo mentira. Tenemos que ignorarlo y tú..., bueno, si te dice algo así no te hagas la inocente, sino que intenta reaccionar como si te hubiera dicho algo ofensivo.

—Pareces todo un experto en mentiras —entrecerré los ojos en su dirección mientras entrábamos de nuevo en el edificio.

—Tranquila, champiñón, a ti no te mentiría ni aunque quisiera. Me tienes calado desde hace bastante tiempo.

• • •

Me encontraba sentada en las gradas del campo de rugby con Kia y Jules, observando cómo entrenaban las animadoras en un rincón del campo, bajo las órdenes de Sam, y los jugadores del equipo en el campo, donde el entrenador gritaba órdenes a todo pulmón, que eran obedecidas casi inmediatamente.

Bajé la vista hacia Kia, que acababa de llamarnos.

—Tengo que contaros algo —informó agachando la cabeza con

una sonrisa que me indicaba que no me iba a gustar.

—¿Bueno o malo? —preguntó Jules dando un sorbo del zumo que tenía en las manos.

—Bueno y malo.

Jules y yo intercambiamos una mirada acusadora, y le hice un ademán para que empezara a sacar conclusiones, como de costumbre, antes de que Kia tuviera tiempo a explicar absolutamente nada, Jules empezó formar hipótesis.

—¿Te has acostado con un calvo?

—¿Qué?

—¿Has matado a un perro?

—Pero...

—¿O a una persona?

—¡No!

—¿Te has prostituido?

—Vamos a ver —perdió Kia la paciencia levantando las manos para indicar que parara de hacer preguntas—: ¿Os acordáis de David, el chico que conocimos el día del partido?

—Sí —respondimos al unísono, intercambiando una mirada.

—¡Hemos quedado esta tarde! —exclamó con una enorme sonrisa.

Jules y yo nos quedamos unos instantes en silencio, con su oración suspendida en el aire.

—Vale, lo malo es que es de otro instituto y es gilipollas —Concluyó Jules enarcando una ceja—. Pero... No le veo lo bueno.

—Kia —intervine—. No sabes cómo es; ni siquiera sabes su apellido. ¿No te parece un poco temprano...?

—¡Es un encanto de chico! —me interrumpió Kia—. Hemos hablado muchas veces por teléfono y *Skype* y nos hemos contado muchas cosas. Resulta que ni siquiera es del equipo...

—Se le veía; el único músculo marcado que tenía era el de la muñeca, tú ya me entiendes... —murmuró Jules.

Eso logró sacarme una sonrisa, pero Kia la ignoró y siguió hablando:

—...Y yo le he contado toda mi vida. Me gusta mucho, de verdad. Y esta noche os llamaré para deciros cómo han ido las cosas entre nosotros.

Unas carcajadas acompañadas de unos pasos acercándose al campo la interrumpieron. El entrenamiento había finalizado y los chicos estaban volviendo del campo junto con Sam y su cuadrilla. Pero no eran ellos los que me estaban llamando la atención; sino otro grupo de gente que se acercaba a nosotros. Eran de mi edad, más o menos, debían ser unos siete e iban vestidos algunos con cazadoras azules con el logotipo de una escuela desconocida para mí. Entonces, la mirada del que iba en cabeza se posó en mí, y lo reconocí al instante en que sus ojos impenetrables intentaron asesinarme con una mirada. Me puse de pie casi inconscientemente.

Mike.

—¡Pero, bueno! La fiera de la mano floja —sonrió acercándose a mí. Hubo varias risas de fondo—. ¿Te has pensado lo nuestro, cariño? ¿Qué tal tu labio?

Su mano se acercó al escote de la blusa de llevaba con decisión, pero se la aparté de un manotazo; si esperaba que le dejaría meterme mano después de pegarme la llevaba clara. Las risas de sus compañeros tronaron en mis oídos.

—Mejor de tu mejilla, seguro.

Mike apretó los labios un breve momento, pero disimuló bien su enfado.

—Ah... Las fieras son difíciles de domar, supongo.

—¡Eh, Evans! —me llamó una chica pecosa y flacucha entre ellos con tono de mofa—. ¡Dime! ¿Qué se siente cuando el único novio que encuentras te pega? ¿Eh, Evans?

—¡Espero que por lo menos te folle bien, porque si no...! —siguió otro chico provocando nuevas carcajadas.

Cuando mis puños se apretaron y empecé a notar calor de la rabia que me producía que hablaran de Scott, alguien se puso a mi lado. Lo observé detenidamente mientras que en su rostro no se expresaba nada de manera significativa.

—¿Sabéis que no podéis estar aquí, verdad? —dijo Matt cruzándose de brazos, todavía con el uniforme del equipo.

—Pues... —Mike sonrió—. Parece que las medidas de seguridad de vuestro instituto son una mierda. Bueno, todos los de este instituto lo sois.

—Entonces, no entiendo qué hacéis aquí, la verdad.

—He venido a ver a mi nueva mascota, ¿qué creías?

Noté un guiño de ojo hacia mí que solo aumentó las ganas de acercarme a él y golearlo. Pero cuando di un paso hacia delante, el brazo de Matt me detuvo.

—No me jodas —Mike puso una mueca—. ¿Tú también te la tiras, Matt? Para ser tan normalucha reconozco que tienes buenos pretendientes... —nuevas risas—. Bueno, ¿cuál del equipo será el siguiente, bonita?

—El viejo entrenador —dijo alguien detrás de él.

Nuevas risas.

Iba a responder cuando alguien más se puso a mi lado, aunque en esta ocasión ni siquiera tuve que levantar la vista para saber que se trataba de Scott. Apoyó su mano en la parte inferior de mi espalda, de manera posesiva, sin dejar de mirar a Mike.

—No hay próximo —gruñó Scott—. Largaos.

—Por fin apareces, amigo mío. Estaba comentado con tu novia lo que podríamos hacer si ella tan solo aceptara.

—Fuera de aquí —repitió Scott.

—Oh, vamos, solo hemos venido a veros jugar un rato, ¿qué hay de malo en eso? —Mike puso una especie de sonrisa inocente, que no funcionó para nada—. Además, alguien ha insistido en venir a animarte, Scott... Ven, querida.

Una chica emergió entre ellos y me sentí la persona más fea del mundo al instante.

Era una chica alta, delgada, de curvas suaves y piernas largas. Su pelo era de un rubio casi platino, largo y ondulado hasta poco más de la mediana espalda. Su piel era tan pálida y sin pecas ni granos que parecía hecha de porcelana. Tenía unos ojos verdosos

que miraban directamente a Scott en ese momento, con una sonrisa malvada en sus labios pintados de color rosa.

—Hola, cielo —dijo con voz dulce, melosa.

Entonces, por la expresión de Scott, supe quien era y me sentó como un puñetazo en el estómago.

Stacy.

CAPÍTULO 13

Stacy Ross

Era como si el tiempo se hubiera detenido de repente con una sombra alta acechando sobre mí como un águila cuando caza a un animalillo indefenso.

Miré a ambos, esperando que intercambiaran palabras, pero simplemente se estaban sosteniendo la mirada de manera fría. Parpadeé confusa ante la durísima mirada de Scott cuando Stacy avanzó un paso y quedaron a poco menos de un metro. Yo los miraba a una distancia prudente. Stacy sonreía. Me dieron unas enormes ganas de golpearle el rostro hasta borrar esa malditamente perfecta sonrisa.

Como lo toque...

Sin saber por qué, sin conocerla, me cayó mal al instante.

—¿Cómo has estado, Scotty? —susurró melosamente.

Ella avanzó una mano lentamente y la posó en su brazo. Hice un ademán de acercarme y Jules me sujetó del brazo. Ni recordaba que los demás estaban ahí. Scott apretó tanto los puños que llegué a temer que se hiciera daño de verdad. Con los nudillos blancos, apretó la mandíbula sosteniéndole la mirada.

—¿Me has echado de menos tanto como yo a ti? —preguntó.

Matt me puso una mano en el hombro, haciendo que por un momento olvidara la punzada que había sentido cuando las manos de ella tocaron la piel de Scott. Matt me miraba fijamente. Creí que me diría que hiciera algo, pero esa posibilidad se esfumó cuando abrió la boca. No parecía apenado, ni divertido, ni nada. Solo me observaba con expresión indescifrable.

—Creo que es mejor que te vayas, Jess, te llevaré a casa —

sugirió con voz suave.

Scott ladeó la cabeza al instante y me miró fijamente en el hombro, donde Matt tenía puesta la mano. Algo en sus ojos se activó y sus puños se apretaron aún más, si es que era posible. Cosa que no se le escapó a la estúpida Stacy, que me observó con curiosidad. Era tan guapa que podría haber sido una modelo si se lo hubiera propuesto.

—Ya veo que has tenido compañía mientras tanto —sonrió Stacy acercándose a mí.

Su verdosa mirada me recorrió de arriba a abajo con una ceja enarcada. Luego volvió a posarse en mis ojos con una sonrisa triunfante, como si hubiera un claro vencedor en la batalla. Las ganas —extrañas en mí— de golpearla volvieron. Ni siquiera me había hablado directamente, tampoco me había hecho nada, pero no podía evitar odiarla.

—Quizás si adelgazaras un poco tendrías posibilidades —gruñó en voz baja, porque nadie más la oyó.

Pero no sentí rabia.

Sentí temor.

Por un momento, me olvidé de quién era, me olvidé de todo lo que me rodeaba y sentí que caía en un agujero negro sin parar, desapareciendo en la oscuridad, mientras ella sonreía y me miraba sin ningún tipo de compasión en la mirada.

—Aléjate de ella —escuché a Scott enseguida.

Su peor mirada estaba clavada en Stacy, que dio un paso atrás.

—Solo estaba saludándola, Scotty.

—Aléjate de ella —repitió Scott, con voz gélida.

Incluso a ella se le borró la sonrisa. Dio un paso atrás, pegándose al cuerpo de Mike. Intercambiaron una mirada y no necesitaron más para saber que era hora de marcharse.

—Bueno, nosotros nos iremos —dijo Mike—. Ya veo que no hay que preocuparse por si perdemos.

Stacy me dedicó la última mirada. Una sonrisa se colocó sobre sus labios pintados antes de que mirara a Scott fijamente y le

guiñara un ojo.

Luego giró sobre sus talones y se alejó de una sacudida de pelo.

• • •

Después de eso Scott me acompañó a casa, aunque fui incapaz de mediar palabra con él. Al llegar, se ofreció a acompañarme arriba ya que mi madre no estaba. Me encogí de hombros, la verdad era que me daba igual que me acompañara o no. Solo podía pensar en Stacy, en que nunca había imaginado que fuera tan guapa. En mi cabeza era solo una cara sin expresión con la que Scott había estado en algún momento de su vida. Jamás habría pensado que sería de esa forma.

Y tampoco entendía por qué me afectaba de esa forma.

—Voy un momento al baño —indiqué cuando entramos.

Él asintió con la cabeza mientras yo iba al servicio.

Después de hacer pis, pasé las manos por mi cara con agua fría. No podía creer que esas palabras me siguieran afectando tanto, se suponía que todas las adolescentes sufríamos por esas cosas, pero odiaba esa sensación de inferioridad. Me miré de lado en el espejo y fruncí el ceño, volviendo a mirar al frente con poca convicción.

—¿Qué haces?

La voz de Scott interrumpió mis pensamientos, aunque no me moví. Estaba apoyado en el marco de la puerta con rostro sombrío y las manos en los bolsillos, observando mis movimientos. Nuestra mirada se encontró en el espejo. La aparté.

—¿No te habrás creído las tonterías que decía Stacy, verdad?

Noté un tono culpable en su tono de voz, al igual que apenado. Pero en ese momento estaba enfadada con él, así que poco me importó. Me crucé de brazos y fruncí el ceño, sin querer mirarlo.

—No le has dicho nada... Y se supone que estamos juntos.

Esta vez, por primera vez, fue él que no fue capaz de sostener mi mirada.

—Tienes razón. Lo siento.

Sentí una punzada de dolor en el pecho por la manera en que lo dijo. De alguna forma, sabía que lo sentía de verdad, que se sentía

culpable por no haber reaccionado antes. Recordé que al principio él no se había acercado. Quizá todavía estaba demasiado pasmado como para reaccionar y decir algo.

—No te la creas —dijo de repente sin mirarme—. Lo que dice Stacy. No te la creas; siente celos.

Parpadeé confusa.

—¿Celos?

—De ti —levantó la mirada de repente y se cruzó con la mía—. Eres preciosa, Jess, que nadie te lo quite nunca de la cabeza.

Su frase se quedó en el aire, mientras que mi corazón empezaba a latir con fuerza. Me acababa de llamar preciosa... Era la primera vez que un chico me llamaba preciosa. Y más de esa forma. Mis mejillas, muy a mi pesar, se tiñeron de un rojo intenso.

Sus piernas avanzaron hasta que quedó a mi espalda y sus manos me cogieron de la cintura apretándome a él en una especie de abrazo. Todavía nos estábamos sosteniendo las miradas en el espejo. Su brazo derecho me retuvo contra su cuerpo, de manera que no tenía escapatoria. Aunque, siendo sincera, tampoco quería escapar de él.

Su otra mano se deslizó por mi brazo, en un masaje lento, donde las yemas de sus dedos me acariciaron suavemente. Fui incapaz de moverme, ¿qué estaba haciendo? Su mano vaciló un momento antes de ascender hasta llegar al hombro. Pasó el pulgar por la zona en que mi pulso palpitaba con fuerza. Se inclinó hacia delante y abrí mucho los ojos. Sus suaves labios dejaron un beso en mi cuello, tras otro.

No sabía qué se suponía qué estaba pasando, pero era incapaz de moverme.

Sacando fuerzas, me di la vuelta de manera que ahora su brazo me rodeaba de la espalda. Sentía su pecho pegado al mío. Su mirada encontró la mía y percibí un destello de lo último que creí ver jamás en él; ternura.

Por primera vez desde que nos conocíamos, sentí como si lo conociera de verdad. Como si hubiera abierto las puertas que nos

separaban. Sonriendo, le pasé la mano por la nuca, maravillándome por las cosquillas producía su corto pelo. Me devolvió la sonrisa. Una sonrisa sincera.

—¿Jessica?

La voz de mi madre llegó como un tornado.

Instintivamente empujé a Scott lejos de mí y salí del cuarto de baño con él pisándome los talones. Un fuerte olor a licor me llegó a los orificios nasales en cuanto puse un pie en la sala. Mamá estaba apoyada en la cómoda. ¡Oh!, ¡mierda!, no quería que Scott viera esto. Pero mi madre levantó la vista y se clavó enseguida en Scott.

—¿Quién es y qué hace en mi casa? —preguntó secamente.

Scott iba a contestar, pero le di un codazo en las costillas haciendo que se callara. Lo comprendió al instante.

—Mamá, es un amigo...

—¿Quién es? ¿Algún imbécil que te estás tirando? —mi madre negó con la cabeza con una sonrisa—. Si tu padre levantara la cabeza...

Otra vez.

Apreté los puños conteniendo la ira porque no quería montar una escena delante de Scott, aunque pronto explotaría.

—Es mi novio —espeté.

Eso la dejó en silencio unos segundos hasta que por fin se movió hasta mí tambaleándose y apoyando sus manos en mis hombros. Su aliento apestoso me dio en la cara de lleno.

—Solo quiere sexo… —dijo ella con una sonrisa—, como todos. Te follará y se irá, y tú te quedarás con el corazón roto por estúpida. O te lo seguirás tirando, conociéndote, nunca se sabe...

Estaba a punto de explotar.

Decidí cerrar los ojos un breve momento y contar hasta cinco. Cuando conseguí calmarme, me acerqué a ella y le abrí la boca. Con un gesto de alivio, vi que su aliento no olía a whisky, sino su ropa.

—¿Has bebido?

—No.

—Vamos, tienes que tomarte la medicación.

Mamá dedicó una mirada de odio profundo a Scott, que parecía muy interesado en la habitación de repente. Agarré a mamá y la llevé a su habitación. Después le di un vaso con su medicación. No tardó en cerrar los ojos y quedarse dormida. Con el estómago encogido por lo que podía pasar ahora, salí de la habitación, sin ninguna esperanza de encontrar a Scott.

Pero estaba ahí. Sentado en el sofá con los codos en las rodillas. Al verme se levantó.

—¿Podemos irnos de aquí? —murmuré.

Para mi sorpresa, no dijo nada. Solo abrió la puerta para mí y bajamos con el ascensor en silencio. Al llegar a la moto vi que la duda empezaba a formarse en sus ojos. Subí a su espalda y lo agarré sin decir nada.

—¿Dónde...? —intentó hablar.

—Llévame donde quieras —pedí sin mirarlo—. Pero sácame de aquí, por favor.

Hubo unos momentos de silencio en los que ni siquiera encendió en motor. Levanté la cabeza, extrañada. Me estaba mirando a través del espejito.

—¿Quieres quedarte a dormir en mi casa, Jess? —preguntó suavemente.

Abrí los ojos desmesuradamente, intentando detectar cualquier tipo de tono burlón. Estaba serio, mirándome con los labios apretados en una fina y dura línea.

—Tu padre....

—Él no creo que venga esta noche, estará en un bar hasta las tantas. Y cerraré la habitación con llave.

Un asomo de sonrisa se formó en mi rostro.

—Gracias, Scott.

Y arrancó la moto sin decir una sola palabra más.

CAPÍTULO 14

Su casa

Una débil llovizna me mojó el pelo que el casco no cubría por el camino. Scott aceleró más para amparar la menor cantidad de agua posible. Solo frenó un poco cuando llegamos al gran chalé que era su casa. El estilo victoriano en toda su gloria y esplendor. Pintada de blanco con las ventanas azules. No era excesivamente grande, pero lo era mucho más que la mía. Bajamos de la moto, corriendo hacia la protección del porche, y él abrió la puerta con las llaves que tenía escondidas en el bolsillo. Cruzamos el salón que ya conocía de sobra y subimos por las escaleras. Había un amplio pasillo adornado con luces de lámparas de aspecto lúgubre (al igual que el resto de la casa) y entró en una de las habitaciones.

Era casi completamente blanca en las paredes y el suelo, solo lo diferenciaba por su enorme cama negra que parecía cómoda. Los muebles eran del mismo color de madera oscura que hacía que conjuntaran a la perfección con una puerta de madera clara que conducía —supuse— al cuarto de baño. Por lo demás, los muebles constituían, básicamente, en un armario grande pegado a la pared que tenía las puertas entreabiertas, dos cómodas a cada lado de la cama y un escritorio vacío —excepto por una lámpara y un portátil.

—Bienvenida a mi rincón particular del mundo —sonrió cerrando la habitación con pestillo.

Sonreí de vuelta y seguí observando la habitación en silencio. Sobre la cómoda derecha había un marco dorado en el que había una fotografía. En ella había un niño delgaducho y con una enorme sonrisa que sostenía a un bebé entre sus brazos. El bebé le estaba intentando coger la nariz con las manitas pequeñas y regordetas.

Incluso en una foto, pude apreciar los ojos azules intensos de Scott. El bebé los tenía igual.

—Mi hermana —informó, quitándose la cazadora y dejando expuestos sus tatuajes mientras la lanzaba hacia la silla del escritorio —. Debía tener tres meses cuando mi madre hizo esa foto.

—Tenéis los mismos ojos, ¿sabes?

Sonrió.

Eché un vistazo nuevamente a la habitación. Luego me paré a observarlo fijamente de manera acusadora.

—Supongo que tú dormirás en el suelo —puntualicé.

Elevó sus cejas, casi con aire ofendido.

—Tenía pensado dormir en mi cama, la verdad.

—¿Y yo?

Su cara adoptó una expresión de evidencia de que la pregunta que acababa de formular era algo estúpida. Tragué saliva. La sola idea de dormir con él hacía que el estómago se me contrajera.

—Si quieres dormir en el suelo... —se encogió de hombros dejándose caer en la cama.

—Menudo caballero —me crucé de brazos.

—Yo nunca he dicho que lo fuera —puntualizó.

—Mejor, porque habría sido una tontería.

—Oh, vamos, Jess, no te pondré una mano encima si tú no quieres, en serio, ¿por quién me has tomado?

Bostecé mientras pensaba en el dolor de espalda que tendría a la mañana siguiente en caso de dormir en el suelo. Siempre podía hacer una montaña de cojines entre nosotros...

—¿Quieres una camiseta? Tienes la ropa algo mojada —sugirió levantándose de un salto de la cama.

Cuando se hubo levantado avanzó a grandes zancadas hasta la cómoda. Mi labio rodó irremediablemente hasta el interior de mi boca cuando pasó por encima de su cabeza la camiseta que llevaba puesta. La última vez que lo había visto había sido por los golpes de su padre. Aunque ahora ya casi no había marcas en su cuerpo. Algunos moretones ya eran apenas perceptibles, y mucho menos

con la poca luz de la habitación.

—Sí…, sí, gracias.

No empieces a tartamudear, no empieces a tartamudear...

Él se giró y me lanzó una camiseta azul marina de manga larga y fina. Casi parecía para ir a trabajar. Pensé en cambiarme ahí, pero la idea de Scott mirándome fijamente en sujetador y bragas me avergonzaba demasiado.

—Si quieres —dijo metiéndose en su cama con el móvil en la mano— puedes cambiarte en el baño.

Agradecí la propuesta en silencio cuando entré en el cuarto de baño y cerré la puerta a mi espalda. Me miré en el enorme espejo que había sobre el lavabo para comprobar lo evidente; estaba completamente ruborizada. Y todo por verlo sin camiseta. Qué tonta era. Aunque, por una parte, estaba segura de que si fuera cualquier otro chico el que estuviera en la habitación no estaría tan inquieta como lo estaba.

Ni siquiera con Matt, y eso me estaba empezando a preocupar.

La camiseta me llegaba hasta debajo de las caderas y las mangas por los codos, aunque estaba más preocupada por mi pelo y mi cara. No sé cuántas veces me miré en el espejo para comprobar que todo estaba en orden.

Cuando finalmente salí del cuarto de baño —parecía haber pasado una eternidad— lo encontré con los brazos cruzados detrás de su cabeza. Me estaba mirando fijamente, y el hecho de que fuera sin camiseta no mejoraba absolutamente nada. Me senté tímidamente en la cama y me cubrí hasta la barbilla con las mantas. Oí como reía entre dientes ante mi expresión de horror absoluto.

—Estás empezando a hacerme sentir como un violador reincidente, la verdad —dijo, riendo.

—No me mires, entonces —farfullé.

—¿Y qué quieres que mire?

—¿Yo qué sé? La pared, por ejemplo.

Con un suspiro dramático, miró la pared unos segundos, sumidos en la oscuridad. Podía notar el calor que desprendía su piel en las

piernas y los brazos. Eso solo me puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—Si es que la tengo muy vista —replicó, volviendo a sonreírme—. ¿Por qué te tapas tanto, champiñón? ¿Qué escondes por ahí?

Agarré una de las almohadas y se la estampé en la cara, a lo que se echó a reír a carcajadas. Volví a hacerlo, pero lejos de hacerle daño se lo estaba pasando en grande. Al final, incluso, empecé a reír.

—Idiota —dije y continuaron mis risas.

—¿Por qué siempre me estás insultando?

—Porque eres un idiota.

—Bueno, pero no hace falta que me lo repitas, lo recuerdo yo solo.

Los dos empezamos a reír a la vez y volví a tumbarme. Pasaron los segundos y las risas se extinguieron poco a poco, hasta que quedamos sumidos en un silencio más cómodo de lo habitual. No me acordé de subir las sábanas hasta mi barbilla. Cerré los ojos, y, justo cuando empecé a dormirme, escuché su voz:

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades? —preguntó apoyándose en un codo para mirarme.

Tan solo veía el contorno de su rostro a través de la luz de luna que se filtraba tímidamente por la ventana. Su nariz recta, sus labios, el inferior un poco mayor que el superior, sus pestañas espesas parpadeando hacia a mí. Lo miré más tiempo del estrictamente necesario hasta el punto en que frunció el ceño.

—¿Jess?

¿Qué me pasaba?

—Claro —respondí enseguida.

Mis manos estaban sobre mi vientre, inquietas. Cuando una de las suyas se colocó sobre una de las mías sentí que la respiración se me quedaba atorada en la garganta. Sus dedos se entrelazaron con los míos al mismo tiempo en que su pulgar trazaba pequeños círculos en la palma de mi mano. Seguí mirándolo.

—¿Qué le pasó a tu padre?

Un nudo se formó en mi garganta. Odiaba hablar de ese tema con cualquier persona, ni siquiera había dicho nada a Jules o Kia.

—Si no quieres contestar no es necesario —se apresuró a añadir al notar que me había quedado muy quieta.

—No... Yo... —respiré hondo—. Tú me contaste lo de tu padre, es justo que te lo cuente también yo.

»Cuando era pequeña vivía con mis padres y mi hermano mayor como una familia normal, pero cuando cumplí los 12 a mi madre le diagnosticaron leucemia. Mi padre ganaba poco dinero y apenas teníamos para la medicina, ya que mi madre también era exalcohólica y necesitaba un tratamiento, aparte de no querer tomar sus pastillas... Supongo que ya sabrás que no se puede mezclar el alcohol con los medicamentos. Así que teníamos que estar vigilándola constantemente para que no bebiera y pudiera tomarse su medicación.

»Las cosas fueron empeorando; papá tenía dos trabajos y mi madre estaba con una depresión de caballo en su habitación, tenía que obligarla a comer y a beber para que no muriera de inanición. No te puedes imaginar lo que es ver a tu madre en un estado semejante... Estaba con el mono del alcohol.

»Pero un día, al llegar a casa, escuché ruidos de la habitación de mis padres. Pensé en no molestarlos, porque querrían intimidad, pero luego me di cuenta de que mi padre estaba trabajando —cerré los ojos. Scott me dio un pequeño apretón en la mano—. Estaba con su mejor amigo. Mi madre y él. Estaban juntos.

Hice una pausa. Se me empezaba a nublar la vista.

—Mi padre murió dos días después en un accidente de coche —ahora solo tenía un hilo de voz—. Fue tan... Rápido. La ambulancia llegó tan deprisa como pudo, pero... Ya era tarde.

Las lágrimas me picaron los ojos al recordarlo.

—Estaba muerto. Vi como le tapaban la cabeza con la manta. Lo vi desde mi asiento en el coche. Ni siquiera pude despedirme de él. Ni siquiera pude decirle lo mucho que le agradecía haber dedicado su vida a nosotras. No pude decirle cuánto lo quería...

Ya no aguanté más. Hundí el rostro entre mis manos mientras el nudo en mi garganta aumentaba preocupantemente hasta tal punto que creí que me ahogaría en mis propias lágrimas. Hacía tanto tiempo que no hablaba de eso con nadie...

Los brazos de Scott me rodearon por la espada y la nuca y pegué la oreja en su pecho. Mis brazos lo rodearon en busca de todo el apoyo que me estaba ofreciendo, quería sentir su calor. Era una manera estúpida de saber que estaba ahí, pero me calmó. Y, de alguna forma, recordarlo abrazada a él era más fácil que hacerlo sola, como había hecho durante tanto tiempo.

—Estoy seguro de que lo sabía —susurró sobre mi pelo—. Estoy más que seguro que sabía todo lo que le querías decir, así que estate tranquila, porque teniéndote a ti como hija estoy seguro de que pudo irse tranquilo sabiendo que sabrías cuidar de tu madre, Jess. No llores más, por favor.

Me tranquilizaba tenerlo ahí, abrazado a mí, consolándome. Me daba paz.

Al cabo de unos minutos de estar en silencio mientras mi llanto amainaba, respiré profundamente para asegurarme de que podía hablar.

—No había hablado sobre mi padre con nadie desde que murió —susurré.

—Entonces, soy el primero —dijo con picardía.

—Idiota —empecé a reír, sintiendo todavía el rastro de las lágrimas de antes en mis mejillas.

Él volvió a abrazarme.

—Tú, idiota, recuérdalo.

Algo se accionó en mi corazón haciendo que aporreara mis costillas, ¡solo con una frase! Sin poder evitarlo, me mordí el labio. Quería decir tantas cosas... Que la primera que dije me pareció una tontería:

—¿Podemos dormir así?

Hubo unos instantes de silencio en los que me aterroricé disimuladamente por si de repente se echaba a reír o cualquier otra

chorrada, pero no lo hizo, solo vi que esbozaba una sonrisa. Volvía a tener ese brillo en los ojos que había visto momentos antes en el cuarto de baño de mi casa.

—Claro que sí, Jess.

Sonreí.

—Buenas noches —susurré.

—Duerme bien.

Cerré los ojos mientras una de sus piernas se introducía entre las mías, quedando completamente abrazados. Sentía una extraña sensación de electricidad en todo el cuerpo; pero no era incómodo.

Al cabo de un rato escuché cómo su respiración se acompasaba hasta un ritmo más lento y profundo. Levanté un poco la cabeza y vi que estaba durmiendo. Parecía un desconocido. Demasiado tranquilo para ser él. Con la boca apenas abierta, las pestañas gruesas pegadas a los pómulos y sus brazos a mi alrededor. Se removió sin soltarme cuando mi mano se colocó en su pecho, justo encima de su corazón. Murmuró algo sin sentido y apoyé la cabeza en mi mano, sintiendo su calidez en la palma. Una parte de mí no quería dormirse, pero había sido un día largo y estaba agotada.

Uno de sus brazos se movió ligeramente y volvió a murmurar algo. Su pulgar rozó la piel que dejaba expuesta en la mitad de los muslos y se volvió a quedar quieto. Me sentí como si todo lo que pudiera sentir mi cuerpo fuera ese dedo en mi piel. Cerré los ojos y me obligué a mí misma a dejar la mente en blanco.

Unos minutos más tarde, me quedé dormida.

CAPÍTULO 15
Pelea

No supe nada más de él en todo el fin de semana. Aunque me daba vergüenza enviarle un mensaje, ¿y si era una pesada? Al fin y al cabo, novios no lo éramos, pero creía que tenía derecho a saber dónde estaba y, lo más importante, con quién.

Desde que había visto a Stacy, su ex, mi autoestima había bajado en picada, aunque Jules y Kia, mis consejeras principales, opinaron que tenía que dejar de preocuparme por eso, que Scott estaba conmigo ahora. Se suponía que ella ya era historia, pero seguía apareciendo en mi cabeza la forma en que Scott se había quedado paralizado al verla. Y no había retirado la mano de su brazo...

El lunes al llegar a clase de Literatura procuré no sentarme con los chicos y me senté en la parte delantera de la clase, frente la mesa del profesor. No estaba de humor para soportar los comentarios de Sam y las miradas despectivas de Abby. Esas idiotas eran lo último que me preocupaba ahora, la verdad. Ni siquiera me preocupé por la mirada confusa que me echó Scott cuando aparté la mirada bruscamente y me alejé a paso rápido.

El profesor daba tumbos por la habitación, mirándonos a todos y a cada uno mientras explicaba la biografía de vete a saber qué escritor famoso de la antigua Grecia.

¿Por qué demonios me estaba importando tanto últimamente lo que pensaba Scott? Ya había pasado la mayor parte del mes. Después, todo terminaría y seríamos historia como pareja. Ninguno volvería a preocuparse por el otro. Cada uno haría su camino...

Fruncí el ceño ante la perspectiva.

—Señor Figgins —el profesor miró a Matt y me giré para mirarlo

también. Este parecía desinteresado—. Quizá si dejara de observar a la señorita Evans pudiera sacar mejores notas.

¿Matt mirándome? ¿A mí?

Los colores volaron a mis mejillas mientras observaba a Matt, que ignoraba los cuchicheos y miraba por la ventana. Me sentí observada cuando todas las cabezas se giraron en mi dirección, y después a Matt, como si fuera un partido de tenis. Cada día ese chico me parecía más misterioso. Y cada día me preguntaba por qué me gustaba tanto. Quizá porque era muy guapo... No lo sabía.

—¡Joder, Scott! —exclamó Erik—. Cuidado con tu chica, que nuestro Matt va a lo que va.

Hubo unas risas masculinas.

Scott miró fijamente a Matt, quien ahora sonreía extrañamente a la ventana, como si hubiera pensado un chiste privado y todos los demás no lo comprendieran.

—¡Silencio! —exigió el profesor.

Las clases pasaron lentamente y a la hora del almuerzo no me apeteció ir a la cafetería ya que no tenía hambre. Fui a mi taquilla por el desierto pasillo arrastrando los pies. Saqué el libro de filosofía y cerré la taquilla con fuerza cuando escuché pasos apresurados hacia mí. Al levantar la cabeza la silueta de Hannah se hizo más clara.

—¡Jess! ¡Jess! —exclamaba con cara de asombro.

Fruncí el ceño confundida.

—¿Qué ocurre?

—Hay una pelea en la cafetería.

¿Y eso que me importaba? Lo último que necesitaba era ver una pelea en directo. Para eso ya tenía el boxeo en la televisión.

—Bueno, ya me contarás —sonreí.

Hannah negó frenéticamente con la cabeza y me agarró del brazo, haciendo que frunciera el ceño.

—No lo entiendes —dijo mientras me empujaba hacia la puerta de la cafetería—. ¡Es Scott! ¡No se qué ha pasado con un chico que no es de por aquí! Se ha colado en la cafetería y...

No terminé de escuchar lo que estaba diciendo. Todas mis alarmas se activaron, haciendo que adelantara a Hannah y echara a correr hacia la cafetería con la adrenalina deslizándose por mis venas. La mochila me rebotaba en la espalda con ruidos sordos por el cuaderno. Al llegar a la cafetería me ardían los pulmones. La gente se había levantado de sus mesas y se agolpaba en un rincón de esta. Me colé entre ellos, con el corazón latiéndome a toda velocidad. La gente me miraba de reojo mientras me acercaba al centro proveniente de ruidos sordos y gemidos de dolor.

Hasta que lo vi.

Scott estaba arrodillado sobre un cuerpo casi inerte, con sangre en el labio. Reconocí al chico que estaba debajo de él, bajo toda la capa de sangre. Se trataba de David, el nuevo «novio» de Kia. Aunque ella estaba de pie a unos metros, pálida como el mármol, gritando cosas incoherentes que supuse que serían insultos. Scott daba golpes a David con los nudillos llenos de sangre, con rabia en los ojos. Nadie se atrevía a acercarse para no salir herido.

Jamás había visto a dos personas pelear. Ni siquiera en una película o en la televisión. Por un momento, me tambaleé por la visión de sangre en la cara de David y la que había salpicado a Scott a la sudadera azul que llevaba. Las manos me temblaban cuando me tapé la boca con ellos.

Cuando por fin reaccioné, me acerqué algo más de lo que lo habían hecho los demás con pequeños paso inseguros.

—¡Scott!

Primero no me hizo caso, pero después lo cogí del codo antes de que volviera a darle a David y se detuvo, mirándome con tal intensidad que lo solté, pero no me dejé intimidar. Volví a cogerlo del codo.

—Scott, para, vas a matarlo —susurré con voz temblorosa.

Me miró como si fuera la primera vez que lo hacía y después, lentamente, se volvió hacia David. Este gimoteaba cosas incoherentes en el suelo.

Scott se puso de pie tan de repente que casi me caí y salió de la

cafetería sin mirar a nadie, empujando a algunas personas a su paso. Nadie protestó. Kia se agachó junto a David y empezó a soltar una sarta de insultos y palabras poco agradables hacia Scott. Después me miró como si yo tuviera la culpa de todo. Pero en ese momento no me importó.

Salí corriendo de la cafetería y lo busqué en los pasillos, pero no lo encontraba por ningún lado, de hecho, no había nadie. Busqué en todas las partes que se me ocurrían hasta que llegué a la conclusión de que solo podía estar en un sitio; la azotea.

Cuando empujé la puerta de hierro encontré a alguien de espaldas a mí, apoyado en la barra de seguridad con los brazos extendidos y tensos. Ni siquiera se giró y supe que era él. Cerré la puerta con fuerza, pero él no reaccionó.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? —le grité, llegando a su lado.

Él siguió mirando al frente, hacia la ciudad, mientras que yo lo miraba a él. Sin pensarlo, le di un empujón en el brazo que apenas lo movió, pero hizo que apretara la mandíbula.

—¿Quieres pensar un poco? ¿Te das cuenta de lo que hubiera podido pasar?

Lo que más me molestó fue que siguiera sin reaccionar, mirando a cualquier parte menos a mí. Sus nudillos magullados me llamaron la atención e intenté tocarlo, pero apartó la mano enseguida. Eso me dolió.

—¡Podrías haberlo matado! —seguí—. No sé qué te habrá hecho pero... ¡Maldita sea, Scott! Ese chico está con una amiga mía, ¿cómo se te ha podido pasar por la cabeza...?

Antes de que pudiera terminar, se giró y se inclinó de manera que su rostro quedó a la altura del mío, haciendo que mis cuerdas vocales dejaran de vibrar. Fui incapaz de moverme. Sus ojos chispeaban cuando los clavó en los míos. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Tú no sabes nada —dijo en voz baja.

Volvió a mirar al frente, como si nada, pero yo no quería dejarlo

así, no podía.

—No, no sé nada, ¡pero es culpa tuya! —me exasperé—. ¿Cómo pretendes que te entienda si ni siquiera confías en mí para contarme las cosas? Yo intento entenderte, pero si tú no colaboras, yo...

—Ha insultado a mi madre —me cortó. Sus ojos se dirigieron a los míos, observándome de manera gélida—. Me ha dicho que ella era una puta y que yo nací en un vertedero. Qué merecía que mi padre me pusiera mano dura.

Vi como su mandíbula se contraía de forma violenta aún sosteniendo mi mirada. Me quedé sin palabras. ¿David había dicho eso? Lo curioso fue que no me sorprendió del todo. David era un bocazas, lo había sabido el día en que lo conocí.

Oh, Scott..., pobre.

Sin saber muy bien por qué, me puse de puntillas y le rodeé el cuello estrechándolo con un abrazo, .

Se quedó estático unos segundos. No creo que se lo esperara en absoluto. Inspiró con fuerza y soltó el aire con la misma intensidad. Unos segundos después, sus brazos me rodearon por la cintura, apegándose completamente a mí. Sentí sus dedos agarrando la tela de mi camiseta con fuerza desmedida, aunque no me quejé. Su rostro se hundió en mi cuello y cerré los ojos.

Nos quedamos así un rato, disfrutando de la fortaleza que nos estábamos brindando el uno al otro con los ojos cerrados, hasta que él se separó al escuchar el ruido de la sirena sonando desde el interior del edificio. Clavó la mirada en la puerta unos segundos, supongo que considerando si debía ir a clase o no.

—No quiero que faltes a clases por mí —susurró volviéndose hacia mí.

Sin poder evitarlo, coloqué mi mano en su mejilla, notando el tacto de barba incipiente que pinchó mis dedos, aunque no me resultó desagradable. Él tampoco se apartó ni pareció incomodarse. Al contrario; se relajó.

—¿Estarás bien? —quise saber.

—Sí, tranquila.

Mi vista se deslizó sin que pudiera evitarlo hacia sus labios. Esos labios finos pero suaves que me habían besado el cuello hacía solo unos días, que en esos momentos eran tan apetecibles para los míos.

Espera, ¿quería besarlo? ¿En qué demonios estaba pensando?

No, esto se me estaba yendo de las manos. Esto tan solo era una propuesta y no tenía que haber sentimientos, ¡y mucho menos ganas de besarlo! ¿Qué me estaba pasando?

Me separé bruscamente y mis brazos sintieron un extraño frío cuando perdieron el contacto con los suyos. Prácticamente salí corriendo sin mirarlo, ya que no quería verlo, no quería volver a sentir la necesidad de besarlo.

Mis piernas se pararon en seco sin que yo lo pidiera.

¿Por qué sentía esa necesidad de volver corriendo a sus brazos?

Pero no podía, simplemente no podía volver.

—¿Qué haces aquí, niña mala?

Me giré de un salto y vi a Matt apoyado con la espalda en la pared con una sonrisa torcida en los labios. Noté como la respiración se atascaba en mi garganta cuando sus preciosos ojos se deslizaron desde mis pies a mi cabeza.

—¿Y tú? —ataqué, algo incómoda por su mirada penetrante.

—Creo que yo he preguntado primero.

Me quedé en silencio observándolo. Sus fracciones parecían más bien divertidas. Aunque esa cara niño bueno no podía dejar de atraer toda mi atención.

—No quería ir a clase —me encogí de hombros fingiendo despreocupación.

No se lo tragó. Fue tan evidente que resultó increíblemente incómodo. Me aclaré la garganta y levanté la cabeza con aire de altivez.

—Ya —su sonrisa se ensanchó al sacar unas llaves de su bolsillo —. Yo iba a dar una vuelta, pero claro, dudo que tú quieras venir...

Empezó a caminar hacia las escaleras balanceando las llaves que producían un suave tintineo de metal chocando entre sí.

—¿Por qué no querría? —me crucé de brazos.

Se detuvo y me miró de reojo desde la distancia.

—Tengo entendido que eres demasiado buena para eso.

—Hace diez segundos me has llamado «niña mala».

Se detuvo y me miró, divertido.

—*Touché.* Además de mala, lista. Esa no la sabía.

Me ruboricé mientras seguía bajando las escaleras. Suspiré aliviada. Aunque el cuerpo no me había reaccionado como de costumbre cuando él estaba cerca de mí.

—¿Tienes pareja para el baile? —preguntó de repente, deteniéndose.

¿Baile?

Oh, mierda. Ese sábado era el baile de primavera y ni siquiera me acordaba. ¡Madre mía! ¡No tenía nada que ponerme! ¡Ni pareja!

Pero, ¿a él qué le importaba? A no ser que quisiera venir conmigo, cosa que dudaba que deseara suponiendo que Scott se opusiera rotundamente.

—Supongo que iré con Scott.

Chasqueó la lengua.

—Mala decisión.

Me quedé unos segundos de pie en medio del pasillo como una tonta, pensando en que Scott no me había dicho nada aún del baile. Hasta que giré sobre mis talones y vi al mencionado saliendo de la puerta de la azotea con aire pensativo. Me lo quedé mirando unos segundos hasta que se percató de mi presencia.

—¿Aún no has ido a clase? —se extrañó.

Enarqué una ceja.

—¿Sabes qué día es el sábado? —pregunté irritada.

Me miró unos segundos pensativo, casi podía oír los engranajes de su cerebro funcionando a toda velocidad.

—Tu cumpleaños no.

Casi me reí. Casi.

—No, no es mi cumpleaños.

Entrecerró los ojos y siguió cavilando.

—El baile —dijo, casi extrañado de que se lo preguntara—. Todo el mundo lo sabe, Jess.

—¿Y vas a ir?

—Sí, bueno, como siempre.

Cada vez parecía más confuso, el pobre.

—¿Y yo iré contigo? —pregunté.

—¡Ah! —pareció comprender a donde quería llegar—. Eh... ¡Sí, eso! Iremos juntos, ¿vale?

Puse los ojos en blanco.

—Me esperaba este momento mucho más romántico, la verdad —me quejé con un mohín.

—¿Quieres romanticismo?

En menos de un segundo me di cuenta de que estaba de rodillas delante de mí, con una mano en el corazón y con la otra tomando la mía. Casi parecía que me estaba proponiendo matrimonio de manera antigua.

—¿Qué haces? ¡Levántate! —supliqué en voz baja, mirando a los lados para ver si había alguien merodeando.

Pero hizo caso omiso de mis palabras.

—Señorita Jessica Anne Evans...

—¿Cómo sabes mi nombre completo?

—...¿daría usted una oportunidad a un pobre chico que sueña con ir con usted al baile de primavera desde que tiene memoria?

—Vete a la mierda —puse los ojos en blanco, avergonzada.

Pero parecía que lo único que lo detendría sería un «sí». Cuando quise darme cuenta su mano acercó la mía a su boca, dejando un dulce beso de sus suaves y finos labios, haciendo que sintiera un temblor en todo el cuerpo que se convirtió en gusano molesto cuando llegó a mi columna vertebral.

—Si... Me... Aceptas... —iba dando besos a cada palabra que daba, ascendiendo lentamente hasta mi codo— Prometo... Que... Te... Lo... Pasarás... Genial... —mi corazón fue acelerándose a medida que sus besos ascendían lentamente hasta que por fin llegaron a mi hombro—. ¿Qué me dices, Jess?

Sus labios se detuvieron a unos centímetros de los míos con una sonrisa torcida. Volví a sentir ese impulso de besarlo al tener su aliento mezclándose con el mío de esa forma. Un ligero temblor se colocó en mis piernas cuando me cogió de la cintura, pegándome a él, aunque su sonrisa no se borró en absoluto de su rostro. Parecía estar pasándoselo en grande con la situación.

—¿Suficientemente romántico? —preguntó por fin sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Eh?

Se empezó a reír.

—Me lo tomaré como un «sí» —me guiñó un ojo separándose de mí—. Ahora vete a clase, ya estás llegando lo suficientemente tarde por mi clase.

Empecé a caminar por el pasillo, pero me detuve en seco y lo miré. Él se alejaba con las manos en los bolsillos.

—¿Scott? —lo llamé.

Dejó de caminar y me miró levantando las cejas.

—¿Sí?

—¿Ibas a pedírmelo?

Permaneció en silencio unos segundos hasta que, por fin, esbozó una sonrisa.

—Creí que era más que evidente que no querría ir con ninguna otra.

Dicho esto se alejó, desapareciendo por las escaleras.

Respiré profundo, empezando a ir hacia mi clase. Ese chico me iba a volver loca.

CAPÍTULO 16

Víspera

Cuando Kia me había pedido que nos viéramos el día antes del baile, noté un nudo de nervios en mi estómago; ¿sería para hablar de lo de la pelea? Por lo que sabía, habían echado a David del instituto y le habían prohibido volver a pisarlo, mientras que a Scott solo lo habían castigado a quedarse los sábados por la mañana dos horas con el conserje durante un mes. No estaba muy de acuerdo con la situación, pero era mejor que haber sido expulsado.

Divisé primero la cabeza pelirroja de Jules en una de las mesas de nuestra cafetería favorita. Sonriendo algo nerviosa, dejé el bolso pequeño en la silla vacía y me senté delante de ellas.

—Hola —la voz de Kia fue seca. Ni me miró.

—¡Ey! —Jules habló con un hilo de voz impropio de ella.

Me quedé en silencio; sabía que Kia estaba cabreada por el tema de Scott y David, ya que eran algo más que amigos, pero tampoco podía culparme a mí de algo que no había hecho. De hecho, lo único que había hecho era conseguir que Scott se apartara de él. Con eso no quería decir que tuviera que estar agradeciéndomelo toda la vida, pero por lo menos podía no actuar de esa forma.

—¿Habéis pedido algo? —pregunté, intentando romper el silencio tenso.

—Sí..., te he pedido un té —me sonrió Jules, a lo que le sonreí de vuelta, agradecida.

—Grac...

—El otro día Scott se pasó de la raya —me interrumpió Kia, sin poder contenerse por más tiempo—, a mi chico le han puesto dos puntos en la ceja y tiene la nariz rota gracias a él. Puede

denunciarlo, ¿sabes?

—¿Mi chico? —me extrañé.

Fue una mala idea, porque Kia se puso roja, como de costumbre cuando no se sabía la respuesta de una pregunta de examen, y me clavó los ojos como si quisiera que ardiera.

—¡Tu novio es un bestia!

—Oye, tranquilízate —fruncí el ceño.

Tampoco hacía falta ponerse de esa forma.

—¿Que me tranquilice? —soltó con voz aguda, poniéndose aún más roja mientras Jules se removía en su asiento.

—Kia, tranquila...

—¡Tú cállate, Jules!

Jules y yo nos quedamos con la boca abierta, alucinadas.

—¡Kia! ¿Qué mosca te ha picado?

—¡Vamos a denunciarlo, Jess! —me dice, enfurecida—. ¡Y me da igual que sea tu novio, le dio una paliza de muerte!

—¡Scott tenía sus motivos!

No sabía por qué lo defendía, pero no permitiría que él pasara como el villano cuando la culpa era mutua. Quizá Scott hubiera tenido que controlar su genio, pero David no tenía ningún derecho a decir eso de su familia y de él.

—¿Qué motivos? ¿Ser un bestia?

—¡No hables así de él! —me puse de pie, también.

Por un momento, nos quedamos las dos de pie en medio de la cafetería, con todas las miradas clavadas en nosotras. La suya escocía, pero la mía ardía. Y no entendía muy bien el motivo.

—¿Ahora defiendes a ese tío? —me preguntó en voz baja.

—¿Ese tío? Para que lo sepas, ese tío, que se llama Scott, por cierto, tiene suficientes problemas como para tener que ir soportando que un bocazas como *tu chico* —puse comillas—, vaya insultando a su familia.

La cara de Jules adquirió un tono sombrío, mientras que la de Kia era más bien carmesí. Apretó los labios de tal forma que estos se volvieron pálidos. Nunca la había visto tan enfadada. Ni siquiera

cuando había suspendido matemáticas.

—¿Vas a defenderlo a él antes de que a nosotras? —murmuró en voz baja—. ¿Acaso te has olvidado de lo mal que lo pasaste por su culpa? ¿Todo lo que te decía? ¿Cómo te hacía pasar las clases?

—¡Ha cambiado!

—¡La gente así no cambia, Jess!

—¿Y tú qué sabes sobre Scott? —salté—. ¿Crees que tienes la más mínima idea de lo que pasa por su cabeza? Yo puede que no lo sepa, pero estoy segura de que no es la misma persona que era hace años, cuando se metía conmigo. No hables si no sabes, porque estás diciendo muchas tonterías por defender a un chico al que acaban de dar una paliza por motivos razonables y eres tú la que no lo conoce.

—¡Cállate! —se inclinó hacia mí, colocando las manos sobre la mesa—. ¡Vete a la mierda, Jess! Ahora vas siempre con esa tropa de idiotas y nos ignoras, ¿crees que Jules no piensa lo mismo que yo? —miré a Jules, quien apartó la mirada—. Te han cambiado en todos los sentidos.

—Eso no es cierto —dije, dolida.

—¡Lo es y lo sabes! ¿Cuánto tiempo hace que no vienes a tomar algo con nosotras? ¿O que siquiera te sientas en nuestra mesa en el comedor a solas?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Aunque me doliera, tenía razón. Las había dejado de lado.

—Kia, siento que pienses eso, yo... Yo no pretendía...

—¡Claro que no, eres nuestra amiga! —negó con la cabeza—. Pero ellos te han hecho cambiar, convirtiéndote en algo que no eres. Así que, si quieres seguir siendo nuestra amiga a partir de ahora, tienes que dejar de verlos.

Silencio. Parpadeé sorprendida.

—¿Me estás obligando a elegir?

—Sí, Jess, ya va siendo hora de que tengas alguna prioridad.

Entrecerré los ojos mientras mi boca se abría dispuesta a replicarle unas cuantas cosas poco agradables de las que

probablemente me habría arrepentido más tarde. Pero me detuve cuando la mano de alguien se puso sobre mi hombro tranquilamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó Matt.

Tragué saliva cuando la mirada llena de ira de Kia se puso sobre Matt, a quien no pareció importarle en absoluto. De hecho, parecía ligeramente divertido.

—Quizá deberías largarte —le dijo esta.

—Quizá deberías dejar que Jess viniera con nosotros y no obligarla a elegir —Matt enarcó una ceja.

Estaba tan enfadada que ni siquiera me fijé en la cara de Jules cuando me levanté y seguí a Matt por los pasillos del centro comercial. Ni siquiera sabía dónde me llevaba, pero necesitaba alejarme de Jules, y, sobre todo, de Kia. Iba a golpear algo —o a alguien— como alguien no me tranquilizara pronto.

Divisé al grupo de Matt sentado en una mesa de un bar algo lejano de dónde había estado sentada momentos antes. Hannah, Sam, Chloe, Erik y algunos del equipo estaban ahí. Aunque repasé cada rostro unas cuantas veces, no encontré a Scott. Fruncí el ceño.

—Scott y Adam están en la tienda de al lado buscando no se qué —Hannah respondió a mi pregunta no formulada cuando llegué, abrazándome con fuerza—. Ya vendrán luego.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Chloe.

Miré sobre el hombro a Matt. Este me dedicó una sonrisa ladeada. Supuse que eso significaba que no diría nada.

—Nada importante —me encogí de hombros—. ¿Y vosotros?

—¡Mañana es el baile, boba! —Chloe me sonrió ampliamente.

—Nosotras hemos venido a por los vestidos —replicó Sam—. ¿Te apuntas?

Mientras decía que sí, me di cuenta de que era la primera vez desde que lo conocía en que Matt me sonreía y no sentía nada.

Y, con horror, me di cuenta de que era porque había estado ocupada buscando a Scott.

• • •

Después de tres intensas largas horas de compras, en las que Sam me había obligado a llevar tacones altos para que practicara para el día siguiente, por fin estaba yendo hacia la Harley con Scott y Adam deambulando a mis espaldas. Ah, y con mis queridas zapatillas viejas. El alivio que había sentido cuando me los había quitado había sido increíble.

—Hasta mañana —se despidió Adam a lo lejos, dejándonos solos.

Scott no había dicho nada mientras despotricaba en contra de Kia, e incluso un poco de Jules. Se limitó a entrar conmigo en las tiendas mientras los demás se dispersaban y asentir o negar con la cabeza según qué le enseñaba. No había dicho gran cosa. Supuse que era porque empezaba a estar algo harto de escucharme parlotear, así que le empecé a preguntar cosas triviales, pero tampoco dijo gran cosa. Empecé a preocuparme cuando subió a la moto sin siquiera mirarme.

—¿Por qué estás tan serio? —quise saber.

Sin borrar la mueca que tenía, su mirada se clavó en mí, dubitativa. Después sacudió la cabeza, como si no quisiera hablar de ello. Le registré la cara en búsqueda de cualquier rastro de golpe, pero no era eso. De hecho, era de las primeras veces desde que lo conocía que no tenía ninguna marca de golpe en la cara. Subí a sus espaldas de un salto y pasé mis manos por su torso, entrelazando mis dedos en su abdomen. Su mirada siguió la mía a través del retrovisor.

Arrancó sin decir nada tampoco y me di cuenta de que estaba yendo extremadamente lento. Y cuando decía extremadamente lento, me refería a una comparación con su costumbre de conducir como un lunático. De hecho, en un semáforo en ámbar se detuvo y me miró a través del espejo.

—¿Te importa que nos paremos un momento en mi casa?

—No, claro que no —murmuré extrañada.

Arrancó tan bruscamente como de costumbre, haciendo que tuviera que pegarme más a su espalda. Iba tan rápido que en cinco minutos estuvimos entrando en su casa. No me miró ni de reojo,

cosa que empezó a irritarme un poco.

—¿Me vas a contar ya por qué estás tan serio? —inquirí.

Pero me ignoró completamente, mirando a sus lados por el salón y deambulando sin rumbo por la enorme sala lúgubre aunque amplia. Se quedó de espaldas a mí, pasándose las manos por el pelo. Vi cómo agarraba su móvil de la mesita del salón y se lo metía en el bolsillo. Así que era eso lo que habíamos ido a buscar. Volvió a pasar por mi lado para irse sin molestarse en mirarme.

¿Qué demonios le pasaba?

¿Acaso hoy es el día de Jess-tiene-la-culpa-de-todo?

—Me estás empezando a preocupar, Scott...

Se detuvo tan de pronto delante de la puerta de la entrada que me pregunté si se había vuelto a dejar algo, pero no se movió.

—Mañana termina el trato —dijo sin mirarme.

Hubo silencio unos segundos.

—¿Qué? —parpadeé confusa.

—Mañana termina el trato —repitió esta vez girándose y mirándome después de alejarse unos metros. Estaba extrañamente inexpresivo—. Así que te dejo inventarte a ti la excusa por la que se supone que romperemos.

—¿Eh?

Mi mirada se clavó en la suya… ¿Ya estaba? ¿Se acababa todo así? ¿Ya no habría nada más? ¿Estaba hablando en serio?

—Puede ser una ruptura amistosa, si quieres. A mí me da igual lo que digan los demás. Pero si a ti te importa... —apartó la mirada unos segundos y después la devolvió a mi cara—. Solo que sea convincente.

Esa vez fui yo la que apartó la mirada. Me sentí muy sola de repente, y no sabía ni por qué.

—Si quieres te puedo llevar a casa, espero que podamos seguir siendo amigos, y supongo que ahora te van a molestar mucho para saber que ha pasado entre nosotros y con el tema de Matt...

Aunque después de eso no lo escuché. Veía como sus labios se movían pero eran sonidos sin sentido. Una sensación de vacío

intenso se me había instalado en el estómago, como si alguien me acabara de agujerear por el ombligo. No podía creer que se terminara ya, el mes se había pasado volando, aunque parecía que hacía muchísimo desde que había intentado confesar a Matt en la cafetería que estaba enamorada de él. Pero ahora...

Ahora volvería a mi vida cotidiana; nadie volvería a venir a buscarme por las mañanas en una Harley que odiaba —o que quizá había empezado a dejar de odiar—, nadie me tomaría de la mano para entrar en el instituto, nadie me criticaría ni me llamaría champiñón... Dios, ¿en serio estaba lamentándome porque no volviera a llamarme «champiñón»? Sí odiaba ese apodo.

Pero cuando lo decía él sonaba distinto. Era casi como algo cariñoso.

Pero la cuestión que más estaba en mi cabeza y que estaba deseando poder borrar por su nivel de insensatez era que nunca volvería a besarme. Y tampoco debería importarme del todo. Pero tenía unos labios muy bonitos... Los miré fijamente y remojé los míos inconscientemente mientras recordaba el suave tacto de esos finos labios sobre los míos. Podía ser egoísta, pero me gustaba, me gustaban sus besos, y me gustaba como me hacían sentir.

Casi ni lo había pensado cuando mis piernas avanzaron y mis manos buscaron sus mejillas. Me puse de puntillas y sentí sus labios apretados en una dura línea debajo de los míos. Cerré los ojos durante un segundo, pero al siguiente ya me había separado de él, sin quitar mis manos. Me miraba tan pasmado que no se apartó.

Normal que estuviera tan sorprendido; yo misma lo estaba.

—¿Qué… Qué haces? —preguntó.

Era la primera vez que era él el que tartamudeaba y no yo.

—Yo... Lo siento. No sé qué me ha pasado.

Él apretó los labios, todavía con el ceño fruncido.

—Me has besado.

Me puse roja. ¿Por qué tenía que evidenciarlo?

—Eh... Sí…

Nuestras miradas se sostuvieron durante unos segundos que creí

eternos. Mis mejillas ardían. ¿Por qué lo había besado?

—Pero, tú... Se supone que tú y Matt...

—Bueno... —intenté buscar una forma de justificarme—. Él no es mi novio.

En el poco tiempo que había compartido había empezado a darme cuenta de cómo adivinar lo que pensaba, y en esos momentos pasó de la confusión total a una sonrisa que casi consiguió derretirme.

Sus brazos me abrazaron por la cintura y esa sonrisa se amplió al ver que no me apartaba.

—Así que el champiñón ha perdido la vergüenza suficiente como para besar a un chico. Te has vuelto toda una desvergonzada.

—He tenido un gran maestro.

Sin borrar la sonrisa, sus labios atraparon los míos al mismo tiempo en que sentía el corazón palpitar con fuerza en mi pecho. Cerré los ojos embriagada por aquella sensación de hormigueo en el estómago. Bajé las manos hasta sus hombros y me sujeté ahí para no caerme al suelo en cualquier momento. No habría sido un gran final para un beso.

Se inclinó hacia delante de manera que el beso se profundizó y me levantó sin demasiado esfuerzo con los brazos en mis piernas.

Se movía, pero yo tenía los ojos cerrados y ni siquiera me di cuenta cuando estuve tendida en el sofá con todo su peso encima. No sentía miedo aunque supiera a donde quería llegar, solo podía sentir los labios de Scott separándose de los míos y empezando a abrirse paso por mi cuello a base de besos. Sus manos me sujetaban por la cintura y lo noté vacilar cuando las colocó sobre mi estómago. Tenía miedo de llegar demasiado lejos.

Yo también.

Cuando se separó lentamente creí por un momento que ya habíamos terminado, pero vi que lo único que hacía era mirarme de arriba a abajo, estirada en el sofá con los labios entreabiertos. Quizá por la emoción de la situación agarré el dobladillo de la tela de su camiseta y él enarcó una ceja, divertido.

—Vaya, parece que el alumno está superando al maestro.

Reí cuando me ayudó para quitársela y la dejó a un lado.

Lo había visto otras veces sin camiseta, pero ninguna de ellas podía compararse en lo más mínimo con lo que estaba sintiendo en ese momento.

Cubrió mi campo visual de nuevo cuando se inclinó sobre mí besándome de nuevo. Sus labios ahora eran más suaves. Casi parecía querer tener especial cuidado en que no saliera corriendo. Pero no lo haría. Una parte de mí sabía de sobra que, si me hubiera dejado la puerta abierta a unos centímetros para que me fuera, yo misma la habría cerrado.

Pasé mis manos por sus hombros y un escuché que murmuraba algo, incitándome a seguir con mi exploración. Mis manos estaban tan frías y su cuerpo tan ardiente que se estremecía cada vez que las movía por sus brazos. No pude evitar sonreír al notarlo.

Hasta que, unos momentos después, soltó una maldición y se separó bruscamente. Me quedé pasmada, mirándolo con confusión. ¿Había hecho algo malo? ¡Oh, no! ¡Quizá lo había mordido sin querer!

Mi respuesta vino cuando él se sentó al borde del sofá y me di cuenta de que había puesto la mano en uno de los moretones sin querer.

Soy idiota. Y torpe.

Me senté a su lado sin saber muy bien qué hacer. Todavía tenía la respiración agitada mientras él se rascaba la nuca, incómodo. La situación en sí era incómoda. Él se miraba las manos apoyadas en ambas rodillas.

—Yo lo siento —me disculpé con voz queda.

¿Y si se había enfadado conmigo?

—No, no... —se pasó una mano por el pelo, frustrado—. No ha sido culpa tuya.

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que sentí como una de sus manos rodeaba la mía y entrelazaba nuestros dedos. Lo observé intentando capturar su mirada, pero estaba mirando nuestras manos

como si temiera que algo malo saliera de eso. Le di un ligero apretón y apoyé la cabeza en su hombro desnudo. Él suspiró, apoyando su cabeza en la mía.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber.

Asentí con la cabeza mientras le decía que sí, dubitativa.

—¿Qué ves en Matt? —preguntó.

De todas las preguntas que estaba preparada para responder, esa, además de ser la más difícil, era la que menos esperaba. Me quedé unos segundos sosteniendo su mirada, dubitativa.

—Yo... —salió de mi boca—. Siempre... Siempre me ha gustado. Supongo que como es guapo y eso no lo sé.

Mi respuesta hizo que torciera el gesto.

—No te tomaba por alguien que se fijara en esas cosas.

—Es que ahora me van más los tatuados de miradas intimidantes que nunca sé que piensan y tienen una ligera inclinación por superar los límites de velocidad establecidos con una Harley gigante y ruidosa.

Él se rio y me miró.

—¿Mi mirada te intimida?

—Venga ya, no puedo haber sido la primera persona que te lo ha dicho —reí, poniéndome de pie.

—Como mi mirada intimida nadie nunca se había atrevido.

Se puso la camiseta y agarró las llaves, produciendo un suave tintineo.

—Vamos, subamos a mi Harley gigante y ruidosa.

CAPÍTULO 17

El baile

Mi corazón palpitaba rápidamente mientras estaba sentada en la cama de Hannah observando cómo Sam, Chloe y ella se ajustaban sus ceñidos vestidos. Especialmente el de Sam, aunque la verdad es que le hacía justicia ya que tenía un cuerpo de envidiar. Por muy mal que me cayera últimamente, era muy atractiva y eso no podía negarse.

Mientras yo, con un vestido azul que había elegido algo ajustado para marcar lo que Sam marcó como *cintura delgaducha.* Siendo sinceros, a mí me encantaba mi vestido, mucho más que el de Sam, Hannah o Chloe, que eran tan estrechos que ponían muecas cada vez que intentaban respirar. Por lo menos, yo podría bailar.

Con Scott...

Había estado pensando y pensando la noche anterior. Sobre todo en lo que había pasado en casa de Scott por la tarde. Me mordí el labio al recordarlo. Y saber que me habría gustado que la propuesta fuera indefinida. Por eso, había decidido pedirle continuar con ella.

Aunque también era consciente de que el objetivo estaba ya muy lejos de Matt.

—¡Levántate, tía! —exclamó Hannah, sacándome de mis pensamientos, cuando Sam y Chloe fueron a maquillarse al cuarto de baño.

Pero yo no quería levantarme.

—Ey... —Hannah se agachó cuanto pudo con los tacones delante de mí—, ¿qué pasa?

Sabía que Hannah era una gran persona, aunque no sabía si podía llegar a considerarla una verdadera amiga, ya que tampoco la

conocía desde hacía mucho. Pero en esos momentos necesitaba a alguien. Mejor ella que Sam o Chloe.

—Yo no sé si quiero ir —susurré.

Abrió mucho los ojos y se sentó a mi lado.

—¿Por qué no?

—Ayer discutí con mis mejores amigas —dije con un hilo de voz mirando mis manos—. Y hoy, bueno —no podía contarle exactamente lo de Scott—, me da miedo... No gustarle a Scott.

Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro, aunque también divisé un atisbo de perplejidad.

—Claro que le vas a gustar.

—Sí, pero cada vez que me miro el vestido me parece demasiado estrecho, o demasiado azul, o me marca demasiado la cintura...

—Eh, frena. Vamos, arriba.

Me obligó a levantarme de la cama y me colocó justo delante del espejo de cuerpo entero que había al lado. Me observé a mí misma a su lado, ella parecía una muñeca de porcelana en comparación a mí. Torcí el gesto.

—¿Por qué no le vas a gustar? No seas boba —dijo con una sonrisa dulce—, eres muy guapa, Jess.

Hubo unos segundos de silencio en los que nos miramos en el espejo la una a la otra. Me mordisqueé el labio inferior.

—Hace dos años estuve ingresada problemas de alimentación —susurré finalmente.

La respuesta la dejó pasmada en su sitio, aunque continué hablando:

—Tuve problemas cuando mi padre murió y, bueno, no estaba contenta conmigo misma, sufría de depresión, por lo que dejé de comer, y lo que me obligaban a tragar lo vomitaba. Hasta que un día me ingresaron de urgencia por un mareo que hizo que me desmayara.

—Jess...

—Nunca he estado contenta conmigo misma. Estoy demasiado..., no lo sé.

—Jess —esta vez su voz sonó firme—, ¿crees que los chicos solo buscan chicas delgadísimas? Quizá a algunos idiotas, sí; pero los que tienen un poco de cerebro no —abrí la boca, pero siguió—. Mírate, una chica delgada no es más guapa que una chica rellenita, todos somos bonitas a nuestra manera y merecemos un chico que vea esa hermosura que hay en nosotras más allá de la mera apariencia física —negó con la cabeza—. Un hombre que obliga a una mujer a llegar a eso no es un hombre, es una sabandija —puso sus manos sobre mis hombros—. Así que ahora vayamos a ponerte guapa para Scott y a mover el esqueleto, que la noche es joven.

• • •

El baile se celebraba en el gimnasio del instituto, donde se había iluminado la cancha con enormes focos, varias mesas con comida y bebida, un pequeño escenario donde un chico pinchaba música, una improvisada pista de baile y confeti, mucho confeti. Cada vez que me movía me caía una nueva ola de este. Escuché a Sam proferir un grito de horror cuando se lo quedó en el pelo, destrozándole el bonito recogido que le había llevado casi dos horas de plancharse el pelo y ponerse pinzas.

Avancé entre la gente con los tacones que Hannah me había dejado cuando una mano se posó sobre mi hombro deteniéndome. Al girarme lo primero que vi fue unos ojos azules fijos en los míos. No pude evitar sonreír.

—Estás... —Scott volvió a mirarme de arriba a abajo, deteniéndose en mis ojos.

—Rara —finalicé.

—Irresistible.

Mis mejillas se tiñeron de rojo carmesí mientras decía la palabra lentamente, como si la saboreara.

—¿Tú crees?

—¿Eh? —levantó la cabeza de nuevo.

Había estado distraído mirando mis piernas. No pude evitar reír cuando vi que fruncía el ceño, ligeramente avergonzado.

—¡Jess! —alguien me llamó y dejé de reír de inmediato.

Al girarme divisé a un Matt sonriente acercándose, sin ni siquiera mirar a Scott. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral cuando lo vi con el traje negro y la perfecta corbata verde. No pude evitar compararlo con Scott, que ni siquiera se había puesto corbata, pero parecía ir igual de elegante.

—¿Qué quieres, Figgins? —gruñó Scott claramente molesto.

—¿Puedo hablar con Jess un momento a solas? —sonrió encogiéndose de hombros.

Scott iba a responder, cuando le puse una mano en el hombro, deteniéndolo. Le dije con la mirada que no importaba. Aunque al girarme para irme, noté las manos de Scott acorralándome por la nuca y la cintura, atrapando mis labios con los suyos. Fue tan repentino y rápido que no tuve tiempo ni de reaccionar cuando ya se había separado. Antes de despegarse del todo, colocó sus labios justo al lado de mi oreja, acariciándola suavemente.

—Si te toca, te dice algo inapropiado o cualquier mierda suelta un chillido y vendré a cortarle las bolas —solté una carcajada que no le hizo ninguna gracia, ya que su agarre se hizo más fuerte—. Aunque pestañee de forma extraña, Jess, ¿estamos?

—Scott...

—Estoy hablando en serio.

—No va a violarme, tranquilo —lo calmé en voz baja para que Matt no lo oyera.

Aunque su dura mirada al separarme hizo que tuviera la sensación de que él no estaba tan seguro como yo. Me alejé de Scott para reunirme con Matt, que observaba la escena con indiferencia.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

—Eh..., sí, claro.

Me tomó la mano y me condujo por el lugar hasta que llegamos entre la multitud de estudiantes que bailaban una canción algo lenta, más para estar con tu pareja que con un compañero suyo. Miré a Matt de reojo cuando me cogió la cintura con una mano y con la otra sujetó mi otra mano. Coloqué mi brazo sobre su hombro. Sus

ojos me escrutaban en cada movimiento que daba, y estábamos demasiado cerca para mi gusto.

Nunca, nunca, creí que me sentiría incómoda teniendo a Matt cerca. Y, sin embargo, ahí estaba.

—¿De qué querías hablar? —pregunté después de movernos lentamente en silencio un rato.

—De ti —sonrió.

Creo que lo que más me gustaba de él era su rostro. Sus ojos risueños, sus cejas oscuras, su pelo castaño ondulado, pero, sobre todo, el conjunto que le daba pinta de niño inocente. Aunque al ver mejor su mirada te dabas cuenta de que no eran tan inocente.

—¿De mí? —repetí, confusa.

—Hoy acabas el trato con Scott, ¿no?

Abrí los ojos desmesuradamente y me pisé a mí misma. Puse una mueca, aunque Matt me sostuvo rápidamente para que no me cayera, pero seguía con la mirada escrutadora con la que había hecho la pregunta. Mi corazón aumentó su velocidad rápidamente mientras buscaba respuestas en mi cabeza. Al final, decidí hacerme la loca.

—¿De qué estás hablando? —inquirí.

Una sonrisa se colocó en su rostro mientras negaba con la cabeza.

—Creo que lo sabes mejor que yo.

Volví a quedarme en silencio, ¿debería hacerme la loca otra vez? Quizás así lo convencía de que no sabía nada.

—Yo no...

Me interrumpió enseguida.

—Deja de fingir que no sabes de qué te estoy hablando, Jessica —sonrió de nuevo—. En realidad lo único que quería era saber una cosa.

Entrecerré los ojos. Ya no valía la pena fingir.

—¿Qué cosa?

—¿Conoces realmente a Scott?

Fruncí el ceño; ¡por supuesto que lo conocía!

—Sí.

—¿Segura?

Lo pensé mejor. La verdad era que Scott me ocultaba bastantes cosas que me gustaría saber y no me contaba, pero de ahí a no conocerlo...

—Veo que ya no estás tan segura —puntualizó.

Tragué saliva.

—Quizás esta noche descubras alguna cosa nueva sobre él —dijo, separándose de mí. La canción había terminado—. Aunque no puedo asegurarte que sea buena.

—¿Cómo sabes eso?

—Tú ve al terminar la próxima canción a los vestuarios de los chicos. Que no te vean.

Dicho esto giró sobre sus talones y se alejó con una enorme sonrisa.

Al cabo de unos segundos llegó Scott con un vaso de ponche que me ofreció. Como llevaba algo de licor que Adam le había añadido de incógnito, me la bebí sin pensarlo dos veces. Él sonrió al ver mi expresión de desagrado. Era amargo.

—No es una gran mezcla, ¿eh?

—Adam ha tenido mejores ideas.

Él se rio.

Lo miré con los ojos entrecerrados. ¿Podía ser que esa noche descubriera algo sobre él que no sabía?

—Han puesto otra lenta... —comentó con indiferencia fingida.

Lo miré fijamente hasta que algo cruzó mi mente. Ese era mi último día como su novia, el último día que podía disfrutar de su compañía en público, probablemente, no quería pasarlo lamentándome por algo que me acababa de decir Matt. Quizá solo lo había comentado para molestar. No quería pensar en eso.

Y todavía no le había hecho mi propuesta de seguir con la antigua.

Lo cogí del brazo y lo conduje al centro de la pista, justo en el momento en que la canción *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran

empezaba a sonar por los altavoces. Me encantaba esa canción. Cuando me detuve delante de él, vi la confusión plasmada en su rostro. O más bien el miedo.

—No sé bailar —susurró, avergonzado.

Sonreí divertida.

—No me lo puedo creer —fingí asombro—; algo que yo sé hacer y tú no. Deberíamos llamar a la televisión, esto merece una emisión exclusiva.

Rio sarcásticamente.

—Qué graciosa.

Cogí sus brazos inertes y los pasé por mi cintura, de manera que me abrazó contra su cuerpo suavemente. Pasé los brazos por su cuello. Quedamos abrazados. Quizá no de la manera correcta en cuanto a bailar, pero nadie estaba demostrando grandes dotes para la danza, así que no se fijaron en nosotros. Las parejas estaban ocupadas abrazándose o besándose.

—Es muy fácil —murmuré.

Mientras murmuraba algunos cuantos consejos no pude evitar dejar de mirarlo a los ojos. Eran hipnotizantes. Había algo en ellos, algo malditamente perfecto que hacía que temiera y a la vez me gustara mirarlos. Mi vista bajó a sus labios finos y me di cuenta de que quería besarlo, pero ya. Apoyé mi cabeza en su hombro, intentando evadir esos pensamientos de mi cabeza.

Se sentía tan bien en sus brazos... Su mano derecha sujetaba mi cadera firmemente mientras que la otra acariciaba con suavidad la piel desnuda de mi espalda que el vestido dejaba al descubierto, haciendo que se me cerraran los ojos. No quería moverme para nada más que los pequeños pasos que dábamos para bailar.

Al cabo de un rato, a mitad de la canción, me di cuenta de que empezaba moverse con más desenvoltura y había apretado los brazos entorno a mí, suspirando contra mi pelo.

—Estás preciosa, Jess —susurró su voz en mi oreja, acariciándola con los labios.

Otro acelerón como el que me dio en ese momento en el corazón

y dudaba poder vivir para contarlo.

—Tú también —susurré—. Nunca te había visto trajeado. Es toda una novedad.

—Pues no te acostumbres, esta mierda no deja que me mueva. ¿En serio hay gente capaz de llevarlos todo el día?

Solté una risita estúpida.

De repente sus brazos hicieron que me separara lo suficiente de él para mirarlo.

—Recuérdame que te haga sonreír más a menudo.

—¿Por qué? —me salió un hilo de voz.

—Cuando sonríes —su dedo índice colocó un mechón de pelo detrás de mi oreja— y yo soy el motivo —sus labios posaron un suave beso en la punta de mi nariz—, haces que me sienta afortunado de tenerte a mi lado.

Mi estómago dio un vuelco.

En menos de un segundo mis labios buscaron los suyos sin demasiada dificultad para encontrarlos. Me facilitó el camino. Cerré los ojos, embelesada por aquella sensación que tenía en el cuerpo cuando me besaba. Mis manos resbalaron por el pelo de su nuca, produciéndome cosquillas con el que se colaba entre mis dedos.

Casi ni me di cuenta de que la canción había terminado y Scott se separó tan solo lo necesario para respirar.

—Ya es media noche —susurró—. Ya se ha acabado la propuesta.

Lo miré a los ojos unos segundos y, sin pensarlo, volví a pegar mis labios en los suyos. Pero esta vez el beso duró poco, ya que Scott se separó lentamente de mí. Ese era el momento. Iba a pedírselo. Mi cuerpo se tensó solo de pensarlo.

—Scott, yo...

—Tengo que ir a hacer algo —me interrumpió— espérame aquí, en un segundo volveré.

Lo miré dar dos pasos y volver a girarse para mirarme de reojo. Sonreí para indicar que se fuera. Él se coló en la marea de gente y suspiré. Tendría que esperar a que volviera a aparecer para decírselo.

Entonces recordé que debía ir al vestuario, así que crucé el lugar siendo llevada de un lado para otro por gente que ni me veía al pasar. Cuando llegué a la puerta, empecé a caminar lentamente para que los tacones no se escucharan con demasiada intensidad. Unas voces masculinas conocidas se fueron amplificando a medida que me acercaba.

Que no te vean.

Me escondí detrás de las taquillas para tener una visión completa del vestuario. Pronto reconocí las tres figuras que estaban de pie al lado de las duchas; Erik, Harry y Scott.

¿Qué hacía Scott ahí con esos dos?

—Bueno, ya hemos terminado, ¿no? —sonrió Erik.

—Dame la pasta, me están esperando —gruñó Scott de mala gana.

—¿Tu novia te está esperando? —Harry se rio.

—Tú vuelve a reírte —Scott lo fulminó con la mirada—, y te aseguro que será la última vez que lo hagas con todos esos dientes tan bonitos.

Harry se quedó serio enseguida.

Erik empezó a contar los billetes hasta que pareció satisfecho. Aunque no se los dio a Scott.

—¿Folla bien? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Vete a la mierda. —Scott frunció el ceño.

De repente, Harry soltó una carcajada, olvidando la amenaza que le habían hecho hacía unos segundos.

—¡La muy idiota se ha pillado! —dijo entre risas.

—No la llames así, imbécil. —Scott lo empujó con una sola mano, haciendo que este retrocediera hasta quedar demasiado cerca de mí.

—¿Jessica sabe esto? —preguntó Erik dándole el dinero a Scott, quien lo cogió de mala gana.

—¿Saber qué? —inquirió Scott, guardándoselo.

—Que todo era una apuesta. —Erik volvió a sonreír.

Mi corazón dejó de latir durante unos segundos, mientras asimilaba lo que acababa de oír. Mis piernas temblaron de tal

manera que tuve que sujetarme en la taquilla para no caer, pero al hacerlo sonó un ruido sordo y vi que los tres me miraban con los ojos muy abiertos, especialmente Scott. Parecía horrorizado.

—¿Jess? —preguntó en voz baja—. ¿Qué haces aquí?

¿Cómo podía preguntarme ahora eso?

¿Cómo...?

¿Una apuesta?

¿Todo había sido una apuesta?

—No me lo puedo creer —susurré, saliendo de los vestuarios.

No miré a nadie al salir del gimnasio, solo a Matt, que sonreía desde un rincón. Al salir a la fría calle, las ganas de llorar se hicieron más intensas, hasta el punto en que mi vista se nubló, dificultando el caminar.

¡Y yo como una idiota pensando en pedirle que continuáramos juntos! ¡Para él todo había sido un juego! ¡Y la recompensa era el dinero que acababa de meterse en el bolsillo! Pensar que había empezado a sentir algo por él...

Un brazo me retuvo al salir del recinto escolar. Cuando me giré vi a Scott jadeando, como si acabara de correr.

—Puedo explicarlo... —susurró Scott.

—¿Explicarlo? —reí casi histéricamente—. No creo que haya mucho que explicar, la verdad.

—Yo no... Yo no quería que te enteraras así.

—¿De qué? ¿De que todo esto era una apuesta? —permaneció en silencio—. ¿Lo era, Scott?

—Sí.

Cerré los ojos y volví a abrirlos, sonriendo amargamente.

—Has hecho un gran papel, te felicito. Para ganar un Óscar, en serio. ¿Por qué no vas a gastarte ese dinero que has ganado? Creo que ya no hay gran cosa que decir.

—Jess, no tiene gracia —apretó la mandíbula.

—Al contrario, ¡es gracioso! —volví a reír como una loca—. ¡Y pensar que te iba a pedir que siguiéramos juntos después de esta noche! Creo que está claro que esa opción queda descartada.

Pareció dolido.

—¿Lo sabían todos menos yo?

Apartó la mirada.

—Algunos.

—Es decir, que he sido la idiota ciega todo este tiempo y tú no has hecho nada para impedirlo.

—Yo nunca dejaría que...

—Te he contado muchísimas cosas —el arrepentimiento tiñó mis palabras.

—Y yo a ti, Jess, solo quiero que me escuches —sus manos sujetaron mi cabeza—. Sé que debería habértelo dicho...

—¿Algo de lo que has hecho durante este mes ha sido real o todo formaba parte de una actuación?

—Era real.

—Ya, claro...

—Jess, te prometo que era real. Solo escúchame...

—¡Ya te he escuchado suficiente! —salté, apartando sus manos —. ¡Lo has dejado todo muy claro, Scott, gracias por abrirme los ojos!

Un nudo en la garganta hizo que se me dificultara hablar, aunque intenté ocultarlo.

—No vuelvas a hablarme —dije con voz firme—. No quiero que te acerques nunca más a mí, ni quiero tener nada que ver contigo de nuevo, ¿vale? Aléjate de mí. Lo máximo posible.

Parpadeé para que no se notaran las lágrimas:

—Espero que haya sido divertido para ti jugar con los sentimientos de la pringada.

Giré sobre mis talones dispuesta a irme, pero escuché sus pasos siguiéndome de cerca. Solo quería que me dejara en paz y estar a solas, ¿tan difícil era?

—Yo también te he contado muchísimas cosas, ¿sabes? —dijo sin dejar de andar—. ¿Crees que ha sido todo mentira? Todo era más sencillo cuando empezó el trato y no te conocía... Pero ahora todo ha cambiado.

—Déjame sola —repetí.

—Bueno, ¿y qué culpa tengo yo? —gritó de repente, deteniéndome—. ¡Era evidente al principio, Jess! ¿Por qué, si no, habría querido estar contigo y no con otra durante un mes? ¡Eras tú la que estaba cegada, no yo!

Pareció darse cuenta de lo que había dicho, porque enseguida le cambió la expresión.

—Yo... Lo siento...

Su mano rodeó mi muñeca al mismo tiempo en que me giraba con la otra mano y le daba un empujón con todas mis fuerzas, alejándolo de mí. Se quedó pasmado, mirándome.

—No vuelvas a tocarme —susurré.

Me dejó ir sin decir nada más.

CAPÍTULO 18

Traicionada

¿Alguna vez te has sentido utilizado? ¿Como un juguete con el que te cansas de jugar, dejándolo a un lado de la habitación para centrarte en otro mejor?

Bueno, si tu respuesta es afirmativa, supongo puedes hacerte una idea de cómo me sentía yo en esos momentos.

Miré a Ronny, tumbado sobre mi cama, con una sonrisa y los brazos peluditos extendidos, como si pidiera un abrazo. Él me lo había dado. De alguna forma eso hacía que se sintiera un poco como un intruso en mi habitación. Pero no iba a tirarlo a la basura solo por eso.

Además, la sonrisa de Ronny era más sincera que la de Scott.

¿Por qué me sentía tan mal, después de todo? Me había estado mentalizando de que, al final del mes, todo volvería a su normalidad; cada uno por su lado, ignorándonos, pretendiendo que no existimos para el otro. Quizá mi enfado era desmedido teniendo en cuenta el contexto del problema, pero me sentía utilizada. Puede ser que, si no hubiera pretendido continuar juntos al pasar el mes, me lo habría tomado mejor.

«Te gustaba Scott» repuso una voz en mi cabeza.

Por algún motivo, asocié el tono de voz con el irritante de Sam.

¿Podía ser? ¿Al final había empezado a sentir algo por el malo de la historia?

¿O yo era la mala por enfadarme cuando en realidad no estábamos saliendo?

«Cuando sonríes y yo soy el motivo, haces que me sienta afortunado de tenerte a mi lado».

«Eres preciosa, Jess, que nadie te lo quite nunca de la cabeza».

¿Todo eran mentiras? Me costaba creerlo, al fin y al cabo me había defendido muchas veces y me había besado en público, era poco probable que fuera todo una mentira, ¿no? Nadie podía actuar tan bien durante tanto tiempo.

Aunque también podía haber estado demasiado ciega como para captar las señales. Era cierto que Scott me había contado algunas cosas, pero otras muchas nunca las había mencionado. No había confiado en mí completamente. No como yo en él. Un escalofrío que pronto se transformó en rabia me recorrió el cuerpo entero cuando me acordé de que yo le había contado lo de mi padre. Y ni siquiera lo había hablado con Kia y Jules.

«Oh, Kia, qué razón tenías... Solo me estaba utilizando para una estúpida apuesta y yo me lo tragué todo».

¿Se estaría riendo de mí ahora con sus amigos? La idiota que se lo creyó todo. Incluso Matt debía estar involucrado en el asunto, si él me había dicho lo de que fuera a los vestuarios, pero él por lo menos me había abierto los ojos. Quizá de manera algo brusca, pero por lo menos había aterrizado en el mundo real y me había dado cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor.

Más allá de cualquier tipo de lástima o nostalgia que pudiera sentir, mi cerebro no dejaba de utilizar las palabras: *asquerosa sabandija traidora* en cuando a Scott se refería.

¿Le habría contado a alguien la leucemia de mi madre o no? Porque como lo hubiera hecho, iría a ahogarlo en el arroyo que había cerca de su casa, y me daba igual si alguien nos estaba mirando, o que él me doblara en tamaño. Además, ¿era lo de su padre cierto o solo era para que me diera lástima y cayera más rápido en la trampa? No, eso tenía que ser cierto. Todos esos golpes no se los había dado él solito. Era un traidor, pero no estaba loco.

Había tantas preguntas y tan pocas respuestas que en ese momento tampoco me apetecía solucionar.

Necesitaba algo para distraerme y no pensar en lo evidente.

El móvil empezó a vibrar sobre la cómoda y fui a ver de quién se

trataba con algo de temor. Scott no había intentado ponerse en contacto conmigo en todo el fin de semana, y de alguna forma se lo agradecía. La imagen de Hannah aparecía con una mueca graciosa justo debajo de su nombre. ¿Qué querría? Nunca me había llamado directamente, Sam solía ser la que lo hacía en nombre de todas.

—¿Sí? —respondí poniendo el móvil en mi oreja derecha, intentando sonar indiferente.

—Lo sé todo.

—Era de esperar. ¿Cuánto ha tardado en soltarlo?

—Él no ha dicho nada —casi pude adivinar que había fruncido el ceño—. No lo he visto en todo el fin de semana, la última vez fue en el baile cuando te fuiste. Cogió su moto y se largó. Con nosotros no ha estado, ¿no habrá estado contigo?

—¿Crees realmente que ha estado conmigo? —pregunté con una sonrisa amarga.

—Tienes razón. Lo siento, ha sido una bobada.

Las dos permanecimos en silencio unos segundos.

—Tenemos que hablar, Jess —dijo, finalmente.

Resoplé.

—No quiero hablar, con nadie.

—Tienes que hablar con alguien sobre esto. Y me dijiste que te peleaste con tus amigas. Si te quedas con eso dentro, explotarás.

—No me molestaría explotar ahora mismo, siendo sinceros.

—Jess. —Hannah sonó cansada—. Vamos, déjame ayudarte. Somos amigas.

—Hannah, ahora mismo lo último que me apetece es ir a ver a Sam, y a...

—Solo tú y yo. No quiero ir con ellas. No me necesitan. Tú, sí.

Apreté los labios. Nunca había ido a ningún lugar a solas con Hannah. Sin embargo, no me parecía tan mala idea.

Me acaricié las sienes con una mano, intentando no pensar en el dolor de cabeza que sentía por haber estado toda la noche pensando y no haber dormido. Quizá no estuviera del todo mal una distracción, aunque una parte de mí seguía negándose.

—Es casi medianoche.

—Lo sé.

—¿Y vamos a vernos igualmente en algún lugar?

—Estoy con el coche de mi hermano delante de tu casa —dijo antes de colgar.

Miré por la ventana y, en efecto, ahí estaba un coche oscuro recién limpio —o nuevo—, con una chica de pie al lado de este. Me dirigí al armario velozmente y me puse lo primero que encontré. Me peiné con los dedos y cogí las llaves de casa sin despedirme de mi madre, que acababa de tomar su medicamento y estaba algo adormilada.

—Mañana por la tarde tenemos que ir al médico —le recordé sin detenerme.

—¿A dónde vas, Jessica? —la escuché gritar..

—A tomar por culo, Jocelyn —dije entre dientes, cerrando la puerta a mis espaldas.

Nada más ver a Hannah, esta me miró a los ojos con algo que deduje que era lástima y se acercó a abrazarme con fuerza. No era de esas chicas que demostraban demasiado afecto ni cariño, pero le correspondí el abrazo después de unos segundos y me encontré mucho mejor que cuando había salido de casa. Al separarse, volvió a mirarme a los ojos y sonrió un poco.

—Lo siento tanto —susurró.

—No es culpa tuya y lo sabes.

—Sí, pero... Si lo hubiera sabido. Era la única chica de la mesa que no era consciente de la situación, ¿sabes?

Volvió a sonreír tristemente y me condujo hasta el coche, donde ella se sentó en el asiento del copiloto y yo en el asiento trasero. Conducía un chico rubio, con pinta de universitario, con rasgos parecidos a los de Hannah. Aceleró lentamente y empezó a dirigirse a algún lado que desconocía.

—Este es Mason, mi hermano —me presentó Hannah—. Ella es Jess.

—Encantado —dijo con una enorme sonrisa mirándome a través

del espejo retrovisor—. ¡Vaya! Tienes mala cara. ¿Tú también te colocaste ayer? Porque yo al principio también amanecía con dolor de cabeza y esa cara que tú tienes, así como de empane total, ¿sabes que te digo, tía? Pero, tranquila, eso después se pasa, con el tiempo...

—¡Por Dios, Mason! Jess no es ninguna drogadicta —se alarmó Hannah.

—Todos lo hemos probado alguna vez, hermanita.

—Habla por ti.

—Algún día caerás —le dio una palmadita en el hombro—. Y lo sabes. Y tu hermanito estará ahí para reírse de ti.

No pude evitar sonreír ante la pelea de hermanos. Mi único hermano era Nick y se había ido a estudiar a otra ciudad, a unas tres horas de distancia en coche, por lo que nunca nos veíamos. A veces echaba de menos las broncas que solíamos tener entre nosotros, y recuerdo cómo lo llegaba a odiar también en alguna que otra ocasión. Pero, al fin y al cabo, era mi hermano mayor y lo quería. Cuando mi padre nos separaba para que dejáramos de discutir, era el único momento de paz en todo el día.

—Bueno, ya he terminado mi jornada como taxi —sonrió ampliamente Mason deteniendo el coche.

Hannah puso los ojos en blanco y salió, mientras que yo noté la mano de Mason rodeando mi muñeca. Lo miré ceñuda.

—Un regalo, por si necesitas una ayudita para animarte —sonrió entregándome una pastilla blanca ovalada.

¿Eso era droga?

—Eh... Gracias, supongo —respondí dubitativa.

—Ya me lo agradecerás.

Bajé del coche y, cuando Mason se fue, tiré la pastillita a la basura. No quería ser maleducada por rechazar su regalo, pero era algo que prefería no tener encima. Hannah me condujo a un bar viejo y con música tan baja que apenas se oía sobre las voces de la gente. Nos sentamos en dos taburetes de la barra que había al fondo y la camarera nos pasó nuestras bebidas. Debíamos ser las

únicas idiotas menores que bebían refrescos en lugar de alcohol.

—Siento mucho todo lo que pasó —repitió—. Si hubiera podido hacer algo...

—Hannah, no fue culpa tuya, así que deja de culparte a ti misma —la corté.

Respiró hondo y nos quedamos unos segundos en silencio.

—No puedo imaginar cómo te debes sentir, la verdad.

—Ni yo misma lo sé muy bien —murmuré.

Ella asintió con la cabeza.

—Jess, si necesitas desahogarte con alguien, no tienes más que decírmelo y ahí estaré.

—Gracias —le sonreí—. Pero, sinceramente, prefiero hablar de cualquier otra cosa.

—Vale... —caviló unos momentos—. Quizá no venga al tema y sea lo último que quieras oír ahora, pero...

—¿Pero...?

Se miró las manos. Sus pálidas mejillas se tornaron de un rojo chillón y me sonrió.

—Creo que... Creo que me gusta Adam.

• • •

A la semana siguiente Scott no apareció. Tampoco me preocupé en buscarlo. Al parecer, todo el instituto se había enterado de lo ocurrido en la fiesta. Y todo gracias a Erik, que se lo había contado a todos cuanto había podido. Incluso Sam lo había estado propagando. Cuando iba por los pasillos me decían cosas como *ingenua, estúpida* o *han jugado contigo por tonta.* Llegué a intentar hacer oídos sordos de sus comentarios, especialmente de la gente que ni siquiera había hablado conmigo hasta entonces.

Me sentaba sola en la cafetería, en las aulas, en la entrada, en todas partes. Sam y sus amigas me habían tachado de pringada de nuevo y no quería obligar a Hannah a someterse por lo mismo, así que cuando se ofreció a sentarse conmigo en clase, le dije que no.

Pero lo que más dolía era que mis dos mejores amigas me ignoraran. Nunca habría pensado que nuestra situación fuera a llegar

hasta el punto de dejar de hablarnos. Jules me saludaba, al menos, pero nunca se acercaba como para hablar conmigo. Por lo menos no se reían cuando me decían tonterías por los pasillos.

Y lo cierto era que, en cierta forma, estaba disfrutando de mi soledad. Nada de falsas sonrisas o pretensiones con la gente de la mesa del fondo, que creía que cualquier cosa que decían era graciosa y tenía sentido. No para mí. Yo no era parte de ellos y nunca lo había sido. Podía pensar por mí misma, observar a los demás y escuchar música con los auriculares sin que me interrumpiera nadie.

Estaba bien poder estar unos días conmigo misma.

También empecé a centrarme en mi madre. Su humor se vio afectado cuando salimos de la consulta del médico y me dijo que no podía volver a tomar una sola gota de alcohol, como todas las otras ocasiones en las que habíamos ido y mi madre no le había hecho caso. Pero esa vez no tenía nada más que hacer que vigilarla, así que tuvo que cumplir con su promesa.

Una semana más tarde, el miércoles por la mañana, me dirigí a mi taquilla. Ni siquiera giré la cabeza cuando me llamó un chico de último año para, probablemente, reírse con sus amigos a costa de algún comentario tan estúpido como él mismo. Abrí la taquilla introduciendo la combinación y saqué el libro de álgebra con una máscara de hierro con la que ocultaba la rabia que me daba que siguieran con las bromas.

—¿Podemos hablar? —preguntó una voz a mi espalda.

Me quedé tan congelada cuando identifiqué la voz que me resbalaron los libros de entre los dedos, provocando nuevas risas mientras me agachaba a recogerlos, avergonzada. Scott se agachó delante de mí para ayudarme. Lo ignoré completamente dándome más prisa. Cuando cogí el estuche, mi mano chocó con la suya y no pude evitar levantar la mirada hacia esos odiosamente hermosos ojos azules. Parecían tristes. Miles de emociones cruzaron mi mente mientras le sostuve la mirada, pero decidí aparcarlas a un lado a todas.

—No tengo nada que hablar contigo —gruñí, levantándome con mis libros y cerrando la taquilla.

—Solo quiero hablar, ¿qué puedes perder con escucharme?

Lo miré fijamente. El chico de último año seguía con las burlas, pero en esos momentos estaba muy lejos de lo que pudiera importarme.

—Puedo perder segundos de mi vida que podría aprovechar hablando con alguien que no pretenda utilizarme, por ejemplo.

Exhaló una gran bocanada de aire cogiendo mi brazo. Cuando levanté la mirada supuse que se había acordado de mi advertencia del día de mi fiesta, porque retiró la mano casi al instante, cerrándola en un puño. Algo se removió en mi interior.

Eso sería más difícil de lo que creía.

—Lo siento.

—Eso ya lo dijiste.

—Sí, pero no pareciste entenderlo.

—¿Es todo?

—Jess, ¡para! —pidió en voz baja.

Suspiré. Me estaba comportando como una verdadera arpía, pero era lo que se había buscado.

—Lo siento, de verdad. Nunca pretendí que esto fuera tan lejos. Era solo una broma pesada, pero luego te fui conociendo y... —se quedó sin palabras.

—¿Te enamoraste, no? —ironicé.

Me miró con la mandíbula apretada unos segundos que me parecieron eternos.

—Más o menos —susurró.

—¡Eh, pringada! —el chico de último año volvió a gritar—. ¿Pidiendo a Scott que vuelva contigo? Eso es patético.

Antes de que pudiera contestar, el chico estaba en suelo y Scott de pie a su lado, sobándose el puño con el que lo había golpeado.

¿Por qué tenía tan fácil golpear a la gente?

—¿Qué haces? —me alarmé—. ¡Eso no era necesario!

—¡No iba a dejar que siguiera burlándose de ti!

—No lo habría estado haciendo de no ser por ti.

Fue como si le hubiera dado una bofetada. Dio un paso atrás, frunciendo el ceño. Tuve que apartar la mirada, respirando hondo. Por mucho que lo odiara, no quería verlo así.

—Ella no te ha pedido ayuda —intervino la voz de Matt a mis espaldas, cortando la conversación.

Me adelantó de manera que quedó entre nosotros, con una sonrisa ladeada. Se acercó a Scott y dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo, de manera que quedaron casi exactamente a la misma altura. Scott seguía siendo más alto que él.

—Ya la has traicionado, Scott —escuché que susurraba Matt—. Ya la has perdido. Ahora lárgate.

Vi como la mandíbula de Scott se tensaba peligrosamente al mismo tiempo que lo hacía su puño. Tragué saliva. ¿Iba a volver a meterse en una pelea? Esa vez sí iban a expulsarlo.

Pero no es asunto tuyo, Jess.

—¿Vas a pegarme? —preguntó Matt en un susurro—. Adelante, demuéstrale a Jess lo violento que puedes llegar a ser.

Dijo algo más, pero no alcancé a oírlo. Solo vi como Scott chocaba con el hombro de Matt al pasar para salir casi corriendo de ahí. No se giró en ningún momento. Le fruncí el ceño a Matt, pagando con él mi mal humor.

—¿Te he pedido tu ayuda?

—Me ha parecido que la necesitabas —no abandonó la sonrisa.

Volví a mirar por encima del hombro por donde Scott había desaparecido.

¿Por qué me sentía tan mal? Se suponía que él era el que debía sentirse mal por mí, no yo. Yo no lo había engañado ni lo había traicionado. Yo había sido completamente transparente con él.

—¿Vienes? —sugirió Matt con una sonrisa ladeada.

Ni siquiera estaba de humor para ver la belleza de su rostro sonriéndome. Eso no podría mejorar mis sentimientos en ese momento.

—Necesito estar sola —murmuré alejándome de él.

CAPÍTULO 19

Otra

El viernes a la hora del almuerzo apoyé la mochila en una mesa vacía de un rincón de la cafetería. Mi mirada se cruzó entre la gente con la de Kia y Jules, pero ellas se pusieron a cuchichear y descarté la opción de acercarme. Todavía no habíamos hablado, y ellas sabían lo que había pasado —todo el mundo lo sabía—. Además, si me acercaba probablemente discutiríamos de nuevo y no quería ni podía sentirme como el día de la cafetería del centro comercial.

—¿Puedo sentarme?

Levanté la mirada y me sorprendí de ver a Adam con una enorme sonrisa característica en él. Lo bueno de Adam era que, incluso en los peores momentos, era capaz de encontrar algo por lo que sonreír. Al contrario que Scott, claro.

Al acordarme de que me había hecho una pregunta, asentí con la cabeza torpemente y él se sentó delante de mí, estirándose como si media cafetería no nos estuviera mirando.

—¿Puedo... —bostezó—… Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

No terminaba de fiarme de Adam. Estaba demasiado unido a Scott como para que lo hiciera.

—Bueno, antes que nada quería aclarar que yo no sabía que Scott había hecho una apuesta con el imbécil de Erik, pero sí que sabía que lo vuestro no era una relación real —hizo una pausa, observando mi cara sorprendida—. Nunca me quiso decir por qué, pero bueno...

Volvió a quedarse en silencio y miré mis manos. Cuando lo miraba, por algún motivo, me sentía culpable.

—Necesitaba que fingiera ser su novia, pero no sabía por qué, y yo quería acercarme a Matt —expliqué hablando rápido.

—No eres la única que tiene motivos para cabrearse, Jess —replicó al cabo de unos segundos—. A mí tampoco me dijo nada, y se supone que somos amigos. Pero, bueno, los amigos se perdonan, supongo.

Eché una ojeada involuntaria a la mesa de Kia y Jules.

—Además, ¿Matt? Esa es otra, ¿qué demonios le pasa a ese tío? —se le torció el gesto.

Nunca lo había visto enfadado, y quería saber el motivo.

—¿Por qué lo dices?

—Ha echado a Scott del equipo —murmuró, apretando los puños —. Por supuesto yo le dije que si echaba a Scott me iría yo también, y Goyle y Dannte dijeron lo mismo...

Ellos dos debían ser los dos otros jugadores del equipo que no conocía ni me sonaban. Los había visto otras veces con Scott y Adam, pero nunca había reparado en ellos profundamente.

—Espera —lo detuve—, ¿ha echado a Scott?

Frunció el ceño.

—¿No lo sabías?

Negué con la cabeza. ¿Por qué Matt había echado a Scott del equipo? ¿Qué tenía que ver todo lo que estaba pasando con el maldito deporte?

—El otro día discutieron en los vestuarios. De hecho, estuvieron discutiendo un buen rato en el campo también, pero cuando fuimos a cambiarnos fue cuando empezaron a gritarse entre ellos —explicó —. No sé sobre qué, pero se escuchaban desde el campo. Recuerdo que hubo un momento en que escuché tu nombre —me observó, esperando mi reacción—. Pero cuando terminaron, Matt le dijo que no volviera a pisar la misma sala en la que estuviera.

—¿Y Scott qué dijo?

Sus labios quedaron apretados en una dura línea.

—Que tú eras más importante que un equipo, sobre todo en el que Matt era el capitán.

Mi corazón dio un respingo al escuchar esas palabras.

—¿En serio ves capaz a Scott de hacer algo así a alguien? —preguntó refiriéndose a la apuesta.

Me quedé en silencio, meditando la respuesta, pero ya la tenía almacenada en lo más profundo de mi mente, muy a mi pesar.

—Eso hizo —murmuré con un hilo de voz.

—Pero nunca pensó que él..., bueno… —se encogió de hombros —. Que tú y él acabarías de esa forma. Ya sabes... Era evidente que ya no fingiais en los últimos días, o al menos lo era para Hannah y para mí.

—Hannah es buena chica... —recordé su confesión de unas noches antes.

—Sí, lo es —respondió rápidamente Adam—. Y si ella es capaz de confiar en alguien como Scott, ¿no crees que le puedes dar la oportunidad de que te dé una explicación?

Lo medité unos segundos, mientras pensaba si podía ser que Scott no tuviera la intención de hacerme daño. Era cierto que no lo había dejado explicarse el otro día, pero... ¡No! Me había traicionado, ¿quién me decía que no enviaba a Adam para reírse más de mí? Entrecerré los ojos hacia él.

—¿Te manda Scott?

—He venido porque he querido decirte lo que pienso de esta situación —suspiró—. Mira, conozco a Scott desde hace muchos años, y sé que no es la mejor persona, ni más comprensiva del mundo, ni más sensible, ni más mierda de esas que os gustan a las chicas, pero, ¡Scott es Scott! Y si no estoy equivocado consiguió gustarte hace apenas unas semanas, ¿por qué no puedes darle la oportunidad de explicarse? —una sonrisa se formó en su rostro, aunque era más bien pícara—. Además, he oído a las chicas hablar de él, dicen que está bueno, y lo he visto en los vestuarios desnudo, te aseguro que...

—¡No necesito saber eso! —lo paré.

Aunque reconozco que supo sacarme una sonrisa. La primera sonrisa sincera en unos días.

—¿Hablarás con él? —preguntó.

Suspiré, negando con la cabeza.

—No pensé que fueras a convencerme.

—Mi poder de persuasión no tiene límites —me guiñó un ojo antes de levantarse e irse.

• • •

—¿Podemos hablar? —pregunté a Matt encontrándolo en su taquilla.

Me miró y una sonrisa torcida se dibujó en su rostro. Pero estaba tan ensimismada en mi cabeza y mis pensamientos que no sentí nada cuando la vi. Me siguió hasta que llegamos al rincón del pasillo del primer piso donde nadie solía ir, para tener un poco de intimidad. Se cruzó de brazos sin borrar la sonrisa y enarcó una ceja.

—¿Y bien?

—¿Has echado a Scott del equipo? —pregunté frunciendo el ceño.

Su sonrisa vaciló visiblemente, pero logró recuperar su compostura pronto y adoptó un aire despreocupado.

—¿Qué más da?

—Me da —le sostuve la mirada—. Creo que no tendrías que haberlo echado del equipo.

—¿Por qué no?

—Porque no deberías echarlo solo por los problemas personales que puedas tener con él.

—Tenía motivos para hacerlo, princesa, no tiene nada que ver con nosotros.

«¿Nosotros?». Mis piernas flaquearon.

Antes de poder medir las palabras, estaba empezando a decir:

—No hay ningún «nos...».

—No quiero hablar de Scott —me interrumpió, cogiendo un mechón de mi pelo y jugando con él mientras notaba que me hacía retroceder lentamente hasta que mi espalda chocó con la pared—, prefiero hablar de ti. Y de mí.

Parpadeé, sorprendida por el rumbo que estaba tomando la

conversación.

Después me di cuenta de lo cerca que estaba de mí y mi cerebro se quedó en blanco.

—Si tú me pides que lo readmita, lo haré —susurró acercándose a mí hasta que nuestras narices estuvieron a punto de chocar—. Solo tienes que pedirlo.

—No quiero que lo readmitas, creo que no era necesario echarlo —me mantuve firme, aunque la voz me temblaba.

—Me gusta que te enfades conmigo —sonrió.

De repente, sus manos estaban en mi mandíbula y sus labios sobre los míos con tanta fuerza que tuve que luchar para que mi cabeza no se estampara contra la pared. Me quedé estática mientras notaba como empezaba a impacientarse por mi falta de reacción. Pero no podía hacerlo. No me salía besarlo.

Y era porque clavé la mirada al frente y vi su taquilla. La de Scott. Y no podía besar a Matt.

Scott.

Scott.

Scott.

¿Por qué no podía disfrutar de besar a Matt sin que la imagen de él sonriéndome viniera a mi mente? Solo quería dejar de pensar en él, porque, muy en el fondo, sabía que lo que había dicho Adam sobre él y yo era cierto. Quería sentir lo mismo por Matt, poder besarlo sintiendo las mariposas en mi estómago, pero por algún motivo solo podía quedarme estática como un muñeco inanimado al que sacuden.

Cerré los ojos y me di cuenta de que tenía el ceño fruncido.

Besaba genial, joder, ¿por qué demonios no podía moverme? ¡Oh, vamos!

Intenté dejarme llevar, lo intenté de verdad. Cerré los ojos. Pero mis brazos quedaron colgando a ambos lados de mi cuerpo. Matt me cogió con más fuerza, como si eso hiciera que reaccionara de una vez.

Y seguía sin sentir nada.

De repente se separó con los labios hinchados y me observó detenidamente.

—¿En qué piensas? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Yo? En nada.

Scott.

Scott.

Scott.

Necesitaba hablar con él.

—Sé cuando una chica que me besa está pensando en otro, Jess, no soy tonto.

Me miró fijamente, esperando... No sé muy bien qué esperaba. Pero, fuera lo que fuera, yo no podía dárselo.

—Tengo que irme —murmuré.

Pasé por su lado con la cabeza agachada sin esperar respuesta y me dirigí al único sitio en el que sabía que podría encontrarlo y poder hablar con él a solas; el lugar donde había comenzado toda la mierda que tenía ese día. La azotea.

Subí las escaleras apresuradamente, En mi cabeza iba formulando las cosas que podía decirle y lo que podía responder. ¿Podía ser que estuviera más pillada por él de lo que creía? Si me gustara Matt sería todo mucho más fácil, ¿por qué tenía que complicarlo todo? ¿Por qué mis malditos sentimientos hacia él hacían que todo resultara mucho más complicado? ¿Por qué demonios tenía que sentir nada por él?

Mi cabeza seguía dando vueltas cuando abrí la puerta de la azotea, aunque no me encontré lo que esperaba. Me quedé helada, contemplando la escena desde mi lugar, sujetando la puerta aún entre las manos para que no se cerrara.

Scott estaba ahí con una chica, la tenía entre los brazos y se estaban besando. Sí, besando. Mi cabeza intentó analizar la situación, pero mi cerebro se había quedado sin respuestas al instante.

Él levantó la cabeza y me miró casi como si estuviera esperando que estuviera ahí. Di un paso hacia atrás cuando la chica me miró.

Haley. Iba a clase de álgebra conmigo. Una idiota que había estado burlándose de Jules durante años llamándola cabeza-zanahoria. Ella me miró de arriba a abajo con una sonrisa desdeñosa. Me dieron ganas de borrársela, pero ahí estaba Scott para recordarme quién sobraba ahí:

—¿Puedes dejarnos intimidad?

Noté un dolor afilado en el pecho.

Seguí inmóvil unos segundos hasta que di un paso atrás y dejé que la puerta se cerrara. Por muy tontería que sonara, me sentía mal cuando unos minutos antes yo había estado haciendo lo mismo con Matt.

La diferencia era que yo no había sentido nada... Y él había estado disfrutando de besarla.

—¡Ey, Jess! —Adam se paró a mi lado con una enorme sonrisa mientras bajaba las escaleras de la azotea—. ¿Ya has hablado con él? ¿Cómo ha ido?

Lo miré en silencio unos segundos y me decidí a no mostrar lo que estaba pasando por mi cabeza.

—No ha sido necesario hablar —murmuré—. Creo que ya se le han pasado las ganas de explicarme nada.

Dicho esto pasé por su lado dispuesta a irme, pero noté como me detenía cogiéndome del brazo.

—Espera, Jess...

—¡No! —salté—. Se está besando con otra, joder. No quiero enfadarme contigo, Adam, así que te agradecería que me soltaras.

Me miró unos segundos antes de liberarme y dejar que me fuera.

CAPÍTULO 20

Llamada

Pasé los canales, uno tras otro, sin encontrar nada que me gustara. Era sábado por la noche, así que se suponía que la gente estaba disfrutando en cualquier lugar con música y amigos, mientras que yo me tumbaba en el sofá, bajo una gruesa manta, y miraba la televisión con aburrimiento. Apoyé la cabeza sobre mi puño y bostecé perezosamente.

—Me voy —anunció mi madre desde la cocina.

—¿A dónde vas?

Esa conversación debería ser al revés, pero, de alguna forma, me había convertido en la madre de mi madre.

—Con Bob —me dijo, simplemente.

Bob era uno de sus amantes. El mejor. Él la obligaba a tomar sus pastillas y no la dejaba beber. Asentí.

—Pues, adiós.

Escuché sus pasos desde la cocina hasta el salón, donde cogió su abrigo y las llaves, justo antes de echarme un vistazo.

—No volveré hasta mañana por la tarde, he cogido mis medicamentos, no beberé. Tienes la comida en el horno y...

—No es la primera vez que te vas, mamá, sé apañármelas sola —espeté.

La escuché suspirar y como cerraba la puerta principal, murmurando algo sobre hijas desagradecidas o cosas así. Pero no estaba de buen humor para pedirle disculpas, ella me había hecho sentir peor miles de veces, no iba a disculparme por algo de lo que no me arrepentía.

Una melodía llegó a mis oídos y contesté a mi móvil sin mirar

quién era.

—¿Sí? —respondí secamente.

Escuché el silbido del viento de fondo, acompañado de unos jadeos que se mezclaban con el ruido de lluvia cayendo con fuerza. Fruncí el ceño al no escuchar respuestas. Esperé unos segundos en los que no escuché nada nuevo.

—¿Hola? —insistí.

De repente un gemido ahogado se escuchó desde el otro lado.

—He hecho algo malo, Jessica —murmuró la voz rota y ronca de Scott, entre jadeos y maldiciones.

—¿Scott? —me sorprendí, levantando las cejas.

—Él me dijo que estaría bien... —seguía murmurando.

—¿El qué?

—No... No quiero decírtelo.

Fruncí el ceño, ¿qué tono de voz era ese? Era como si estuviera borracho. Probablemente lo estaba. Y, por la lluvia que escuchaba, estaba solo en medio de la noche y el aguacero, borracho y llamándome.

«No deberías preocuparte, no es cosa tuya», me dije.

—Estoy... —jadeó—… Estoy en la puerta de tu bloque.

—¿En mi puerta?

¿Debería ir? ¿O debería ser egoísta como había sido él y quedarme en casa mirando cualquier programa malo en la televisión?

Desgraciadamente, yo nunca había sido egoísta, y no empezaría ese día.

Salí corriendo de casa y llamé al ascensor. Esperé unos segundos hasta que me di cuenta de que no bajaría lo suficientemente rápido como me habría gustado. Bajé las escaleras. ¿Y si le pasaba algo? Estaba borracho, ¡podía hacer cualquier tontería! Cuando llegué al portal me acordé de que estaba lloviendo, y yo iba descalza, con una camiseta de manga corta holgada y unos pantalones cortos también. La piel se congeló al instante al salir fuera. Mi pelo empezó a gotear mientras buscaba con la mirada a Scott, pero no lo veía por ningún

lado.

Hasta que divisé su Harley mal aparcada en la acera, con una figura hecha un ovillo justo delante. Entrecerré los ojos y vi la cazadora que yo misma le había regalado sobre sus hombros, y como hundía la cabeza entre sus rodillas. Me acerqué corriendo, aunque me ignoró. Solo reaccionó gruñendo cuando cogí su brazo.

—Scott, vamos, levántate —murmuré tirando de su brazo—. Vas a coger una hipotermia aquí fuera.

Pero no se movía, y tuve que insistir.

—¿Jess? —entrecerró los ojos en mi dirección.

—¡Sí, idiota inconsciente, soy Jess!

—Creí que no vendrías...

—Si sigues sin levantarte, te aseguro que me iré.

Por lo poco que lo veía en la oscuridad, me di cuenta de que había hecho una mueca.

Empecé a desesperarme. Me agaché a su lado y le levanté la cabeza con una mano.

—Me estoy mojando toda la ropa y el cabello por tu culpa, así que, o bien entras de una vez al edificio, o te arrastro yo misma. Y me dará igual si pasamos por encima del algún charco.

Me pareció que esbozaba una sonrisa.

—Sí, eres Jess. Sin duda.

Por un momento, me pregunté cómo había llegado a esa conclusión cuando dijo:

—La única que me dice las cosas como son... Y ahora estás enfadada conmigo. ¿Por qué has venido?

Cerré los ojos un breve momento.

—Porque soy imbécil —sacudí la cabeza, agarré de nuevo su brazo y me puse de pie—. Vamos, entra de una vez.

Hizo esfuerzos por levantarse, apoyándose en una moto, para mí desconocida, que casi tiró al suelo. Al final, tuve que tirar con todas mis fuerzas para que se estabilizara. Pasé su brazo por encima de mi hombro y resoplé. Pesaba mucho más que Jules en su primera borrachera, cuando tuve que arrastrarla hacia su casa.

Cuando entramos en el edificio me di cuenta de que volvía a tener un pómulo morado, y no parecía ser demasiado antiguo. Subimos al ascensor sin decir nada y después entramos en mi casa. Menos mal que mamá no estaba.

—¿Qué ha pasado, Scott? —pregunté cuando lo dejé caer sobre mi cama, empapándola.

No quería estar quieto, así que tuve que cerrar la casa con llave para que no saliera a la calle.

—Scott, contéstame —pedí, mientras veía como se paseaba de un lado a otro de la habitación llevándose las manos a la cabeza—. Scott —me levanté y me acerqué a él como pude, colocando las manos sobre su brazo, cosa que hizo que se detuviera—. Tengo que avisar a Lisa, o a Haley, o a Adam, o a Matt...

Ese nombre hizo que se enfureciera, ya que se zafó de mi brazo con brusquedad y me miraba como si hubiera dicho la peor de las palabras. Retrocedí un paso, pero él lo avanzó y me agarró de los hombros, haciendo que ambos nos tambaleáramos.

—¡A él no! —gruñó, negando con la cabeza—. A él no, Jess, a él no... ¡Ese cabrón!

Se separó de mí y dio tal puñetazo contra mi armario que no me hubiera sorprendido que uno de las dos partes hubiera salido herida. Él ni se inmutó.

—¡Vale, no lo llamaré, lo prometo!

Sin pensar con claridad me lancé sobre él y se quedó inmóvil. Cerré los ojos, abrazada a su espalda, sintiendo como su corazón se iba calmando poco a poco y su respiración también. Pero cuando abrí los ojos vi que no era por mí, sino por lo que tenía entre sus manos, y observaba fijamente.

Ronny.

Quizá no había sido tan mala idea conservarlo.

Lo observó unos segundos más hasta que me separé de él y se giró para mirarme, dejando a Ronny sobre la cama. Pero en lugar de preguntar nada, se sentó en la cama y hundió el rostro entre sus manos.

No sabía qué hacer.

—Lo sigues guardando —dijo con la voz apagada contra sus palmas.

Me senté a su lado en la cama y coloqué mi mano con cuidado sobre su cabeza. Su corto pelo se hundió entre mis dedos, produciéndome cosquilleos en la palma de la mano. No me dijo absolutamente nada.

—No iba a tirarlo. Un regalo es un regalo. Independientemente de quién proceda.

—No te entiendo —dijo, levantando la mirada hacia mí, haciendo que tragara saliva—. Dices que me odias, pero guardas el peluche. Te enfadas porque me acerco a ti, pero cuando dejo de hacerlo sigues enfadada. Dices que no te importa lo que haga, pero cuando estoy con Haley, vuelves a enfadarte conmigo —suspiró—. Y dijiste que hiciera lo que quisiera, que nunca más te preocuparías por mí. Sin embargo, aquí estás.

Me sostuvo la mirada sin parpadear unos segundos en los que de mis cuerdas vocales no salió ningún sonido.

«No debería haberlo ido a buscar», me dije.

—Yo tampoco me entiendo —admití en voz baja.

Volvió a mirar hacia delante.

—Yo solo intento hacer lo que sea que te haga feliz. O que me perdones, ¿qué se supone que tengo que hacer? —me frunció el ceño—. Todo lo que hago está mal para ti.

—Yo no lo sé.

—Solo intento facilitarte lo que me pediste cuando me dijiste que te dejara en paz, incluso me he besado con alguien que no me gusta para que sea más sencillo, pero cuando he querido darme cuenta te estaba llamando, y tú venías hacia mí... Tú tampoco me estás facilitando el que te deje en paz, la verdad.

Aparté la mirada y apreté los labios.

«No, no debería haberlo traído aquí», pensé.

—No, no deberías haberlo hecho.

Cuando él respondió, me di cuenta de que no lo había pensado,

sino que lo había dicho en voz alta. Agaché la cabeza.

—Voy a llamar a Adam para que venga a buscarte —murmuré.

—No, espera, Jess...

Me puse de pie sin escucharlo, fui al salón y agarré mi móvil. Al volver a la habitación, él no se había movido.

—Jess, solo un momento, por favor... —empezaba a sonar desesperado.

Fingí no oír nada.

—Déjame tu móvil, no tengo su número.

—No.

Le lancé la peor de mis miradas.

—¿Crees que voy a dejarte dormir en mi cama?

—Por favor, solo escúchame...

Me incliné sobre él para coger el móvil, pero no lo llevaba encima, o, mejor dicho, yo no lo había encontrado. Él suspiró mientras yo me quedaba de espaldas a él, mirando por la ventana con el ceño fruncido. Hubo casi dos minutos de completo silencio, amortiguado solo por el ruido de las gotas impactando contra el cristal.

—¿Quieres a Matt?

Lo miré en silencio de nuevo. ¿Por qué no podía hacer preguntas más sencillas?

—¿Tú quieres a Haley?

Me miró con una sonrisa sin decir nada, aunque deduje que su respuesta era negativa. Debo admitir que eso me subió el ánimo. Si me hubiera dicho que la quería, me habría sentido como una mierda.

—Entonces, ¿por qué estás con ella? —pregunté sosteniendo su mirada azul.

—Por el mismo motivo que tú —señaló—: para olvidarme de lo que sentimos el uno por el otro.

Mi estómago dio un vuelco. ¿Eso significaba que él, al besar a Haley, sentía lo mismo que cuando yo besaba a Matt? ¿Pensaba en mí de esa manera? ¿O simplemente estaba volviendo a jugar conmigo? No, tenía la corazonada de que esta vez iba mucho más

allá que un simple juego.

—¿Por qué tuviste que hacer esa maldita apuesta? —murmuré—. ¿Por qué tuviste que arruinarlo todo? Habría sido todo tan sencillo si no lo hubieras hecho...

Le tenía rencor por ello, no iba a negarlo.

—Porque nunca pensé que me enamoraría de ti cómo lo hice —dijo en un susurro apenas audible.

Me quedé en silencio asimilando sus palabras sin saber muy bien qué decir al respecto, ¿qué se suponía que debía hacer ahora? Aunque, en el fondo de mi cerebro, la voz de la razón me recordó que seguía borracho, y que probablemente no pensara con claridad lo que estaba diciendo, por lo que negué con la cabeza y me senté a su lado, a una distancia razonable.

—Estás borracho, Scott... —empecé a decir.

—Sí, definitivamente lo estoy —dijo con una seguridad en sus palabras que hizo que me estremeciera—. Porque si no lo estuviera no sería capaz de hacer esto.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano se colocó en mi nuca y sus labios aplastaron los míos de tal forma que caí de espaldas sobre la cama, con su cuerpo inclinado sobre el mío. Pequeñas gotas cayeron desde su ropa hasta la mía, haciendo que me estremeciera. Me quedé paralizada durante los primeros segundos, asimilando lo que estaba haciendo.

Cerré los ojos inconscientemente.

Dios, extrañaba esa sensación de sus labios suaves sobre los míos, aprisionándome. Correspondí a su beso. Ni siquiera movimos los labios. Clavé la mano en su nuca y él se separó unos segundos para respirar. Cuando volvió a inclinarse, la imagen de Haley vino a mi mente y ladeé la cabeza, dolida. Me besó sin siquiera inmutarse en la mejilla.

Hasta que se separó débilmente y se dejó caer a mi lado, cerrando los ojos.

—Tengo mucho sueño, Jess —susurró.

Me incorporé, sintiéndome sucia por algún motivo.

No dije absolutamente nada. Me abracé a mí misma.

—¿Jess?

Seguí sin responder.

Unos segundos más tarde su pecho subía y bajaba lentamente, indicando que se estaba profundamente dormido.

Como pude, conseguí tumbarlo correctamente en la cama y deshacerme de su cazadora, justo después de cubrirlo con la manta. Me tumbé a su lado, aunque decidí darle la espalda, ya que no quería verlo dormir. No quería verlo en absoluto. Seguía sintiéndome como si hubiera hecho algo muy malo. Y lo había hecho. Hacía menos de veinticuatro horas que él se estaba besando con Haley. Cerré los ojos con fuerza.

Mis dedos se dirigieron a mis labios y los tocaron con sumo cuidado.

Aunque algo me decía que por la mañana ya nada sería igual.

CAPÍTULO 21

Indiferencia

Scott giró sobre sí mismo en un movimiento vago y se desperezó abriendo los ojos lentamente. Profirió un gruñido —supuse que debido a la resaca que debía llevar encima— y dejó de moverse al instante. Ni siquiera se percató de que estaba sentada en el sillón que había al lado de mi propia cama, donde él estaba tumbado. Estiró los brazos por mi lado de la cama y frunció el ceño al instante, mirando el colchón vacío.

—¿Me vas a decir ahora qué pasó anoche? —pregunté con voz fría.

Cuando escuchó mi voz fue como si le diera un tirón en el cuello, porque clavó la mirada sobre mí al instante, tragando saliva con fuerza. Me puse de pie de brazos cruzados.

—Jessica...

—¿Y bien?

Se miró a sí mismo y tragó saliva al notar una punzada de dolor en el moretón que tenía en la cara. Se puso de pie lentamente, llevándose una mano a la cabeza. Parecía evitar mi mirada.

—Lo siento... —susurró, sin mirarme a los ojos.

—Lo sientes —repetí, riendo.

—Sí, yo... Lo siento, Jess.

—¿Que lo sientes? —volví a repetir llevando mi puño a su pecho, donde lo golpeé, aunque no le hice daño—. ¡Estuviste de noche en la calle emborrachándote! —volví a golpearlo—. ¡Solo! —otro golpe —. ¡Y luego viniste aquí, conduciendo! —resoplé, alejándome de él unos pasos y dándole la espalda para calmarme—. Estaba preocupada.

Debería empezar a dosificar mi sinceridad.

Escuché unos pasos acercándose lentamente a mí aunque no me giré. Su mano se deslizó lentamente por mis hombros y luego pasó a mi estómago, atrayéndome hacia él en un abrazo extraño que hizo que el estómago me diera un vuelco. Me retorcí para liberarme, pero no me dejó. Suspiré.

—No te separes de mí. Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Todo —lo escuché suspirar—. Perdóname, Jessica. Fui un imbécil.

No se estaba refiriendo solo a lo de anoche.

Dejé caer los brazos a los lados de mi cuerpo. Por fin había oído lo que quería oír, por fin lo había dicho.

De repente sonó una melodía que hizo que se separara de mí y sintiera frío donde estaban antes sus brazos.

—Hola, Haley... —contestó mirándome de reojo—. No, bueno... Sí... En casa de Adam... No, no... Sí, lo haré... Adiós.

Lo observé en silencio con los labios fruncidos mientras guardaba el móvil en sus bolsillos.

—Estaba preocupada —se encogió de hombros.

—Normal, es tu novia —repliqué, mordaz.

—Jessica, yo...

—Deberías irte a casa, Scott. Si Haley se entera de que has pasado la noche aquí no le gustará.

Hizo un ademán de cogerme del brazo, pero me aparté. No podía dejar de sentir lo que sentía, pero tampoco quería pretender nada entre nosotros mientras estuviera con otra chica. Tenía mucho más orgullo para aceptar algo así. Pasó por mi lado sin que lo mirara y se detuvo en la parte.

—Gracias por estar conmigo anoche —murmuró—. Eres demasiado buena para mí, Jess.

Escuché sus pasos alejarse hacia la puerta principal y el chirrido de esta cerrándose con su partida.

Hundí mi rostro entre las manos, reprimiendo un grito de

frustración. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Yo solo quería pasar una noche tranquila, tirada en el sofá, comiendo cualquier porquería y viendo películas en las que, pasara lo que pasara, no hubiera romance, pero sí mucha sangre.

Pero no, tenía que aparecer Scott borracho y llamándome. Además, ¿por qué me había dicho todas esas cosas anoche?

Negando con la cabeza, me quité la ropa y me metí en la ducha.

• • •

—Buenos días —Matt se sentó a mi lado en clase de Filosofía.

—Hola.

No sonreí. El profesor entró en clase y nos pidió a todos que nos sentáramos. Miré de reojo la última fila, donde estaba sentado Scott con Haley. Me estaba observando desde mucho antes de que me diera cuenta, y no apartó la mirada cuando lo descubrí. Haley le estaba diciendo algo mientras enroscaba un mechón de pelo a su dedo, pero dudaba que estuviera escuchándola.

Aparté la mirada sin demostrar un solo sentimiento.

¡Olé tú!

—Bueno, chicos —el profesor parecía animado—. Hoy en lugar de escribir haremos una clase oral, ¿qué os parece? Ya sabéis que me gustan mucho más, así hay más participación y nadie copia de los demás, ¡no se puede! —hizo una pausa para las risas, pero nadie rio. Se aclaró la garganta—. Bien, hoy hablaremos sobre nosotros, las personas. Más concretamente sobre los sentimientos. ¿Alguien puede decir uno?

Hubo un silencio de unos segundos.

—Odio —intervino Abby.

—Buen punto, señorita —el profesor se veía complacido—. ¿A qué se puede deber el odio?

—Traición —dije antes de poder retener mis palabras.

Matt me miró de reojo, ligeramente divertido.

—Bien, muy bien —el hombre se sentó en su escritorio—. ¿Algún otro?

—Amor —dijo Matt.

Aclaré la garganta, ya que se me había formado un nudo en ella.

Quizás con solo una palabra me había hecho recordar muchas cosas dolorosas. La noche del baile se repetía una y otra vez en mi cabeza, como una cinta sin final. El problema era que con ella me venían también los sentimientos de rencor, odio y traición que había conllevado.

—Amor —el profesor saboreó la palabra—. Ese es un tema muy complejo, ¿alguien tiene idea de definir lo que es el amor? Es una pregunta complicada.

Hubo un silencio prolongado y escuché una voz que me aceleró el corazón emerger sobre las demás.

—Poner a otra persona por delante de ti —empezó Scott, sin mirar a nadie en concreto—. Querer su felicidad por encima de la tuya. Aunque para eso tengas que alejarte.

¿Esa era una indirecta?

—Buena observación, señor Danvers.

—O también el amor propio —intervino Matt de repente, haciendo que lo mirara, aunque él observaba al profesor—. También puedes preferir tu propia felicidad sobre la de los demás, aunque eso implique hacer sufrir a la gente que nos quiere. Preferir una recompensa… —miró de reojo a la fila de atrás, donde Scott tenía la mandíbula contorsionada de lo fuerte que mordía—…, antes que preferir el amor de otra persona —volvió a mirar al profesor—. Ese es mucho más común.

—Es otra perspectiva —murmuró el profesor.

—A veces. —Scott apoyó los codos sobre la mesa—. A veces es necesario mentir para no hacer daño a la otra persona.

—¿Mentir para quedar bien? —Matt lo miró, enarcando una ceja.

—Mentir por amor, aunque dudo que tú sepas demasiado sobre eso.

La sonrisa de Matt vaciló.

—No sabía que tú fueras un experto, Scott.

—Chicos... —empezó el profesor, con una sonrisa tímida.

—¿Y tú en qué eres experto, Figgins? —Scott ladeó la cabeza,

ignorando al pobre hombre que se aclaraba la garganta—. ¿Traición? ¿Mentiras? ¿Manipulación?

—Vigila esa lengua no vayas a mordértela.

—Eh... Chicos...

—Todavía no has respondido. Dime, ¿a cuántas personas has mentido con tal de salirte con la tuya?

—¿A cuántas personas has manipulado tú, Scott?

—Ejem... Chicos... Quizás...

—Menos que tú, de eso estoy seguro.

—Bueno, podemos comparar —dijo enseguida—. ¿A cuántas chicas has traicionado tú y a cuántas yo? Ah, claro, traicionar a Jess debía ser tu venganza personal contra el mundo por lo que pasó con Stacy, ¿no?

Vi como Scott estaba a punto de levantarse de la silla cuando el profesor los hizo callar. No volvieron a decir nada más en toda la hora, aunque Scott y Matt se lanzaban miradas llenas de odio el uno al otro.

• • •

—¡Ey, espera! —le pedí a Scott mientras salíamos de clase.

Pero él no se detuvo, sino que siguió andando con Haley a su lado. Ella intentó cogerlo del brazo, pero él lo apartó como si fuera a contagiarle una enfermedad. Hacía tiempo que no lo veía tan molesto. Me puse en medio de su camino y coloqué una mano en su pecho, deteniéndolo. Bajó la vista como si no me hubiera visto hasta ahora. Su mirada destilaba rabia.

—No lo toques —Haley quitó mi mano de su pecho de un manotazo y se interpuso entre nosotros—. No lo ensucies con tus asquerosas manos.

—Apártate, no estaba hablando contigo —le espeté en la cara, empujándola por el hombro, quedando cara a cara con Scott.

Sentí como si intentara lanzarse sobre mí, pero Scott la sujetó lejos, y le hizo una seña para que se largara. Le sonreí tan hipócritamente como pude mientras me intentaba asesinar con la mirada.

—Vete, Haley.

—No pienso dejarte a solas con esta.

—Es una conversación privada, por si no te has dado cuenta. —Scott la miró enarcando una ceja.

Haley puso un puchero, pero se marchó cuando vio a un grupo de amigas suyas pasar por nuestro lado. Scott me miró.

—¿Qué?

—¿Qué? —repetí—. ¿Qué ha sido eso de clase? ¿Era necesario?

—¿A mí me riñes y a tu amiguito no le dices nada?

—No es mi amiguito. Y se ha ido antes de que pudiera decirle nada.

—Pues, genial.

Intentó evitarme, pero volví a ponerme en medio de su camino.

—Ahora déjame en paz, Jessica —pidió. Su voz me puso los pelos de punta.

—¿Crees que esas son formas de tratar a una chica? —preguntó una voz femenina a mis espaldas.

Me giré al instante para ver a una chica más alta que yo, de pelo rizado y oscuro, que miraba a Scott con los brazos cruzados y una sonrisa que me era muy familiar. Sus ojos eran de un azul pálido casi alegre.

—Soy Lisa —se presentó, dirigiéndose hacia mí—. La hermana de este. Espero que no te esté tratando mal, tiene la mala costumbre de portarse mal con el noventa y nueve por ciento de la población mundial, ¿verdad, hermanito?

—Ahora no, Lisa. —Scott se apartó de ella y empezó a caminar hasta perderse en el fondo del pasillo.

Me quedé a solas con Lisa, que me sonreía como si fuera un ángel caído. Tenía la misma sonrisa que Scott. Los mismos labios finos, los mismos ojos azules y el don de hacer que los demás le prestaran atención sin decir casi nada. Se notaba que eran hermanos.

—Tú debes ser Jess.

—Esa misma.

—Sí... He oído hablar de ti.

Por un momento, me pregunté a qué debía referirse, pero luego me dije a mí misma que prefería no saberlo.

—¿No me vas a preguntar qué me contaba mi hermano de ti? —me sonrió.

—¿Sinceramente? Prefiero vivir en la ignorancia.

Ella se rio.

—Eres graciosa, Jess.

Se ajustó la mochila en el hombro sin borrar la sonrisa.

—Bueno, ahora tengo que ir a clase, pero espero que nos podamos ver algún día de estos por aquí. —Me guiñó un ojo y me dio un pequeño codazo—. Yo que tú insistiría un poco más con mi hermano; aunque no te lo diga, se pasa media vida hablando de ti con todos. Mi hermana pequeña y mi madre ya te conocen solo de oírle.

Dicho esto, me dejó sola, sin saber qué hacer.

Cerré los ojos.

¿Por qué era todo tan complicado?

CAPÍTULO 22
Plan

«Porque nunca creí que me enamoraría de ti cómo lo hice.»

No debería haber hablado con él. Sus palabras no dejaban de revolotear en mi cabeza, dando tumbos, agobiándome. No entendía por qué se contradecía tanto; primero me lo encontraba con otra chica —que, por si fuera poco, me caía mal— y, en menos de veinticuatro horas, lo tenía en la puerta de mi casa, queriendo verme. ¿Qué iba a hacer con ese chico? Probablemente, ni él mismo sabía en qué estaba pensando cuando se presentó borracho, de noche, empapado delante de mi edificio.

¿Había dicho que estaba enamorado de mí? ¿O que lo había estado? También cabía la posibilidad de que él simplemente estuviera borracho y dijera tonterías que sobrio no habría pensado jamás. De cualquier forma, decían que los borrachos y los niños eran los que decían la verdad, pero... ¿Se aplicaba también a esta situación?

Eso de comerme el tarro de la manera en que lo estaba haciendo no podía ser sano, pero no podía evitarlo. Había descubierto demasiadas cosas de él, tanto buenas como malas, como para que todo hubiera sido una sarta de mentiras. O, al menos, de eso intentaba convencerme para no pensar que solo había sido un juego para él.

Cogí mi móvil al instante en que sonó, contenta por tener una distracción.

—¿Sí? —respondí con la esperanza que de fuera alguien que me sacara de mis propios pensamientos.

—No preguntes cómo he conseguido tu número —pidió la voz de

Lisa al otro lado de la línea—. Esta noche he invitado a unos amigos a casa para beber algo y pasarlo bien, ¿te apuntas?

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Te he dicho que no preguntaras.

—Bueno, no te morirás por decírmelo.

Ella respiró hondo, como si le costara confesármelo.

—Vale, le robé el móvil a mi hermano. —Había dicho lo que había temido que dijera. Otra vez a pensar en él—. Me costó un montón encontrarte, ¿por qué te tiene guardada como «champiñón»? ¿Es una palabra en clave o algo así?

No supe muy bien si reír o llorar. Opté por la primera.

—Bueno, Jess, ¿te vienes esta noche sí o no?

Ni lo pensé.

—Vale.

• • •

Llamé al timbre de la casa de Scott, la que ya había visitado antes y me traía recuerdos que no sabía si clasificar como buenos o malos. Tardaron unos segundos en venir a abrirme la puerta. Pero al hacerlo, fue un chico al que no conocía de nada, aunque él me dio un abrazo como si estuviéramos en plena confianza. Me dejé abrazar solo por la impresión del momento. Por suerte, se separó de mí antes de que me apartara yo de forma bastante maleducada. Tiró de mi brazo para que entrara.

—¡Ya está aquí! —gritó, mientras cerraba la puerta.

Lo seguí por el pasillo de entrada y, al ver las escaleras y la habitación de Scott al fondo del pasillo superior, tragué saliva. Ojalá tuviera un botón en la cabeza para poder elegir los recuerdos que quería conservar. Esos habrían sido los primeros en caer.

La gente estaba agrupada en los sofás y delante de este, en el suelo con botellas y vasos llenos de alcohol. Todos rodeaban una botella yacía vacía tendida en el centro, sin apuntar a nadie en concreto. Supliqué para mis adentros que no se tratara del juego del reto. Otro recuerdo de la fiesta de Craig que hubiera preferido borrar.

—¡Me alegro de que hayas venido! —exclamó Lisa levantándose. Al acercarse, bajó el tono para que nadie más la oyera—. Lo siento, no he podido hacer nada con la «mujer de plástico», pero para compensar he traído a unos cuantos chicos aceptables.

Miré por encima de su hombro y divisé entre las diez personas que había allí a la melena rubia platina de Haley, que ahora estaba recogida en una larga cola de caballo, brillando con los reflejos de la luz que chocaban con ella. Scott estaba mirando al techo sin signo alguno de felicidad mientras ella le contaba algo que deduje que poco le importaba. La verdad es que nunca parecía demasiado interesado en lo que decía Haley, ya que hablaba sin parar con su voz nasal insoportable.

Bueno, quizá no era tan insoportable, pero a mí me lo parecía.

Entonces, reaccioné. ¡Scott estaba ahí! ¡Lisa no me había avisado de eso! Se suponía que había ido a esa fiesta para tener una excusa y dejar de pensar en él, y ahora resultaba que estaba ahí, sentado, con una botella de cerveza en la mano. Y mi chaqueta puesta sobre los hombros. Miré la puerta al instante. Debería irme, dejarlos ahí. No quería verlo, ni hablarle, ni nada que tuviera que ver con él. Me odiaba. Lo había percibido en sus ojos la última vez que lo había visto.

—¡Bueno! —interrumpió Lisa mis pensamientos dando una palmadita—. Ven, siéntate a mi lado.

Por un momento, la opción de salir corriendo, me pareció más adecuada, pero Lisa me agarró del brazo.

—Jess, vamos —me pidió, adivinando mis pensamientos.

Obedecí sentándome a su lado en la acolchada alfombra del suelo. Junto a mí se sentó también el chico que había abierto la puerta, que me sonrió ampliamente haciendo que sus ojos azules brillaran. No me fijé demasiado en él. Ya había otros ojos azules en la habitación que me interesaban más y, a la vez, repudiaba más.

—Soy James —me tendió la mano, que apreté.

—Jess.

Mi mano estuvo entre las suyas más tiempo del habitual, antes

de que yo la retirara y alguien me pasara un vaso de cerveza. Le di las gracias a la chica que lo había hecho y ella me sonrió. Tomé un largo trago y puse una mueca cuando el sabor amargo me pasó la garganta. ¡Qué asco! Odiaba la cerveza. Pero era lo único que había, y sin alcohol no iba a poder soportar la situación. Di otro trago, tomando con él un sorbo de mi timidez.

—¡Empecemos! —protestó Haley frotándose las manos.

—¿Quién empieza? —intervino una chica de pelo castaño que me había pasado el vaso.

—¡Jessica! —exclamó Lisa cogiendo mi mano y colocándola sobre la botella vacía.

Todas las miradas se clavaron en mí mientras seguía bebiendo. Lo terminé y me pasé el dorso de la mano por la boca, de forma poco educada.

—No sé jugar —dije en voz baja, esperando que me dejaran en paz.

Lisa no desistió.

—Tienes que hacerla rodar y tienes que besar a la persona que le dé, quitándote una prenda. Sino los demás van a elegir a otra persona con la que deberás estar diez minutos a solas en un armario.

No era el juego al que habíamos jugado en la fiesta de celebración de la victoria, pero era, por así decirlo, no solo extremadamente parecido, sino peor. ¿Y si me tocaba con Scott? No quería besarlo delante de su novia. Bueno, sí quería besarlo. No, no quería. ¿O sí? ¡No!

«Mierda, Jess, ¡concéntrate!».

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunté a Lisa en voz baja.

—Eh…, sí, claro. ¡Empezad vosotros! —ordenó Lisa levantándose.

Nos dirigimos hacia la cocina, donde estaba un chico al que no conocía de nada, pero tenía que admitir que era muy guapo. Cuerpo musculoso, pelo oscuro, ojos oscuros, tez bronceada, y, por si fuera poco, cuando sonrió al vernos llegar, unos perfectos hoyuelos se

formaron en las comisuras de sus labios.

—¿Me has traído una chica, Lisa? —preguntó el chico, divertido tomando el alcohol que se acababa de servir en el vaso de plástico sin despegar la mirada de la mía en ningún momento.

—Cállate, Max —gruñó Lisa, luego me miró—. Cuidado con este, es un...

—Cazador —la interrumpió Max, acercándose peligrosamente a mí. Eché la cabeza hacia atrás, retrocediendo—. Y esta noche… —su dedo se colocó en mi barbilla, levantándome la cara y lamiéndose los labios con la punta de la lengua—… tú eres mi presa.

Dicho esto se fue de la habitación silbando una melodía.

—Ni caso. Se lo dice a todas para asustarlas —Lisa se encogió de hombros sirviendo dos copas de cerveza, una me la tendió—. ¿Qué querías? Por cierto, ¿te gusta la casa? Es de mi padre. Hoy tenía que ir con mi tío a...

Tomé un trago de cerveza mientras seguía hablando de su tío y su padre. Cuando terminó, le dediqué una mirada poco amigable y pregunté:

—¿A qué viene esto, Lisa? Tu hermano está ahí con su novia, cuando me invitaste no me dijiste que estarían.

—Lo sé —sonrió—, si lo hubiera dicho, no habrías venido.

—¿Y para qué querías que viniera? Te lo habrías pasado igual de bien sin mí.

—¡Tienes que abrirle los ojos a Scott! —me interrumpió tan bruscamente que algo de cerveza se derramó de mi vaso con el salto que dio—. Es evidente que no siente nada por la Barbie esa, y quiero que la deje.

—Buena suerte —di media vuelta, pero me agarró del brazo.

—Jess, espera —su mirada se volvió más triste—. Scott últimamente no sale de casa, no habla con nadie, no me saluda por los pasillos... Es como si mi hermano no me conociera. Mi madre está muy preocupada. Cree que es por papá y por ti. Como si se hubieran juntado dos cosas, ¿sabes?

—¿Por mí? —intenté no sonar irónica, pero no pude evitarlo.

—Sí, Jess, por ti. Estuvo saliendo contigo un mes.

—No estábamos saliendo, era todo...

—Entonces, ¿no sientes nada por él?

—Sí. Últimamente lo he odiado bastante.

—Sabes a qué me refiero.

Hubo una pequeña pausa. Aparté la mirada.

—No. Nada.

—Venga ya.

La miré de nuevo, sorprendida por lo cansada que parecía.

—¿Qué?

—Os creéis que soy tonta, ¿verdad? Scott estaba más feliz cuando estaba contigo, fuera o no una actuación al principio. Sonreía, venía a vernos, nos hablaba de ti... Si quieres, puedo decirte todo lo que decía. Verás, decía que era la chi...

—No quiero saberlo —la corté, dando un largo trago de cerveza.

—Bueno..., pero ya sabes lo que quiero decirte con eso. Era más feliz contigo.

—¿Y qué culpa tengo yo? Haley está más buena. Scott no quiere nada conmigo, deberías saberlo ya.

—¿Que ella está más buena? ¿La has oído hablar? ¿Has visto a mi hermano cuando ella abre la boca? No la soporta, Jess.

Volví a llenar el vaso, negando con la cabeza.

—Sigue sin ser mi problema.

Lisa suspiró pesadamente mientras seguía bebiendo.

—Por favor, Jess... Te lo pido como... No lo sé, amiga. Me pareces buena chica, y sé que sientes algo por mi hermano.

—No siento nada por...

—¡Deja de decir eso! —frunció el ceño.

Parpadeé sorprendida por su reacción.

—¡Sé que sientes algo por él, Jess! Y, si lo quieres, sabrás que no es feliz. Y querrás que lo sea. Y él querrá que lo seas tú. Si solo discutieran esta noche... O Scott se fijara más en ti que en ella y se pusiera celosa...

—Vamos —entrecerré los ojos—, ¿soy un instrumento para que

te liberes de ella?

—No, claro que no —ella negó con la cabeza—. ¡Por Dios! ¡Es tan evidente que os gustáis! Solo estoy ayudando a que alguno de los dos dé el paso.

La observé en silencio.

—¿Y cuál es el plan? —pregunté algo recelosa.

—Celos —una pequeña sonrisa malvada se dibujó en su rostro.

Enarqué una ceja, sabiendo lo que quería decir.

—¿Celos? —repetí, confusa.

—Tienes a Max y a James comiendo de tu mano —me guiñó un ojo mientras me cogía del brazo guiándome de nuevo al salón donde James se estaba besando con la chica de pelo castaño y los demás soltaban vitoreos—. Aprovecharte de eso no hará daño a nadie.

Nos sentamos en el círculo de gente y me indicaron que era mi turno. Miré de reojo a Scott, decidiendo qué hacer. Por algún motivo, me quedé mirando unos segundos a Haley. Parloteaba sin parar, sonriendo y riendo de sus propios chistes. Sentí sus ojos clavados en mi perfil, ardiendo. ¿Debía hacer lo que había dicho Lisa e intentar separarlos? ¿En qué clase de persona me convertiría si intentaba separar a una pareja?

Coloqué una mano sobre la botella inconscientemente mirándolo fijamente a los ojos. Casi parecía que lo estuviera retando. Apoyó los codos en las rodillas, inclinándose hacia delante.

Algo me recorrió por dentro cuando vi que su mirada se oscurecía.

Ese era el momento.

Después de todo, ni yo misma sabía qué clase de persona era últimamente.

Hice girar la botella.

CAPÍTULO 23

Celos

Me daba igual que Scott me estuviera mirando fijamente, ni que Haley se hubiera callado la boca por fin. Ahora solo podía mirar fijamente la botella vacía, que apuntaba fijamente a la chica de pelo castaño que había visto besando a James momentos antes y me había pasado el primer vaso de cerveza. Empecé a negar con la cabeza frenéticamente, aunque a ella no pareció importarle demasiado, ni a Max, que estaba vitoreando.

—No pienso besar a una chica —sentencié callando a Max.

—Oh, vamos, es el juego —dijo el chico que estaba al lado de Lisa, que también parecía encantado con la situación.

—Besarla —dijo Max con una sonrisa hacia mí— y prenda. Eso también es importante, Jess.

—Vamos, solo es un beso —me animó James con una sonrisa tierna en los labios.

—¡He dicho que no!

—¿Qué pasa, te da miedo que te guste o qué?

La voz de Haley hizo que levantara la cabeza y la mirara con una ceja enarcada. Si solo hubiera podido lanzarme contra ella y tirarle del pelo como una lunática... Lo habría hecho. Pero tenía que ser mínimamente decente, y digo mínimamente porque me había bebido tantos vasos de cerveza que empezaba a sospechar que se me iría la lengua en cualquier momento.

—Parece que hablas desde la experiencia —le sonreí dulcemente —. ¿También te gustan las chicas ahora, Haley? Creí que solo te interesaban los que te podían poner a cuatro patas.

Max estalló en carcajadas tan fuertes que se cayó del sofá. Lisa

también empezó a reír como si Haley no estuviera delante.

—¿Y tú qué sabrás, Jessie? —Haley estaba roja de rabia—. Oh, bueno, quizá sabes más de lo que pensamos. Con esas pintas de monja de clausura dicen que las que van de buenas, después son las peores.

No supe muy bien por qué, pero empecé a reír, haciendo que frunciera el ceño.

—Claro, entonces, ¿las zorras como tú después también lo sois o es solo una fachada?

Otra vez una oleada de carcajadas. Al ver que se ponía roja, levanté el vaso recién rellenado y bebí a su salud, sonriendo. Debería dejar de beber.

—Chicos, estábamos jugando —indicó uno de los chicos desconocidos.

—Eso, Jess —Haley me miró, recuperando su compostura—. Vamos, bésala. Si te mueres de ganas. Ahora que no puedes besar a nadie más...

Apreté los labios.

«Será...».

—Basta ya, ¿no?

La voz de Scott hizo que todos nos quedáramos en silencio durante unos momentos. Tenía el ceño fruncido y parecía cabreado. Me eché hacia atrás inconscientemente cuando me miró fijamente. Después, desvió los ojos hacia Haley.

—¡Cállate ya, Haley! Si no quiere besarla, no lo hará.

No me dio tiempo a reaccionar, ya que otra oleada de protestas inundó la habitación.

—¿Y quién dice que no quiero, Scott?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Por un momento, hubo un silencio tenso. Scott clavó una mirada furiosa en mí y tomé otro trago de cerveza.

Quizá solo fuera a hacerlo para molestarlo.

Respiré hondo y vi como la chica de pelo castaño se acercaba con una sonrisa enorme. Se arrastró hasta que se quedó delante de

mí. Estaba completamente borracha. Tiró de mis mejillas hasta estampar sus labios sobre los míos. Empezó a animarse demasiado y apreté los labios en una dura línea. No tenía nada en contra de las lesbianas, pero prefería besar a chicos. Así que me separé de ella tan rápido como pude. Volvió a su sitio rápidamente y me sonrió divertida.

—¡Prenda! —me recordó el chico que estaba sentado al lado de Lisa.

Agarré el primer vaso que encontré y me tragué su contenido de un trago. La cabeza empezó a darme vueltas, ya que yo aguantaba muy poco el alcohol. Las venas alcohólicas de mi madre no habían llegado a mi ración de genética. Además, ¿cuántos vasos llevaba ya?

Eché una ojeada inconsciente hacia Scott. Tenía la mandíbula prácticamente desencajada. Si hubiera podido matarme con la mirada, muy probablemente lo habría hecho. Haley le puso una mano en el regazo y él retiró la pierna, apartándola.

—¿No te lo pasas bien, Scott? —le pregunté, aguantando la risa tonta.

Él ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos. Esa mirada me habría aterrorizado en cualquier otra situación, pero en esa casi me divirtió.

Sin despegar los ojos de los suyos, sonriendo divertida, desabroché el botón de los vaqueros y los empecé a bajar por mis piernas. Sus ojos tampoco se quitaron de los míos en el proceso. Era como si nos estuviéramos retando. Incluso con lo ebria que estaba ya, pude notar la ya familiar corriente eléctrica circulando a través de nosotros.

James y Max empezaron a vitorear cuando le lancé los pantalones hechos una bola al pecho. Él los cogió con una mano y vi como respiraba hondo.

Cuidado, estás jugando mucho con su autocontrol...

—¿Quién va? —preguntó la chica rubia que estaba sentada al lado de Haley.

—¡Yo! —Haley se abalanzó sobre la botella y la hizo girar, hasta que dio al chico que estaba al lado de Lisa.

—Haley y Tom —murmuró Lisa—. No pegan nada.

Pero Haley no lo pensó y se abalanzó sobre Tom, besándolo como si no hubiera mañana. Miré de reojo a Scott para ver si estaba preocupado, pero él seguía con los ojos clavados en mí. Me dije a mí misma que, probablemente, jamás volvería a verlo tan enfadado. Parecía dispuesto a levantarse, agarrarme de una pierna y arrastrarme hacia el exterior de la casa. Seguía teniendo mis pantalones en las manos, apretados por sus puños.

—Ya es suficiente, ¿eh? —murmuró la chica con la que me había besado, devolviéndome a la realidad.

Tom parecía encantado por haberse besado con la rubia. Esta se sentó al lado de Scott de nuevo y lo observó para ver si estaba mirándola o reprochando algo. Pero no pareció importarle demasiado. Haley arrugó la nariz, decepcionada. Después, se quitó la chaqueta que llevaba puesta. Tom se quitó la camiseta.

—Ahora yo —se adelantó Max girando la botella.

Y, la mayor sorpresa de la noche, fue cuando la botella apuntó a James, que en esos momentos se estaba riendo pero se quedó congelado al ver la botella apuntándole. Hubo unos momentos de silencio hasta que los dos, al unísono, dijeron:

—¡Ni de coña!

—¡Vamos, si sabemos que os morís de ganas! —exclamó Lisa divertida.

Me tomé otro vaso de cerveza, para ponerme más feliz, mientras ellos discutían. Ya casi ni notaba los dientes.

—¡Esperad! —dijo de repente Lisa. Y me dio miedo lo que pudiera venir a continuación cuando me miró de reojo—. Hay una norma del juego. Si toca a dos personas que se niegan en rotundo a besarse, pueden ir a la habitación o elegir a otra persona para los dos.

Como si tuvieran un calambre eléctrico, los dos giraron la cabeza hacia mí, que estaba empezando a marearme a causa del alcohol ingerido.

—¿Qué? ¡Eso no es una norma! —gruñó Scott, inclinándose hacia

delante.

—Claro que lo es —Lisa puso los ojos en blanco—. A no ser que tú te lleves a Jess, claro...

Eso último lo dijo en voz tan baja que apenas la oyó nadie. Scott la miró unos segundos y después me miró a mí. Como no dijo nada, supuse que era mi momento de lucirme.

«Mañana te arrepentirás de esto, pero tendrás una buena historia que contar a tus nietos cuando sean mayores», me decía.

Me puse de rodillas y vi cómo ambos se quitaban la prenda, que en este caso era su camiseta, dejando sus torsos desnudos, pero veía algo borroso, por lo que no les presté atención. Noté mi camiseta deslizándose por mi torso, dejándome solo en ropa interior, aunque no me importó demasiado.

Noté los labios de Max sobre los míos. Eran suaves y cálidos, pero sabían a tabaco mezclado con alcohol, por lo que no me gustó demasiado el sabor que me quedó en la boca. Me aparté rápidamente. Antes de que pudiera ir a más, pasé a la boca de James. Él me dio un beso casi tierno, ni siquiera movió los labios. Y yo apenas sentía los míos.

No estaba disfrutando, pero no tenía fuerzas suficientes como para echarlos hacia atrás.

Pero alguien se encargó por mí.

Scott tiró del cuello de James apartándolo de mí, e hizo lo mismo con Max. Levanté la mirada y vi que sus ojos estaban ardiendo en llamas. Tragué saliva mientras los otros protestaban en voz alta. Cogió mi brazo bruscamente y me levantó del suelo en un solo movimiento que me dejó de pie, aturdida. Tiró de mí hasta que estuve a punto de caerme.

—¡Scott! —protestó Lisa.

—¡Tú cállate, Lisa! —le espetó Scott mientras me agarraba bruscamente y me colocaba sobre su hombro. Me maravillé mirando a los demás cabeza abajo, riendo—. ¡Fuera todos! ¡La fiesta se ha acabado! ¡Fuera!

Empezó a caminar y dejé caer los brazos muertos hacia delante,

tambaleándose mientras subíamos las escaleras. Cuando quise darme cuenta, volvía a estar de pie. Esta vez es una habitación conocida. Scott cerró la puerta con tanta fuerza que un espejo que había en la pared empezó a temblar. Retrocedí unos pasos inconscientemente mientras él se acercaba, furioso. Me agarré del borde de la cama para no caerme.

—¿Qué haces? —pregunté con voz entrecortada—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿Qué hago yo? —soltó un gruñido de exasperación—. ¡Quiero que dejes de besarte con otros delante de mí!

—Oh, lo siento, ¿te he ofendido? No era mi intención...

Él empezó a respirar profundamente —para no matarme, supuse.

—¡Jessica, basta! No sé qué estabais tramando Lisa y tú, pero...

—Un momento, damas y caballeros, ¡acaba de descubrir nuestro intrincado plan para ponerle celoso! —empecé a reír, viendo como él cerraba los ojos.

—¿Plan para ponerme celoso?

—Veo que ha funcionado, ¿eh, Scotty?

Él me sostuvo la mirada unos segundos mientras seguía riendo. Solo se habló cuando respiré hondo, sonriendo.

—¿No vas a contestarme, Scotty?

—No me llames así.

—¿Y cómo te llamo, entonces?

—Scott.

—Scott, Scott, Scott... —empecé a canturrear, riendo.

—Jess, para.

—Nuestro plan ha funcionado, Scott, no puedes negarlo, ¿eh?

Hubo unos segundos de silencio roto por mi risita.

—No, no puedo negarlo —dijo, finalmente.

La risa se me cortó.

Le sostuve la mirada unos segundos hasta que algo dentro de mí se removió y, sin más, me puse a llorar.

Lloré desconsoladamente sin saber el motivo, mientras él me miraba confundido sin saber muy bien qué hacer. Me daba igual.

Tampoco quería que me consolara. Solo quería llorar.

Demasiado alcohol...

—Quiero que la dejes —pedí entre sollozos—. Quiero que dejes a Haley, quiero estar contigo, quiero que tú seas solo para mí.

Estaba soltando todo lo que pasaba por mi cabeza, no podía evitarlo. El alcohol me estaba mareando cada vez más y solo quería llorar, gritar y golpear a Scott por el mínimo motivo.

Adiós, dignidad…

—Jessica, estás borracha, no piensas eso realmente.

—¡Los borrachos dicen la verdad!

Intenté caminar y caí al suelo, a sus pies, y, con el rostro bañado en lágrimas, empecé a reír como una histérica. Me sujeté el estómago de la risa cuando me puso mala cara e intenté imitarlo, pero no me salió. Su mala cara volvió a salir. Esta vez más irritado que cabreado. Se agachó a mi lado para ayudarme a que me levantara, pero no le cogí la mano que tendía.

—Vamos —me cogió de los hombros— a la cama.

Me puso de pie con suma facilidad.

—¿A la cama, Scotty? —intenté sonar pícara, pero seguía riendo.

—Sí, a la cama, Jess. Vamos.

—¡A bailar desnudos! —grité riendo y separándome de él. Intenté quitarme la camiseta, pero me di cuenta de que no la llevaba puesta. Pasé mis manos al broche del sujetador, pero antes de que pudiera deshacerlo, Scott me lo impidió agarrándome de las muñecas.

Casi reí cuando vi que se había puesto rojo.

—Basta, Jess, duérmete.

—«Basta, Jess, duérmete» —lo remedé, ya llorando de la risa.

—¡Jessica…! —advirtió.

Me puse seria.

—Dime.

—Duerme.

Me puse de pie de un salto y lo miré fijamente, completamente recta, con la mano en mi frente:

—¡Sí, señor!

Volví a reír como una idiota.

—Ven aquí —se acercó, ya cansado.

Pero no me dejé atrapar, y eché a correr por la habitación, con él pidiéndome que parara a mis espaldas. Nos quedamos uno a cada lado del sillón. Cada vez que él daba un paso a la derecha, yo lo daba a la izquierda, y no podía atraparme. Empecé a reír cuando soltó una maldición, después de dar seis vueltas al sillón. Fingí hacer un amago de ir hacia la izquierda y él gruñó, haciendo que riera aún más.

—¿Hay alguna forma de que te pares? —me preguntó, irritado.

—No —solté la risa más maligna que pude, aunque parecí un gato tosiendo.

Entonces, mientras intentaba reír como una malvada, sus brazos me rodearon y me levantó por los aires mientras pataleaba. Supongo que imaginó que volvería a levantar, así que se dejó caer conmigo encima del colchón, aplastándome con su peso. Por un momento, el peso repentino cortó mi risa. Después, dejé de reír por un motivo muy diferente.

La última vez que habíamos estado así en su cama... La recordaba a la perfección. Cerré los ojos, sintiendo su aliento en mi cuello, sintiendo su cuerpo sobre el mío. Encajábamos a la perfección.

¿Por qué tenía que ser él? ¿Por qué no era Matt, o James, o Max...? ¡Cualquier otra persona! Pero no, yo tenía que sentir algo por el chico que no me quería ver ni en pintura.

—Bésame —pedí, dándome cuenta después de lo que había dicho.

Noté que su respiración se agitó violentamente.

—Scott —susurré como una súplica.

Su mano ascendió por mi cadera hasta mi mejilla y abrí los ojos. Nos sostuvimos las miradas durante unos segundos y arqueé la espalda, pegando aún más nuestros cuerpos. Abrió ligeramente la boca y vi que sus ojos se oscurecían. Me gustaba tener ese poder

sobre él. Sabía que Haley no lo hacía sentirse así.

—Bésame —volví a pedir.

Pero no me besó en la boca, sino que sentí sus labios sobre mi mandíbula, acariciándome, haciendo que me estremeciera, como una sensual tortura. Besó con más fiereza mi piel y me sujeté a sus brazos. De repente, levantó la mirada y sus labios quedaron a centímetros de los míos.

—No puedo.

¿Por qué no quería besarme?

Lo rodeé por el cuello con los brazos, aunque no lo atraje hacia mí. No iba a obligarlo a besarme, aunque quería que lo hiciera.

—Deja de provocarme —susurró.

Y, de repente, la puerta de la habitación se abrió y Scott me abrazó con más fuerza, intentando cubrir mi cuerpo semidesnudo de quien fuera que iba a entrar.

—¡Fuera de...!

Pero fue innecesario. Se calló de inmediato.

Era Haley.

CAPÍTULO 24

Reconciliación

Me separé bruscamente de Scott y ambos nos incorporamos en la cama de golpe, mirando a Haley, que nos observaba sin ninguna expresión en el rostro. Más concretamente, Haley estaba mirando solo a Scott. Ni siquiera parecía dolida, solo asumiendo lo que había pasado.

—Tu ropa —dijo con voz fría tirando mi ropa a mis pies—. La fiesta se ha acabado, deberías volver a tu casa.

Me levanté torpemente y sentí una mano cerrarse en torno a mi muñeca. Ni lo miré.

—Jess...

Oh, Dios, ¿qué había hecho? Él tenía novia y si lo hubiera querido... Él solo tendría que haber quitado las pocas prendas que llevaba. No me habría negado. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

Podría haber pasado. No habría dicho que no.

Sin mirar a Haley ni a Scott abandoné la habitación y los dejé a solas. ¿Había llamado zorra a Haley momentos antes? Yo sí lo era. Y podría haber sido una zorra no-virgen si Scott solo me lo hubiera pedido. Otro escalofrío. Cuando estuvimos lo suficientemente separados, me vestí rápidamente y bajé las escaleras. Quería cubrirme de tantas capas de rojas como fuera posible.

Ahora solo estaban Lisa y Matt conversando sin ninguna preocupación. Ni siquiera me pregunté por qué Matt estaba ahí. Al verme, la expresión de Lisa cambió a una sorprendida ya que aún tenía los ojos hinchados de cuando me había dado por llorar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella acercándose a mí.

—Me voy a mi casa —dije sin más.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de que pudiera salir, una figura se colocó delante de mí.

—Te llevaré a tu casa —me informó Matt.

No sonaba a que pudiera decidirlo por mí misma, sino más bien como una orden. De cualquier forma, habría dejado que cualquier persona borracha de la fiesta me llevara lejos de ese lugar. Me sentía sucia solo de pensar en lo que habría podido pasar.

—¿Quién te ha llamado? —pregunté, sonando sorprendentemente firme.

—No podía dejar que fueras sola a casa. —Lisa se encogió de hombros, restándole importancia.

El efecto del alcohol estaba disminuyendo notablemente, y noté la mano de Matt tomando la mía suavemente y sacándome de la casa. Ahora necesitaba que me alejara de ahí, que me alejara de Scott. Entramos en su coche y me observó unos instantes con una sonrisa en el rostro. Al ver que lo ignoraba completamente, arrancó.

No hablamos ninguno de los dos, no tenía ganas de decir nada.

Al llegar a mi casa, le agradecí haberme traído hasta allí y abrí la puerta dispuesta a salir, pero su mano rodeó mi codo, haciendo que me girara e impidiendo que saliera del coche. Lo observé fijamente. No podía leer entre sus ojos, porque me costaba mucho entender lo que estaba pensando, pero deduje que era algo relacionado con Scott. Acerté.

—Si te hace llorar —dijo con voz ronca—, es que no vale la pena.

Le sostuve la mirada con un nudo en la garganta y sonreí amargamente.

—No puedo elegir si me hacen llorar —dije tranquilamente—, pero sí puedo elegir quién me lo hace. No me mires así. Lo leí en algún lado...

Una ligera sonrisa floreció en sus labios.

—Lo digo en serio, Jess.

—Me gustaría estar sola, si no te importa.

Se encogió de hombros.

—Es tu vida.

—Buenas noches, Matt.

—Buenas noches, princesa —me soltó con una sonrisa a la que no correspondí.

Bajé del coche y me dirigí directamente hacia mi habitación sin saludar a mi madre, que estaba en el salón con Bob. Me tumbé en la cama con la ropa que llevaba puesta y cerré los ojos abrazada a Ronny, que me pareció la mejor compañía que podía existir en esos momentos. Tardé unos minutos en quedarme dormida.

• • •

Avancé por el largo pasillo de casa de Scott y encontré la puerta de su habitación entrecerrada. La empujé sin saber muy bien por qué y la encontré vacía. Sobre la cama tampoco había nada, pero algo dentro de mí me incitó a adentrarme en la penumbra. Justo cuando había dado dos pasos dentro, escuché como la puerta se cerraba lentamente. Al girarme, una figura emergió de la oscuridad con una sonrisa extraña en sus finos labios.

—¿Scott? —pregunté.

Scott se acercó hasta quedar delante de mí y me atrajo contra su cuerpo bruscamente pegando sus labios sobre los míos. Pero había algo en su beso que no me gustaba nada, así que me quedé muy quieta. Su mano cogió el bordillo de mi camiseta y lo subió hasta la altura de mi sujetador, haciendo que me separara de él de golpe. También me di cuenta de que mis reflejos estaban ligeramente ralentizados. Estaba borracha.

—¿Qué demonios te pasa? —gruñí, con voz ebria que no supe muy bien si había salido de mí.

Pero, en lugar de contestar, volvió a sonreír de manera escalofriante y me empujó por los hombros, de manera que mi espalda chocó bruscamente con el colchón que era su cama. Se tiró sobre mí, con una de sus piernas inmovilizando las mías y su mano sujetando mis muñecas sobre mi cabeza. De nuevo sus labios se posaron sobre mi cuerpo, pero esta vez en mi cuello. Empecé a marearme. Realmente me había emborrachado. Intenté empujarlo,

pero el alcohol me había quitado las fuerzas. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Para, Scott —pedí horrorizada.

—¿Ya no quieres que te bese, Jess? —preguntó suavemente.

—Por favor... —supliqué.

Pero lejos de hacerme caso, noté su mano sobre mi vientre, subiendo lentamente hasta mi sujetador, haciendo que algunas lágrimas empezaran a mojarme las mejillas. Volví a intentar moverme. Lo que fuera. Seguía inmovilizada.

—Para —pedí con urgencia.

Pero su mano siguió ascendiendo, y sus besos descendiendo. Mi corazón palpitaba desbocado y empecé a llorar a todo pulmón.

—¡Basta! ¡Para! ¡Scott! ¡Para! —grité con todas mis fuerzas.

Me desperté de golpe sentándome en la cama.

Me costó unos segundos darme cuenta de que era el mismo sueño que había tenido durante los tres últimos días y que impedía que durmiera bien. Cerré los ojos y sentí mis párpados mojados sobre los pómulos. Había vuelto a llorar dormida. Una capa de sudor frío cubría mi cuerpo, haciendo que temblara. Ronny había volado lejos de mi cama, ahora estaba en el suelo.

—¿Una pesadilla?

Me giré al escuchar la voz en el sillón que se encontraba al lado de mi cama y me sorprendí al ver ahí sentada a Jules. Fruncí el ceño hacia ella, ya que estaba acostumbrando la vista a la oscuridad.

—¿Qué haces aquí? —quise saber. Tenía la boca reseca.

Mi vista se dirigió hacia el reloj digital que había apoyado en la mesa de noche. Eran las siete y media, lo que quería decir que en media hora tendría que ir al instituto. Lo que menos me apetecía era encontrar a Scott.

—El maromo de tu madre me ha dejado pasar —balanceó los pies fuera del sillón sin mirarme, claramente algo incómoda por la situación—. Me he enterado de lo que pasó con Scott...

—Todo el mundo se ha enterado —corté.

—...y lo siento mucho —continuó—. La verdad es que todos

creíamos que... Bueno, que lo vuestro iba en serio.

Si quería arreglar o solucionar algo, ese, desde luego, no era el camino correcto.

—Yo también —susurré en voz baja.

Vi como se levantaba y se sentaba a mi lado, luego me cogió en un abrazo y me apretó contra su cuerpo. Me quedé petrificada unos segundos.

—Lo siento mucho —repitió—. Siento no haberte apoyado cuando me necesitabas más que nunca.

La separé vagamente, aunque se quedó sentada en la cama.

—No importa.

—Y Kia también lo siente, pero ella no puede venir por las mañanas —sonrió—. En realidad ella te quería pedir disculpas cuando llegues al instituto, así que pon cara de sorprendida, ¿eh?

De alguna forma, sabía que volvíamos a ser amigas, y eso hacía que una parte de mi mente se despejara desde hacía unos cuantos días sobre Scott, Matt y las malditas apuestas. Me sentaba bien volver a tenerlas a mi lado.

• • •

Entré en la cafetería, cosa que no había hecho en una semana, por lo menos, acompañada de Jules y Kia, que me contaban todo lo que había pasado en mi «ausencia». Por lo visto la cosa entre David y Kia no había terminado de funcionar, sobre todo cuando ella lo encontró con otra chica en la calle besándose. Eso me alivió; no terminaba de fiarme de David, ocultaba algo que no me gustaba nada.

—Oye —me dijo Jules—, ¿es cierto eso que dicen que lo vuestro era para acercarte a otro?

Y así me puse a contarles al pie de la letra todo lo que había ocurrido desde la fiesta hasta la noche anterior. Me sentí aliviada por quitarme ese peso de encima. Tener a alguien a quien poder contar esas cosas era increíble, pero tener a dos, era indescriptible.

—¿Y Scott sigue con Haley? —preguntó Kia frunciendo el ceño.

Me encogí de hombros.

—Que haga lo que quiera, me da igual —mentí.

—¿Que te da igual? —Jules soltó una carcajada sonora—. Pues claro que no te da igual, nena.

—Sí —insistí.

—Está escocida —corroboró Kia, bromeando—. Ahora deberías estar con Matt solo para joder a Scott.

Un momento.

Algo dentro de mí se accionó.

—No —escuché que decía Kia—. Conozco esa mirada, no lo hagas.

—¿Hacer el qué? —me hice la inocente.

—¡Eso es de mala gente! —intervino Jules.

—¡Bueno! —levanté las manos en modo de rendición—. Entonces no...

Una mano se colocó sobre mi hombro en ese momento haciendo que cerrara la boca. Jules y Kia contemplaron a mis espaldas con un gesto tenso y me di cuenta de que se trataba de Matt, que me sonreía con la sonrisa de niño bueno que hacía ya mucho tiempo que nadie se creía.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —preguntó—. No hay nadie en mi casa.

Miré de reojo a Kia y Jules, que me dijeron que no con la cabeza, pero mi sonrisa se ensanchó mientras me levantaba y cogía mis cosas.

—Vamos —me encogí de hombros guiñándole un ojo a ellas.

Pero a cada paso que daba a su lado, más me arrepentía. No sentía nada por Matt. Sería utilizarlo de la peor de las maneras en mi propio beneficio.

Lo seguí meditando mientras me conducía por los pasillos de la planta baja.

Mis pies se detuvieron en seco cuando vi a Scott y Haley besándose en el fondo del pasillo. Vi como Scott, sin separarse de la rubia, me miraba fijamente y sentí una punzada de dolor en el pecho. ¿Cómo podía besarla mirándome?

—¿Estás bien? —preguntó Matt, colocándose delante de mi campo de visión con una sonrisa autosuficiente.

—Sí, perfectamente —mentí, mirándolo a los ojos, esos ojos tan preciosos que ahora ya no me hacían sentir nada—. Es solo que estoy un poco nerviosa.

Eso hizo que su sonrisa fuera aún mayor y me empujara ligeramente por el hombro hasta dejarme pegada en las taquillas con la espalda. Su mano permaneció en mi hombro.

—¿Nerviosa? Solo estaremos en mi habitación, nada más... A no ser que tú quieras, claro —se encogió de hombros mientras su mano se detenía en la tira de mi camiseta de tirantes y tiraba suavemente de ella, acercándome a él.

En casi un segundo sus labios presionaban los míos. Cerré los ojos dejando que me besara. Levanté la mirada ligeramente y vi que Scott nos miraba de reojo con la mandíbula apretada. Estaba negando con la cabeza. Él había visto las llaves que sujetaba Matt y no quería que fuera con él.

Que te den.

—¿Vamos? —preguntó Matt separándose.

—Sí —sonreí y avanzamos por el pasillo hacia su coche.

¿Quieres jugar, Scott?.

Yo también sé jugar.

CAPÍTULO 25

Revelaciones

Me senté en el mullido colchón cruzada de piernas, y sentí como este se hundía ligeramente cuando Matt se sentó a mi lado. Levanté la mirada hacia sus ojos al sentir su mano colocándose en mi cintura y pegándose más a mi cuerpo. Tragué saliva. Mi corazón se aceleró.

Tantos años soñando con que llegara este momento, estar a solas en una habitación con él, disfrutar de su compañía...

Y ahora me preguntaba qué me había hecho ir ahí.

Noté sus labios en mi lóbulo. Iba al grano. Bajaron rápidamente hacia mi hombro, donde se detuvo ligeramente para bajar el tirante que le impedía el contacto con mi piel. Mis manos apretaron mis rodillas intentando calmarme por dentro, ya que me sentía abrumada. ¿Era normal sentirse tan nerviosa solo por los besos de un chico? Mi impulso fue apartarme, pero me quedé sentada completamente quieta.

Pareció notarlo porque levantó la cabeza y me besó, pero sin ningún atisbo de dulzura, sino más bien ansiedad. Ahora no buscaba la satisfacción de ambos, sino solo la personal. No me gustó. Fue como si no me tuviera en cuenta, como habría hecho Sco...

No, no pienses en él, no pienses en él....

Siguió besándome mientras me empujaba lentamente hacia atrás hasta dejarme tumbada. Noté su mano cogiendo con suavidad el bordillo de mi camiseta mientras su beso bajaba lentamente hacia mi cuello, donde se detuvo disfrutando de mi piel expuesta y tiraba hacia arriba la tela de la prenda. Cuando noté el aire frío golpeándome el vientre, me estremecí y me separé bruscamente, dejándolo tumbado, solo.

—Quizás deberías ir más despacio —dije con voz entrecortada.

No quería llegar a eso. No quería ir tan lejos. No con él.

Ni con nadie.

—Como quieras —se resignó, mientras yo volvía a colocar mi ropa en su lugar.

Solo entonces me di cuenta de que él se había quitado la suya. Una de sus manos se colocó sobre mi rodilla y volví a coger su muñeca, apartándolo cuando intentó ascender.

¿Por qué me sentía tan asqueada? No tenía que ser así. Matt había sido el chico de mis sueños por años, y ahora que él quería algo conmigo, mi mente gritaba que me fuera corriendo a un lugar lejos de él.

Cuando volvió a intentar subir la mano por mi rodilla, se la aparté con poco cuidado.

—No me jodas que eres virgen —protestó en voz alta.

Desvié la mirada mientras notaba como los colores subían a mis mejillas.

¿Eso era malo?

—No me lo puedo creer —noté un cierto tono de burla—. ¿Te gustaba tan poco Scott? Joder, con la cantidad de veces que estuvisteis a solas, ¿nunca intentó hacerte algo así?

—Él jamás...

Me callé de golpe al recordar el día antes de terminar la propuesta. Él se había quitado la camiseta también, me había tocado el vientre...

—Ah, ya entiendo —Matt rio entre dientes—. Tú no dejaste que llegara demasiado lejos, ¿verdad?

—Eso no es problema tuyo.

—O quizá él no quiso y no quieres decírmelo porque te avergüenza —se inclinó hacia delante para verme la cara—. ¿Nunca te tocó, Jess? ¿Por eso lo odias?

—¡No lo odio! —empecé a enfadarme.

—Pues hasta un ciego notaría que él te odia a ti.

Parpadeé, mirándolo.

—¿Qué?

—Ya sabes, la forma en que te mira..., seguro que fuiste un dolor de cabeza durante el mes entero y por eso no quiso tocarte.

Mi boca se abrió y se cerró.

—¿Qué diablos estás diciendo? —espeté con voz aguda.

Antes de que pudiera reaccionar, me cogió de las muñecas y me tumbó en la cama, de forma que cada una de sus rodillas estaban a los lados de mis caderas y su mano sujetaba con firmeza mis muñecas, inmovilizándome.

Como en mi sueño.

Entonces, me di cuenta; no era tener sexo con alguien lo que me aterraba y me provocaba pesadillas, era que no fuera con la persona correcta.

Y esa no era Matt.

—Suéltame —ordené con voz firme.

Había sido un error ir ahí.

—¿O qué? —rio sarcásticamente—. Lo que no pudo hacer Scott: desvirgar a la santa. —Sonrió como un maniático—. ¿Crees que realmente le gustabas? Por supuesto que no, eras un simple juguete, pero como no quisiste llegar a más te dejó y se buscó a otra más fácil de abrir de piernas, como Haley. Duele, ¿eh? Que se busquen a alguien mejor que tú, digo.

—¡Cállate! —gruñí con un hilo de voz.

Estaba empezando a rememorar cada sentimiento que había sufrido durante esos días, y se me llenaron los ojos de lágrimas que no quería derramar delante de Matt. No le daría esa satisfacción.

—¿Por qué, vas a llorar? —rio—. Oh, ya entiendo. La princesa estaba realmente enamorada del chico malo, ¿verdad? Toda la convivencia, pasar tiempo con él, conocerlo, hicieron que te sintieras apegada a él... Es lógico. Suele pasar. La chica que quiere comprender y salvar al chico malo. Muy típico en las películas y los libros. Lástima que esto sea la vida real.

Me mordí el inferior con fuerza, intentando reprimirme. Pero era difícil cuando la rabia, el dolor, la furia, todo se agolpaba en mi

interior.

—Y claro —siguió—, la pura realidad es que él sentía tan poco por ti que el único motivo que tenía para acercarse a ti fue que yo le ofreciera algo muy tentador. La apuesta de que consiguiera salir contigo por un mes entero a cambio de doscientos dólares. Realmente fue interesante cómo fueron las cosas, creí que, simplemente, te seduciría, pero fuiste tan fácil de convencer que fue casi cómico.

Me quedé helada mirándolo.

—Pero... Yo vi a Erik...

—Erik era el que se encargó de que Scott recibiera su recompensa. ¿En serio creías que me delataría tan fácilmente? Yo fui quien te dijo dónde debías ir. No, no tenías que enterarte todavía de lo que estaba pasando, princesa. Prefería verte sufrir primero. Oh, y créeme: solo por ver lo destrozada que saliste de los vestuarios esa noche, valió la pena todo lo demás.

Ni siquiera me importó cuando una lágrima se escapó de uno de mis ojos deslizándose por el lado de mi cara hasta la sábana. Estaba demasiado confundida como para poder pensar con claridad. No, Matt no podía haber hecho eso... No podía. Yo había estado enamorada de él, me había defendido siempre... Él era mi... Mi... Héroe.

—¿Por qué? —susurré con un hilo de voz.

—Muy sencillo —se encogió de hombros sin soltarme ni quitar esa maldita sonrisa de sus labios—. Por el mismo motivo por el cual se metían mis amigos contigo cuando éramos pequeños: por tu madre. Esa zorra jugó con el matrimonio de mis padres hasta que lo rompió. Se estuvo viendo con mi padre durante meses. Y yo lo sabía. Supongo que tú, no. Todavía eras una cría estúpida. Mi madre se enteró un día de lo que estaba pasando. Adivina lo que pasó, princesa —su voz ahora estaba teñida de rabia—. Quería que pagara por hacer que mis padres se divorciaran, ¿y qué mejor forma que hacer pagar a su querida hijita inocente y enamoradiza por ella?

»Por eso, princesa, empecé a hacerte la vida imposible. Les decía

a mis amigos cosas horribles de ti, a fin de que se metieran contigo y yo, al defenderte, quedara como el bueno de la clase contigo. Te lo tragaste todo enseguida. Y, lo más gracioso de todo, ¡creías que era Scott el que te odiaba! Oh, princesa, estabas tan ciega... Él estaba enamorado de ti cuando erais pequeños. El muy idiota borraba los mensajes que te dejábamos en las taquillas, tiró todos los carteles diciéndote que eras una zorra, como tu madre...

—Eso no es cierto. Él se metía conmigo...

—¡Oh, venga ya, no puedes ser tan idiota! ¿Nunca has visto un amor de niños o qué? Sí, se metía contigo, se reía de ti, pero para llamarte la atención, estúpida. Es lo que hacen los niños, molestar para llamar la atención. Creo que después de tantos años detrás de ti, llegó a cansarse.

»Pero no estábamos hablando de ese otro idiota. Te estaba contando todo lo que pasó. Te defendía, sí. Solo de esa forma podías enamorarte de mí, ¿verdad? Por eso me hacía el bueno contigo. Si no, ¿qué más me daba si se metían con la gorda y fea gafotas de la clase? Me importabas poco, princesa. Lo que me interesaba era lo que tenía en mente para ti.

—Eres un... —intenté interrumpir.

—Seré todo lo que quieras —sonrió—. Pero funcionó ya que estabas enamorada de mí hasta las entrañas. Incluso viniste un día a la cafetería a confesarte patéticamente, ¿me equivoco? No, sé que no. Yo te gustaba, y la única forma de que te acercaras a mí sin que sospecharas era que el gilipollas de Scott me propusiera eso. Fue tan fácil, incluso para él. No puso una sola objeción, como creí que haría. Al contrario, pareció encantado con la situación, el muy idiota...

—¿Y qué consigues con esto? ¿Pretendes sentirte orgulloso con ello? ¿Qué ganas?

—Destrozarte el corazón —musitó—. Como hizo la zorra de tu madre con mi padre. Incluso con mi madre. Y ahora... —me miró de arriba a abajo—. Puedo hacer lo que me plazca contigo, y eso es un punto a favor. Hay que admitir que la gorda y fea gafotas ha crecido

y ha mejorado, por eso no entiendo como Scott no se aprovechó de esto..., quiero decir, es idiota, pero no ciego.

Me estremecí cuando se remojó los labios con la punta de la lengua y empecé a forcejear con furia, retorciéndome cómo podía debajo de él. Pero no quería soltarme. Así que cuando se inclinó y su lengua recorrió mi mandíbula mojada por las lágrimas, hice lo primero que se me pasó por la cabeza; mi rodilla dio de lleno en sus partes masculinas, haciendo que su agarre se soltara lo suficiente como para que me librara con un brazo y pudiera darle un puñetazo en la cara, tirándolo a un lado de la cama.

—¡Auch! —aullé de dolor, sacudiendo la mano.

No sabía que eso doliera tanto.

¡Ni siquiera sabía que era capaz de hacerlo!

—Maldita idiota —susurró sobándose la mandíbula.

Me quedé de pie en un rincón de la habitación y me di cuenta de que él estaba entre la puerta y yo, impidiendo que pudiera salir. Cuando quise darme cuenta, volvió a agarrar el tirante de mi camiseta y me aparté de su lado con tanta brusquedad que me lo rompió, dejándolo colgando. Siendo sinceros, lo último que me importó en ese momento fue el dichoso tirante de la camiseta. Miré las posibles vías de escape. ¿Qué iba a hacer? ¿Lanzarme por la ventana?

—Ven aquí, joder —gruñó.

Pero no pensaba acercarme a él, así que opté por una opción algo tontería; intenté pasar por su lado y salir corriendo, pero sus brazos me agarraron por el torso y me sujetó con fuerza contra él.

—Te tengo —susurró contra mi oreja.

Empecé a patalear con fuerza, haciendo que se tambaleara. Matt cayó de rodillas al suelo cuando le di con el codo en la mejilla. Escuché un gruñido de dolor cuando me soltó por fin. Empecé a arrastrarme por el suelo hacia la puerta rápidamente.

Justo en ese momento la puerta de la habitación se abrió de golpe, casi golpeándome en la cara.

Los siguientes segundos pasaron muy despacio.

Vi cómo el cuerpo de Matt se alejaba del mío con brusquedad y se quedaba estirado en el suelo. Entonces, otro cuerpo saltó sobre el suyo y empezó a moverse frenéticamente. Estuve unos segundos sin saber muy bien que estaba pasando hasta que sentí las manos de alguien cogerme de los brazos y abrazarme. Hannah. Y no venía sola, Adam estaba a su lado. Ambos mirándome, preocupados.

—Dios mío, ¿estás bien? —preguntó Hannah, pasándome las manos por la cara y sujetando el tirante roto con los dedos temblorosos—. Madre mía...

Pero estaba lejos de contestar cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Scott estaba sobre el cuerpo de Matt, que luchaba por defenderse, pero Scott dirigía sus puños una y otra vez contra su cara, que ya era una mancha de sangre. En ese instante Matt dejó de forcejear levemente, ya que estaba perdiendo fuerza, mientras que Scott parecía ganarla. Me estremecí al ver la mirada enfurecida de Scott sobre el cuerpo ya casi inerte de Matt.

—¡Para, lo vas a matar, tío! —gritó Adam tirando de los brazos de Scott, que tardó unos golpes más en dejar que Adam lo levantara.

Adam lo separó de Matt, pero Scott no dejó de mirarlo mientras lo arrastraban hacia la puerta.

—¡La próxima vez que la toques te voy a matar —escuché que gritó Scott desde el pasillo.

Hannah permaneció a mi lado cuando nos quedamos en un extraño silencio que solo se interrumpió cuando Adam volvió a la habitación y me observó en silencio, sin saber muy bien qué decir.

—Nosotros nos encargaremos de él —señaló con la cabeza a Matt—. Tú deberías bajar a hablar con Scott al jardín...

No lo pensé dos veces, ya que bajé rápidamente las escaleras y crucé la puerta del jardín. Quería alejarme de esa habitación. Me abracé a mí misma al salir al exterior. El sol se sentía extraño sobre mi piel. Encontré a Scott caminando en círculos sobre el césped murmurando maldiciones con los puños apretados. Nunca lo había visto tan alterado, así que vacilé cuando me quedé de pie a su lado. Dejó de caminar de golpe y me observó tan intensamente que sentí

como encogía bajo su mirada.

—Te dije que no vinieras —dijo con voz baja y serena, cosa que me puso los pelos de punta.

—No creí que...

—¿No creíste qué, Jess? ¿Todo es un juego pata ti? ¿No tienes jodido sentido común o qué?

—Yo no he venido por...

—¡Sé por qué has venido! —saltó Scott cogiéndome de los hombros—. ¡No quería que vinieras! ¡Para llamar mi atención no es necesario esto! No necesitas andar con gilipollas como ese, que de no haber sido porque Jules me ha avisado y he venido corriendo..., no quiero pensar que hubiera podido pasar.

Seguía sin poder moverme, intimidada por su mirada.

De repente, me sentía como una niña pequeña.

—Yo solo quería... —intenté justificarme—. Él me dijo...

—Gracias a Dios que no ha pasado nada... —murmuró limpiando con los pulgares mis lágrimas y su rastro húmedo—. Si te llega a pasar algo...

¿Cómo podía pasar del enfado a la ternura en dos segundos? ¡No era humano!

—No te importaría —lo interrumpí—. Sé que ya no te importa lo que haga, Scott.

Me observó unos segundos sin parpadear, frunciendo el ceño, como si me hubiera salido un tercer brazo.

—¿Cómo puedes decir eso? —susurró—. ¿No ves lo que siento por ti?

—¿Qué?

—Que te quiero, joder. Te quiero, Jessica.

CAPÍTULO 26

Formal

«Te quiero».

Esas palabras carecían de sentido cuando empezaron a retumbar en mi cabeza. Estaba tan sorprendida que apenas sentí cuando se inclinó sobre mí y me besó suavemente. Se separó rápidamente cuando notó mi falta de reacción. No podía culparme, ¿acababa de decirme que me quería?

¿O había sido solo dentro de mi cabeza?

Abrí la boca y volví a cerrarla, sin saber qué decir.

—Bueno —me zarandeó por los hombros con una sonrisa ligeramente nerviosa—. Ahora es cuando suelen decir «yo también, mi amor» o mandan a la mierda al otro. Pero suelen decir algo.

Seguí sin responder, no sabía ni qué decir ni qué hacer. ¿Acababa de decirme que me quería? Parpadeé, volviendo a la realidad. Matt, Hannah, Adam... Todos parecían muy lejanos ahora, como si pertenecieran a otro planeta. Tragué saliva.

Sí, me acababa de decir que me quería.

¿Y ahora qué se suponía que debía decir yo?

—¿Hola? —dio unos golpecitos con un dedo a mi frente—. ¿Hay vida ahí dentro?

Volví a la realidad de un momento a otro, parpadeando rápidamente. Él frunció el ceño, preocupado. Quizá se arrepentía de haberlo dicho, después de todo, no había sido el momento más romántico de nuestras vidas. No me había lanzado a sus brazos, ni le había gritado que yo también lo quería, simplemente me había quedado mirándolo como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—Yo... —susurré, aclarándome la garganta—. No me esperaba

que dijeras eso.

—¿Por qué has puesto esa cara?

—Es la sorpresa.

Pero, como imaginaba, no se lo creyó, porque enarcó una ceja, dudoso.

Justo en ese momento vinieron Adam y Hannah en silencio, mirando a cualquier lado que no fuera el otro. Casi sonreí al ver la escena. Era tan evidente que se gustaban. Pero estaba demasiado aturdida todavía como para eso. Adam agarró a Scott del brazo con poca delicadeza y empezaron a hablar en susurros. Intenté adivinar lo que estaban diciendo por unos segundos, hasta que Hannah se detuvo a mi lado y me acarició el brazo.

—Matt está bien —me informó—. Tiene la nariz rota, pero no quiere que llamemos a nadie. Ha dicho que quería que nos fuéramos de su casa.

—Sin problema —me encogí de hombros.

Habría dado lo que fuera para marcharme.

—¿Cómo... Cómo habéis sabido dónde encontrarme? —le pregunté.

—Bueno —Hannah me tomó la mano sonriendo—, yo no lo sabía. Estábamos en la mesa almorzando tranquilamente cuando ha venido tu amiga... La pelirroja. Le ha dicho algo a Scott y él se ha puesto de pie casi lanzando a Haley por los aires —vi como la sonrisa se ensanchaba por un breve momento—. Y, claro..., Haley lo ha oído. Supongo que no le habrá hecho demasiada gracia que su novio fuera a buscar a otra chica. Han empezado a gritarse en medio de la cafetería, y Scott ha dicho que se estaba hartando de ella, o algo así. Haley se ha puesto furiosa, deberías haberla visto.

Hubo una pausa en la que volvió a sonreír perversamente.

—Bueno, entonces, le ha dicho a Scott que si quería seguir saliendo con ella, tenía que dejar de verte... Ya sabes, escoger a una de las dos.

Esperé a que siguiera, mirando a Scott de reojo, que escuchaba atentamente a Adam. Como no siguió la incité.

—¿Y...?

—Creo que es bastante evidente a quién ha elegido teniendo en cuenta con quién está, ¿no?

Sentí un rayo de luz perforar la confusión que tenía en esos momentos en el cerebro. Ni siquiera sabía muy bien por qué. Haley y Scott ya no estaban juntos, él me había dicho que me quería...

Respiré hondo, intentando calmarme.

Adam y Scott volvieron con nosotras unos segundos después.

—Yo voy a clase —se encogió de hombros Adam pasando por mi lado y apretándome el hombro amistosamente, luego miró a Hannah significativamente—. ¿Te llevo?

Hannah miró a Adam confundida unos segundos hasta que comprendió lo que quería decir; dejarnos solos. Entonces nos dejaron para ir a clase.

Hubo unos segundos de tenso silencio en que los dos miramos al suelo, o alrededor, como si mirarnos el uno al otro fuera demasiado. Él se aclaró la garganta, haciendo que lo mirara. Jamás me había sentido tan incómoda en su presencia, y eso que habíamos estado muchas veces a solas. Lo miré de reojo y vi que se había metido las manos en los bolsillos, balanceándose sobre los talones.

—Lo siento, Jess... Lo siento todo.

No dije nada. Él se acercó.

—Lo que he dicho antes... Lo decía en serio.

Permanecí en silencio. No iba a facilitárselo ni un poco.

—Perdóname. Nunca debí hacer esa apuesta, ni empezar a salir con Haley, ni hablarte de la forma en que te hablé... Lo siento.

Lo miré fijamente y esbocé una pequeña sonrisa. Se lo tomó como algo bueno.

Noté una agradable calidez en la palma de la mano cuando Scott la tomó con la suya. Fue como si me diera una descarga en todo el cuerpo, haciendo que me estremeciera. Al parecer lo notó porque apartó suavemente el pelo de mi hombro, casi con ternura y murmuró:

—Me encanta cuando te estremeces solo porque te toque. Lo

hacías cuando éramos pequeños.

Parpadeé sorprendida.

—¿Te acuerdas de eso?

—Parece que has vuelto a encontrar la voz, champiñón —me sonrió.

No supe qué responder, aunque tampoco esperó a que lo hiciera, ya que tiró de mi mano hasta llegar a la Harley y me subió como si no pesara nada. Sin pensarlo dos veces me agarré de su abdomen.

—¿Dónde vamos? —pregunté mientras aceleraba lentamente.

—Primero a que tú te cambies de ropa —me informó captando mi mirada a través del retrovisor—. Después a tomar algo. Creo que tengo mucho que contarte.

Me dejé llevar sin poner resistencia hacia mi casa.

• • •

La cafetería era una sala amplia, con mesas de madera y sillones para hasta seis personas. En las de las ventanas —una de las cuales cogimos nosotros— el asiento era un banco de madera cubierto con una colcha que lo hacía muy cómodo. Me dejé caer y vi como Scott me imitaba al otro lado de la mesa. Apenas unos segundos después una camarera contoneándose se acercó a nosotros y miró fijamente a Scott.

Genial.

—¿Qué van a tomar? —preguntó mirándolo solo a él.

Scott pareció darse cuenta de mi mirada hacia esa pobre mujer, porque procuró ignorarla enseguida, mirándome solo a mí.

—¿Qué quieres, nena? —me preguntó sonriendo de lado.

La camarera dirigió su mirada hacia mí y puso una mueca.

—Lo mismo que tú.

—Dos cafés —miró la chapa de la camarera, que casualmente estaba en su pecho, cosa que hizo que entrecerrara los ojos—. Jane, por favor.

—Claro —respondió esta con una sonrisa. Luego volvió a mirarme mal y se fue.

Miré a Scott con los labios fruncidos un rato, mientras él se reía

de mi reacción.

—¿Qué?

—¿A qué ha venido eso? —enarqué una ceja.

—¿El qué?

—Eso. Sabes de qué hablo.

—No, no lo sé, explícamelo —se apoyó con los codos sobre la mesa y la mandíbula sobre los puños—. Vale, lo siento, solo quería ver cómo reaccionabas.

Levanté aún más la barbilla, ¿ahora me estaba poniendo a prueba? Noté su mano colocándose sobre la mía en la superficie de la mesa. Casi por impulso y por el escalofrío, la retiré. Scott no pareció ofendido, sino que me sonrió.

—Me has llamado nena —murmuré mirándolo a los ojos de nuevo, e intentando cambiar de tema.

—No quiero llamarte Jess, así es como te llaman todos —se encogió de hombros.

—Ah, ¿y tú eres especial?

—Pues claro —sonrió mirándome intensamente—. Soy tu salvador.

Puse los ojos en blanco, aunque había sentido un cosquilleo molesto en el estómago. Abrí la boca para responder, pero justo en ese preciso momento apareció Jane con una sonrisa arrogante en los labios pintados. Puso los cafés delante de nosotros y miró intensamente a Scott mientras lo hacía. Incluso se apoyó sobre la mesa haciendo que sus pechos destacaran más en el pronunciado escote.

¿Por qué yo no tengo pechos? También podría hacer eso.

Quizá por ese motivo estaba empezando a caerme realmente mal.

—¿Algo más? —preguntó.

Scott la miró unos segundos. Probablemente se acordaba de mi expresión, porque se le endureció el gesto.

—Sí, abróchate dos botones más en la blusa —gruñó Scott.

La camarera nos miró roja de vergüenza y mala cara, sobre todo

a mí, y se largó contoneándose hacia otra mesa, en la que había un tío que parecía más dispuesto a prestarle atención.

—Bueno —siguió Scott mirándome de reojo—. ¿De qué quieres hablar, Jessica?

—La has avergonzado con eso —fruncí el ceño.

—Sí, bueno, no quería que te sintieras incómoda.

Hubo una pausa y recordé que me había hecho una pregunta.

—¿Cómo has podido entrar en casa de Matt? —me apresuré a preguntar, ya que llevaba un buen rato con la pregunta flotando en mi cabeza.

Me observó con la mandíbula apretada, aunque no dijo nada.

—Hay temas mejores para hablar —dijo finalmente.

—Tú me has preguntado de qué quiero hablar, no qué tema es mejor.

Vi cómo un atisbo de sonrisa cruzaba su rostro mientras tomaba la taza de café y la observaba detenidamente. A veces, cuando hablábamos de cosas que le incomodaban, rehuía mi mirada. Incluso retiró su mano de la mesa hacia su regazo.

—Todavía tenía las llaves de cuando traje una chica la noche en que nos peleamos —miró detenidamente la taza, como si tuviera algún misterio oculto en su interior, haciéndola dar vueltas entre sus dedos.

Me dejó descolocada unos segundos en que siguió sin mirarme. Ya entendía porque se sentía incómodo, yo ahora me sentía un poco mal conmigo misma. Quizá habría sido mejor no preguntar. Eran cosas que no quería saber, en realidad.

—Y cuando te he dicho eso… —siguió, pasando el dedo por el borde de la taza.

—Que me quieres —no pude evitar sonreír mirando cómo se incomodaba aún más. Me era extraño verlo tan incómodo en una simple conversación.

—Eso —levantó la mirada hacia mí, aunque él no sonrió, más bien parecía tenso—. No... No esperes que te diga cursiladas así. No me van esas cosas. Es que me ha salido sin pensar —no pude evitar

reír. Pareció sorprendido al ver que yo me reía de su comentario—. No es gracioso.

—No me río de ti, Scott —sonreí dejando de reír para que no me mirara mal—. Es solo que, bueno, ya sé que no te pega decir esas cosas pero...

—No, no me pega —me interrumpió a regañadientes.

Sonreí negando con la cabeza. Era demasiado cabezota como para admitir cosas así. Tenía más preguntas sobre ese tema, pero preferí evitar abordarlo por ahora, ya que por lo visto lo incomodaba. Así que en lugar de continuar, dije:

—¿Has dejado a Haley?

Me miró y una sonrisa ladeada se colocó en sus finos labios.

—Veo que Hannah ya te ha informado de lo de la cafetería.

—No la culpes... Yo he preguntado.

—Sí, la he dejado —no dejó de mirarme, esperando mi reacción.

—¿Porque ya no te gustaba?

—Nunca me gustó realmente... —dejó de pasar el dedo por el borde de la taza—. Siempre tenía a otra en la cabeza.

—¿Entonces, por qué empezaste a salir con ella?

Suspiró pesadamente.

—No lo sé, ¿porque soy estúpido? Puede que sea eso. Sé que cometí un error, Jess, pero todos cometemos errores.

—Entonces, la has dejado.

Él asintió firmemente con la cabeza.

Tragué saliva. Tenía la sensación de que las palabras que vinieran a continuación debían ser escogidas detenidamente.

—¿Por qué?

—Creo que ya va siendo hora de que tú y yo estemos juntos sin apuestas ni otras personas en medio.

Mierda.

¿Me estaba proponiendo estar juntos? ¿Formalmente?

—¿Quieres salir conmigo? —le pregunté, sin poder evitar el tono de impresión.

Él se echó a reír.

—Madre mía, Jess, eres la persona más ciega que he conocido. ¿En serio no lo notas?

—¿El qué?

—Que quiero salir contigo. Claro que sí. No hay nada que quiera más.

Hubo una pequeña pausa en la que no supe qué decir. Las palabras salieron antes de poder detenerlas.

—Solo si prometes no tener más apuestas por medio —lo señalé con un dedo acusador—. Y ser sincero siempre.

Sonrió. Mi corazón se aceleró.

—Prometido.

CAPÍTULO 27

Molesto

Me molestaba.

Sí, lo siento, no podía evitar que me molestaran los comentarios de la gente cuando pasaba, sobre todo si incluían a Scott o a Matt en ellos.

La noticia de que Matt había intentado llegar más lejos de lo que le permití se había extendido por el instituto como una plaga en la que todos querían aportar información, pero los únicos que sabíamos qué había pasado éramos Matt y yo. Había oído de todo. Incluso que no era yo la que estaba ahí, sino una chica parecida a mí. ¡Había escuchado que decían que Matt había querido atarme a la cama y todo! La gente, cuando se inventaba cosas, era increíblemente molesta. Sobre todo cuando esas cosas te incluían a ti y sabías perfectamente que no eran ciertas.

Por supuesto, no iba a contarle lo que había pasado exactamente a Scott. Parecía querer matar a cualquiera que mencionara el tema delante de mí, casi como si fuera a ponerme a llorar solo por oírlo. El único momento del día en el que estaba tranquila en el instituto era cuando él me acompañaba a mis clases con los demás. Además, se había vuelto muy posesivo en cuanto a cualquier chico que me mirara de reojo —aunque lo hicieran para saber quién era la chica de la que todos hablaban y no por verme atractiva—. Me pasaba un brazo encima del hombro y cambiaba de rumbo.

Y eso que ni yo sabía si éramos pareja.

Esa era otra cosa. Él y yo, técnicamente no estábamos juntos como pareja formal. Y si lo estábamos no lo habíamos concretado ninguno de los dos. Tampoco nos paseábamos por los pasillos

cogidos de la mano o nos dábamos besos en público o privado; no, cada uno por su lado. Ni siquiera habíamos vuelto a hablar en privado desde el día de la cafetería, en el que las cosas se habían convertido en algo extraño. Nos veíamos en la cafetería y él se sentaba a mi lado. Como mucho, charlábamos sobre tonterías y reíamos. Nada demasiado íntimo.

Hasta el tercer día después de que habláramos.

Estábamos sentados en la cafetería con Adam, Hannah, Kia, Jules y algunos más del equipo que preferían sentarse con nosotros. A Adam le había dado por lanzar la comida por los aires. Mientras estaba riendo porque una de las patatas fritas le dio a Sam en la cabeza al pasar, me manché con el chocolate de la napolitana que me había comprado en la comisura de la boca.

Antes de poder reaccionar, noté el pulgar de Scott quitándolo rápidamente y, antes de que ninguno de los fuera consciente de lo que pasaba, se lo metió en la boca.

—¡Id a un hotel, chicos, que la cosa se pone caliente! —gritó Adam, riendo.

Los dos nos quedamos mirando como si, de pronto, despertáramos y nos diéramos cuenta de lo que había pasado. Algo avergonzados, agachamos la cabeza.

Eso había sido lo máximo que había pasado entre nosotros.

Aun así, Haley me odiaba. La entendía; yo también la odiaba con todas mis fuerzas cuando estaba con Scott. Pero lo preocupante era que, al odiarme ella, daba más motivos a Sam y su pandilla —no a Hannah— de inventar cosas sobre mí y mi vida privada, aunque la gente ya no les prestaba tanta atención en ese tema. Había oído tantas cosas sobre mí misma que no eran ciertas, que empecé a dejar de prestar atención. Sabía que los que me importaban no dirían nada al respecto.

Una semana después del incidente del chocolate, estaba de pie delante de mi taquilla, mordiéndome el labio con inquietud. Mis dedos juguetearon nerviosamente con el collar que llevaba puesto, el mismo que me había dado Scott, mientras miraba la gente pasar

distraídamente por el pasillo. ¿Dónde demonios se habían metido Jules y Kia? Teníamos clases de Biología juntas.

Sin embargo, mi atención se quedó en la figura que avanzaba tranquilamente por el pasillo hasta detenerse delante de mí, apoyándose en la taquilla de al lado.

—Hola —Scott me sonrió.

Algunas cabezas se giraron y empezaron a cuchichear. Puse los ojos en blanco. Scott se giró y les dirigió una mirada a las chicas que lo estaban haciendo. Estas se pusieron rojas como tomates y salieron casi corriendo. Él volvió a mirarme. Eso estaba empezando a hacerse habitual.

—Hola —sonreí cambiando el peso de pie.

Pero su expresión amistosa cambió cuando paso su vista por mi cuerpo, volviéndose tensa de repente.

—¿Y esa camiseta? —frunció los labios.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No es muy... No sé?

—¿Muy no sé? —reí.

—No voy a poder concentrarme en clase si te veo con eso puesto delante de mí.

—Y yo —puntualicé—, te dije que si tenía que dejar de llevar toda la ropa que me dijiste, solo podría ponerme sudaderas.

—¿Qué tienen de malo las sudaderas?

—Creí que tú no podías tener novias que fueran por la vida en sudadera.

¿Acabo de decir que soy su novia?

Él se rio, ignorando mi expresión.

—Sí, bueno, ahora me parecen preciosas y útiles.

¿Acaba de admitir que lo soy?

—Qué casualidad. Ahora es a mí a quién no le gustan. Así que mejor mira a otro lado en clase.

—Eso va a ser difícil.

—Siempre puedes sentarte tú delante de mí, en la primera fila como los chicos buenos.

Sonrió con sorna apartando el pelo de mi frente, que se había salido de la coleta. Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero cuando miró durante un segundo mis labios.

—Bueno —dijo con semblante nervioso, apartando la vista—, yo...

Ay, Dios. Iba a decirlo. Iba a hablar sobre el tema. Llevaba casi dos semanas deseándolo.

—¿Sí? —mi voz sonó aguda.

—Quería hablar contigo sobre...

—¡Jess!

Jules había llegado corriendo.

¡Ahora no, Jules! ¡Fuera! ¡Fuera!

No pareció pillar la mirada que le eché, suplicando que Scott siguiera hablando. Él también la miró de reojo, aunque se limitó a dar un paso atrás, haciendo que echara de menos su proximidad anterior. Jules me sonrió ampliamente demasiado contenta en comparación a mi estado de ánimo actual.

—¡Esta tarde sacan a la venta las entradas para *Broken Songs!* —exclamó cogiéndome de las manos y empezando a dar saltos de alegría.

La observé unos segundos.

—¿Sabes cuántas probabilidades tenemos de conseguir una? Pues imagínate tres —no me gustaba ser pesimista, pero a veces tenía que ser más realista.

—¡Siempre pensando con negatividad! ¡Hay que ser positivos! ¡La vida es alegría!

—¿Y tienes algún plan?

—Sí, mira, podemos ir a hacer cola a las once de la noche del día anterior, así a la mañana siguiente seríamos las primeras...

—¡Mucha gente habrá pensado lo mismo!

—En realidad... —interrumpió Scott, que se había quedado excluido de la conversación unos segundos, pero hizo que le prestáramos atención— ...puedo conseguir entradas gratis para todos.

Las dos pestañeamos perplejas.

—Oye, no estás mal, no te sientas ofendido, pero suele ser a las chicas guapas a las que dejan entrar gratis... —empezó a decir Jules.

—No, no es por eso —negó Scott con una sonrisa—. Charley y yo nos conocemos.

—¿Charley? —abrí los ojos tanto que me creía que me saldrían de la órbita—. ¿Charley Simons?

—¿El cantante de la banda? ¿El famoso Charley Simons? —siguió Jules.

—Er... Sí, bueno, nos conocemos bastante bien —se encogió de hombros—. Es mi primo.

Mi mandíbula barrió el suelo.

Jules le sostuvo una mirada de perplejidad pura.

—¿Me estás vacilando? —pregunté.

—¿Y tú no lo sabías? —Jules entrecerró los ojos hacia mí.

—¡Yo qué iba a saber!

—¡Es tu novio!

—¡Perdona por no imaginar que su primo sería el cantante de tu banda favorita!

—Chicas —interrumpió Scott—. ¿Cuántas entradas queréis?

—¿Seguro que te las va a dar? —le pregunté, al ver que Jules se emocionaba.

—Claro que sí. Es mi primo, champiñón —me guiñó un ojo—. Además, si le digo que le llevaré chicas para que lo conozcan..., seguro que no se negará.

—Genial, pues..., podéis venir tú, Adam, Hannah y Lisa si queréis —propuse contando con los dedos—. Así que si todos podemos, serían... Siete entradas contándonos a nosotras tres.

—¡Sí! —exclamó Jules—. ¡Cuantos más mejor! Además, Jess, así podremos celebrar tu cumplea...

Le tapé la boca con la mano antes de que continuara hablando. Odiaba mis cumpleaños, y más odiaba tener que celebrarlo fingiendo estar bien cuando no lo estaba. En ese aspecto era muy distinta a los demás: no quería que celebraran mi cumpleaños porque no era

un motivo de celebración.

—¿Mañana es tu cumpleaños? —inquirió Scott, levantando las cejas—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quiero celebrarlo.

En ese momento llegaron Lisa y Adam con una sonrisa de oreja a oreja, cada uno por un lado del pasillo. Lo habían escuchado. Lo sospeché al instante en que me di cuenta de que su sonrisa era más prolongada de lo habitual.

—¿Por qué no dijiste que era tu cumpleaños? —inquirió Adam.

—Podríamos alquilar una sala de discoteca —propuso Lisa.

—¡No! Mejor en casa de uno de nosotros —protestó Adam.

—También podríamos ir al cine y luego ya quedamos en casa de uno... —intentó intervenir Jules.

—¡De eso, nada! Toca fiesta —Scott rio.

—¡Eso, fiesta! —Lisa sonrió.

—¡Tú lo que quieres es una excusa para hacer una fiesta! —le dijo Jules a Adam frunciendo el ceño.

—¡Pues, claro que sí, cualquier excusa es buena para emborracharse!

—¿Cuántos cumples? —preguntó Hannah con una sonrisa llegando donde estábamos nosotros.

—¡18! —exclamó Kia uniéndose a nosotros.

—¡Toda una mujer! —Adam rio, pasándome un brazo por encima del hombro.

—¿Ya empezamos, tío? —Scott lo empujó lejos de mí, divertido.

—Bueno, deberíamos elegir ya qué hacer —Kia frunció el ceño, le gustaba el control.

—Eso es cierto.

—Que lo decida la cumpleañera.

—Sí, eso.

—¿Y bien, Jess? —Hannah me sonrió.

Cuando me quise dar cuenta, estaba rodeada de seis personas que me miraban fijamente, esperando una respuesta. Pestañeé dos veces antes de cerrar mi taquilla con fuerza y esconder mis llaves en

el bolsillo pequeño de la mochila.

—Vamos a ver —los miré uno por uno—: no alquilaremos una discoteca, ni iremos a casa de uno de nosotros, ni al cine, ni tampoco de fiesta, ni nos emborracharemos.

—Pues, qué fiesta más aburrida —Adam puso una mueca.

—Sí, por lo menos debería haber alcohol...

—O una casa sin padres para celebrarlo.

—¡Parad ya!

Mi orden los dejó a todos en silencio al instante. Me observaron sorprendidos. Todos excepto Jules y Kia, que probablemente ya sospechaban que no querría hacer ninguna fiesta. Suspiré, irritada.

—No habrá fiesta, no quiero celebrarlo, ¿vale? Así que dejad el tema ya.

Pasé por el lado de Scott y empecé a caminar hacia clase de Biología, pero antes de llegar noté como me retenían por el brazo. Ni siquiera tuve que mirarlo para saber que se trataba de Scott. Él me atrajo hasta la pared para que lo mirara. Sabía qué quería. Apreté los labios.

—Tranquila, Jess...

—¡Os he dicho que no quería fiesta, y vosotros seguíais insistiendo!

—Vale, vale..., lo siento. No diré nada más.

Cerré los ojos aliviada y volví a mirarlo más tranquila.

—Ahora, ¿me vas a decir por qué no quieres celebrarlo o tengo que adivinarlo yo solo? Soy muy malo con esas cosas.

Negué con la cabeza.

—No es nada importante, de verdad.

—Quiero saberlo, aunque no sea importante —sonrió.

Le sostuve la mirada mientras la gente que iba por el pasillo empezaba a ir a sus respectivas clases y nos quedábamos solos. No soltó mi brazo en ningún momento, y se mantuvo tan cerca de mí que tenía la sensación que me besaría en cualquier momento. Coloqué mis manos sobre sus hombros, haciendo que su mirada se profundizara más en mí.

—Mi padre murió el día de mi cumpleaños.

Hubo un silencio incómodo.

—Oh..., joder..., yo...

—No te sientas incómodo. No lo sabías.

—Vaya, Jess..., lo siento...

—Me has pedido que te lo cuente —le recordé, a lo que guardó silencio.

»A mi padre le encantaba celebrar mi cumpleaños. Cuando iba a comprar mi pastel de cumpleaños con mi madre y conmigo, recuerdo que estaban discutiendo por algo. Yo iba sentada en la parte trasera. Justo en ese momento escuché a mi padre gritar algo a un coche que pasaba, y el coche volcó. Me quedé consciente en el coche durante media hora en la que no llegaban los bomberos. Recuerdo que estaba llorando porque me había quedado atrapada por el cinturón y me costaba respirar por el humo. Mi padre estaba muerto, y mi madre estaba inconsciente. Fue el peor rato de mi vida. Cuando los bomberos llegaron, me cogieron a mí primero y dejaron a papá para el final. Sabían que no había nada que hacer. Desde entonces no he vuelto a celebrar mi cumpleaños. Es demasiado doloroso.

Scott me sostuvo la mirada unos segundos sin decir absolutamente nada. Ni siquiera parpadeó.

—Tienes que celebrarlo —dijo finalmente.

—¿Acabas de escucharme?

—Perfectamente. ¿Qué vas a hacer? ¿Dejar de celebrarlo para siempre?

—Pues..., sí.

—A tu padre le gustaba celebrarlo, Jess. Tú misma lo has dicho. Si no lo celebras, no será por él. Estoy seguro de que cualquier padre... —se aclaró la garganta—. La mayoría de los padres, querrían que sus hijos siguieran con sus vidas con normalidad si les pasara algo. Si a él le gustaban tus cumpleaños...

—Pero no será lo mismo, él no estará...

Suspiró y me miró. Supe enseguida qué significaba esa mirada.

—No.

—¿No, qué?

—Conozco esa mirada. No lo hagas.

—¿Qué no haga qué? —sonrió.

—Ni se te ocurra organizar una fiesta.

—Si lo celebraras —dijo pellizcando mi nariz— te olvidarías de eso y disfrutarías de tu día especial, ¿sabes?

Lo medité unos segundos.

—Bueno, el próximo año quizás lo celebraré —me encogí de hombros.

—Esa es mi chica —sonrió.

Se inclinó unos centímetros y besó mis labios suavemente, aunque sentí por la presión que quería más.

Solo entonces me di cuenta de que era la primera vez desde ese día que estábamos a solas. Y me había besado. Se me aceleró el pulso solo por ser consciente de la situación.

—¿Tu chica?

—Claro que sí. —me agarró de la cintura y me pegó a su cuerpo, haciendo que lo abrazara por el cuello y entrelazara los dedos en su nuca. Casi parecía que estábamos entrenados para hacer eso, y me había salido solo—. Tú, Jessica. —Hizo una nueva pausa, besando la curva de mi cuello—. Eres mi chica. Si aceptas, claro.

Sentí como mis piernas temblaban peligrosamente cuando siguió besando mi cuello, especialmente la zona del colgante. Agarré la tela de su camiseta en dos puños y me sonrió, separándose.

Entonces, como si lo hubiéramos estado planeando, ambos nos echamos hacia delante y empezamos a besarnos. Agarré con más fuerza su camiseta y tiré hacia mí. Echaba de menos la sensación de que me besara. Él también parecía nervioso con la situación, porque me di cuenta de que el beso no era lento y tierno como los demás, sino más bien torpe y ansioso por parte de ambos. Se inclinó hacia delante y sonrió cuando respondí gratamente.

Probablemente pasamos ahí un cuarto de hora besándonos los labios, el cuello..., y me encantó. Jamás me había dado una buena

sesión de besos en el instituto con nadie. Me alegré de que Scott fuera el primero. Él fue con cuidado de no tocar nada inapropiado, clavando la mano en mi espalda, pero se puso notablemente nervioso cuando le moví yo la mano por mi estómago, subiendo, subiendo...

—Señor Danvers y señorita Evans —la voz de la directora Harrison hizo que nos separáramos de golpe y la miráramos, agitados—, ¿me pueden dar una buena explicación de por qué no estaban en clase?

Abrí la boca para contestar, pero la voz de Scott me adelantó.

—Estábamos ocupados, señora, esto es mucho más divertido que Biología. Supongo que lo entiende, ¿no? —una sonrisa socarrona se puso sobre sus labios.

Lo miré con los ojos desmesuradamente abiertos.

Es un suicida.

—Los dos a mi despacho, ahora —gruñó Harrison.

Empezó a andar hacia su despacho con paso decidido, con Scott y conmigo detrás. Lo miré con gesto de reprobación, a lo que me guiñó un ojo y se inclino hacia mí para susurrar:

—No me olvidaré de lo que hemos dejado a medias.

Sabía que se refería al beso.

O a algo más.

El despacho de la profesora era una habitación pequeña y cuadrada, con una sola ventana que daba a los campus traseros, en los que había la cancha de rugby y el gimnasio. La mujer se sentó en un sillón mullido y nosotros en dos sillas de madera que había al otro de la mesa. Eran realmente incómodas.

—¿Saben ustedes que está prohibido mantener relaciones sexuales en el recinto escolar? —empezó Harrison entrelazando sus regordetes dedos en su regazo.

—¡No hemos hecho nada! —salté, roja de vergüenza.

—Bueno, no seríamos los primeros que van al cuarto de baño a por intimidad. —Scott le restó importancia.

—Bueno —la directora nos miró de reojo—, si soy sincera, me

esperaba esto de usted, señor Danvers, pero de usted, señorita Evans...

De repente, se escuchó un portazo y los tres miramos fijamente la puerta, en la que había la figura del entrenador del equipo, sujetando a otras dos personas. Parpadeé unas cuantas veces antes de darme cuenta de que eran Matt y Adam, y ambos tenían el rostro lleno de golpes.

—Se han peleado en pleno entrenamiento —informó el entrenador—. He tenido que separarlos.

—Sí, has tenido suerte —escuché farfullar a Adam.

—Siempre los mismos... —Harrison puso los ojos en blanco—. Se acabó, los cuatro estáis castigados. Limpiaréis los vestuarios mañana después de clases hasta que el entrenador os deje marcharos.

—Pero... —intenté hablar, ya que al día siguiente había el concierto.

—No hay peros, señorita Evans, pueden marcharse todos.

Me levanté al mismo tiempo que Scott y vi como, al pasar por el lado de Matt, Scott le dedicó una mirada helada.

Mañana sería un día interesante.

CAPÍTULO 28

Increíble

No sé en qué momento volvimos a encontrarnos encima de su Harley, conduciendo hacia su casa. Sé que después de lo del despacho de la directora todo fueron besos y risas que acabaron conduciéndonos ahí. Pero, en esos momentos, cuando me encontraba delante de la puerta de su casa, noté el peso de los nervios encima de mí.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Scott girando la llave en la cerradura.

Negué rápidamente con la cabeza.

—No, claro que no.

Me había salido la voz demasiado aguda. Genial.

Él se detuvo y me miró fijamente.

—Que estemos aquí y mi padre no esté..., no quiere decir nada, ¿sabes?

—Sí, sí.

—Nunca te obligaría a nada que no quisieras hacer, ¿lo sabes también?

—Sí, sí.

Él suspiró, empujando la puerta con el hombro. Me tomó la mano y entramos. Yo misma la cerré con el pie. Vi que él me observaba divertido mientras nos sentábamos en el sofá.

Miramos una película. O eso creo que hicimos. Porque yo no dejaba de echarle miradas furtivas. Sentía que era el día en que pasaría. Y, extrañamente, no estaba asustada como en mis pesadillas, sino nerviosa por la anticipación.

¿De qué era la película? No tengo ni la más mínima idea todavía.

No dejaba de juguetear con el collar, haciéndolo rodar entre mis dedos, mirando a Scott. Hasta que él se hartó y me cogió de las muñecas, apartando las manos. Parecía entre divertido y preocupado.

—Tienes que calmarte ya, Jess.

—Si yo estoy muy calmada.

—Ya, claro. Y yo soy rubio.

No pude evitar sonreír. Por un momento, no me acordé de lo nerviosa que estaba y me incliné hacia él, besándolo. Respondió al instante en un beso tierno. Al separarme, le sonreí.

—Ahora sí que estoy calmada.

Scott se echó a reír y se acercó a mí, cogiéndome la nuca con una mano y besándome con delicadeza. Tenía la sensación de que estaba yendo muy despacio porque no quería asustarme, pero había dejado de estar asustada. Lo cogí por los hombros y tiré suavemente de él hasta que quedamos ambos tumbados en el sofá. Siguió besándome, separándose para tomar aire y volviendo a acercarse a mí. Mi respiración se volvió artificial cuando acarició mis costillas con las puntas de los dedos. Me miró enseguida.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y volvió a besarme. Sus dedos bajaron lentamente y con suavidad hasta que me estuvo acariciando la pierna.

Curiosamente, ya no estaba nerviosa.

Cuando volvió a separarse para mirarme, me puse de pie y lo tomé de la mano, poniéndolo de pie.

—Vamos arriba.

—Jess... —empezó—. Yo también quiero esto, ni te imaginas cuánto, pero...

—¿Vas a hacer que te arrastre? —enarqué una ceja.

Él se rio y asintió con la cabeza, poniéndose de pie. Subimos las escaleras y abrí la puerta de su habitación. Él la cerró con la mano cuando estuvimos dentro y se acercó a mí para volver a besarme con menos delicadeza de lo que había hecho en el salón. Me dejé

besar, cerrando los ojos y disfrutando del momento.

—Scott —me separé unos centímetros—. Quiero que seas el primero. Pero estoy asustada.

Me sostuvo la mirada unos segundos en los cuales una sonrisa ocupó sus labios, haciendo que se viera extremadamente irresistible. Sentí sus manos abrazándome por la cintura y pegándome a su cuerpo. Lo abracé también.

—Puedo ser dulce —susurró.

—Creía que eso no te iba.

—Si cambio por ti, no me importa cambiar.

Mi estómago dio un vuelco ante la declaración, de manera que tomé las riendas de la situación, tomando el pliegue de su camiseta. Pero él se adelantó y prácticamente se la arrancó del cuerpo, sin dejar de mirarme. Mis manos se elevaron solas y tocaron los músculos definidos de su abdomen, sintiendo como se relajaba bajo mi tacto. Sus manos tomaron mis mejillas y me besó dulcemente, aunque esta vez el beso se prolongó. Sentí sus dedos tocar mi vientre cuando subió la camiseta por mi tronco hasta deshacerse de ella.

—Eres preciosa —susurró.

Sentí sus labios contra los míos otra vez, haciendo que me sintiera muy lejos del mundo de repente. Como si ya no girara a mi alrededor, de repente solo existíamos él y yo. Y era una sensación maravillosa.

Trazó una línea imaginaria de pequeños besos que iba dejando a lo largo de mi cuello, hasta las tiras de mi sujetador, donde se detuvo y tiró juguetonamente de una de ellas. Sentí como mi corazón empezaba a desbocarse cuando sus besos siguieron descendiendo hasta que llegaron a mis caderas, donde quedó de rodillas en el suelo. Sus ágiles dedos desabrocharon el botón de mi pantalón y lo hicieron descender lentamente hasta mis tobillos, dejando pequeños besos a lo largo de mis muslos y piernas.

—Bonitas piernas —murmuró contra mi piel, haciéndome reír.

Cuando me quise dar cuenta, él tampoco llevaba pantalón y

estábamos tendidos sobre la cama, él, apoyando ligeramente su cuerpo contra el mío. Piel con piel. Lo besé apasionadamente, cogiendo su cabeza entre mis manos, apretándolo contra mí. Me sentía mucho más valiente que cuando había entrado en esa casa casi una hora antes.

—Joder, Jess —susurró.

Sonreí.

Noté sus manos subiendo por mi abdomen y deteniéndose en la cerradura de mi sujetador, donde sus dedos se pasearon unos segundos antes de que se levantara con el ceño fruncido.

—¿Cómo coño se desabrocha esto? —protestó.

Solté una carcajada sonora antes de levantarme sobre los codos y dejando volar el sujetador al otro lado de la habitación oscura.

Entonces, nos convertimos en una masa de besos, caricias, palabras en voz baja y miradas furtivas. Mis nervios se disiparon automáticamente, y mi cuerpo se relajó debajo de él. Supe que ya no tenía miedo.

—Te quiero.

Lo había dicho, y no sabía muy bien por qué. Se detuvo y me miró fijamente con una sonrisa.

—Y yo a ti, Jess.

Entonces, me dejé llevar.

• • •

Un rato más tarde, estaba mirando el techo fijamente con una sonrisa estúpida en los labios. Scott ladeó la cabeza y me observó con curiosidad.

—¿Qué es gracioso?

—Nada.

Seguía intentando calmar mi respiración.

—Dímelo —pidió, apoyando un codo en el colchón la mirarme.

Lo observé, sonriendo.

—Estaba tan asustada por esto y ahora ya está.

—¿Te he hecho daño? —preguntó enseguida, frunciendo el ceño.

—No, por supuesto que no. No seas bobo.

Él se rio ligeramente y volvió a tumbarse.

—Anda, ven aquí.

Tiró de mí hasta que estuvimos abrazados.

—¿Te das cuenta de que así es cómo nos abrazamos el día en que dormí contigo? —susurré.

Vi, por el rabillo del ojo, cómo sonreía.

—Sí, me he dado cuenta.

Suspiré, cerrando los ojos. Escuchaba los latidos de su corazón contra mi oreja. Era relajante.

—Me siento rara —comenté—. Como más mujer. Ya sabes, menos niña. O no lo sé. Simplemente rara.

Él se echó a reír a carcajadas.

—Menuda tontería.

—¡No te rías de mí! —protesté.

—Ahora llevas escrito en la frente: «no virgen».

—Cállate —lo golpeé en el pecho, y el fingió quejarse de un dolor que no le había hecho—. Ha sido increíble.

—Tú eres increíble —besó mi cabeza—. Duérmete, Jessica.

CAPÍTULO 29

Castigo

Por algún motivo había estado de muy buen humor todo el día siguiente, ignorando incluso los cotilleos cuando me veían pasar cogida de la mano con Scott y cuando nos besábamos. Quizá las miradas furtivas se debían más a la estúpida sonrisa que teníamos ambos en los labios. En mí no era muy extraña, pero en Scott era casi graciosa.

Me daba igual, solo me importaba que mi relación con Scott ya era seria, aunque solo fuera por un día. Eso sí, cada vez que me sentaba, un ligero dolor que hacía que me removiera incómoda en la silla.

Los labios de Scott estaban sobre los míos cuando supuestamente teníamos que ir a cumplir con nuestro castigo. Cuando me reí, se separó sonriendo ampliamente.

—Parejita —interrumpió Adam quedando de pie a nuestro lado con una enorme sonrisa.

Empujé a Scott por el pecho, alejándolo de mí para poder hablar con Adam sin que este se sintiera incómodo.

—Hola, Adam —saludé.

—Feliz cumpleaños, enana —Adam tiró de mi oreja.

—¡No me tires de las orejas! —protesté escondiéndolas bajo mis manos. Adam soltó una carcajada.

—Bueno, ¿preparados para el concierto? —cambió de tema.

—Charley me dijo que si las chicas eran guapas quería que se las presentáramos. —Scott puso los ojos en blanco—. Este chico nunca cambiará. Desde que él y Martha discutieron ha ido tirándose a chicas a diestro y siniestro. Podría hacer unos tres equipos solo con

las chicas que se fo...

—Los cuatro —la voz del entrenador interrumpió a Scott—. A los vestuarios del campo de entrenamiento, ahora.

Miré de reojo a Matt cuando pasé por su lado, pero este ni siquiera pareció percatarse de mi presencia. El brazo de Scott apretó más mi cuerpo al suyo.

Los vestuarios masculinos de entrenamiento eran los más sucios que había podido ver en los años que llevaba de vida. Olían a sudor, y había una capa gruesa de suciedad en los estantes, los espejos, las duchas y las taquillas que se apiñaban en el fondo. Lo único que se salvaba eran los bancos, que los habían cambiado hacía solo unos dos meses. Parecían lo único mínimamente aceptable.

Eché de menos los vestuarios de las chicas; no era de lo mejor, pero por lo menos estaban un poco más cuidados.

—Fox, a los espejos; Figgins, a las taquillas; Danvers, a las duchas; y Evans, encárguese de que a nadie le falten productos de limpieza, que están en el fondo de la sala, en el último estante, ponga los trapos en el cesto sucio, también puede encargarse del suelo y los bancos. Muy bien, volveré en una hora exacta, más os vale haberlo dejado tan limpio que pueda lamer el suelo.

Nada más hubo abandonado la sala, escuché a Adam decir:

—Por mí puedes lamer el suelo ya.

Reí entre dientes, y me dirigí al estante del fondo, sacando todo lo que podía con mis brazos, que eran casi todos los productos de limpieza. Se los di a cada uno, que se pusieron a limpiar sin mediar palabra, tampoco crucé miradas con ninguno de los tres. Cogí la escoba y empecé a barrer, pensando en cosas que no tenían nada que ver con lo que estaba haciendo.

Como, por ejemplo, en Scott. No me había quedado muy claro si estábamos yendo en serio con nuestra relación. Una sonrisa traviesa se colocó sobre mis labios al acordarme del día anterior. Creo que nunca me había sentido tan bien conmigo misma. Aunque no sabría decir si fue mejor cuando me desperté y me lo encontré durmiendo, pudiendo mirarlo detenidamente con toda libertad. Era tan dulce

cuando dormía. Había recorrido con mis dedos todos y cada uno de sus tatuajes, notando como se removía bajo mi tacto y una sonrisa se esbozaba en su rostro dormido.

Ah... Si hubiera podido revivir un momento cualquiera en mi vida, habría sido ese. Sin duda alguna.

—¿Quieres ir con más cuidado? —gruñó una voz sobre mí.

Levanté la mirada y vi que Matt estaba frunciendo el ceño en mi dirección. Balbuceé algo cuando me di cuenta de que había chocado con él pensando en mis cosas, así que me enderecé enseguida y me acerqué a las duchas, con la excusa para pegarme a Scott, que mantuvo la mirada en el lugar que limpiaba con la mandíbula apretada.

El día anterior le había pedido que lo ignorara y no se metiera en peleas. Ya lo habían castigado dos veces, no quería que lo expulsaran.

—Prométeme que no lo harás —le había pedido.

Él había suspirado, cerrando los ojos.

—En fin, si es lo que quieres, lo prometo.

De vuelta a la realidad, me di cuenta de que Matt estaba mirándonos con una enorme sonrisa. Supe que no sería tan fácil ignorarlo como habíamos pensado.

Perfecto.

—Aunque, claro, con el novio que tienes no me extraña que vivas en las nubes. Por cierto, me falta un trapo. Ve a por él.

Tuve la tentación de sacarle el dedo corazón y decir que fuera él a por el trapo si lo quería, pero se suponía que era mi deber, por lo que tuve que morderme la lengua.

Me moví hacia el estante del fondo y cogí uno de los trapos que había en el montón sin siquiera mirar si era mínimamente útil —había algunos agujereados y sucios—. Él estaba sonriendo ampliamente cuando se lo lancé a la cara, pero lo atrapó antes.

—Deberías relajarte, Jessica —dijo, mientras volvía hacia las taquillas, limpiando—. Te noto nerviosa.

Lo ignoré completamente, agachándome y agarrando la escoba

de nuevo. Quizá empecé a barrer con más entusiasmo del necesario.

—¿No la cuidas bien, Scott? —le preguntó Matt, sonriendo—. Quizá una noche conmigo la relajaría...

Apreté el palo de la escoba con fuerza, hasta el punto en que los nudillos se me volvieron blancos.

—Cállate ya, pesado —gruñó Adam, salvándonos de la situación.

—Nadie te ha pedido la opinión, Fox.

—Ni a ti tampoco, Figgins, pero veo que la estás dando sin problemas.

Reprimí una sonrisa, mirando al suelo.

Por lo menos le había cerrado la boca.

Su único objetivo era provocar a Scott, y lo sabía. Volví a acercarme a él y coloqué una mano en su hombro. No se nos veía de los hombros hacia abajo por la pared de la ducha, así que el gesto paso inadvertido, mientras Scott colocó su mano sobre la mía.

—Solo quiere provocarte —susurré.

—Lo sé.

—No caigas en eso.

—No lo haré.

Me agaché con el trapo y lo empecé a pasar por el suelo. Scott se agachó a mi lado. Cuando lo miré vi una sonrisa malévola en sus labios. Los pegó con los míos durante un breve instante que me dejó con ganas de mucho más. Antes de separarse, se acercó a mi oreja y susurró:

—Me interesa mucho más esto que ir con ese idiota.

Sacudí la cabeza, riendo.

—Yo también prefiero que estés aquí conmigo.

—No tendrás que pedirlo dos veces.

Volvió a inclinarse sobre mí, besándome esta vez por más tiempo. Lo sujeté por la nuca con una mano, haciendo que sonriera.

—¡Eh!, ¡vosotros dos!, ¡dejad de magrearos en la ducha! —escuché a Adam.

Me puse de pie y le saqué la lengua.

Un rato más tarde ya habíamos terminado, y me tocó coger la

cesta que me había dado el entrenador. Pasé por delante de Scott y Adam, que metieron los trapos en ella sin decir nada. Matt me esperaba con una sonrisa. Al llegar, vi que sostenía un trapo sucio y lo lanzó al suelo, justo encima de mis zapatillas. Lo miré por unos segundos, sin saber qué hacer.

Comprendí lo que quería que hiciera: quería que lo recogiera.

—Recógelo —me ordenó, como si pudiera leer mis pensamientos.

Muy gracioso.

—No lo he lanzado yo —gruñí.

Matt miró sobre mi hombro. Oh, ¿por qué no podía dejar en paz a Scott y tenía que provocarlo todo el rato?

—Tú eres la mujer —la sonrisa de Matt se acentuó.

—¿Cómo dices? —me salió la voz extremadamente aguda.

—Que lo recojas, ¿estás sorda o qué?

Sentí que la rabia se apoderaba de mi cuerpo cuando dejé caer la cesta sobre uno de sus pies con poca delicadeza. Él puso una mueca y apartó el pie al instante.

—Recógelo ahora mismo —exigí, señalando el trapo.

—No pienso hacerlo —gruñó, sujetándose el pie herido.

—O lo recoges o...

—Eh, chicos, basta ya —Adam me puso una mano sobre el hombro, deteniéndome al ver que me estaba empezando a acercar a él.

—Díselo a tu amiguita, Adam. —Matt me miró de reojo—. Es ella la que no cumple con la única tarea que le han asignado.

—Cállate de una vez, Matt.

Matt sonrió, se encogió de hombros, y salió del vestuario. Scott se acercó y recogió el dichoso trapo, metiéndolo en la cesta. Entonces, me sonrió.

—Vamos, tenemos un concierto al que asistir.

CAPÍTULO 30

Concierto

La música seguía resonando en mis oídos, haciendo que mis tímpanos protestaran por pasar al lado de los altavoces gigantes que se encontraban al lado del escenario. Jules y Kia seguían a mi lado, sonriendo de oreja a oreja y bailando y gritando como locas mientras Charley cantaba sobre el escenario. Los demás se movían, divertidos, pero no con su misma locura.

A mí, personalmente, me daba un poco igual el grupo. Me gustaba más otro tipo de música, pero hacía tantos años que lo escuchaba gracias a mis dos mejores amigas que me había terminado acostumbrando. Incluso, canté algunas canciones mientras Kia y Jules gritaban a todo pulmón.

—¡Me ha mirado, os juro que me ha mirado! —gritaba Jules.

Scott se inclinó sobre mí riendo.

—Es curioso, porque sabe que después lo va a conocer.

Seguimos cantando y bailando con el resto del público por lo que pareció una eternidad, hasta que por fin Charley hizo una reverencia riendo y se retiró del escenario con su grupo tras él.

—¡Ya hemos llegado al descanso! —protestó Hannah.

—Bueno, ahora aprovecharemos para buscar una rubia tetona —aventuró Adam.

Vi como Hannah levantaba la vista hacia él, que ni siquiera se percató. Luego volvió a bajarla y se miró las manos, olvidándose por completo del concierto y de la alegría. Entorné los ojos hacia Adam, fulminándolo con la mirada. Él se sorprendió al verme.

—¿Qué?

—Hombres... —puse los ojos en blanco—. No os enteráis de

nada.

Adam mantuvo su mirada confusa hacia mí hasta que se cansó y miró a Hannah. Seguía con los labios fruncidos. Adam le pasó un brazo por los hombros, riendo.

—¡Que es broma, mujer!

Después del descanso el concierto siguió su curso. Cuando la canción terminó y las chicas de las primeras filas empezaron a gritar desesperadas deduje que se había acabado. Scott me cogió la mano y todo el grupo empezó a moverse entre la gente hasta llegar a unas puertas grandes de metal, donde había dos tipos que parecían más bien gorilas por su enorme tamaño. Scott los miró fijamente sin alterarse.

—Soy Scott.

Asintieron con la cabeza y se hicieron a un lado, dejándonos pasar.

El interior era una sala rectangular y algo pequeña parecida a un vestuario algo modernizado, con paredes pintadas de rojo y suelos negros, haciendo que los muebles fueran de colores chillones y extravagantes. Había cuatro personas en la sala. Una de ellas limpiaba una guitarra, la otra hablaba por el móvil, otra se estaba mirando en el espejo y el restante se puso de pie y se acercó a nosotros con grandes pasos.

Tenía el pelo teñido de rojo por la parte delantera, una generosa cantidad de pendientes y tatuajes y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Scott! —saludó Charley acercándose y plantándole (ante los ojos asombrados de todos) un beso en los labios a Scott—. *Molto tempo non ci vediamo, cugino! Sei andato in palestra, eh?*

—Sí, bueno, un poco. Estos chicos son los que querían conocerte.

Charley me observó con una enorme sonrisa y me plantó un beso en los labios a mí también, al parecer era su forma de saludar a la gente. Casi caí de culo al suelo. Me cogió por los hombros y miró a Scott con una enorme sonrisa.

—*Molto bella,* Scott —se separó de mí y, por fin, habló en mi idioma—. Me alegro de conoceros. Me han dicho que sois muy fans.

Oh, y que es tu cumpleaños, Jessica.

—Umm, gracias.

—¡Sí, lo somos! —se adelantó Kia—. ¡Somos muy fans!

En menos de diez segundos estaban todos rodeando a Charley, así que aproveché, mientras pedían autógrafos a todos los componentes de la banda, para inclinarme sobre Scott.

—¿Desde cuándo hablas italiano?

—Desde siempre.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Solo se lo digo a las chicas con las que quiero ligar... Contigo no lo necesité.

Lo golpeé en el hombro y me eché a reír.

—Idiota.

—Ya puedes saberlo. No lo utilizaré más. ¿Para qué seguir ligando?, te tengo a ti.

—Sí, ahora intenta arreglarlo.

Él empezó a reír mientras le daba un beso en la mejilla.

—Ahora vuelvo.

—¿A dónde vas?

—Al servicio.

—¿Te acompaño?

—Creo que me las apañaré sola, Scott.

El lugar era, básicamente, una enorme zona decorada con el escenario principal, unas cuantas caravanas y la gente que aseguraba las entradas del edificio que lo rodeaba. Debía haber unas quinientas personas en cada lado del escenario, lo que equivalía a un problema para mí si quería abrirme paso entre ellos, especialmente cuando ya era de noche y solo me iluminaban los dos focos que habían dejado encendidos en el escenario.

Sin embargo, encontrar el servicio fue más sencillo de lo que creí, ya que estaba a rebosar de unas veinte chicas que hacían cola para entrar en este. Me coloqué en el final pacientemente y choqué con otra chica que iba a ponerse en el mismo lugar.

—Perdón... —me corté a mí misma antes de seguir hablando.

Y era porque la rubia que estaba delante de mí era Stacy Ross.

Demasiado bonito era todo.

En esa ocasión, unas medias negras con unos pantalones cortos —que yo no habría calificado como ropa adecuada para salir a la calle— y una blusa azul que dejaba ver su ombligo era su atuendo. Me miró con una mueca petulante unos segundos casi por costumbre, supongo. En cuanto me reconoció, la mueca se hizo más notoria. Me entraron ganas de lanzarle algún objeto punzante a la cabeza para quitársela.

—Pero si es la foca, ¿has venido a hacer ejercicio? —se mofó.

Entrecerré los ojos.

Scott tenía razón, no debía dejarme intimidar. ¿Y qué si estaba un poco más rellenita que ella? Tampoco era su problema. Al igual que no era el mío que ella estuviera delgadísima. Cada una era como era, y si no le gustaba no era mi problema. No era mi intención complacerla. Y ella solo quería hacerme daño, ¿por qué iba a dejar que lo hiciera tan fácilmente?

—Me das pena —solté sin pensarlo.

—¿Que yo te doy pena? —empezó a reír. Su risa era nasal e increíblemente forzada.

—Sí. Me la das. ¿En serio necesitas meterte con los defectos de los demás para sentirte bien contigo misma?

—Solo me he metido con uno; y es que estás gorda. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Es extraño. A Scott siempre le han gustado más las delgadas como yo.

—Debe haber cambiado de opinión, teniendo en cuenta que te dejó y ahora está conmigo.

Lo había dicho con tanta naturalidad que me sorprendí incluso a mí misma. Le había dado en su punto débil, o eso pareció cuando se acercó a mí sin ningún rastro de la sonrisa petulante que solía esbozar. Ya ni siquiera recordaba que necesitaba hacer pis con urgencia. De hecho, se habían colado unas cinco chicas mientras nosotras hablábamos.

—¿Cuánto crees que duraréis? ¿Un mes? Ni eso.

—No me importa lo que tú pienses.

—Se te vio en la cara la última vez que te vi que te importaba, foca.

—Preferiría mil veces estar un poco rellenita que obsesionarme con el físico como tú y necesitar implantes para sentirme bien conmigo misma.

Su rostro se contrajo en una mueca.

—Todo lo que ves en mi cuerpo es natural, zorra. Algunas no necesitamos implantes. En cambio, tú…, ¿debajo de toda esa ropa hay dos pechos? Porque yo no los veo.

Alargó la mano hacia mí dispuesta a tocarme el pecho, pero se la aparté de un manotazo.

—No me toques —advertí.

—Claro, de eso ya se encarga Scott, ¿verdad?

—Sí. Y tengo entendido que de ti se encargan otros, aunque tú prefieras encargarte de algunas partes concretas de su anatomía masculina.

Fue casi cómico ver cómo se detenía un momento a pensar a qué me estaba refiriendo exactamente. Se me escapó una risita casi despectiva muy impropia en mí.

En menos de un segundo, mi cabeza estaba ladeada y mi cuerpo en el suelo por un puñetazo que me había dado. Era un dolor extraño. Notaba caliente la zona afectaba. Me picaba. Pero no sentía verdadero dolor. Quizá era debido a que estaba más preocupada porque mi corazón se había puesto a bombear sangre a toda velocidad de un momento para otro. Uno de esos famosos subidones de adrenalina. Me temblaron las manos, y no por las ganas de llorar, precisamente.

Ella se rio.

—¿Te crees muy chula por hablarme así? Que te quede claro quién es la que habla y quién es la que calla en esta situación, zorra, porque te aseguro que te calmarás mucho cuando Scott te deje por alguien menos como tú —se acuclilló delante de mí y me dedicó una sonrisa tan dulce que podría haberme parecido convincente en otra

persona, pero no en ella—, y más como yo.

No pude soportarlo más, o simplemente mi cuerpo no pudo, porque noté que mi brazo se movía involuntariamente —o quizá no tanto— y la golpeaba en la cara. Nunca había dado un puñetazo a nadie, así que me sorprendí al notar más doloroso el puño que la zona en la que me había dado ella. Por un momento, las dos nos quedamos mirando mi puño como si fuera lo más anormal que habíamos visto jamás.

Ella reaccionó primero.

Noté como tiraba bruscamente de mi pelo haciendo que rodara y se sentó sobre mi estómago, cosa que me dejó sin respiración durante un breve segundo. Una manada de curiosos se situó a nuestro alrededor observando la escena con curiosidad. Incluso, me pareció ver a alguna que otra persona sacando el móvil y grabando la escena.

Un golpe en la clavícula me devolvió a la realidad y me retorcí tanto como pude hasta que ella empezó a tambalearse. Aproveché ese breve instante para empujar con las caderas y hacer que cayera de espaldas en el asfalto. Una oleada de exclamaciones que ignoramos. Stacy intentó ponerse de pie, pero la imité y me senté sobre su estómago para impedírselo.

Una parte salvaje de mí que no conocía se había apoderado de mi cuerpo, pero todavía conservaba una parte racional en el cerebro que me aseguró que estaba siendo exactamente el tipo de persona que odiaba; una neurótica violenta.

Ganó la parte violenta.

Mis puños cobraron vida, golpeando su rostro una y otra vez, notando sus uñas en mis brazos y mis manos, intentando detenerme de alguna forma, hasta que consiguió levantar la rodilla y darme con fuerza en la espalda con el hueso. Eso hizo que cayera de lado y sintiera un dolor agudo en las costillas que me detuvo por un instante. Las manos de Stacy se posicionaron sobre mi cuello, apretándolo con sus uñas. Empecé a marearme al instante en que una presión que parecía amenazar con hacer estallar mi cabeza

aumentó.

Algo me daba en la cara. Un líquido caliente. Le había roto la nariz y ni siquiera me había dado cuenta de ello. Seguía sintiendo sus dedos en mi cuello, apretando lo suficiente como para que me entraran ganas de toser y vomitar.

En realidad, no creo que quisiera ahogarme. Solo me intentaba asustar. Porque, ¿quién ahoga a otra persona por una simple discusión?

Entonces, sentí como la apartaban de encima de mí, y vi que se trataba de uno de los gorilas que minutos antes había visto en la puerta de Charley. Stacy iba con el maquillaje corrido, estaba gritándome cosas, pero como a mí también me estaban alejando de mala manera del lugar, no pude llegar a entenderla —en cierto modo, lo agradecí.

El aire frío de la noche se sintió como una bofetada en toda la cara que hizo percatarme del golpe en la mandíbula —el primer puñetazo que me había dado—. Intenté llevarme la mano a la zona, pero el gorila lo interpretó mal y me apretó los brazos. Abrió una puerta de hierro pesada de una patada y salió a un callejón oscuro que desembocaba en la calle por la que habíamos llegado.

—Suéltame —exigí, algo agotada por estar peleándome tan pronto.

No me hizo caso, descendió unos escalones de piedra sucios y olí la humedad del ambiente, lo que me produjo una mueca. Pero también olí los pasos de gente acercándose, especialmente unos se que se acercaban a toda prisa. Levanté la cabeza y vi a Scott detenerse delante de nosotros con la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo un buen rato. Se acercó y me cogió del brazo, empujando con el otro al gorila, que me soltó y retrocedió, sacudiéndose las manos.

—¡Te ha dicho que la sueltes! —le espetó Scott, agarrándome de los hombros sin dejar de mirarlo.

—No volváis por aquí —dijo el hombre, impasible, mirándonos fijamente—. Y me da igual quién sea tu primo, chico. No volveréis a

entrar.

—Como si esa fuera nuestra intención —le espetó antes de que el hombre entrara de nuevo al edificio. Después, bajó la mirada hacia mí—. Pero, ¿qué…?

—Stacy —dije, simplemente.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. Se le había pasado el cabreo y ahora solo me miraba estupefacto.

—¿Estaba aquí?

—Eso parece.

Suspiró y me recorrió la cara con rapidez. Negué con la cabeza.

—Estoy bien. No es mi sangre.

—¿Qué demonios ha pasado? —quiso saber Kia cuando los demás llegaron corriendo.

Todos me miraron fijamente, esperando una buena explicación que no daría. No en ese momento, al menos. No me apetecía rememorarlo.

—Nada. Es una historia demasiado larga —gruñí, pasando el brazo por mi cara, y manchando la manga con el hilo de sangre que me había caído en la mejilla—. Llévame a casa, Scott, por favor.

No esperé respuesta mientras empezaba a caminar hacia la moto. Escuché que les decía algo a los demás y después se acercaba trotando hacia mí y hacia su moto. Le pasé el casco mientras me ponía el mío.

—¿Qué les has dicho? —entorné los ojos.

—Nada importante —musitó, mientras se ponía el casco.

—Scott.

—No, ni Scott ni nada, no quiero que vuelvas a meterte en ninguna pelea —puntualizó, mirándome fijamente.

—Ella me provocó —puse una mueca.

—Ella siempre provoca a la gente. No pongas eso de excusa —murmuró.

—¿Y qué pasa? ¿Yo no puedo perder los nervios nunca y tú sí?

Durante un momento solo me miró a través del cristal del casco, pero después se lo quitó, se acercó a mí y me lo levantó lo suficiente

como para darme un beso. No me moví, pero tampoco correspondí. Él suspiró y negó con la cabeza mientras volvía a ponérselo.

—Se supone que tú eres la responsable entre nosotros.

—Hay muchas cosas que no son como se suponen, Scott…

Y, así, se nos pasó el enfado a ambos.

Menuda pareja estábamos hechos.

Durante el camino no dijimos ni una palabra, aunque lo noté especialmente inquieto; me miraba de reojo en el espejo retrovisor, y todo el rato se mordía el labio inferior. Antes de entrar en casa, me quité los restos de sangre seca con los dedos ayudándome del espejo retrovisor. Seguía cavilando sobre lo ocurrido, así que cuando me tendió la mano para entrar en casa, puse una mueca y me quité el casco.

—¿Me he pasado de la raya?

—Vamos, nena —se acercó a mí, dejando un pequeño beso en mi frente—. No quiero que sigas pensando en ella.

—Pero me he pasado, ¿no?

—Bueno, si yo hubiera estado ahí, hubiera dejado que le dieras algún que otro tirón de pelo.

No pude evitar reírme y él aprovechó el momento para abrazarme por la cintura.

—No pienses en eso, por favor. Y no me mires así, solo me preocupo por ti —pegó nuestros labios un breve momento, aunque incluso así me dejó sin aliento—. ¿Entramos?

Asentí con la cabeza y me dejé guiar hacia mi casa.

CAPÍTULO 31

Sorpresas

Empujé la puerta con el hombro cuando hube girado la llave. Scott me estaba observando expectante. Entrecerré los ojos y lo miré, sin abrir del todo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Scott.

—No pasa nada, ¿qué debería pasar? Nada. No pasa nada.

Entrecerré los ojos aún más, pero abrí de todas formas. Al darme la vuelta, un grito casi hizo que me cayera de culo al suelo.

—¡Sorpresa!

Resonó en la habitación haciendo eco, proveniente de las voces de todos los presentes. Me quedé unos segundos sin saber muy bien qué hacer cuando me di cuenta de que me estaban observando unas treinta personas con sumo interés. Parpadeé, sin saber muy bien si era real o estaba alucinando por un golpe que me había dado Stacy.

¿Me habían organizado una fiesta sorpresa después de todo lo que les había dicho acerca de que lo hicieran?

Miré a Scott y vi que estaba sonriendo un poco, metiéndose las manos en los bolsillos como un niño que ha hecho algo malo y se lo cuenta a su madre.

—Scott…

—Lo siento —se disculpó.

Volví a mirar al grupo de gente que estaba de pie delante de mí, con enormes sonrisas y ganas de celebrar mi cumpleaños. Se suponía que debía estar enfadada.

Pero era una agradable sorpresa, ciertamente.

—¡Felicidades! —gritó alguien acercándose a mí.

Abrí los ojos desmesuradamente y empecé a correr hacia el chico que lo había gritado; Nick, mi hermano mayor. Contemplé sus ojos grandes y amistosos, y su pelo castaño, dándome cuenta de que realmente se trataba de él. Me lancé a su cuello y noté cómo mis pies se elevaban del suelo durante unos segundos en los que me sostuvo intentando no caerse —él no estaba tan fuerte como Scott, y se me había olvidado por un momento—. Volví a soltarme y su expresión cambió a una confusión total.

—Pero, ¿qué ha pasado? Tienes sangre seca en el pelo —se alarmó mirando mi pelo.

—¿Eh? Ah, esto...

—¡Se ha peleado con un mapache por el camino! —gritó Jules acercándose a mí—. Pero ahora toca ponerla guapa, así que...

Noté como tiraban de mis brazos y me conducían a la habitación.

• • •

Minutos después volvía al salón con un vestido verde claro sencillo que, gracias a los Dioses, Lisa había traído de su casa por si lo necesitaba. Kia, Jules y Hannah habían estado ocupadas distrayéndome en el concierto, pero eso no impidió que me ayudaran a vestirme adecuadamente. Nada más llegar al rellano, cada una se fue por un lado y yo me puse a buscar a Scott o a mi hermano, pero no había ni rastro de ellos.

—Feliz cumpleaños —me sonrió Lisa cuando volví a encontrármela—. Todavía no te había felicitado.

—Oh, gracias —le devolví el abrazo que me dio—. Me alegra que hayas venido.

—He venido con Max, no sé si te acordarás de él.

Un chico alto y moreno apareció detrás de ella y me saludó con un gesto de la cabeza, pasándole un brazo por encima de los hombros.

—El cazador —sonreí.

—La presa. Feliz cumpleaños —me saludó él, a su vez.

—Gracias. ¿Habéis visto a Scott?

—Estaba por ahí con tu hermano, creo. Borrachos los dos. —Lisa puso los ojos en blanco—. ¿Quieres que te ayude a buscarlos?

—No te preocupes, disfrutad de la fiesta.

Así que volví a meterme entre la gente, recibiendo felicitaciones. Llegué al salón y Kia y Jules me bombardearon a fotos que querían subir más tarde a todas sus redes sociales, cosa que me detuve durante quince minutos, ya que a una no le gustaba cómo había quedado en la foto, la otra quería hacerla desde otro ángulo…

Cuando conseguí librarme de ellas respiré aliviada de nuevo. Sin embargo, apenas hube estado dos segundos sola cuando una figura tambaleante y risueña se acercó a mí.

—¡La cumpleañera! —saludó Adam tendiéndome la mano, algo borracho—. Te veo algo sobria.

—Y yo te veo a ti algo borracho.

—Pues, claro. Es una fiesta. De eso se trata. Anda, bebe.

Me pasó su vaso de plástico y me dije a mí misma que un sorbo no me mataría, por lo que le di un trago y empecé a toser.

—Pero, ¿qué es esto?

—Whisky —replicó, riendo.

—Muy gracioso, Adam. ¿Has visto a Scott?

Todavía estaba riendo cuando levantó el brazo para señalar en una dirección.

Levanté la vista y vi como Nick y Scott chocaban sus dos copas y se las bebían de un trago delante de varias personas que aplaudían. Era como si estuvieran dando un espectáculo. Lo entendí cuando vi dos filas de vasos de chupito vacíos. Iban por el quinto. Cuando terminaron el vaso, estallaron en carcajadas y empezaron a palmearse las espaldas como si hubieran hecho el mayor esfuerzo de su vida. Scott no calculó demasiado bien la fuerza y Nick se tambaleó, apoyándose en la encimera de la cocina. Decidí acercarme. Estaban tan ocupados riendo que no se dieron cuenta de que estaba ahí hasta que me aclaré la garganta. Giraron la cabeza a la vez.

—¡Tu novio me cae bien, Jess! —exclamó Nick con una sonrisa

de oreja a oreja.

—Ya lo veo. ¿Te conviene beber tanto? No estás acostumbrado.

—Yo soy el mayor y el que manda, así que yo diré cuándo será suficiente.

Puse los ojos en blanco cuando hizo una reverencia a su grupo de fans.

Scott me estaba analizando de arriba abajo cuando lo miré.

—Estás... —se acercó a mí y me cogió entre sus brazos— simplemente… Perfecta.

No pude evitar soltar una risa.

—Y tú, borracho.

Sonrió y antes de que pudiera reaccionar, sus labios estaban sobre los míos, y me obligó a abrazarlo —tampoco me opuse mucho —. El ya familiar y no tan molesto cosquilleo que solía acompañarme se instaló en mi estómago cuando se separó y me miró con una sonrisa.

—¡Sigue siendo mi hermana, tío! —escuché que decía Nick ligeramente irritado.

—Bueno, el porno en privado, ¿eh? —Lisa rio, acercándose a nosotros y tirando de mi brazo. Scott puso una mueca de desaprobación cuando me apartó—. No pongas esa cara, hermanito, enseguida te la devuelvo.

Mientras Lisa me guiaba entre la gente por el salón, Hannah me pasó un vaso lleno de vodka, que me bebí de un trago. Enseguida comprendí donde me llevaban: a los regalos. Me obligaron a sentarme en el sofá y enseguida alguien se abrió paso entre la gente con un carrito de supermercado lleno de regalos.

—¿Habéis robado un carrito? —enarqué las cejas.

—Bueno —Jules le restó importancia—. La dependienta no me caía bien, de todas formas. Que le jodan. ¡Vamos, ábrelos!

De repente solo se oía la música proveniente de los altavoces, ya que todos se habían quedado en silencio mirando como cogía un paquete pequeño y cuadrado. Desgarré el papel de regalo entre mis dedos. Cuando adiviné que era, sonreí.

—La trilogía de *Cincuenta sombras de Grey* —sonreí, mirando a Kia y Jules—. ¿Habéis sido vosotras?

Hacía unos meses había bromeado con eso acerca de que me gustaba leer, pero nunca había tocado un ejemplar de esos, por lo que había leído miles de libros, pero no unos de los más famosos.

—¡Pero, ábrelos!

Abrí la tapa y mis ojos se quedaron quietos, observando los trazos de tinta que había trazado alguien hacía poco tiempo. La boca se me secó y empecé a balbucear cosas sin sentido.

—¡Léelo en voz alta! —pidió Kia.

—Sí... —asentí con la cabeza, todavía perpleja—. «Para Jess, feliz cumpleaños y disfruta de tu día. E.L. James».

Todos estallaron en vítores mientras yo seguía sin creerlo.

—Pero, ¿cómo…?

—En realidad, no es suyo de verdad —Kia rio—. Lo firmamos nosotras. Pero si se lo enseñas a cualquiera que no te haya visto ahora se lo creerá.

Me eché a reír. Solo a ellas se les podía ocurrir ese regalo.

Unos regalos más tarde —colonias, ropa… Lo típico de los cumpleaños—, llegué a la conclusión de que mi favorito definitivamente no eran los condones fosforescentes de Adam. En cambio, los libros de las chicas y un vestido bastante bonito que me había dado Hannah, podían ser uno de ellos.

—¡El mío, el mío! —exclamó Lisa lanzándome un paquete verde bastante más grande que los demás cuando me quedé con las manos vacías.

Cuando vi lencería negra semitransparente en el paquete y la gente empezó a vitorear con ganas, sentí como mis mejillas se teñían de rojo. Solo Lisa podía regalarme una cosa así delante de treinta personas —mi hermano mayor entre ellos, que estaba intentando fingir que no había visto nada—. Me atreví a levantar la vista hacia Scott, que me guiñó un ojo descaradamente, a lo que los demás hicieron más sonoros los vítores.

Los siguientes regalos fueron principalmente maquillaje y otras

cosas parecidas. Mi hermano me regaló unos aros plateados muy bonitos que hicieron que lo mirara de reojo, preguntándome si los habría escogido él, con su pésimo gusto para la moda —especialmente femenina—, o su nueva y desconocida novia que no había venido.

—¡Scott! —Adam empujó a su mejor amigo hacia mí, de modo que quedó de rodillas, como si fuera a pedirme matrimonio.

Siendo completamente sincera, el regalo de Scott era el que había estado esperando durante toda la noche. Me preguntaba qué me habría comprado e, instintivamente, toqué mi collar, mordiéndome el labio inferior. Él me dedicó una sonrisa ladeada y vi cómo sacaba algo del bolsillo de sus pantalones. Entrecerré los ojos intentando ver algo que me dijera que era exactamente.

—¿No te recuerda esto a la vez que te pedí ir al baile? —susurró para que solo yo lo oyera, haciendo que riera nerviosa—. En serio, ni borracho como estoy me gusta que toda esta gente me mire de esa forma.

—Intenta ignorar que están ahí.

Él suspiró y me entregó el regalo.

—Sé que podría encontrar regalos mejores, pero, bueno... Tú también podías encontrar chicos mejores y, sin embargo, aquí estoy; así que imagino que, aunque el regalo no supere las expectativas, supondrás que lo he hecho con mi mejor intención...

Bajé la vista lentamente, esperando cualquier cosa, desde una joya —era muy pequeño para ser ropa— a un trozo de plástico. Me mordisqueé los labios mientras quitaba el papel del envoltorio, que quedó en un sencillo folleto de un hotel cercano a la costa. Fruncí el ceño y miré disimuladamente dentro del sobre. No había nada más. Solo… El folleto.

—Muy bonito.

Él soltó una carcajada ante mi reacción de tal manera que se tambaleó —también ayudó el hecho de que estuviera borracho.

—¡Ese no es el regalo, tonta! —siguió riendo—. El regalo es que he reservado una habitación el fin de semana, ¿qué te parece?

Lo miré unos segundos esperando que me soltara que era una broma, ya que sabía que el precio de una habitación en un lugar tan cercano al mar debía ser muy elevado. Pero no bromeaba, me estaba mirando con demasiada tranquilidad como para mentir.

—¿Te apetece?

—¡Pues, claro que me apetece!

Rodeé su cuello con mis brazos y él me sujetó de la cintura profundizando un abrazo cálido. Por un momento me olvidé de que todos nos estaban observando, solo quería estar con Scott, abrazarlo, besarlo, solo quería que él no se separara de mí.

Pero mi hermano seguía estando ahí, así que me separé de él. Hannah salvó la situación:

—¡Vamos, parejita, a bailar!

Me sorprendió que mi madre no irrumpiera en la casa, pero Nick me dijo que se había encargado de que no apareciera haciendo que pasara la noche en casa de tía Gwendollyn. Aunque también estaba el hecho de que ningún vecino viniera a molestar, teniendo en cuenta que estábamos en un bloque con la música fuerte, gritando y bailando.

Perdí la noción del tiempo al mismo tiempo que dejaba de contar el número de copas que había bebido. Solo sabía que estaba bailando como si no hubiera mañana con todos los invitados que encontraba. Agradecí a Scott el haberme abierto los ojos, porque no sabía lo que me había estado perdiendo tras años de no celebrar mi cumpleaños.

De pronto, alguien me cogió del brazo y me separó de los demás. Me costó adivinar quién era, hasta que entorné los ojos y lo reconocí.

—¡James! —lo saludé.

El chico que había conocido en la fiesta de Lisa junto con Max.

—Feliz cumpleaños —me felicitó con una sonrisa—. Lisa me avisó de que te harían una fiesta y quería venir a saludarte, pero ya tengo que irme.

—¿Ya? —puse un puchero—. Bueno, me alegra que hayas

venido.

—Me ha alegrado verte. Estás muy... —pareció que lo que iba a decir se quedó atascado en su garganta y me miró un poco incómodo—. En fin, feliz cumpleaños.

—Gra... —antes de que pudiera terminar ya se había ido.

Me quedé viendo la puerta unos segundos hasta que unos ruidos provenientes del balcón hicieron que mirara en esa dirección. Una corazonada me dijo que fuera lo que fuera tenía que esconderme, así que, torpemente, miré a través de las cortinas. Lo primero que vi fue a Hannah mirando a alguien tambaleándose ligeramente por el alcohol. A su lado estaba Adam, mirando la ciudad. Ambos en silencio.

Quizá debería irme.

—Tengo que decirte algo —empezó Hannah con voz arrastrada.

—Mejor que no me digas nada importante —Adam bromeó, atenazando la nariz de Hannah entre sus dedos—; mañana no te acordarás de nada, estás ebria.

—No, tengo que decirlo ahora porque si voy serena no seré capaz.

Definitivamente debería irme.

—Bueno, pues suéltalo.

—Me... Me gusta que estemos juntos —dijo ella mirando fijamente a Adam.

¿Por qué sigo aquí?

—Bueno, ya estamos juntos —él parecía confundido ahora.

—No... —Hannah dio un paso adelante y vi como el semblante de Adam cambiaba a otro más duro, más serio. No parecía el mismo de hacía unos segundos—. No así.

Adam no dijo nada, solo la miró en silencio.

—Yo… Yo quiero que estemos juntos. Y no en este sentido. Quiero que dejemos de vernos como amigos. Quiero que empecemos a estar unidos en otro sentido. Si quieres tú también.

No pude evitar sonreír cuando Hannah se puso de puntillas y cogió de la nuca a Adam, que se quedó estático, alucinando. Hannah

se separó un poco, mirándolo casi con miedo, pero él se adelantó esta vez y empezaron a besarse.

Vale, debía irme ya.

Con una sonrisa estúpida —porque el triunfo había sido de Hannah, no mío, aunque se sentía como si también me contagiara a mí su felicidad—, me alejé de ahí y volví a integrarme en la fiesta.

Dos horas después la gente ya se estaba yendo de mi casa, dejándola en un extraño silencio que casi me pareció un zumbido molesto. Los únicos que se quedaron fueron Nick y Scott, que me ayudaron vagamente a limpiar, aunque insistí que yo me encargaría al día siguiente. La gente había sido mínimamente considerada usando ceniceros y tirando la mayoría de los vasos a la basura.

—Bueno, Jessie —Nick me abrazó rápidamente, ninguno de los dos éramos muy cariñosos—. Tengo que ir a casa, Ariana me estará esperando —miró la hora—. Le enviaré recuerdos de tu parte —sonrió y bajó el tono de voz al inclinarse sobre mí, hasta quedar lo suficientemente cerca como para que me dijera algo que Scott no iba a oír—. Me gusta tu novio, cuídalo.

—Puedes quedarte a dormir.

—No puedo. Mañana trabajo. Pórtate bien, ¿eh?

—Lo haré —aseguré.

Me dio un beso en la frente y salió de casa.

Cuando la puerta se hubo cerrado, noté la mano de Scott sobre mi hombro desnudo. No pude evitar sonreír cuando me abrazó por detrás y dejó un pequeño beso sobre mi cabeza, apoyando su frente ahí. Coloqué las manos sobre las suyas.

—Yo también tengo que irme —murmuró—. Aunque me gustaría quedarme.

—Pues hazlo.

No iba a discutirlo y lo sabía. Pero igualmente quise insistir.

—Lo siento, nena.

Y se separó de mí, haciendo que sintiera un repentino frío. Lo cogí por el cuello de la camisa, atrayéndolo hacia mí para besarlo. En parte era efecto del alcohol, pero realmente quería hacerlo. Solo que

menos ebria no habría sido capaz. No tardó en corresponder a mi beso. Solo se separó cuando noté la pared en la espalda. Se metió las manos en los bolsillos y negó con la cabeza cuando puse una mueca de desaprobación.

—Te pasaré a buscar a las cinco.

Y se marchó.

Era la segunda vez que me dejaba con las ganas.

CAPÍTULO 32

Hotel

Al decir en el folleto que se trataba de un hotel de lujo, lo ponía muy en serio. Me sentía fuera de lugar con mis sandalias y mi sencillo vestidito prestado. Ni siquiera me había esmerado peinándome. Cada persona que pasaba por mi lado me miraba de reojo, de esa forma en que mirarías a alguien inferior a ti.

Scott me condujo por un vestíbulo enorme adornado con lámparas doradas y suelos de mármol. Vi una pequeña zona de espera en el fondo, entre los ascensores y las escaleras de madera. Los sofás eran de cuero oscuro. Sin embargo, nosotros nos detuvimos en la zona más cercana; un semicírculo de granito que hacía de mostrador. Tras él, una mujer nos sonrió con uno de esos gestos postizos que echas continuamente a los desconocidos cuando no te queda más remedio.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó.

—Tenemos una habitación reservada.

—¿A nombre de quién?

—Scott Danvers.

La mujer revisó su ordenador y al cabo de unos segundos hizo una seña a un hombre vestido de verde que nos cogió las maletas con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Qué problema tenían ahí con sonreír?

Bueno, teniendo en cuenta que es su trabajo…

—Esperamos que disfruten de su estancia en el hotel —sonrió la mujer antes de volverse a atender a otro cliente.

El botones entró en uno de los ascensores. No se parecía en nada al de mi edificio. En el mío tenías que tirar de una puerta que

chirriaba y pesaba mucho, golpear el botón del piso al que ibas con fuerza hasta que se iluminara y esperar pacientemente a que se cerrara. Ese era enorme; habríamos cabido al menos diez personas y en menos de dos minutos estuvimos en el tercer piso.

—¿Es un aniversario? —preguntó el hombre que nos acompañaba con una sonrisa.

Intenté responder, pero Scott se me adelantó:

—Algo así.

Cuando las puertas se abrieron contemplamos un amplio pasillo alumbrado con lámparas parecidas a las del vestíbulo que colgaban del techo. El botones se detuvo delante de una puerta blanca con adornos plateados e introdujo una tarjeta del hotel en el pomo. La puerta se abrió y Scott le indicó que dejara las cosas en el dormitorio. El botones se retiró dándonos la tarjeta y pudimos entrar.

—Uau —solté.

La habitación era casi tan grande como mi casa. Tenía cuatro butacas blancas y una televisión. Había dos enormes puertas; una de vidrio y otra de madera. Abrí la de vidrio y descubrí una enorme terraza con vistas al mar. Abrí la boca desmesuradamente. Desde ahí se veía la playa de extremo a extremo, y todo el puerto con las luces encendidas en los barcos. Volví a entrar y abrí la otra puerta. Una enorme habitación con una cama en la que habría cabido perfectamente el doble de los que íbamos a dormir ahí, llena de cojines y mantas, se extendía ante mí. Había unos cuantos armarios y otra puerta que llevaba a un cuarto de baño.

—¿Seré muy idiota si…?

No terminé la frase y escuché que se reía desde la otra habitación.

—Yo no se lo contaré a nadie.

Di un salto y caí boca abajo en el colchón, rebotando unas cuantas veces. Empecé a reírme contra la almohada.

—¿Qué te parece? —preguntó Scott apoyándose en el marco de la puerta.

—Que nunca había tenido un colchón tan cómodo —dije todavía

sin levantar la cabeza.

Soltó una carcajada.

—Pues, va a ser tuyo durante un día entero.

—Me encanta esto.

El colchón se movió cuando se colocó encima de mí, suspendido sobre las palmas de las manos y las rodillas. Lo miré de reojo.

—Es como estar con un Koala —dijo, sonriendo.

—Pues el Koala quiere dormirse aquí y no volver a levantarse jamás.

—Ah, no. De eso nada. No hemos venido hasta aquí para encerrarnos en una habitación de hotel.

—¿Seguro que no? —puse un mohín.

—Seguro. —Se inclinó y me dio un beso en la nuca—. Vamos, tienes que levantarte.

—¿Por qué?

—Porque he reservado mesa en un restaurante de aquí al lado —se volvió a poner de pie—. Ponte guapa.

—¿Acaso no lo estoy ya? —bromeé, poniéndome de pie también con su ayuda.

—Si quieres ir así vestida a mí no me importa.

—Vale —suspiré con dramatismo—. Pero después no me pienso mover del colchón en todo lo que me quede aquí.

• • •

El camarero nos condujo hacia una mesa alumbrada por unas cuantas velas, con un enorme ventanal al lado que daba directamente a la playa. Estábamos separados de los demás por unas cortinas de tela que ahora estaban cerradas en casi todas las mesas. El camarero me apartó la silla para que me sentara, mientras que Scott lo hizo solito. Nos dejó las cartas delante y se despidió deseándonos una buena cena. Miré a Scott por encima de la mesa, quien me devolvió la mirada, confuso.

—¿Por qué me miras mal?

—Porque esto te habrá costado una fortuna —enarqué una ceja —. Scott, no quiero que te gastes tanto dinero en mí.

—También es para mí, creída.

Puse los ojos en blanco cuando se rio.

—Ya me has entendido. Si me hubieras regalado una pulsera de cuerda o un collar de macarrones habría sido feliz igual.

—Soy más original que eso.

—O una pegatina que pusiera «la mejor novia del mundo...».

—No me gusta decir mentiras.

—¡Oye!

Estuve a punto de tirarle la servilleta a la cara cuando empezó a reír, pero luego me acordé de dónde estábamos y me detuve a tiempo.

—Quiero regalarte esto —me dijo, dejando la carta en la mesa.

—Pero…

—Ni siquiera pago yo. Paga mi padre. Daría lo que fuera por estar lejos de mí. Así que disfruta de esto y deja de preocuparte.

El camarero vino un rato después. Me quedé mirando por la ventana mientras Scott pedía su cena y me di cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no iba a ninguna —vivíamos bastante lejos de esta—. Tendría que convencer a Scott más tarde para acercarse a la orilla.

—¿Jess? Vuelve a la realidad.

—¿Eh?

Él rio disimuladamente y volvimos a quedarnos en silencio. Se puso serio.

—¿Sabes?

—¿Mmm?

—Hacía mucho tiempo que no estábamos a solas.

Asentí, tomando un sorbo de la bebida.

—Sí. Es cierto.

—Lo echaba de menos.

—Yo también. Últimamente entre exámenes y otras cosas…

Scott asintió con la cabeza y me dedicó una sonrisa pequeña.

—Estás preciosa.

Noté como mis mejillas empezaban a calentarse. Scott intentó no

reírse, pero al final no pudo evitarlo. Odiaba ruborizarme delante de él. Odiaba ser tan vergonzosa.

—Tienes que aprender a encajar un cumplido —repuso finalmente.

Sonreí a modo de respuesta.

—Tampoco podía ser perfecta —bromeé.

—Sí, bueno. A mí me gusta que seas tímida.

Haciendo caso a su último consejo, intenté no ruborizarme con todas mis fuerzas y le dediqué una sonrisa a modo de respuesta.

—Jessica —se volvió a poner serio y se miró las manos—. En realidad..., quería decirte algo importante.

Levanté las cejas, expectante. Si lo decía tan serio, no podía ser nada bueno.

—¿Qué ocurre, Scott? —alargué la mano hasta que tocó la suya. Noté sus dedos presionando los míos. Mi mano estaba helada en comparación a la suya.

—No quiero preocuparte.

Entrelacé nuestros dedos.

—Me preocupas más si no me lo dices, la verdad —intenté no sonar hosca.

—Jessica... —empezó.

Esta vez fue el camarero que nos interrumpió trayendo nuestros platos. Se despidió con una inclinación de cabeza. Cuando di el primer bocado me di cuenta de lo hambrienta que estaba y de lo buena que era la comida, así que empecé a tragar hasta que el plato estuvo limpio, al igual que el de Scott.

—Cuéntame algo sobre ti —me dijo de repente.

—¿Algo sobre mí? ¿A qué te refieres?

—No lo sé, algo que quieras hacer cuando seas mayor.

—Soy mayor —fruncí el ceño.

—Somos niños —rio.

—Vale, vale... —admití, riendo—. ¿Como una locura? No lo sé... La verdad es que quería casarme a los 18 solo para escandalizar a mi madre.

—¿En serio? —él se echó a reír.

—Sí... Pero creo que ya no lo haré. Dime tú, ¿algo que quieras hacer?

—Yo quería tatuarme algo para escandalizar a los míos. Y puedes ver que lo conseguí.

Me eché a reír.

Un rato después, habíamos tomado los dos platos y el camarero se volvió a acercar a nuestra mesa.

—¿Desearán postre los señores? —preguntó recogiendo los platos.

—¿Quieres? —me preguntó Scott. Negué con la cabeza—. ¿Puede traer la cuenta?

—Por supuesto, señor.

Por descontado, Scott no me dejó mirar lo que había costado, alegando que era mi regalo de cumpleaños y debía pagarlo él. Me resigné. Salimos del restaurante unos momentos más tarde. Ya eran principios de verano, por lo que no tuve la necesidad de ponerme chaqueta. Me cogió de la mano y empezamos a andar por el paseo marítimo casi desierto.

—¿Dónde quieres ir ahora? Esta vez te dejo elegir a ti.

Me lo pensé.

—Creo que se me ha ocurrido algo.

—¿El qué?

Le sonreí y me apoyé en su brazo para quitarme los tacones. Él solo me observó con el ceño fruncido.

—Ven.

Bajé a la arena y sonreí al notar las cosquillas poco familiares que sentí en los pies. Avancé hasta llegar a la más húmeda y me detuve para asegurarme de que Scott me estaba siguiendo. Sujetaba mis tacones a unos metros, observándome con la cabeza ladeada.

—¿El mar? —miró un momento a mi espalda—. Si no te apartas de ahí te va a alcanzar alguna ola.

—No te pre…

Di un salto y un chillido cuando noté el agua fría en los tobillos.

Eché a correr hacia él, que se estaba riendo de mí.

—No es gracioso.

—Te he avisado.

Puse los ojos en blanco y dejé que me abrazara y me besara.

—¿Te apetece una lección de baile? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Desde cuándo sabes bailar?

—Tomé algunas clases con Lisa —se encogió de hombros—. Sé hacer muchas cosas que te sorprenderían.

Al notar el doble sentido mis mejillas empezaron a arder.

Dio un tirón a mi brazo y me hizo dar una vuelta sobre mí misma. Resbalé ágilmente sobre la arena mientras seguía haciendo que nos moviéramos con algo de ritmo.

Al cabo de un rato estábamos sentados en la arena, yo con la espalda pegada a su pecho y él abrazándome por detrás. Apoyó la mandíbula sobre mi hombro y lo miré.

—A veces, pienso en lo que habría pasado de haber sido por la apuesta.

Noté que se tensaba un poco.

—No hablemos de eso.

—¿Por qué no?

—Porque… Porque no quiero pensar en ello.

—Estamos juntos gracias a eso. No es tan malo.

Él cerró los ojos y pegó su mejilla a la mía.

—Prométeme que seremos sinceros el uno con el otro —pedí—. Que no me volverás a hacer daño.

—Jess, yo no…

—Scott.

—Está bien. Lo prometo. Haré lo posible para protegerte de cualquiera que quiera hacerte daño. Incluso de mí mismo si es necesario.

Sonreí.

—No creo que sea necesario.

Ladeé la cabeza y lo besé.

—Te quiero.

Apenas oí la respuesta antes de que volviera a besarme.

Sin saber cómo, me tumbé en la arena y él se inclinó sobre mí. Sentía cada grano de arena clavándose en mi espalda, al igual que sentía cada uno de sus dedos en mis brazos. Acuné su rostro con las manos cuando se separó un poco para tomar aire. Volví a besarlo y él bajo la mano por mi pierna. Me separé al instante.

—Scott, estamos en una playa, tonto.

Levantó la vista.

—No hay nadie.

—¡Me da igual!

—Vale, vale.

Se puso de pie y tiró de mí para ayudarme. Me sacudí la arena del vestido mientras me miraba.

—¿Qué?

—Nada.

Empezamos a caminar hacia la carretera mientras entrelazaba un brazo con el suyo. Él me sonrió.

Había pocas cosas de las que estuviera completamente segura en esos momentos, pero una de ellas era, sin duda, que estaba irremediablemente enamorada de Scott. Y eso era difícil de cambiar.

Bueno, en realidad, tenía otra: Jessica 1 - 2 Scott.

CAPÍTULO 33

Razón

Solté un gruñido poco femenino cuando noté algo caliente —un rayo de sol, con toda probabilidad— sobre los brazos y la mejilla. Di la vuelta sobre mí misma y me cubrí con la manta hasta la cabeza. Apenas pasaron unos segundos hasta que alguien se tiró a mi lado. Asomé los ojos para mirar a Scott, que llevaba unos pantalones azules de pijama.

—Buenos días —me dijo.

Gruñí algo incomprensible y volví a cubrirme. Él me quitó la manta riendo.

—No puedes tirarte aquí todo el día.

Suspiré y empecé a estirarme. Ya se me había pasado el sueño cuando me froté los ojos.

—¿Hace mucho que estás despierto? —pregunté.

Estaba apoyado en su codo, inclinado sobre mí. Frunció un poco el ceño como si lo considerara y me cogió un mechón de pelo, acariciándolo con el pulgar y el índice. Qué raro en él.

—Mmm —respondió distraídamente—. No me gusta levantarme tarde.

—¿Y por qué no me has despertado?

—No lo sé, ¿quizá porque me habrías lanzado un zapato a la cabeza?

Me reí, pero lo golpeé juguetonamente en el hombro de todas formas.

—Cuando duermes pareces tan tranquila… Me ha dado pena despertarte. Mira en lo que te conviertes después.

—Qué graciosillo estás por las mañanas.

—Tendrás que empezar a acostumbrarte.

Sonreí atrapando una camiseta con la mano y poniéndomela. Caminé tranquilamente hacia el cuarto de baño y me mojé la cara para espabilar un poco. Cuando volví, él estaba tumbado.

—¿Qué haremos hoy? —pregunté sentándome sobre la cama.

—¿No era que querías quedarte aquí durmiendo?

—¡Lo digo en serio!

—Bueno... —se rascó la nuca, nervioso—. En realidad, hay un motivo por el que te he traído aquí y no a otro lugar.

—Vale —me tumbé a su lado mirándolo—. ¿Y cuál es?

Me miró unos segundos sin decir nada. Miles de posibilidades horribles empezaron a deslizarse por mi cerebro.

—¿Scott? —empecé a preocuparme.

—Mi madre y mi hermana más pequeña quieren conocerte.

Me quedé helada.

¿A su madre?

Era lo último que esperaba que dijera. Me había dicho en alguna ocasión que su madre vivía cerca de nuestro pueblo con su tía. Aunque no me habría imaginado jamás que estaba ahí por eso.

—Pero...

—Saben que eres consciente de casi todo de mi vida. Incluido lo de mi padre.

Eso me tranquilizó un poco. Por lo menos, no tendría que fingir. Se me daba fatal. Y más cuando estaba nerviosa.

—¿Quieres que les diga que no? —preguntó levantándose—. No estás obligada a ello. Lo sabes, ¿no?

—Claro que tenemos que ir. Me han invitado. Y tarde o temprano iba a conocerlas, ¿no? —los nervios volvieron a torturarme—. ¿Lisa estará?

—No. Ella ha pasado la noche con una amiga.

Un apoyo perdido.

—¿Seguro que quieres ir? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, por supuesto que sí.

Sonrió y se acercó a mí. En menos de diez segundos volvimos a

estar enredados el uno en el otro besándonos. Se separó y se puso de pie, tendiéndome una mano.

—¿Te apetece una ducha?

Reí y le cogí la mano.

• • •

—¿Preparada?

—No.

Enarcó una ceja.

—¿No?

—Es broma.

—No, no lo es.

—Pues no. Pero nunca voy a estar preparada, así que vamos a ello.

Sonrió cuando llamó a la puerta de madera que había delante de él. Mi corazón empezó a latir con fiereza cuando me tomó la mano y me dio un ligero apretón reconfortante. Apenas lo sentí. ¿Y si no les gustaba? ¿Y si no era lo suficientemente buena para él? Si no me hubiera estado sosteniendo la mano, me habría destrozado las uñas con los dientes.

La puerta se abrió lentamente.

Corrijo: a mí me pareció demasiado lento.

Una niña pequeña me miró desde su poca altura con sus enormes ojos azules. Su pelo oscuro estaba recogido en una cola de caballo que alzaba de dorma ligera sus pequeñas cejas. De repente su mirada se clavó en Scott y sonrió ampliamente, así que pude apreciar que le faltaba un diente.

—¡Hermanito! —saltó a las piernas de Scott como un saltamontes y se aferró con brazos y piernas. Scott le dio un pequeño abrazo algo incómodo.

—Hola, pequeñaja —sonrió mirándola—. Te he traído a alguien, Emily.

Emily alzó la vista hacia mí y me escrutó con la mirada como con rayos x. Sonreí algo incómoda. No me gustaba que se me quedaran mirando.

—¿Eres Jess?

—Así es.

Volvió a repasarme de arriba abajo.

—Bueno, vamos a ir entrando, ¿no? —Scott salvó la situación.

La casa era sencilla; un recibidor pequeño, un salón con unas estanterías y unas pocas ventanas, la televisión y un sofá, una cocina pegada y un pasillo a mi izquierda que probablemente conducía a las habitaciones, supuse. Me recordó vagamente a mi casa, solo que esta estaba bien decorada.

—Bonita casa —comenté.

—Se parece un poco a la tuya —me dijo Scott, casi adivinando mis pensamientos.

Emily se sentó en el sofá con los pies colgando. Seguía mirándome fijamente sin disimular. Me sentía como si estuviera pasando una examinación rigurosa.

—Esta es mi madre, Jess.

La voz de Scott me devolvió a la realidad. No me había dado cuenta de que había una mujer de pie en la cocina. Era más alta que yo —como la gran mayoría de la gente—. Tenía el pelo rizado y de color negro. Según como lo mirabas podía incluso parecer azul. Lo que sí era azul eran sus ojos, los que habían heredado todos sus hijos.

—Esta es Jessica, mamá —me presentó Scott con cierto tono de incomodidad en la voz.

Me pareció una eternidad mientras yo misma esbozaba algo parecido a una sonrisa. Estaba demasiado nerviosa como para preocuparme de que fuera convincente. En su lugar, solo fui capaz de ver los ojos de la madre de Scott escrutándome como si fuera su hija.

Es hereditario. Suerte que solo afecta a las mujeres de la familia. Si Scott me hubiera mirado así alguna vez probablemente habría salido corriendo.

—Encantada de conocerla, señora —murmuré.

Después de lo que pareció toda una vida, se acercó a mí y se

agachó para darme un abrazo. Estaba bastante más delgada de lo que parecía. Se lo devolví sin saber muy bien si reír o llorar y se separó sonriente. Mi cuerpo entero empezó a relajarse cuando me di cuenta de que era una buena señal.

—Puedes llamarme Lindsay, Jessica.

—Lindsay —corregí.

—Creí que nunca traería una chica —miró fijamente a Scott, que entornó los ojos hasta dejarlos en blanco—. Has tenido que convencerlo tú, ¿no?

—En realidad, él me lo ha propuesto.

—¿Él te lo ha propuesto? —se sorprendió sin disimularlo en lo más mínimo.

—Sí, mamá. Aunque no te lo creas, soy un buen hijo. —Scott de cruzó de brazos.

—No te pongas así —Lindsay le hizo un gesto con la mano y me puso un brazo sobre los hombros—. Ven aquí, cielo, ¿te apetece tomar algo? ¿Café? ¿Té?

—Un té sería perfecto.

Me sentía un poco cohibida. Apenas recordaba lo que era que me trataran de forma tan maternal. Nos sentamos todos en el sofá. Emily no tuvo más remedio que ponerse de pie y acomodarse en la alfombra. Por lo menos, había dejado de mirarme a mí.

—Eso sí que es un cambio —murmuró Lindsay levantándose y yendo hacia la cocina—. Scott teniendo iniciativas con su madre.

—Siempre vengo a verte —protestó él, acomodándose en el sofá a mi lado.

—Creo que no tenemos el mismo concepto de *siempre.*

Me reí cuando Scott se pasó una mano por la cara y Lindsay me guiñó un ojo.

—Eres muy baja —me dijo Emily.

Muchas gracias por remarcar uno de mis defectos, Emily.

—Mira tú quién fue a hablar. —Scott salió en mi defensa rápidamente—. La chica más alta del país.

—Yo soy pequeña. —Emily frunció el ceño.

Incluso tenía el hecho de fruncir el ceño tan fácil como su hermano.

—No seas maleducada, Emily —la regañó Lindsay al volver con una bandeja con tazas de té. Me miró—. Lo siento, a veces es demasiado sincera.

—No hay problema —aseguré.

—¿Lo ves, mamá? No hay problema.

—Tú a callar. —Scott la señaló con un dedo, a lo que ella le sacó la lengua.

Sonreí. Nunca me habría imaginado que su familia fuera a ser así.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Emily, inclinándose hacia delante con sumo interés.

—Eh...

Miré a Scott. Intercambiamos una rápida mirada para después sonreír un poco ambos. Probablemente ninguno de los dos quería hablar de lo bien que nos habíamos llevado los primeros años en que nos conocimos.

—En clase —dije yo, finalmente. Lindsay me sonrió.

—Íbamos a Matemáticas juntos.

Parpadeé sorprendida y lo miré. Nos habíamos conocido de verdad en clase de matemáticas. Pero de eso hacía ya muchos años, ¿por qué se acordaba?

—Matemáticas. —Emily puso una mueca de desagrado.

—¿Y lleváis mucho tiempo juntos? —siguió Lindsay, vertiendo un poco de té en cada tacita.

Ahí venía la otra incógnita, ¿el mes en que fingimos estar juntos contaba? ¿Y la temporada en la que habíamos estado distanciados? Miré de nuevo a Scott. Él fue quien habló primero esa vez:

—Tres meses.

Para él la propuesta y lo demás sí contaba. Me pareció bien.

Esperé que Lindsay no hiciera más preguntas sobre ese tema. Por suerte, desvió un poco la conversación:

—Imagino que él no te habrá hablado mucho sobre sí mismo —le

dedicó una mirada reprobatoria—, no le gusta demasiado.

—Algo me ha contado —admití, sonriendo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hijo? —bromeó Lindsay.

Todos nos reímos menos él. Se limitó a soltar una risita sarcástica.

—Bueno, para lo que no te haya contado, aquí estoy yo. ¿Quieres ver el álbum de fotos de cuando era pequeño? Era bastante gracioso cuando...

—¡Mamá!

—Para eso estoy, ¿no? Para avergonzarte un poco.

—¿Y yo para qué estoy? —Emily enarcó una ceja, cruzándose de brazos.

—Tú de planta en el rincón, enana. —Scott le guiñó un ojo.

La pequeña se abalanzó con los puños por delante sobre Scott y empezó a perseguirlo por el salón, aunque Scott la esquivaba en el momento en que lo rozaba todo el rato. Se fueron persiguiendo por el salón hasta que salieron de este y nos dejaron a solas. Lindsay se sentó en el sofá y dio una palmadita a su lado, para indicar que me acercara un poco más.

Oh, oh. Momento interrogatorio.

—Bueno, cuéntame cosas sobre ti, Jessica. Tengo curiosidad.

Empecé a ponerme nerviosa de nuevo. Me recordó a una ocasión en que me había presentado a un examen sin estudiar y me quedé en blanco mirando las preguntas.

—No hay muchas cosas que contar.

—Entonces, dime, ¿cómo os conocisteis de verdad?

Así que nos había pillado.

Mejor la verdad que nada.

—Hemos dicho la verdad, pero, al principio, no nos llevábamos demasiado bien.

—Ajá —asintió, como si lo comprendiera a la perfección—. Problemas de niños.

—Sí, pero con los años fuimos ignorándonos el uno al otro hasta hace tres meses.

Por favor, no preguntes, por favor...

—Ya veo —tomó un sorbo de té—. Es curioso como la vida va poniéndote a las personas más importantes de tu vida frente a ti sin que te des cuenta, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, aliviada, y tomé un trago de té. Apenas noté el sabor.

—¿Puedo hacerte una pregunta, cielo?

—Sí, sí, claro.

—¿Te gusta de verdad mi hijo?

—¿Qué?

La pregunta me había dejado totalmente desarmada. ¿Esa era la clase de pregunta que te hacía normalmente tu suegra al conocerla?

—Es una pregunta sencilla.

—Sí, sí, lo sé, pero no me la esperaba —balbuceé como una idiota.

—No me malinterpretes, es que sé que mi hijo te aprecia de verdad y no me gustaría que lo pasara mal. Son preocupaciones de madre. Si algún día lo eres, me entenderás.

Tomé un largo trago de té, empezando a notar las palmas de las manos sudorosas.

—Sí, me gusta. Claro que me gusta —dije.

—¿Por qué?

¿En serio?

Hubo silencio.

—Señora Danvers, yo no…

—Te prometo que será la última pregunta incómoda que te haré —me sonrió, pero no me tranquilizó cuando me puso una mano en el hombro.

Respiré hondo. Otra vez esa sensación de presentarse a un examen sin haber estudiado. ¿Por qué quería a Scott? Supuse que tendría varios motivos, pero no era como si me parara a pensarlos cada día. De hecho, todo había sucedido tan rápido que no me había detenido a analizar la situación. Estaba delante de la madre de mi novio. Me estaba mirando fijamente. Y yo no sabía qué decir.

Me miré las manos, incapaz de sostenerle la mirada.

—Yo... —empecé, y tuve que aclararme la garganta—. La verdad es que nunca me he detenido a pensarlo. No estoy segura de por qué siento lo que siento, señora Danvers. Sé que me siento bien con él. Por cómo trata, o cómo es por sí mismo. O, incluso, por la forma en que habla. A veces, es mejor dejarse llevar y no analizar la situación. Creo que eso lo aprendí, en parte, gracias a su hijo. Supongo que por pequeñas cosas que se van sumando una a una hasta formar algo grande. No sé en qué momento empezó todo esto, pero yo sé lo que siento. Y hay cosas que no deberían expresarse en palabras.

Silencio.

¡Olé tú!

Levanté la mirada casi temblando. No sabía si me había pasado con la pizca de mordacidad que le había echado al discurso. Ella se quedó mirándome fijamente con la misma cara que solía tener su hijo cuando estaba en modo hielo. Sin embargo, ella sonrió un poco al cabo de unos segundos y desvió la mirada.

—Eso ha sido bonito.

Sonreí sin saber qué decir. ¿Un *gracias* sería muy estúpido?

—Tienes razón. Ha sido un poco irrespetuoso de mi parte atacarte con eso nada más llegar. Pero entiéndeme, mi hijo no lo ha pasado muy bien con el tema de… De su padre y lo demás —suspiró, sirviéndose más té, supuse que por hacer algo—. Me alivia un poco saber que, al menos, no está solo.

—Si no estuviera yo estarían sus amigos —pensé en Adam—. Puede estar tranquila.

—Sabes a lo que me refiero.

Sonreí tímidamente.

—Scott es afortunado de haber encontrado a alguien que conozca sus demonios y aún así quiera quedarse con él.

Respiré hondo. Se sentía, en parte, como si fuera una advertencia para que no le hiciera daño.

—Aunque me era suficiente ver cómo le brillaban los ojos cuando

hablaba de ti —me volvió a mirar—. Admito que incluso me puse un poco celosa al principio. Pero era demasiado egoísta de mi parte.

—¿Celosa? —parpadeé, sorprendida.

—Claro. A ninguna madre le gusta que su hija prefiera a otra mujer antes que a ella —iba a replicar, pero siguió hablando—. Pero me gusta verlo hablar de ti. Tiene ese efecto.

—¿Qué efecto? —me atreví a preguntar.

—Haces que le merezca la pena vivir.

—Señora Danvers…

—Lindsay.

—Lindsay —me corregí—, no creo que…

—Tú no sabes cómo ha estado estos años. No hablaba. Ni conmigo ni con mi otra hija. Se evadía y nunca estaba en casa. Las cosas cambiaron hace unos meses. Creo que desde que estáis juntos. Empezó a sonreír más, nos ayudaba en casa… Incluso, nos pidió que nos fuéramos a vivir con mi hermana. Puedes estar segura de que lo último que yo quería era dejarlo solo con un hombre como mi marido, pero no podía dejar que Emily siguiera viviendo en un lugar así. Y creo que las cosas se han calmado desde entonces.

Recordé que hacía tiempo que a Scott no se le veían moretones como antes. De hecho, ya solo tenía pequeñas marcas antiguas.

—Eso está bien —murmuró, más para sí misma que para mí—. Es perfecto.

—Pero él sigue viviendo con ese hombre —dije, y no pude evitar el tono de reproche.

—Ya lo sé. Y puedes culparme a mí, si quieres, pero fue él quien quiso quedarse ahí por mucho en que insistí en que viniera. Supongo que ahora sabemos el motivo —me miró de reojo, y me sentí increíblemente culpable.

¿Scott se había quedado viviendo con su padre solo para no alejarse de mí?

Abrí la boca para responder, cuando alguien entró en el salón como un terremoto, abriendo la puerta de par en par. Por instinto, las dos nos levantamos de golpe. Scott estaba pálido como el

mármol, mirándome directamente, apenas sin respirar. Fruncí el ceño. Sostenía el teléfono en una mano temblorosa.

—Tenemos que irnos, ahora —dijo.

Intercambié una mirada con Lindsay, dispuesta a despedirme, pero la mano de Scott atrapó la mía y me arrastró hasta fuera de la casa antes de que pudiera. Su madre pareció entender, porque no dijo absolutamente nada. Su hermana estaba bajando las escaleras con aire curioso cuando él cerró la puerta y me arrastró hasta el coche. Cuando llegamos ahí me zafé de sus manos.

—¿Qué demonios ocurre? —le pregunté.

—Es.. Adam —su voz estaba temblorosa—. Le han dado una paliza, está en el hospital.

—¿Qué? —abrí los ojos de par en par— ¿Quién? ¿Por qué?

—No es seguro pero…

Se quedó en silencio y me impacienté.

—¿Quién?

—Mike.

CAPÍTULO 34

Adam

El hospital me pareció demasiado lejos incluso cuando Scott había estado conduciendo tan deprisa que mis dedos se aferraban, inconscientemente, a los bordes de los asientos de cuero. Preferí no decirle nada porque lo conocía y sabía que si le hablaba seguramente sería peor. Además, ya estaba bastante nervioso.

Pero cuando llegamos a un semáforo en rojo y empezó a soltar palabrotas contra la nada, no pude más y lo miré.

—Tienes que tranquilizarte.

Me miró como si me hubiera vuelto completamente loca.

—¿Qué?

—Estar nervioso ahora no solucionará nada. Tranquilízate —coloqué la mano sobre la suya—. Es Adam. Siempre se libra de todo. Estará bien.

Ni yo misma me lo creía.

Él me miró unos segundos, pero después tuvo que volver a concentrarse en el semáforo, porque se había puesto en verde. Por lo menos, redujo un poco la velocidad.

Entramos prácticamente corriendo, Scott me cogía de la mano. Aunque me la estaba dejando sin circulación, no abrí la boca para quejarme. Las habitaciones de las emergencias estaban en el segundo piso, así que cogimos el ascensor. Al cruzar el pasillo de las habitaciones, vi una melena rubia.

—¡Hannah! —la llamé, acercándome a ella.

Cuando se giró me quedé congelada, sin poder acercarme más a ella. Tenía un labio partido, y el pómulo en un tono entre rojo y azul, aunque lo que peor se veía era el brazo, que ahora llevaba un

cabestrillo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y me abrazó como pudo con su brazo bueno. No pude devolverle el abrazo.

—¿Qué ha pasado? —procuré que mi voz no sonara asustada. Fue inútil.

Scott llegó a nuestro lado cuando Hannah empezó a hablar.

—Estábamos en la cafetería y salimos cuando de repente, llegaron unos chicos... Tres o cuatro... Empezaron a golpear a Adam, gritándole cosas sin sentido. Fue tan de repente que Adam ni siquiera tuvo tiempo de defenderse. Intenté ponerme en medio, pero… —se miró a sí misma y después clavó los ojos en Scott—. No era Mike. Iban con pasamontañas, pero no era Mike, de eso estoy segura.

—Tiene que venir conmigo, señorita —indicó una enfermera acercándose a Hannah.

—Espere, ahora iré.

—Tiene que venir —insistió la mujer.

—Nosotros estaremos con él —aseguré—. Ve.

Finalmente, se dejó guiar.

Miré a Scott con cierto miedo. No quería que hiciera ninguna tontería. Pero no parecía estar por la labor, simplemente observaba la puerta. Como pasaron los segundos sin que se moviera, fui yo quien la empujó y entramos.

Me cubrí la boca con las manos.

La habitación solo tenía una cama, que estaba ocupada por el cuerpo inerte de Adam. Tenía los ojos cerrados, aunque uno estaba más hinchado que el otro, por lo que probablemente no lo abriría al despertar. Vi golpes por sus hombros, brazos y manos, incluso. Sus labios estaban agrietados y su nariz torcida. Tenía marcas rojas en el cuello, como si alguien hubiera intentado estrangularlo.

—Dios mío...

¿Quién demonios había sido? No era normal que le hicieran algo así. Y Adam nunca se metía en problemas, todo el mundo lo quería, ¿por qué a él?

Scott pasó por mi lado y se detuvo en seco apenas a un metro de

distancia de la cama. Se esfumó cualquier color en su rostro, dejándolo solo entre blanco y verde, como si fuera a vomitar. No dijo nada, y no supe qué decir. Adam gruñó algo, pero no parecía dormido —se habría despertado—, quizá lo habían sedado. Soltó una pequeña protesta de dolor.

—Es culpa mía —murmuró finalmente Scott.

Me acerqué a él y, al ver que no se quejaba, lo abracé.

—No es culpa tuya, Scott —susurré, acariciando su espalda con los dedos, y apoyando la frente en su hombro. No podía seguir mirando a Adam—. No es culpa de nadie.

—No debí meterme con Mike —insistió, con la voz quebrada, aunque sin llorar—. No debí hacerlo, y Adam ahora estaría bien. Es culpa...

—Hannah dijo que no fue Mike.

—No sabemos si Hannah estaba en condiciones de ver nada. Sigue siendo culpa mía...

—No —lo interrumpí—. Scott, nadie tiene la culpa de que Mike sea un hijo de puta. Si es que fue él, claro. Adam se recuperará, y dentro de poco se reirá de todo lo que ha pasado, ya verás. Estará bien.

No quería decir mentiras —no sabía qué pasaría—, pero no quería hacerle daño.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—No estoy segura, pero hay que tener esperanzas.

• • •

Decidí acompañarlo a su casa y después pedir un taxi para ir a la mía. Como había insistido en quedarse a dormir en el hospital, tuve que —prácticamente— arrastrarlo hasta el coche, y conducir yo misma hasta su casa. Parecía perdido, en shock. Demasiado en una noche, supuse.

—¿Sabes? Casi no sé conducir —murmuré para romper el silencio mientras encendía el motor—. Quizá no superemos los veinte kilómetros por hora en todo el trayecto. Ya te aviso.

Reí un poco, pero la risa se quedó ahogada cuando vi que él no

la correspondía.

Cuando entré en su casa ni siquiera me giré para mirar a su padre, que estaba en el sofá con una cerveza en la mano, rascándose la enorme barriga. Me miró anonadado, y luego miró a su hijo, que parecía perdido en su propia cabeza, guiado por mi mano.

—¿Qué demonios...?

No lo escuché, subimos a su habitación y cerré la puerta. Él me miró.

—Jess…

—Como vuelvas a decir que es culpa tuya te dejo, te lo advierto.

Conseguí sacarle una pequeña sonrisa mientras se sentaba en la cama.

—Quédate —me pidió.

Cerré los ojos cuando escuché los pasos de su padre subiendo las escaleras.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Mi madre —murmuré—. Ya la he dejado sola demasiado tiempo.

Pareció comprenderlo, pero le dolía que lo dejara solo. A mí también, pero era mi responsabilidad. Me agaché y lo besé.

—Mañana vendré. Lo prometo.

—¿Te llevo a…?

—Cogeré un taxi.

Volví a besarlo y salí de la habitación sintiéndome culpable por dejarlo a solas. Nada más llegar al pasillo, sentí que me caía encima un peso enorme. Su padre me miraba fijamente. Estaba borracho. Había una botella vacía en el suelo. La recogí casi por costumbre y lo encaré.

—¿Eres la novia de mi hijo o algo así? —preguntó con desdén.

Asco de persona.

—Sí.

—¿Y por qué no lo sabía?

—Quizás porque mientras le da palizas a su hijo, se le olvida contarle su vida.

El efecto de mis palabras fue casi inmediato; se puso rojo de rabia y se acercó a mí a grandes zancadas. En general, no me metía en muchas peleas, así que me intimidó bastante el hecho de que un hombre de 40 años, metro noventa y brazos gruesos, se acercara con esa mirada llena de odio hacia mí. Retrocedí y escuché un estallido cuando choqué contra la pared y la botella que tenía en la mano se rompió. Un dolor agudo me perforó la mano, pero decidí ignorarlo.

—¿Va a pegarme? —pregunté, intentando sonar más valiente de lo que en realidad estaba.

No respondió, y cuando se quedó demasiado cerca de mí, levanté la botella rota —era la mejor defensa que tenía— y conseguí que se detuviera. Al ver el poder que tenía, lo hice retroceder hasta que fue él quien estuvo contra la pared. Miró la botella rota con desconfianza. Casi me puse a lloriquear cuando vi que tenía la palma ligeramente ensangrentada.

—Suéltame, estúpida —ordenó con voz temblorosa.

Parece que ya no es tan valiente.

—No soy ninguna estúpida, ni ninguna niña. Yo, por lo menos, estoy segura de que cuando sea mayor no me dedicaré a hacer la vida imposible a mi familia, y especialmente a Lindsay y a Scott, que lo están pasando como la mierda por su culpa, imbécil. Ojalá tuviera suficiente cerebro para sentir remordimientos sobre todo lo que ha hecho a su familia.

Tiré la botella al suelo, y salí de esa casa. No quise coger un taxi, así que me dediqué a caminar por la acera oscura. Recordé vagamente que en clase nos habían dicho que no debíamos ir solas por la calle de noche, pero me dio un poco igual. Lo último que me faltaba ya era que me robaran. Tenía el cuerpo entumecido por el frío y me presionaba un trozo de papel de cocina que había robado de la casa de Scott contra la herida de la mano. Era un pequeño rasguño, pero escocía mucho. La casa de Scott estaba a una media

hora cogiendo atajos a pie, así que me pasé esa media hora caminando en silencio, sin querer pensar en la situación. Al abrir la puerta de casa, encontré a mi madre apoyada con la espalda en la pared, y una botella en la mano.

No, por favor, no.

—Jessica...

—No, mamá —estaba agotada, no podía soportar ahora que mi madre me echara la bronca—. Ahora no. Tómate las pastillas y déjame en paz.

Pero insistió, porque me detuvo por el brazo cuando empecé a andar hacia mi habitación. La miré fijamente, ella permanecía sin ninguna expresión en el rostro.

—Necesito que me perdones, Jessica —me miró intensamente —. He dejado la bebida. He aprovechado estos días en los que no estabas para empezar a acudir a un profesional.

Eso sí había llamado mi atención.

Noté como mi cabeza palpitaba.

—¿Qué?

—Guardaba esta botella —la miró con gesto de reprobación— para esta noche. Pero creo que es mejor que te la quedes tú. Como señal que te pruebe que voy a dejarlo definitivamente.

Sostuve la botella cuando la dejó sobre mis manos y una punzada de dolor me invadió el pecho. No sabía por qué, pero de repente me sentía la peor persona del mundo. ¿Era posible que ella hubiera estado todo este tiempo intentando dejarlo y yo se lo pagara con mi desprecio? ¿Podía ser? Si así era, era despreciable.

—Solo quiero recuperar a mi hija —murmuró.

Tragué saliva fuerte, hasta el punto en que me dolió la garganta.

Quizá fue porque había tenido demasiadas emociones en poco tiempo —en un mismo día—, o por el agotamiento, o simplemente porque era una floja, pero dejé la botella en el suelo y me puse a sollozar con fuerza. Salté sobre mi madre y la abracé cálidamente. Ella me lo devolvió al cabo de unos segundos. No sabía cuánto tiempo hacía que no abrazaba a mi madre, pero necesitaba hacerlo.

Necesitaba que fuera mi madre por una vez.

—Lo siento —murmuré.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Yo también lo siento.

Veinte minutos después estaba contándole todo lo que había sucedido los últimos días, y ella me escuchaba atentamente, sin decir nada. Solo asentía en silencio, moviendo apenas la cabeza, ponía muecas o simplemente sonreía. No sabía por qué exactamente se lo estaba contando, pero me sentía mejor ahora que lo había soltado todo, como si por primera vez en mucho tiempo me hubiera quitado un saco lleno de piedras de la espalda.

—...Y por eso ahora estoy seriamente con Scott.

Me miró en silencio.

—Scott es un buen chico —asintió con la cabeza—. Se nota que te quiere mucho.

—Sí, lo es.

Es casi cómico pensar en el contraste de lo que dijo de él hace tres meses y lo que decía ahora.

Estuvimos toda la noche hablando sobre nuestras vidas, y me enteré de que ella no había estado con ningún hombre desde Bob. No había tenido tiempo. Pero que si a partir de ahora podía controlarse con el alcohol intentaría encontrar a alguien. Casi se me había olvidado el tema de Adam —de lo cual me sentía muy culpable — cuando subí a mi habitación y vi que el móvil tenía dos mensajes nuevos. Uno era de Scott:

¿Por qué no me has llamado al llegar a casa?

Le respondí rápidamente.«Mi madre me ha distraído un poco. Mañana te cuento. No te preocupes. Duerme bien x».

El otro era de Matt. Ese no me hizo tanta gracia. Dudé un momento antes de pulsar encima, pero lo hice.

Escribió: «Me he enterado de lo de Adam. Llámame cuando puedas».

¿Que lo llamara? ¿Cómo sabía lo de Adam? ¿Quién se lo había contado? Hannah solo nos había avisado a la familia de Adam y a

nosotros. Él no podía haberse enterado por ese medio. Solo quedaba la posibilidad de que hubiera sido por las bocas de los que le habían dado la paliza al pobre Adam.

Marqué su número.

—¿Cómo te has enterado de lo de Adam? —gruñí cuando descolgó.

—Tranquila, fiera —casi pude notar como sonreía—, tengo mis contactos.

—¿Crees que me importan tus contactos de mierda?

—Tranquilízate, lo digo en serio —dijo, y no pareció sonreír esta vez—. Solo intento ayudar.

—No veo en qué puedes ayudarnos tú.

—Sé quién le hizo eso a Adam.

¿Mike?

—Ya lo sabemos, gracias —mentí.

—No, dudo que lo sepáis —Matt negó—. No es Mike, si estás pensando en eso.

Entrecerré los ojos con desconfianza.

—¿Quién?

Hubo unos instantes de silencio.

—Erik, Harry y Craig.

—¿Cómo?

¿Habían sido ellos?

—A Erik no le hizo mucha gracia que te metieras con su novia en ese concierto.

—¿Erik y Stacy están juntos?

—Sí, desde hace unas semanas. Solo quería que lo supierais. Meteros con Mike no os habría salido demasiado bien, la verdad.

Silencio de nuevo.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —no pude evitar preguntar.

—Porque quiero. No creas que es una disculpa por lo que pasó. Yo no pido disculpas.

Negué con la cabeza.

—Gracias, supongo.

Se aclaró la garganta antes de decir *de nada* y colgar.

CAPÍTULO 35

Cena

Desperté cuando noté algo suave sobre el hombro. Sonreí sin siquiera abrir los hombros cuando alguien me besó. Scott estaba a mi lado, apoyado sobre un codo.

—Hola.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté con voz adormilada, mientras me ayudaba a incorporarme.

—Tu madre estaba extrañamente simpática conmigo cuando llegué. Me dijo que estabas durmiendo, y que te viniera a buscar para ir al instituto.

Le expliqué todo lo ocurrido la noche anterior con mi madre. Ahora estaba sentada sobre sus rodillas sobre la cama, rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Me sentía tan bien con su proximidad. Y eso que mi humor por las mañanas solía ser peor.

—Oh, ahora lo entiendo todo —murmuró, acariciando con su pulgar mi mandíbula, distraídamente—. Mi padre tartamudeaba esta mañana.

Me apreté más a él, mirándolo a los ojos.

—¿Y tú cómo estás?

Me evitó con los ojos.

—Voy tirando.

Le acaricié la mejilla con la palma de mi mano, sintiendo como me pinchaba ligeramente con la barba corta que llevaba. Cerró los ojos, acunando su cara en mi mano.

• • •

Dos días después abrí la puerta de la habitación, ya que Scott no se había atrevido a nada desde la llamada urgente de Hannah desde el hospital. Observé la habitación cuidadosamente, dándome cuenta de que mi corazón había dejado de latir desde el instante en que mis dedos habían tocado el pomo. Clavé la mirada sobre la cama de Adam, donde este me devolvió la mirada, sonriendo.

—¡Pero si es la parejita! —exclamó.

Dios, no me lo podía creer.

Antes de que pudiera darme cuenta, Scott pasó delante de mí y se acercó a Adam. Se sostuvieron la mirada unos segundos hasta que por fin Scott se agachó y le dio un abrazo afectivo. Sonreí ante la escena, dando también un pequeño abrazo a Adam. Luego me senté en la silla de al lado, junto a Hannah. Todavía tenía los golpes frescos. El ojo se le había deshinchado un poco y los golpes se estaban volviendo azules, pero por lo demás parecía contento. Era el Adam sonriente de siempre.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—¿Yo? —Adam se encogió de hombros—. Yo perfectamente, Jessie; no tienes por qué preocuparte por mí.

Me guiñó un ojo y empezamos a reír.

—Tu cara morada no dice lo mismo, colega —apuntó Scott.

—Ya, bueno —Adam sonrió—. Marcas de guerra, ¿no? Me han dicho que lo peor son los puntos de la ceja. Nada grave. Lo peligroso será cuando pille a esos cabrones, vas a ver... Los voy a matar. Tienen suerte de que me tengan aquí retenido sin poder moverme.

—Los vamos a matar, habla en plural —Scott sonrió.

Hannah y yo pusimos los ojos en blanco.

Nos pasamos la tarde con Adam y Hannah, informándonos de todos los acontecimientos que habían ocurrido. Ellos aprovecharon para contarnos que ya era oficial que estaban juntos formalmente.

Cuando salimos de nuevo, Scott apretó brevemente mi mano, con nuestros dedos entrelazados. Cerré los ojos y apoyé la frente en su hombro.

—¿Estás cansada? —me susurró contra el pelo, guiándome hacia

el coche, donde me abrió la puerta del copiloto.

—Un poco.

—Pues reserva tus energías, nena —me sonrió, acariciando un mechón de mi pelo—. Tenemos una cena muy importante.

—¿Qué cena? —despertó mi curiosidad.

—Tu madre me dijo que no te gustaría la idea.

Me detuve y lo miré, horrorizada.

—¿Qué has hecho?

—Nada —sonrió—. Solo he organizado una cena con tus abuelos.

—¿Qué?

• • •

—¡Jennifer! —exclamó la abuela Lauren al verme llegar a casa, vestida con un sencillo vestido veraniego azulado.

—Es Jessica, abuela —puse los ojos en blanco—. Jennifer es tu otra nieta.

—Sí, sí —la abuela estiró el cuello, restándole importancia—. ¿Dónde está ese novio tuyo tan guapo del que ha hablado tu madre?

Mi abuela era así; tenía tanta preocupación por los chicos con los que salía que a veces me seguía llamando como mi prima Jennifer.

Scott apareció a mi lado y mi abuela lo cogió por los hombros, acercándolo y plantándole un sonoro beso en cada mejilla, que le dejó rojo de carmín. Él sonrió tímidamente.

—Hola, pequeña —me saludó mi abuelo Chuck.

—Hola, abuelo —le di un abrazo.

Mis abuelos eran polos opuestos; mi abuelo era muy tranquilo, mientras que mi abuela era como una bomba a punto de explotar en cada momento. No me gustaba el favoritismo, pero sabía que a mi abuelo siempre le había gustado más que Nick. Al igual que él siempre me había gustado más que la abuela. Por lo menos se acordaba de mi nombre.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Scott Danvers, señor.

—Vayamos a la mesa.

Mi abuela se colgó del brazo de mi novio, que me sonrió al cruzar

el recibidor hasta llegar a la mesa que habían puesto en el salón, donde saludé a mi madre, que iba con un moño y un vestido turquesa muy bonito, y a mi hermano, que iba vestido como cualquier otro día. Tenía la boca llena de aceitunas. Mamá saludó a todos afectuosa, sorprendiendo a Nick, a quien le hice una señal de que se lo explicaría más tarde. Nos sentamos en la mesa, con mamá y Nick en cada punta, mis abuelos en un lado, y Scott y yo en el otro. Mi madre se ofreció para traer los platos y Nick decidió ayudarla. Cuando tuvimos el salteado de verduras con pollo y patata delante empecé a tragar.

—Y, dime, Scott —mi abuelo tomó un sorbo de vino—. ¿A qué piensas dedicarte cuando seas mayor?

—Bueno —él parecía cómodo—, tenía pensado estudiar Arquitectura.

—Arquitecto... —mi abuelo lo meditó—. Cuando era joven conocí a uno, era muy simpático...

Y así se puso a contar una de sus muchas historietas de cuando era joven, bajo la atención de la abuela, mamá y Scott. Aproveché ese momento para decirle a Nick lo que había pasado con mamá. No pareció ni sorprendido ni desinteresado —él no había vivido con la peor parte de mamá durante unos largos años.

Fue mi abuela la que, unos segundos después, me distrajo de mis pensamientos y me hizo mirarla con la cara roja de vergüenza.

—¿Y no vais a darme bisnietos? —inquirió.

Empecé a toser, ya que me había atragantado con un trozo de carne. Scott me palmeó la espalda suavemente, divertido.

—Son jóvenes, mamá —dijo mamá, a mi rescate.

—Nunca se es demasiado joven para hacer feliz a los demás —refunfuño—. Además, los dos sois muy guapos, saldrán como vosotros y serán unos niños preciosos. Espero que hereden los ojos de tu novio, Jennifer, porque los tuyos son muy simplones. Aunque saldrían un poco flacuchos de todas formas, deberíais comer más.

—No estamos demasiado delgados —protesté.

—Mira esos bracitos —la abuela me señaló y empezó a meterme

comida en el plato—. ¡Come más!

La velada se me hizo larga, aunque al parecer a Scott no. Los comentarios impertinentes de la abuela lo divertían, y las reprimendas de mi madre y de mi abuelo aún más. Nick y yo negábamos con la cabeza, avergonzados por nuestra familia de locos.

Me alegraba que se llevara bien con mi familia. Me emocionaba verlo tan encantado y cómodo, como en su salsa. Estaba bien tener un momento de paz en medio del caos que estaba siendo últimamente nuestra vida. Distraernos.

—Jessica, ¿no les has dicho a tus abuelos que has pasado a la universidad? —me preguntó mamá.

—Bueno, todavía me queda un día —mi madre me dedicó una mirada significativa de que siguiera hablando, para que dejaran un poco a Scott en paz—. Hice las pruebas para entrar en la universidad, y como me quedó de promedio un siete, me aceptaron. Ahora estudiaré Magisterio en la universidad local. Mañana es nuestro último día de clases, y a los de último año, como despedida, nos dejarán organizar un pequeño baile en el gimnasio. Como un segundo baile de primavera.

—¿Tienes vestido? —preguntó la abuela con repentino interés.

—Sí, claro. El otro día fui con Hann, una amiga.

—¿Y cómo es? ¿Muy corto? Tiene que ser corto. Si no, no te lo pongas.

—Abuela… —me cubrí la cara con las manos.

—¿Y tu traje? —el abuelo miró a Scott, sonriente—. Yo tengo un traje de *marine* de cuando era joven como tú. También atraía a las mujeres. Podría quedarte bien.

Nick se atragantó con la carne de la risa cuando Scott forzó una sonrisa.

—En realidad ya tengo uno, señor, no se preocupe.

—Bueno, bueno...

La velada pasó tranquila, exceptuando las preguntas entrometidas de mi abuela y a mi hermano riendo cuando no

miraban.

—Bueno —mi abuela dejó el postre—. ¿Cómo vamos a dormir? Porque yo necesito una cama para mí sola. Este carcamal se pasa la noche roncando. Así no hay manera.

—Yo dormiré en mi habitación con Jessica, mamá —mi madre empezó a amontonar los platos—. Vosotros dormiréis en su habitación, y si Nicholas quiere quedarse puede dormir en el sofá.

—Bueno, o Jess se va con Scott y yo duermo en una cama como Dios manda —propuso Nick, encogiéndose de hombros.

—¿Con Scott? Solo tiene 18 años.

—Tengo habitación de invitados, señora Evans —aseguró Scott.

Era mentira. Tuve que evitar sonreír cuando me di cuenta.

—En ese caso… En ese caso, supongo que estará bien —mamá asintió.

Miré a Scott, que me guiñó un ojo. Me ruboricé.

—No hay problema.

—Bien, entonces.

Al cabo de veinte minutos entrábamos en su casa. Su padre no estaba, así que decidimos mirar un rato la televisión, en el sofá, abrazados. No recuerdo qué miramos porque estaba más pendiente de él que de la televisión en sí. Después subimos a su habitación. Se sentó en la cama mientras me sacaba la ropa y rebuscaba en los cajones de su cómoda.

—Nena, no me provoques —advirtió, divertido.

—Ni siquiera lo estoy intentando todavía.

Me reí cuando negó con la cabeza.

—Ven.

Cogí una de sus camisetas y me la puse. Me tumbé a su lado y nos enredamos el uno en el otro. Pasamos un rato en silencio, cada uno mirando el techo. Al cabo de un rato, sin decir nada, rodé hasta quedar encima de él y lo besé.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que me gustas, Jess? —me preguntó.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Cuánto?

—Desde que te sentaste conmigo en esa estúpida clase de Matemáticas.

¿Qué?

—Venga ya.

—Lo digo en serio.

—Pero si te pasabas el día molestándome.

—Era para llamar tu atención. Era más que obvio.

—¡No para mí!

—Porque estabas demasiado ciega babeando por Matt.

Estuvimos en silencio unos momentos antes de echarnos a reír como idiotas.

—Te quiero —dije. No porque pareciera necesario. Solo porque quería que lo supiera.

Sonrió y me abrazó.

CAPÍTULO 36

Final del curso

—Sabes que si no quieres ir no iremos.

Scott me había repetido eso desde el momento en que había aparcado la Harley. Pero quería ir. El fin de curso no era algo que pudieras celebrar todos los días, y no iba a arruinarlo todo por algunas personas que estuvieran presentes. No, tenía que ir. Con Scott a mi lado me sentía segura de enfrentarme a ellos. Además, era nuestro último baile de instituto. Y quizá la última vez que vería a muchas personas con las que había ido a clases durante años. Ahora, cada uno iría por su lado.

Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla, a lo que sonrió.

—Tenemos que ir.

Lo cogí de la mano y nos metimos en el gimnasio. No estaba todo tan bien colocado como el día del baile, pero estaba todo muy bien organizado. Alguien había enchufado su teléfono a los altavoces y se escuchaba la música multiplicada por diez. Nos acercamos a la mesa del fondo, donde había comida y bebida como para cuatro veces más de las personas que asistieron al baile. Cogí dos vasos de ponche y le pasé uno.

—Mira quién hay —señaló Scott.

Me giré y vi como Adam, con un esmoquin revuelto hasta el codo para el yeso, bailaba pegado a Hannah, nos saludó con la cabeza cuando nos vio, aunque decidimos no interrumpirlo. Los dos tenían todavía cicatrices de la pelea que había surgido unos días antes entre ellos y Erik y sus amigos, pero no parecía importarles.

Inconscientemente, miré a mi alrededor por si los veía, pero no estaban por ahí. Menos mal.

—¡Jess, Scott! —Lisa se acercaba corriendo hacia nosotros—. ¡Estáis guapísimos! ¿Una foto?

Su pareja llegó a su lado y comprobé, anonadada, como se trataba de Max. Me saludó con una sonrisa, a lo que Scott enarcó una ceja, borrando cualquier rastro de esta. Nos juntamos todos para un selfie de Lisa. Yo estaba pegada al pecho de mi novio sonriendo ampliamente, Scott miraba mal a Max, que guiñaba un ojo y Lisa sacaba la lengua riendo.

—Perfecto. Vamos a bailar, ¡nos vemos!

Dicho esto salió corriendo arrastrando a Max con ella.

—No me puedo creer que haya venido con él.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—No lo sé. Pero no me gusta para mi hermana.

—A ti no te gustaría ningún chico para tu hermana.

—Puede ser.

—¿Por qué ha venido ella si es más pequeña que nosotros? —quise saber mientras tomábamos un trago de ponche—. ¿Se ha colado?

—También puede haber familiares.

¡Oh!

—¿Te apetece bailar? —pregunté, tendiéndole la mano.

Una sonrisa asomó su rostro. Tomó mi mano.

—Me apetecen muchas cosas en estos momentos.

Enarqué una ceja, mientras yo pasaba las manos por su espalda, sonriendo pícaramente.

—¿Qué clase de cosas? —me hice la inocente, haciendo un puchero, a lo que él me acercó cogiéndome por la nuca.

Cuando lo besaba seguía sintiendo lo mismo que sentí el día que nos reconciliamos en el pasillo; las mariposas en el estómago y las piernas como gelatina. Nunca había creído sentir algo así por alguien, de hecho, nunca había sentido nada parecido por nadie. Me sentía bien a su lado, cuando me abrazaba. Era una sensación agradable, como si estuviera en mi casa, en la cama, abrazada a él.

¿Alguna vez tendríamos nuestra propia casa, con hijos, casados?

Era un poco pronto para pensar en eso, pero no podía evitar preguntármelo. Algunas veces, cuando iba a dormir, me quedaba un rato pensando en él, mirándome a los ojos delante de un cura, con un traje perfectamente ajustado a su hermoso cuerpo diciendo las dos palabras más importantes de nuestra vida: *sí, quiero.* Podía imaginarme a mí misma embarazada, disfrutando de mi enorme panza, comprando vestiditos o ropita para el bebé.

Desde pequeña había deseado casarme. Recordaba que cuando iba a la guardería obligaba a los chicos a ponerse rectos y a jugar a que nos acabábamos de casar, y que los anillos eran las anillas de las botellas de Coca-Cola. Con el paso de los años ese pensamiento había ido disipándose, ya que no encontraba a ningún chico con el que realmente quisiera compartir mi vida, pero ahora...

Madre mía, deja el ponche ya. Que tienes 18 años.

—Ey —me levantó por la barbilla—. ¿En qué piensas tanto?

—¿Eh? No, en nada.

Mentía y era evidente, pero no quiso ser entrometido y se limitó a abrazarme mientras nos movíamos lentamente al ritmo de una canción que habían puesto.

—Me acabo de dar cuenta de algo —comenté.

—¿De qué?

Le sostuve la mirada.

—De que sé pocas cosas de ti.

—¿Pocas cosas? Sabes mucho más que cualquier persona de aquí, Jess.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunté.

—El verde. ¿El tuyo?

—El azul.

—¿Cómo el del vestido de Chloe?

Me giré y vi a Chloe bailando con un vestido azul oscuro ceñido por su cintura hasta mediano muslo.

—No —negué con una sonrisa—. Más bien como el de tus ojos.

Parpadeó sorprendido y después sonrió.

—Eso ha sido lo más cursi que he oído en mucho tiempo.

—Me sacas la vena cursi.

—No sé si eso es bueno o malo.

Reí cuando se acercó a mí para besarme, pero lo interrumpió alguien aclarándose la garganta.

Matt.

—Fuera —espetó Scott.

—Solo quería... —empezó Matt.

—He dicho que te largues —Scott pasó por mi lado, dispuesto a encararlo, pero lo detuve. No quería que se metiera en otro lío. Esa noche era para disfrutar, no para peleas.

—Solo quería despedirme, tranquilízate —Matt enarcó una ceja.

—¿Despedirte? —esta vez fui yo la interesada.

—Me voy a estudiar a Alemania —se encogió de hombros, ignorando el comentario ofensivo de Scott—. Mañana.

—Genial, no vuelvas —Scott hizo un gesto de despedida con la mano.

Hubo un silencio incómodo.

Era extraño pensar en todo lo que había pasado con Matt. Que alguna vez creí estar enamorada de él, sin tener la más mínima idea de lo que era estar enamorada. Que una vez, me junté con Scott solo para acercarme a él. Ahora todo eso parecía tan lejano...

—Bueno, pues eso —dijo mirándonos —. Supongo que nos veremos.

Él odiaba las despedidas.

Esas cosas se sabían cuando habías estado años tras el mismo chico.

Parecía incómodo, así que giró sobre sus talones y se perdió entre la gente. En el fondo me dolió la posibilidad de no volver a verlo.

—¿Jess?

¿Es que no iban a dejarme en paz con mi chico?

Me sorprendí al ver a Sam de pie delante de mí, visiblemente incómoda, con todas sus secuaces detrás. Incluso Hannah y Adam dejaron de bailar para mirar lo que sucedía, como la mayoría de la

gente. De alguna forma, me separé de Scott inconscientemente, eso no tenía nada que ver con él y no iba a meterlo de por medio.

—¿Qué? —pregunté secamente.

—Bueno —ella miró a otro lado, como si las siguientes palabras fueran ácido a punto de entrar en su boca—. Me enteré de lo de Adam, aunque no pude ir a verlo al hospital. También me dijeron de Stacy en el concierto, la verdad, hasta os grabaron. Si buscas «pelea de gatas» en Youtube...

—Al grano —fui seca.

—Bueno, eso, que lo siento, ¿vale?

Parpadeé.

—¿Qué?

—No lo repetiré.

Me miró unos segundos más y luego giró sobre sus talones. Chloe también farfulló un lamento hacia mí y se marchó. Solo quedó Abby, quien me miró detenidamente con la misma mueca de siempre en los labios, casi parecía aborrecer estar en mi presencia.

—No creas que voy a decirte alguna chorrada de lamentación, porque no siento nada de lo que te ha pasado —la mueca que tenía se profundizó.

—No creas que me esperaba que lo hicieras.

Me miró unos segundos más y se marchó.

Me giré hacia Scott con una sonrisa lacónica.

—Eso ha sido muy raro —comentó.

Reímos los dos. La verdad era que no me esperaba que me dijera algo así alguien como Sam, porque era la menos indicada para decir algo como una disculpa.

—¿Vamos fuera?

—Sí, vamos.

Me cogió la mano y salimos del gimnasio. Miré el instituto casi como si me estuviera despidiendo. Pensar que iba a dejar de ir cada mañana era extraño. Nos detuvimos en la parte de atrás del colegio, al lado de lo que hacía tiempo había sido un mirador, pero que ahora era solo una barandilla vieja desde la que podías ver el lago de la

ciudad. No era gran cosa, pero era mejor que el resto del recinto escolar.

—Qué lugar tan bonito —comenté.

No respondió, apretó la mandíbula.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—No, nada.

—Scott.

Me sonrió.

—He estado toda la noche queriendo decirte algo —respiró hondo—. Hace poco que nos conocemos y que estamos juntos, pero en este poco tiempo me he dado cuenta de que lo que siento por ti es más fuerte de lo que sentiré jamás por otra mujer. Somos jóvenes y tenemos una larga vida por delante, pero necesito saber que tú sientes lo mismo por mí, estar seguro de estar contigo incondicionalmente.

—¿A dónde quieres llegar?

Negó con la cabeza y se mordisqueó el labio. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Venga ya. Cada vez que me dices eso ocurre alguna locura.

—Bueno, tú hablaste de una locura en concreto.

Di un paso atrás.

—No —murmuré, sin poder creérmelo.

—Me vas a odiar por esto —dijo, sonriendo—. Pero fue idea tuya, así que ahora asume las consecuencias.

—Venga ya —murmuré—. No bromees con eso.

—No bromeo. Me tomo muy en serio tus peticiones, créeme.

Me tapé la boca con las manos cuando cayó al suelo con una rodilla. Las manos le temblaban cuando sacó una cajita azul del bolsillo y me enseñó su contenido.

—Cásate conmigo.

EPÍLOGO

Si hace unos años me hubieran dicho que acabaría casada con Scott, probablemente me habría reído en su cara.

Pero, en esos momentos en los que me encontraba sentada en la mesa larga, con un mantel blanco y fina vajilla que acababa de ser usada, que componía el banquete de mi boda, me di cuenta de las vueltas que daba la vida.

Un día estás contento, triste, enfadado, emocionado, asustado, entusiasmado, desconfiado, eufórico. Que la vida son momentos, y que todos los pequeños momentos que forman la vida son los que realmente importan. Cada momento en que sonríes vale mil veces más que cuando te lamentas. Te das cuenta de que una lágrima de emoción es mil veces mejor que una de tristeza. Que la gente te falla, pero que si insisten en quedarse en tu vida, es porque probablemente merecen estar contigo. Que nos pasamos más tiempo lamentándonos de lo que no hemos hecho que de lo que nos arrepentimos.

Por eso, esa noche en el baile, le había dicho a Scott que no me casaría con él. No en ese momento. Nos quedaban demasiados años de ser felices sin ataduras. Sin embargo, cuatro años más tarde, cuando me gradué en la universidad, volvió a pedírmelo. Y supongo que sobra decir cuál fue mi respuesta.

Así que ahora, dos años después, me encontraba en la sala donde celebraríamos la fiesta después de la boda. Yo me había quitado el vestido blanco de novia que había ido a comprar con mi madre, mi suegra y mi pequeña cuñada, ya que Lisa había estado ausente por la universidad y Hannah había pasado los últimos días de verano con su novio, Adam. Ahora todos estaban sentados en las

mesas, riendo de los comentarios de mi abuela, que se sentía el alma de la fiesta con tanta atención, mientras mi abuelo sacudía la cabeza, avergonzado.

Miré el anillo de mi mano. Estaba casada. Sonaba bien. Extraño, pero bien.

—Cariño —mamá me acarició el pelo aún atado en un moño que la peluquera se había dedicado a hacer horas antes—, te veo distraída.

—Solo estoy pensando, mamá —sonreí.

De repente, escuché que alguien pedía silencio y enarqué una ceja al darme cuenta de que se trataba de mi marido —mi marido, qué bien sonaba eso—. Se había puesto de pie delante de todos, sobre el pequeño escenario, interrumpiendo la música que cantaba débilmente su primo Charley. Sostuvo el micrófono entre los dedos, mientras que con la otra mano sujetaba una copa de champán. Todos centraron en él, guardando silencio.

—Gracias a todos por venir —sonrió—. Especialmente a los que han venido de otra ciudad, solo para asistir a nuestra boda —hizo una pequeña pausa—. Aunque, en realidad, por mucho que lo odie, se supone que tengo que decir unas palabras al subir aquí, así que ahí van.

¡Oh!, ¡oh!

Todos centraron sus miradas en mí, emocionados. Ellos también sabían que lo que diría iba dirigido a mí.

—Jessica —se me aceleró el corazón cuando pronunció mi nombre—. Antes que nada, darte las gracias por los momentos maravillosos que hemos compartido. Quizá el problema sea nuestro comienzo, ¿no? Aunque no lo creas, sigo acordándome de la primera vez que te vi, con una mochila de las Supernenas y dos coletas, y gafas y aparato en los dientes. Me acuerdo de que sin saber por qué desde ese momento te habías ganado parte de mi corazón. Dicen que los pequeños detalles hacen las grandes cosas, ¿no? Pues yo te agradezco cada segundo que has pasado a mi lado, cada sonrisa, cada momento y cada lágrima derramada por mí. Creo que ni

siquiera te dabas cuenta, pero te observaba cuando pasabas delante de mí por los pasillos, y te miraba para ver si te reías cuando soltaba alguna chorrada en clase.

»Solo quiero agradecerte haber entrado en mi vida. Y doy gracias a que alguna vez pasara por la cabeza dura de alguien a quien no apreciamos mucho la idea de apostar conmigo algo estúpido. Porque aunque no quiera admitirlo, el que estemos aquí, en parte, es gracias a él.

»¿Quién sabe dónde estaremos dentro de diez años? ¿Qué más da? ¿Acaso vale la pena estancarse en algo que todavía no ha llegado? No, yo creo que no. Por eso y por muchas otras cosas quiero decirte que pase lo que pase dentro de diez años, tú eres mi presente, mi pasado y, espero, mi futuro. Porque no puedo imaginar una vida donde tú no estés. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

»Te amo. A estas alturas ya no es necesario decirlo, lo sé, pero te amo, Jess, desde el primer día hasta el último.

Levantó su copa, y sonrió mirándome directamente a los ojos.

—Por la señora Danvers.

EXTRA 1

La observé entre la multitud de gente que se agolpaba en la cafetería. Estaba con la cabeza agachada, hablando con sus amigas. Su pelo castaño caía sobre su espalda, y ella jugaba con un mechón. Tragué saliva cuando miró hacia nuestra mesa y volví la vista hacia Adam, que hablaba sobre algo que le había pasado el día anterior. Me había perdido la mitad de la conversación, pero como el final siempre era igual —alguna chica que se habría llevado a su casa—, no importó.

—Por cierto —intervino Erik, desconcentrándome por completo. Bajó el tono de voz—. ¿Te acuerdas de que dentro de dos días termina el plazo de la apuesta, Scott?

—Sí, no soy imbécil —puse los ojos en blanco.

—Bueno, solo te lo recordaba —hizo un ademán de darme una palmada en la espalda, pero se contuvo cuando lo miré mal—. Si no consigues que salga contigo...

—No seas idiota, al final del día será mi novia —dije, completamente seguro.

—Muy seguro te veo —me comentó.

—Lo estoy —repuse secamente.

Me soltó algo. Creo que fue un elogio. Pero no estaba escuchando.

Se había levantado.

Cuando pasó al lado de nuestra mesa la seguí observando fijamente. Ella tenía la mirada clavada en Matt, cómo no. Vi cómo empezaba a juguetear con el monedero al lado de la máquina de bebidas. Me daba la espalda. La estaba mirando tan descaradamente que cualquier idiota se habría dado cuenta. No me importó. Vi como

Matt se levantaba, sonriéndole a Hannah, que acababa de decirle algo que no entendí, y se encaminó a la máquina de bebidas. Ella se puso completamente colorada cuando él le habló. Matt se acercó un poco a ella, con su mejor sonrisa. Ella se ruborizó más, sin moverse.

No quería ver más.

Me puse de pie y salí de la cafetería pasando desapercibido. Subí las escaleras y salí por la puerta de emergencia hacia la azotea. Ese lugar me gustaba. Nunca había nadie, y podía fumarme un cigarrillo de vez en cuando. Rebusqué en mi cazadora —demasiado vieja, debía comprarme una nueva cuánto antes— el paquete de tabacos. Lo volví a esconder al instante cuando escuché la puerta abrirse y cerrarse. Me tensé. Había una chica sentada, con la cabeza entre las rodillas, llorando. Me acerqué a ella, preguntándome quién demonios sería, y me quedé de pie frente a ella.

—Vete, Jules —gruñó.

Abrí mucho los ojos cuando me di cuenta de que era Jessica. Tragué saliva, intentando recuperar la compostura. ¿Qué hacía ahí? ¿No estaba hablando con Matt? ¿Le habría dicho algo ofensivo?

Tenía que aparentar normalidad, de todas formas.

—No me llamo Jules, y no me iré.

Ella se puso de pie tan rápidamente que di un paso atrás. Tenía los ojos rojos, y me miraba completamente ruborizada de la vergüenza. Interesante... Así que podía avergonzarla. Eso podía llegar a ser divertido.

—¿Qué quieres, Scott?

Ah, bueno, sabía cómo me llamaba, eso era un avance si quería que saliera conmigo antes de que finalizara el día. Y todo por una estúpida apuesta... El problema era que no podía perderla, no tenía doscientos pavos como para poder dárselos a Erik.

En realidad, sí los tenía, pero no iba a gastármelos en él.

Saqué el paquete de tabaco del bolsillo, distraído. Un cigarro entre los labios. Quizás si intentaba que ella se enamorara de mí... No, era imposible que se enamorara en un día. Descarté esa posibilidad. La miré. No me perdía de vista. Quizás tenía que caerle

bien, para empezar. Le ofrecí un cigarro. Ella negó con la cabeza.

No se me da bien socializar.

—No se puede fumar en el instituto —enarcó una ceja.

Me mordí el labio inferior, conteniendo una carcajada. ¿En serio?

—Técnicamente no estamos en el instituto, así que...

Ella volvió a ruborizarse cuando le sonreí de lado. Eso era divertido y extrañamente fácil. Quizá no sería un reto, después de todo.

—¿Qué quieres? —preguntó, apartando la mirada.

¿Qué quería? No lo sabía ni yo. Ella se limpió los ojos, donde todavía había algún que otro rastro de lágrimas. Había estado llorando por el imbécil de Matt. Nunca me había caído demasiado bien ese chico. Era demasiado raro. Siempre parecía estar ocultando algo. Me ponía de los nervios. Y a ella le gustaba. Se le notaba en la punta de la lengua. ¿Cómo podía gustarle un tío como Matt? Tenía que tener el gusto muy atrofiado.

Un momento...

Empecé a atar cabos en mi cabeza. Ella estaba enamorada de Matt. Quizás podía jugar con eso a mi favor. No se conocían, así que si solo le decía que éramos compañeros, y estuviera interesada...

—Quiero que me hagas un favor —dije finalmente.

—¿Y por qué debería hacerlo?

Buena pregunta.

—Porque, a cambio, yo también te haré un favor a ti, nena —sonreí, cruzándome de brazos, con el cigarro entre los dientes.

Se puso roja cuando la llamé *nena.* Dios, no podía ser tan fácil...

—Al grano —entrecerró los ojos.

Respiré hondo, dando vueltas a su alrededor. Un aroma de perfume me invadió la nariz. Mierda, tenía que centrarme, eso no ayudaba. Me esforcé en mentalizarme de que tenía que parecer creíble, porque no tendría otra oportunidad.

—Tú, pequeña Jessica —sonreí cuando agachó la cabeza avergonzada—, deseas acercarte a Matt —solté el humo en su nuca, chocando con algunos mechones—, que, casualmente, es mi buen

amigo —se estremeció, sonreí—, ¿me equivoco? Y yo, por motivos que a ti ahora mismo no te importan, necesito a una chica dispuesta a hacerse pasar por mi novia durante un mes.

La observé analizando su reacción. Tragué saliva cuando vi que se sorprendía.

—¿Qué?

—Si aceptas irás conmigo a todas las fiestas, celebraciones y esas mierdas de convenciones sociales, dónde estará tu querido Matt y podrás hacer lo que quieras con él

La boca me ardió cuando dije eso, porque no quería pensarlo. No quería imaginarlo. Luché con todas mis fuerzas para parecer indiferente. Ella vacilaba claramente. Por una parte esperaba que dijera que sí y, por la otra, no quería que se acercara a Matt a más de un metro de distancia.

—¿Nadie puede saberlo? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Sonreí triunfante. Estaba a punto de aceptar, estaba seguro.

—No.

—¿Y qué le digo a mis amigas?

—Lo mismo que le dirás a mis padres —nunca los conocería, y mucho menos a mi padre, así que podía decírselo perfectamente, nunca tendría que presentarle a nadie.

—¿A tus padres? —se alarmó.

Estaba empezando a perder la paciencia, aunque casi me reí de su expresión.

—Bueno —todo o nada—, no tengo todo el día, ¿sí o no?

Ella me miró como si estuviera loco o como si me hubiera salido otra cabeza. Sonreí de nuevo mentalmente ante su expresión de incredulidad. Habría dado lo que fuera para saber lo que rondaba por su cabeza en ese momento, pero me abstuve a preguntar, simplemente la miré, esperando, impaciente.

Entonces, me miró, y supe que lo haría.

Buen trabajo.

—Acepto.

• • •

Sonreí mentalmente cuando la vi, con su sudadera y sus vaqueros, esperarme en la acera de su edificio. Detuve la moto delante de ella, que me miró casi asustada. ¿La intimidaba o qué? Ah, no, era la moto. Claro. Hice un gesto con la cabeza para que subiera. Me alegré cuando vi que se acercaba a mí.

—*Buenos días, Jess, ¿cómo estás?* Oh, buenos días, Scott, muy bien, muchas gracias por preguntar, es muy educado por tu parte

Me reí entre dientes. ¿Cómo podía ponerse roja por cualquier bobada y después hablarme así? Ni siquiera Adam se atrevía la mayoría de veces.

Nunca me cansaría del carácter de esa chica.

Vi por el retrovisor cómo subía. Me estremecí cuando sus piernas me tocaron. Reconozco que me decepcioné cuando se agarró a los lados de la moto con fuerza. A pesar de eso, sonreí y le dije:

—¿No me vas a abrazar?

—Preferiría estrangularte.

Me reí.

—Yo preferiría que me abrazaras, champiñón —encontré sus ojos en el retrovisor, pero apartó la mirada al instante, cabreada.

—¿Champiñón? Serás...

No la dejé terminar.

Llegamos al instituto más rápido de lo necesario. Había acelerado cuando vi que no me abrazaba. Incluso, había intentado frenar brusco para que se asustara y me echara encima de mí. No funcionó. Tendría que probar con otro método.

Bajé de la moto antes que ella y le tendí la mano. Ella me miró fugazmente y me la cogió con su pequeña mano. Era suave, cálida, se sentía bien dentro de la mía. Tiré de ella, deseando poder...

Para, tío, no vayas por ahí.

—Todos nos miran —me susurró.

¿Ah, sí?

—Lo sé. Son gilipollas —le resté importancia.

Empezamos a caminar hacia la puerta.

—Quizás si no utilizaras esa cosa que hace tanto ruido, no

llamaríamos tanto la atención.

Esta vez sí me sorprendió. La miré, pero tenía los ojos clavados en toda la gente que nos estaba observando, ¿en serio le importaba tanto ser el centro de atención? ¿Qué más daba?

—Esa *cosa* es una Harley-Davidson Sportster 883, y vale más que tú, así que cuidado con lo que dices de ella.

—Oh, ¿y también le has puesto nombre, como a un perrito?

Me di cuenta de que estaba cogiendo demasiada confianza muy rápido, y que me estaba gustando. Y eso no estaba bien. En un mes seguramente no volvería a hablar con ella. No tenía sentido pretender ser amigos. O lo que fuera eso.

Me costó, pero le dediqué una mirada de advertencia y ella agachó la cabeza, avergonzada.

Eres un cabrón. Ya la estás asustando.

De repente, mi mirada se topó con la de Erik, justo al lado de Matt, que me observaba con cara suspicaz. Bien, ahora tenía que demostrarle que la cosa no había hecho nada más que empezar. Agarré a Jessica con más fuerza.

—Mierda, Matt —susurré, aunque el que me preocupaba era Erik.

Ella creería que la estupidez de ponerle celoso empezaba.

—Bésame —pedí, sin pensar.

—¿Eh?

¿No puedo aprovecharme un poco de la situación?

La agarré por las muñecas y pegué su espalda a una de las taquillas, ella se puso roja como un tomate. Pegué mi cuerpo al suyo. Su respiración se aceleró, pero no tanto como la mía, seguro. Miré sin querer sus labios entreabiertos y me obligué a observar cualquier otra cosa. No debía hacerlo. Con una mano temblorosa, aparté el pelo que tenía tras la oreja creando una especie de cortina. Sus labios estaban a centímetros de los míos, y, siendo sincero, la sangre empezó a bombear con fuerza en lugares que era mejor no mencionar.

—Parece que nos estamos besando —me dijo.

Sonó tan cerca que se me hizo extraño. Me removí incómodo.

—Ese es el punto —le guiñé un ojo fingiendo indiferencia mientras me alejaba tan rápido como pude—. Por cierto —recordé la apuesta—, ¿no tienes más ropa en el armario que sudaderas y vaqueros?

—¿Algún problema con mis sudaderas y mis vaqueros?

—Sí, que vas más masculina que yo.

—Eso es cosa mía.

—De eso nada, esta tarde iremos al centro comercial.

—¿Perdón?

La verdad, me daba igual lo que llevara puesto, aunque una parte de mí quería ver cómo le sentaba algo más... Femenino. Prefería que lo hiciera por ella misma, no por mí, pero, al parecer, eso sería complicado.

—No pretenderás que mi novia vaya en sudadera por la vida, ¿verdad? —enarqué una ceja.

Ella me miró con mala cara y se dio la vuelta, desapareciendo entre la gente. En cuanto supe que no me estaba mirando, esbocé una sonrisa divertida y me fui a mi clase.

Esa chica me traería muchos problemas, lo sabía.

EXTRA 2

—Hasta mañana —me despedí de Earl, mi compañero de oficina.

—Hoy vas al ginecólogo con tu mujer, ¿no?

—Sí, quizás nos digan el sexo del bebé.

—¿Alguna preferencia?

Negué con la cabeza, sonriendo.

—No se lo digas a ella, pero yo preferiría una chica.

Salí de la oficina y me metí en mi coche acelerando justo cuando estuve dentro. Era invierno y el frío se notaba, por lo que encendí la calefacción enseguida. Iría a buscar a Jess y por fin sabríamos el sexo del bebé. Hacía ya siete años que nos habíamos casado y, desde entonces, habíamos estado muy bien. Ella había terminado su carrera y ahora era profesora en la universidad. Yo había hecho un máster en Arquitectura y Diseños y había conseguido un puesto en una empresa que me permitía un sueldo bastante bueno. No nos podíamos quejar.

Hacía unos meses, Jess se había encontrado muy mal y me había dicho que no dejaba de vomitar, por lo que la llevé al médico temiendo que fuera un cólico o algo peor. Pero el médico, sonriendo, nos dijo que era un bebé y que Jessica estaba embarazada desde hacía unas dos o tres semanas. Desde el principio acogimos la idea con entusiasmo, hacía tiempo que considerábamos la idea, pero ella se asustó mucho. Al parecer, tenía miedo de no ser una buena madre, pero la convencí de que sería la mejor.

Detuve el auto justo al frente de casa y ella se subió al coche con una sonrisa. Su barriga ya estaba un poco hinchada y se sentó sujetándola. Me incliné sobre ella y dejé un pequeño beso sobre sus labios. Sonrió.

—Te noto de buen humor.

Aceleré.

—Por supuesto que lo estoy, hoy sabremos si se trata de niño o niña.

Ella se rio suavemente y me colocó una mano en la pierna.

—¿Alguna preferencia?

No estaba seguro de si era correcto decir la verdad, pero lo hice:

—A mí me gustaría niña, ¿a ti?

—Niño —rio—. ¿Y nombres?

—¿Qué tal Pancracia?

—No, es demasiado bonito, ¿Clodomiro?

—No, mejor Papadopoulos.

Los dos nos pusimos a reír como críos. Ella retiró su mano y entrelazó los dedos con los míos. En ese momento supe lo nerviosa que estaba, aunque no quisiera demostrarlo.

Entramos en la sala una media hora después y el doctor O'Connor nos atendió con su típica sonrisa de cordialidad. Sentó a Jessica en una camilla y nos miró a ambos mientras la máquina se encendía.

—Hoy sabremos el sexo del niño —dijo, como si no fuéramos perfectamente conscientes de ello—. Parecéis algo nerviosos; no tenéis por qué. Tiene pinta de ir todo de maravilla. ¿Tenéis alguna preferencia de sexo?

Él cogió un poco de gel y lo untó sobre la barriga hinchada de Jess, quien se estaba mordiendo el labio con fuerza. La cogí de la mano, besándole los nudillos. Ella me miró aterrada.

—Yo quiero un niño y él una niña —murmuró.

—Vaya, vaya; conflictos de pareja, ¿eh? —bromeó, mientras la pantalla verde se encendía y colocaba el aparato sobre el estómago —. Apostemos para ver qué será.

Nada más decir *apuesta,* Jess me miró y los dos sonreímos.

Ella apretó mi mano en el momento en que la pantalla se iluminó y empecé a ver formas que no comprendía. El doctor siguió pasando la máquina sin hacer ningún comentario, cuando un bulto apareció

en la pantalla y el hombre quedó muy quieto, mirando fijamente la pantalla tras unas gafas cuadradas. Se acercó tanto que parecía que su nariz iba a chocar con la pantalla. Me tensé al instante.

—Pero, ¿qué tenemos aquí?

—¿Qué ocurre? —pregunté.

No respondió, lo que me preocupó más. Jessica se puso pálida cuando el doctor empezó a negar con la cabeza. Mi mente se quedó en blanco, solo podía ver la cara del doctor y sentir náuseas. Jessica empezó a temblar. No, no podía pasar lo que estaba pensando. No podía ocurrir. Intenté no desmoronarme y empezar a gritar pidiendo explicaciones cuando el doctor me miró muy seriamente. Me congelé en mi lugar.

—Parece que hay novedades, señor Danvers.

—¿Qué novedades? —mi boca estaba seca.

—Al parecer, van a ganar la apuesta ambos —dijo, sonriendo—. Son mellizos; niño y niña.

• • •

—¿Dos? —Adam soltó una carcajada.

—Sí, dos —me encogí de hombros, mientras tomaba un sorbo de la cerveza que tenía en la mano.

Miramos los dos a los hijos de Adam, Nick y Phoebe, que se paseaban por su jardín jugando y persiguiéndose. Adam estaba colocando la carne sobre la barbacoa, mientras yo lo observaba. Él siempre organizaba barbacoas con nosotros y Hannah se quedaba con Jess dentro de la casa.

—Dos hijos y nuevo ginecólogo —murmuré.

—¿Nuevo ginecólogo?

—¿Sabes el susto que me dio cuando se me quedó mirando con cara de horror?

—Pobre hombre, solo quería crear un poco de tensión dramática para darte la noticia. Deberías pagarla más por crear ambiente.

—¡Papá! —gritó Phoebe—. ¡Papá, Nick está jugando con Bobby y no me deja jugar con él!

Bobby era su enorme perro, y en ese momento Nick jugaba con

él.

—Nicholas, deja a tu hermana jugar con el perro —gritó Adam sin girarse. Se dirigió a mí—. Oye, ¿no estás un poco... Cómo decirlo... Acojonado?

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Hace siete años que estamos casados, ya iba siendo hora.

—Eso es verdad, pero de golpe dos niños... Y la primera vez.

—Nos las apañaremos.

—Ella se las apañará. Tú no tienes ni idea de niños.

—Conviví con una hermana pequeña, te lo recuerdo.

—Sí, y a veces pasaba por tu casa. Por eso te lo digo.

Los dos reímos. Adam puso otro trozo de carne en la barbacoa.

—Siempre tendrán al tío Adam con quien quedarse cuando Jessica y yo necesitemos intimidad.

—Yo no pienso cuidar de tus hijos cuando tú tengas ganas de sexo, campeón —me soltó—. Yo ya tengo bastante con esos dos.

—Pero debes quererlos, son tus hijos —murmuré.

—Hombre, siendo sincero, al principio estaba encantado, pero a medida que se van haciendo mayores y tú estás ahí ocupado con tu mujer, y entran diciendo que tienen pesadillas, que quieren dormir contigo, llegas a pensar: malditos niños.

—Eres un exagerado —le solté, sin que él se inmutara.

—Ya lo verás, ya. Y me vendrás a decir: «¡tenías razón!».

—Vamos, deja de quejarte. ¿No te hace ilusión ser tío?

—¿Tío Adam? —arrugó la nariz—. No suena bien. Parece del típico tío de pueblo que vive en una granja, apartado del mundo, y nadie visita nunca.

Sacudí la cabeza.

—Esto ya está listo —colocó la carne dentro de un plato—. Vamos adentro.

Cogí el otro plato mientras los niños entraban por delante de nosotros en la casa. Antes de entrar, me agarró del hombro y me detuvo. Lo miré con una ceja enarcada.

—No me hagas caso, ¿vale? —murmuró, mirando hacia dentro de

la casa—. En realidad es increíble. Es lo más bonito que puedes compartir con la persona que quieres. Aunque es algo que no podrás entender hasta que tengas uno.

Le sonreí, a lo que él me devolvió la sonrisa.

—Por cierto, ¿te acuerdas cuando íbamos al instituto y a Jessica le gustaba Matt?

—Sí, ¿por qué?

—Tío, se te caía la baba cuando pasaba. Ni siquiera te diste cuenta de que sabía que te gustaba.

Lo miré con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Lo sabías?

—Desde pequeños. ¿Quién te crees que convenció a Jessica para que te perdonara, tío?

Y dicho esto, se metió en la casa.

Contemplé a quien, sin saberlo, había salvado la relación con mi mujer.

EXTRA 3

El silbato sonó y vi que la gente soltaba un aullido ensordecedor que resonó en todos los los centímetros de mi piel, incitándome a seguir a mi equipo al centro del campo. Vi a Adam por el rabillo del ojo, que tenía una ancha sonrisa, y me palmeó la espalda, haciendo que resonara sobre la protección. Pero mi mirada se clavó sobre su hombro, buscándola entre la gente.

Ahí estaba, sonriendo, hablando con sus amigas. Ni siquiera miraba en dirección al campo de rugby y eso me hizo fruncir el ceño. ¿Por qué no me miraba? Se suponía que había venido a verme, no a hablar con sus amigas. Ya tendría tiempo para eso.

Era consciente de que empezaba a volverme paranoico en cuanto a Jessica, pero no podía evitarlo. Era como si una fuerza magnética luchara porque me fuera imposible huir de su lado.

Escuché el silbato que indicaba que empezara el partido y me ajusté el casco. Iba a ganar.

• • •

Habíamos ganado. Sonreí ampliamente cuando Adam y Erik se lanzaron, junto a mí, encima del cuerpo de los demás jugadores. Los del otro equipo abandonaron el campo con las cabezas agachadas, mientras nosotros seguíamos celebrándolo con una enorme sonrisa y los gritos de ovación del público. Adam se separó y me abrazó, hablando con las animadoras que pasaron por nuestro lado.

—¡Hey, chicas! —Adam sonrió—. ¿No queréis probar un poco de carne de vencedor?

Ellas soltaron una risita y empezaron a cuchichear.

Busqué con la mirada en el público, con una enorme sonrisa. Ella me habría visto ganar, y ahora podríamos ir a celebrarlo. A una

fiesta. O solos.

Mejor solos.

Lo que tenía pensado para ella iba a ser mucho mejor si estábamos a solas.

Con una sonrisa perversa salté la barrera que separaba el público del campo y recibí algunas felicitaciones por el camino de gente que veía en los pasillos normalmente. Les asentí a todos con la cabeza, sin borrar la sonrisa de estúpido, y me quité el casco, dejándolo debajo de mi brazo. No podía esperar para verla.

Y estaba hablando con otro.

Mi sonrisa se desvaneció en el momento en que vi a un pardillo de la universidad hablando con ella. Jess no parecía demasiado interesada en la conversación, de hecho, dio un paso atrás. Volvió a intentar acercarse a ella y le sonrió. Jess buscó con la mirada cualquier vía de escape, pero él siguió insistiendo.

Él estaba ligando con Jessica.

Con Jessica.

Dejé el casco en el suelo con fuerza y me acerqué a grandes zancadas a ellos. Jess me estaba dando la espalda, y sentí el terrible impulso de cargarla sobre mi hombro para llevármela a cualquier lugar donde estuviéramos a solas. Conseguí captar un fragmento de la conversación y mi ceño se frunció profundamente.

—Si quieres puedes venir un día de estos a una fiesta de nuestra fraternidad, te lo pasarás bi...

No le dio tiempo a terminar, me acerqué a él con los puños crispados y lo agarré por el cuello de la camiseta de niño pijo que llevaba. Casi me reí cuando vi que era bastante más bajo que yo y parecía haberse encogido al verme. Decidí no actuar más duro de la cuenta, porque Jess estaba a mi espalda y estaba conteniendo la respiración. Me limité a mirarlo de arriba a abajo. No valía la pena enfadarme con mi chica por él.

Has dicho «mi chica», tío.

—Deja en paz a mi chica —sonaba bien—…, y liga con las de tu fraternidad, idiota.

Él se separó de mí y se largó encogiéndose de hombros. Genial. Fuera. Humo.

Recogí el casco de nuevo y lo coloqué sobre mi cabeza sin terminar de pasarlo, para que me viera la cara.

Me giré hacia Jess, que ahora me miraba con una pequeña sonrisa. Sus mejillas se sonrojaron un poco cuando me la quedé mirando con intensidad. Dios, necesitaba besar esos labios, firmemente apretados, sonrosados. Sus ojos me observaban con cautela, como si no supiera qué decir. Ese día iba vestida con una simple camiseta y unos pantalones, y estaba seguro de que a otra chica con el mismo atuendo no me habría parecido la mitad de atractiva. Ella hacía que cualquier cosa pareciera bonita.

Iba a abrir la boca para decírselo, cuando escuché un flash a mi lado y miré enarcando una ceja. La chica rubia baja no dejaba de apretar el botón de la enorme cámara que sostenía, y me apremió con los ojos cuando se asomó por encima de esta.

—¡Una foto para la portada del periódico! —informó—. ¡Vamos, besaos!

Oh, eso no tendría que pedirlo dos veces.

Jess miró en mi dirección dubitativa, pero no dijo nada cuando la rodeé con los brazos, haciendo lo que había estado deseando hacer durante todo el tiempo que la había conocido y el que no.

Estampé mis labios sobre los suyos sin detenerme a pensar que podía asustarla. Sentí sus delicadas curvas bajo mis manos cuando ella se tensó, sorprendida. Mmm... Podía acostumbrarme a eso con mucha facilidad.

—¡Eso es, muy bien, quítale el casco, Jessie! —gritó la fotógrafa, entusiasmada.

—Jess —gruñó ella, arrebatándome una sonrisa.

Me encantaba su carácter.

Para mi sorpresa, lo hizo. Me dejó descolocado unos segundos cuando cogió mi casco en sus manos y lo sujetó contra su costado. Mi cuerpo entero tembló y me pegué más a su cuerpo. Necesitaba hacerlo; besarla de esa forma era lo que había estado deseando

desde que tenía jodida memoria. Pasé la mano por su espalda. La agarré de la nuca y sentí que ella soltaba un suspiro, justo antes de alejarse de mí, como si quemara.

¿Qué? ¿La había asustado? ¿Había sido demasiado?

Me la quedé mirando sorprendido, aunque ella se limitó a respirar entrecortadamente.

—¡Chicos —gritó Adam, salvándome de la situación—, fiesta para celebrar la victoria!

• • •

Cuando Hannah, en la fiesta, me informó de que la gente ya estaba arriba, agarré de la mano a Jess para guiarla entre la gente. Cuando llegamos al rellano superior, sentí que ella me detenía y la miré.

—Espera, primero voy al baño.

—¿Lo sabrás encontrar? —pregunté, dubitativo.

—Creo que podré guiarme yo solita —rio.

—Vale, te espero aquí.

No pude evitarlo. Tampoco lo intenté demasiado. Le di un beso en la mejilla. Y no se quejó, lo que hizo que mi buen humor llegara hasta límites que hacía tiempo ni soñaba. Vi que se iba en dirección opuesta a mí y sentí ganas de seguirla. La sola idea de que algún imbécil le echara el ojo mientras yo estaba ocupado hizo que mis piernas respondieran antes que mi cerebro y empezara a seguirla. Antes de que una mano se cerrara en mi brazo. Era Erik, que me miraba con una extraña mueca parecida a una sonrisa. Me zafé de su agarre.

—He visto el beso —me codeó, al parecer, pensaba que éramos amigos—. Veo que la cosa va realmente bien.

—Cállate —espeté.

No dejé que continuara, porque pronto estuve sentado al lado de Hannah en la sala de juegos, Jessica entró con cara de espanto e hice un pequeño sitio entre los dos, indicando que se sentara. No pude evitar oler su perfume cuando se sentó tan cerca de mí. Mierda. Me obligué a mí mismo a centrarme. Mente fría.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Miró a Adam y Sam. No hacía falta ser un genio para deducirlo.

—Espero que, al menos, estuvieran vestidos.

—Gracias a los cielos.

Reí.

—Bueno, ahora que estamos todos, empecemos el juego —dijo Dylan, el dueño de la casa.

Ella se inclinó sobre mí y me preguntó en qué consistía el juego. Sonreí para mis adentros y le expliqué de qué trataba.

Adam empezó, girando la botella. Observé aburrido, tomando un sorbo de una cerveza que me habían dado, cuando apuntaba a Sam. Ella sonrió y él también. Se habían acostado, seguro; conocía demasiado bien esa mirada.

—Te reto a decir... ¿Con qué chica de esta habitación te enrollarías si fueras lesbiana?

Adam y sus fantasías...

—Con Jess —admitió ella, sonriendo.

No te preocupes, te entiendo perfectamente.

—¡Cuidado Scott que van a por tu chica!

Todos empezamos a reírnos y vi por el rabillo del ojo que Jess enrojecía. Sam se inclinó sobre la botella y esta giró hacia Abby. Uh, esa chica siempre me estaba mirando, me daba mal rollo.

—Vamos a ver... Enróllate con Scott.

Joder.

—Qué poca originalidad —escuché que murmuraba Jess.

La miré de reojo. No sabía si alegrarme o qué hacer por el hecho de que estuviera enfadada. De cualquier modo, Abby estaba ya prácticamente encima de mí y no me dio tiempo a pensarlo demasiado. Sentí que sus labios capturaban los míos como una aspiradora. Me obligué a mí mismo a mantener el estúpido beso hasta que escuché que Hannah decía algo y me separé. Tomé un sorbo de la cerveza para quitarme el sabor a pintalabios. Odiaba ese sabor. Por eso odiaba ese juego. Miré a Jess, que parecía concentrada mirando su vaso.

—¿Por qué esa cara? —pregunté, inclinándome sobre ella. Otra vez su perfume.

Ella no me miró y se alejó de mí.

¡Oh, mierda!

Se había enfadado.

¿Y qué esperabas? Eres todo un galán, besándote con otra delante de ella, campeón.

Me quedé mirando la botella cuando me di cuenta de que estaba apuntando hacia ella. Y lo había hecho Abby. Jess abrió los ojos con miedo, y me encontré a mí mismo conteniendo la respiración cuando me di cuenta de lo que iba a hacer.

—Mhm... Déjame pensar —sentí que mi cuerpo entero se tensaba—. Oh, ya sé. Dale a Matt un beso, pero un beso de los buenos, sentada sobre él.

¿Qué?

—No —gruñí sin poder retener mi voz.

¿Que ese imbécil que había hecho una apuesta para que me la ligara le pusiera las manos encima? Ni en sus mejores sueños. No. Punto.

—Es el juego, tío —me sonrió Erik, sabiendo perfectamente lo de la apuesta.

Mi mirada destiló odio cuando la dirigí hacia él.

—Me importa una mierda el juego, además...

—Con Stacy no eras tan posesivo. Además, acabas de liarte con Abby, es lo justo, ¿no?

Pero, ¿qué coño?

Jessica se levantó antes de que pudiera detenerla y se sentó encima de Matt. Él la atrajo hacia su cuerpo con poco cuidado y se besaron.

Se estaban besando.

Hijo de puta.

Me levanté de un salto, queriendo matarlo, queriendo ahogarlo con mis manos, pero no podía, no quería que Jess se enfadara el doble de lo que ya lo estaba. Me quedé mirando como ella se

quedaba sorprendida y, justo después, le siguió el beso.

Le estaba gustando.

Salí de la habitación empujando a la gente a mi paso. Iba a matar a alguien. Los puños me picaban y sentía las tremendas ganas de clavarlos en la pared. Ella lo había besado y lo estaba disfrutando. Me sentí engañado. Por un momento, había creído que ella sentía lo mínimo por mí, pero no lo hacía. Y encima se estaba besando con el gilipollas que había hecho la jodida apuesta conmigo. Lo odiaba. A los dos. A todos.

Subí encima de la moto sin poder borrar la imagen de mis retinas. Él cogiendo su cuerpo y ella besándolo como si no hubiera mañana.

Mi padre tenía razón; era una mierda, ni siquiera una chica era capaz de estar conmigo durante una noche. Ni siquiera Jessica. El imbécil de mi padre tenía razón. Joder.

—¡Espera!

Su cuerpo se quedó delante de la moto, y deseé abrazarla y quitar el estúpido sabor de Matt de sus labios.

Pero solo podía verla con él.

Mi padre tenía razón.

—¿Por qué te enfadas? Tú has hecho lo mismo con Abby.

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque ese tío es...

—Es un buen chico, y Abby es una imbécil.

Casi me reí.

—Apártate, Jess.

—No, no me quiero apartar, joder. No entiendo por qué te pones así...

—¡Porque se supone que estamos saliendo, joder! —grité.

—¿Acaso pensabas en eso mientras le metías la lengua hasta la garganta a Abby?

—¡No me hubiera importado tanto si fuera con otro tío, créeme, pero ese cab...!

—¡Se supone que estamos juntos porque quería acercarme a Matt, y tú ahora te enfadas porque lo estoy consiguiendo! ¿No te das cuenta de lo contradictorio que eres?

¡Pum! Esa ha dolido.

¿Así que eso era todo? ¿Todo se limitaba a que quería acercarse a Matt? Claro que sí. Se acabó, me había acercado demasiado a ella. Al hacer la apuesta había tenido la esperanza de que sintiera algo por mí, pero ahora me daba cuenta de lo estúpido que había sido. Era un idiota por haberme expuesto de esa manera. Ella no sentía nada por mí. Nada. Nada.

—¡Entonces, lárgate con él! —grité, fuera de mí mismo—. Ya has conseguido lo que querías, enhorabuena, ya no me necesitas, así que vete con él, tíratelo y haz lo que quieras, ya no eres asunto mío, así que apártate de mi camino. Ojalá nunca te hubiera propuesto nada, así no tendría nada que ver contigo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y sentí, en medio de la tormenta de rabia, un pinchazo en el pecho.

Aceleré bruscamente y me alejé de ella a toda velocidad.

¿Qué me estaba pasando? No podía soportar verla llorar, eso no podía ser. Nunca había sentido nada por ver llorar a alguien. Ella no sentía nada por mí y yo no sentía nada por ella, punto.

Apreté los dedos en el manillar, negando con la cabeza. Nada.

Lo peor era que, en el fondo, sabía que por muchas cosas que dijera, por muchas cosas que me hiciera, por mucho que intentara pensar que no sentía nada por ella, estaba completamente enamorado de ella y eso era difícil de cambiar.

EXTRA 4

Pisé el acelerador cuando el semáforo se puso en verde. Podía sentir el leve hormigueo en mi interior solo por saber el destino al que me dirigía. Seguí conduciendo por las calles de la ciudad, a través del tráfico. Podía escuchar el sonido de mi cerebro diciéndome que era una tontería estar nervioso por eso. Una completa tontería. No era mi primer día de instituto, yo ya lo había terminado hacía muchos años, pero se sentía como si fuera yo mismo el que viera por primera vez el instituto y tragara saliva con fuerza.

Aparqué el coche en la entrada del enorme edificio de piedra y vi por el espejo retrovisor que Kaylee y Caleb no dejaban de molestarse el uno al otro. A pesar de tener 14 años los dos, seguían comportándose como críos. Me giré lentamente y los miré con una ceja enarcada. Ambos tenían mi color oscuro de pelo, sin embargo, tenían los ojos de Jessica, además de su complexión delgada.

—¿Podéis dejar de discutir y bajar del coche? Vais a llegar tarde —dije.

—Pero, ¡Caleb me está mirando las conversaciones del móvil! —exclamó Kaylee con una mueca de desagrado, intentando arrebatarle el aparato a su hermano, que no dejaba de reír.

—Te quiero mucho, Dylan, eres el mejor —estaba leyendo Caleb riendo como un loco.

Kaylee se puso roja como un tomate y amenazó con meterle un dedo en la nariz a su hermano si no dejaba de mirar el aparato. Así que decidí intervenir. Cogí el aparato y lo metí en mi bolsillo. Ambos me miraron como si me hubiera vuelto completamente loco.

—Al instituto, ahora.

—¡Pero, papá, necesito mi móvil! —exclamó Kaylee, indignada.

—Que yo sepa no lo necesitas para ir a clase —le sonreí, a lo que ella me frunció el ceño—. Y tú no rías tanto, Caleb, dame el tuyo también.

—¡Pero...!

—Nada de peros.

Caleb gruñó y me entregó el móvil, antes de salir del coche y encaminarse al instituto. Antes de que Kaylee saliera, la miré de reojo.

—Ya hablaremos de ese tal Dylan.

—Papá, solo es un amigo, además... —se había puesto roja como un tomate.

—Nada de chicos hasta los 20 años —exigí, señalándola, a lo que enrojeció más—. A no ser que me lo presentes y a mí me guste, claro.

Kaylee resopló y bajó del automóvil, de manera que solo quedamos dos integrantes en él.

Miré a mi hija menor, que estaba sentada en el fondo de su asiento trasero. Siempre me había resultado casi escalofriante lo mucho que se parecía a Jessica en todos los sentidos. Tenía el pelo del color y la textura exacta, la misma tez y el mismo carácter tímido y reservado. Lo único que la diferenciaba de ella eran los años y que tenía mis ojos, de un color azul vivo. Ella levantó la mirada, jugueteando con el vestido que llevaba.

—¿Ocurre algo, Natalie?

Ella negó con la cabeza, aunque volvió a bajarla, de manera que pude deducir sin lugar a dudas que sí ocurría algo.

—Vamos, sabes que puedes contármelo —alargué la mano a través del vehículo y la coloqué sobre su mano. Ella sonrió débilmente.

—Solo estoy nerviosa —dijo en voz baja, mirándome.

—¿Por qué?

—Es mi primer día de instituto.

Era cierto, solo tenía 12 años y el hecho de que fuera su primer día como «niña grande» me ponía los pelos de punta. Con Kaylee

había sido distinto, porque sabía que ella disponía de Caleb, que siempre había sido más lanzado en cuanto a la gente. Pero Natalie era distinta a ellos, era muy reservada, y no tenía un hermano de su misma edad que pudiera ayudarla.

—No tienes por qué estar nerviosa, pequeña —sacudí su pelo con una mano, a lo que ella rio y se lo volvió a colocar.

—Papá —protestó.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—Bueno... —volvió a dejar de sonreír—. ¿Qué pasa si no encuentro amigos? ¿Y si no les gusto?

—Les gustarás.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé —me encogí de hombros y coloqué un dedo en la comisura de su boca, levantándola para que sonriera—. Si sonríes, justo así —levanté la otra comisura—. Harás que todos te quieran al instante.

Ella sonrió ampliamente.

—¿Tú crees?

—Claro, eres preciosa.

—Pero tu opinión no vale, eres mi padre.

Puse los ojos en blanco y ella rio. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Adiós, papá.

—Adiós. Pásalo bien.

Bajó del coche y vi que, corriendo, se sumergió entre la multitud.

Media hora más tarde ya había llegado a casa. Jessica estaba en nuestra habitación. Todavía tenía una hora libre antes del trabajo, al igual que ella, y teníamos la casa para nosotros. Estaba tumbada en la cama cuando me dejé caer sobre el colchón. Estaba despierta. Se estiró suavemente y me miró.

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien.

—¿Natalie?

—Se las apañará bien.

Ella sonrió y se acercó a mí, dejando un pequeño beso en mis labios. Después, se alejó y cogió algo de la cómoda, enseñándomelo. Lo reconocí al instante como el regalo que le había hecho muchos años antes; un collar plateado con una inscripción.

Feliz San Valentín.
Scott.

Sonreí como un idiota.

—¡¿Todavía lo tienes?!

—Por supuesto —volvió a besarme brevemente—. ¿Creías que iba a tirarlo?

La atraje contra mí y volví a besarla.

Se sentía como el primer día. Como si cada beso fuera el primero, y era una bobada. La amaba, lo sabía. Lo había sabido desde el día en que la había visto por primera vez, el día en que le había propuesto esa bobada, el día en que nos habíamos entregado el uno al otro por primera vez... Incluso, podía asegurar que recordaba ese día como si fuera ayer...

Muchos años antes...

Me senté en uno de los pupitres todavía vacíos, mirando a mis compañeros con algo de temor. No conocía a nadie, solo conocía a Adam, y él no había sido asignado en mi clase. Miré mis manos y pensé en mi madre, cuando me había dicho que si sonreía conseguiría conquistar al que quisiera. Pero no me gustaba sonreír. Agaché la cabeza sobre el pupitre cuando vi que la profesora entraba en el aula y el asiento de mi lado seguía vacío. No quería sentarme solo, no quería no tener amigos.

Sin embargo, cuando los nervios presionaban mi estómago con fuerza, alguien más entró en el aula. Era una chica con gafas enormes, casi no se veían sus ojos detrás de ellas. Llevaba dos coletas en la cabeza y unos pantalones azules. Colgando de un hombro había una mochila de las Supernenas color rosa chillón. Ella murmuró una disculpa a la profesora y buscó con la mirada en el

aula. Solo entonces me di cuenta de que el asiento de mi lado era el único vacío. Ella sonrío tímidamente y se dejó caer a mi lado.

La observé con curiosidad. No parecía antipática, pero tenía un ligero rubor en las mejillas. ¿Estaba avergonzada por algo? Se giró hacia mí con esa sonrisa tímida y pude ver un ligero destello de unos aparatos dentales. Cuando me miró, sentí que mi estómago daba un vuelco, como cuando había ido al parque de atracciones y había tenido la sensación de que el estómago salía volando en la montaña rusa. Las coletitas rebotaron cuando asintió con la cabeza en mi dirección.

—Hola —me sonrió ampliamente—. Soy Jessica, ¿y tú?

Tragué saliva con dificultad y agaché la mirada hacia mis zapatos.

—Scott.

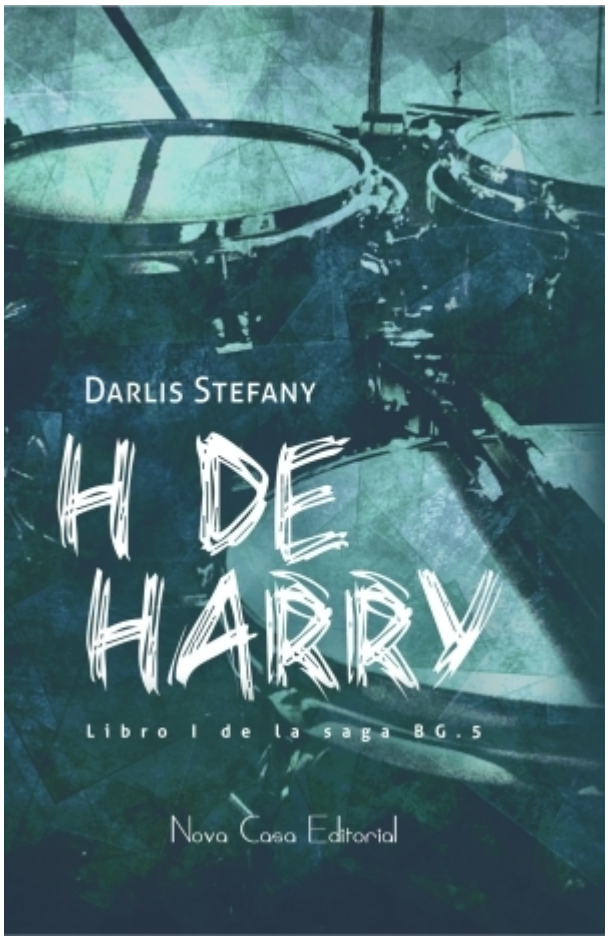


Joana Marcús Sastre

Nació en Mallorca, España, el 30 de junio de 2000. Actualmente ejerce de estudiante de primero de bachillerato. Vive con su hermana mayor y sus padres en un pequeño pueblo de la isla. En su tiempo libre, le gusta estar con su familia, amigos y su mascota. Y algunas de sus aficiones son la hípica y los libros.

Irresistible Propuesta se publicó el 2013 en una red social en la que empezó a hacerse conocida. Esta novela juvenil ha conseguido ganar algunos premios de Internet.

Desde pequeña disfrutaba tanto leer como escribir pequeños relatos. A medida que fue creciendo estos relatos se convirtieron en historias más elaboradas, pero no fue hasta unos años más tarde cuando decidió publicarlas en la red.


DARLIS STEFANY
H DE HARRY
Libro I de la saga B.G.5
Nova Casa Editorial

H de Harry

Stefany, Darlis
9788416942640
744 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Kaethennis ha disfrutado de los placeres de la vida. Mucho. Casi se puede decir que demasiado. Es un alma libre, o al menos así se definiría ella. Kaethennis solo tuvo una debilidad, un desliz: Jake.

Jake le dio la espalda a Kaethennis, él simplemente huyó, literalmente.

Harry Jefferson vive por la batería, sus manos son sus herramientas de trabajo. Pero una de ellas ha sido lesionada cuando Dexter, su compañero de banda y hermano, juega con sus baquetas y accidentalmente le golpea con estas.

BG.5 está de visita en Liverpool. Los Stuart viven en Liverpool.

Harry ha ido al hospital y Kaethennis… también.

Él la ha ayudado y ella podría ayudarlo a él…

Ahora Harry y Kaethennis no pueden mantener sus manos quietas.

Kaethennis no sabe si la «H» es de Harry o de huir.

Cómpralo y empieza a leer


Dr. Engel
Elena García
¿Quieres seguir viviendo así el resto de tu vida?
Nunca es tarde para decir basta
Nova Casa Editorial

Dr. Engel

García, Elena
9788416942633
436 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando Mario agrede nuevamente a Natalia la trasladan un hospital de Madrid con serias heridas. Allí conoce al Doctor Engel, un apuesto y atractivo alemán de madre española dispuesto a ayudarla. Cuando el doctor descubre que se trata de un caso de malos tratos y que la vida de la chica corre serio peligro, la convence para que abandone a su agresor. Cuando Mario se entera empiezan las amenazas de muerte.

Natalia y Engel descubren que hay algo más entre los dos que una simple relación médico-paciente, y que su pasado no es tan distinto como parecía en un principio. Mario intentará por todos los medios acabar con la vida de su exnovia, sea cual sea el precio que deba pagar por ello. Entonces entran en

escena Alex, Laura, Erika y Manuel. A pesar del amor que Natalia y Engel acaban sintiendo el uno por el otro, hay algo que les impide estar juntos...

Cómpralo y empieza a leer


Karla Lewy
Siete meses
Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.
Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla
9788416942824
344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible?

Yo también.

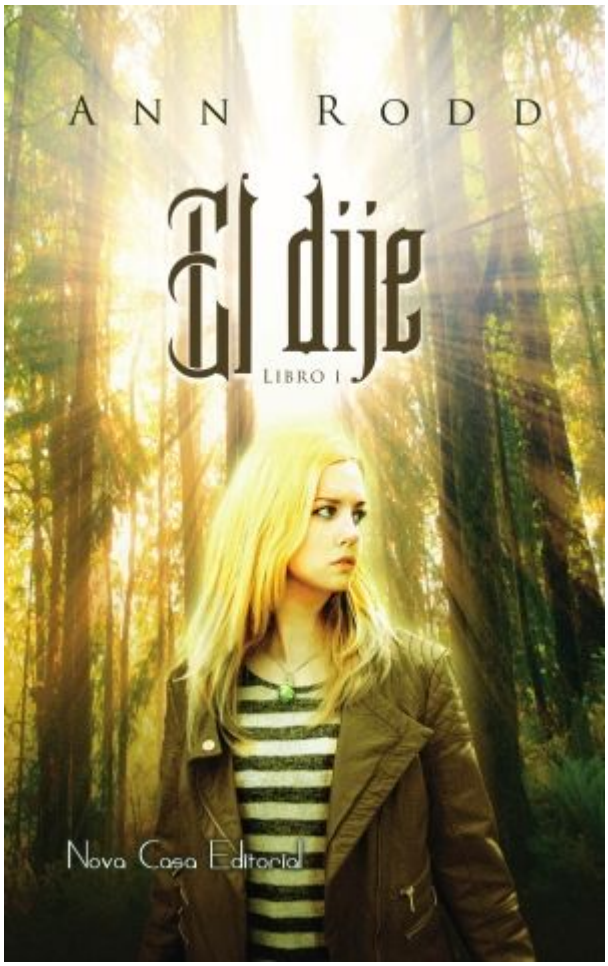
En el Mundial de futbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme.

¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir?

A mí también.

Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

Cómpralo y empieza a leer


ANN RODD
El dije
LIBRO I
Nova Casa Editorial

El Dije

Rodd, Ann
9788416942855
392 Páginas

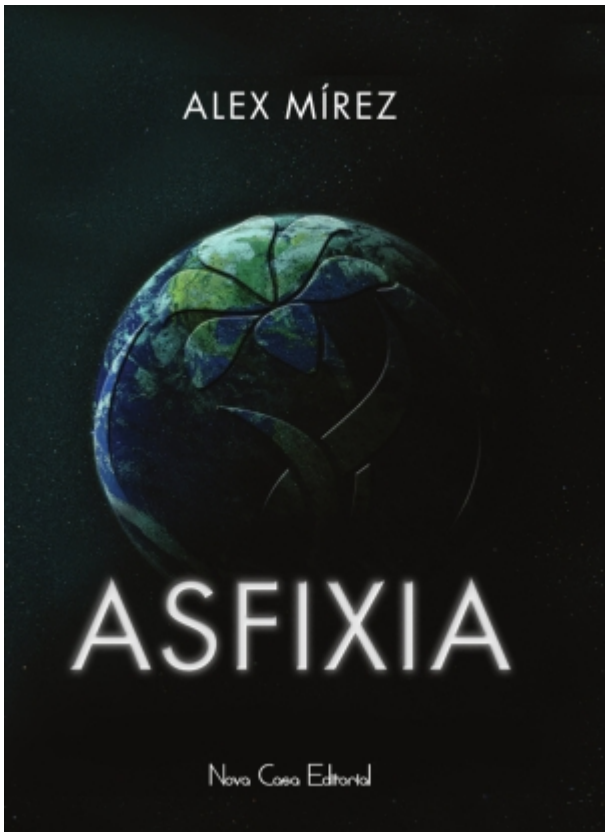
Cómpralo y empieza a leer

Zoey es la típica chica enamorada del bombón de la escuela, Zackary Collins. Como es de esperarse, él ni sabe que ella existe, y se pasea por el colegio casi las veinticuatro horas del día con Mariska Sullivan colgada de su brazo. Pero la vida de Zoey será otra al encontrar el cuerpo de Zack destrozado por una de las máquinas del sótano, justo después de hallar un extraño dije de cristal tirado cerca del cuerpo.

Ahora, no solo tendrá que lidiar con horribles imágenes en su cabeza, sino también con la misma muerte que le pisa los talones, pues ese collar no es un simple objeto inanimado y hará que la protagonista se convierta en la persona con más posibilidades de morir de todas las que conoce.

Eso sí, lo peor podrá evitarse si Zack logra regresar del más allá para proteger a la nueva propietaria de ese dije misterioso y terrible, el mismo que le tiene preparado un sinfín de horrores a la poseedora de la pieza mortal.

Cómpralo y empieza a leer


ALEX MÍREZ
ASFIXIA
Nova Casa Editorial

Asfixia

Mírez, Álex
9788416942473
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Planeta tierra.
Población: 1
No logramos entender cómo pasó.
El primero de septiembre de 2019, sucedió. Todos estábamos bien y de un momento a otro las personas comenzaron a morir asfixiadas. Poco a poco, el mundo se sumió en un pasmoso silencio. Cuando desperté, me encontré con el horroroso panorama de millones de cadáveres. Todos estaban muertos. Poco después descubrí que en realidad quedábamos siete supervivientes, y me uní a ellos. Algunos se dedicaron a investigar lo que había sucedido, el porqué de la extinción de la raza humana; pero murieron de una forma extraña al poco tiempo.
Los que quedamos atrás luchamos por sobrevivir,

pero, aun así, los demás fallecieron también al cabo de unos meses.

Ahora solo yo habito el mundo, soy la única que queda en el planeta...

O al menos, eso creía.

Cómpralo y empieza a leer